Amor a dos bandas





Silvia Paredes

AMOR
a dos bandas

© Silvia Paredes, 2023.
ISBN: 9798867466510
Diseño de cubierta: @ladyfuxia
Imágenes: pngtree, freepik.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, ni total ni parcialmente, sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Todos los derechos reservados.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación de la autora o bien se usan en el marco de la ficción. Los nombres de personas reales, marcas o canciones que se encuentran a lo largo del libro se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin ninguna otra intención.

Para esas estrellas que dejaron de recordar.
Para todos aquellos que no las pueden olvidar.
En especial, para ella…



Capítulo 1
Julia

Había soñado miles de veces con ese instante, con su regreso, nuestro reencuentro, con que él volvía y éramos los de siempre; dos jóvenes que habían crecido juntos, que tenían una infancia y una vida en común, con demasiados momentos imposibles de olvidar y, lo mejor, una amistad indestructible. Sin embargo, el tiempo, ese maldito imparable, había conseguido lo que nunca imaginé: convertir lo inolvidable en olvido y lo imprescindible en algo indiferente. No sabía cómo habíamos llegado a ese punto, cómo era posible que todo hubiese cambiado de forma radical, como si mi vida y lo que realmente me importaba se hubiese quedado patas arriba. Bueno, mi vida, no; esta seguía siendo la misma, como yo. O eso pensaba… En concreto, nuestra relación era la que había cambiado. Porque hubo un momento en el que esa amistad existió, aunque ahora los dos la hubiésemos borrado, haciéndola desaparecer.

Subí la empinada cuesta que me separaba del idílico mirador donde solía pasar las horas muertas, analizando la imponente montaña que se alzaba frente a mí, observando su reflejo sobre las tranquilas aguas del lago a medianoche y disfrutando de la paz que me transmitía el frondoso bosque que escondía mi preciado lugar secreto. Y el de la mayoría de la urbanización, aunque, a esas horas, se encontrase solitario y en silencio. Me senté en una de las rocas que sobresalían del terreno, desafiando a la gravedad, con las piernas colgando en el vacío, sintiéndome la verdadera dueña de todo cuanto me rodeaba y me fijé en el agua para distraerme, para relajarme, para olvidar. Respiré profundamente para eliminar su imagen de mis recuerdos, esa de tipo duro, chulo y egocéntrico que había ido ganándose con el paso del tiempo, sin entender cuándo se convirtió en alguien así, cuándo su pelo castaño y rizado dejó de serlo y pasó a transformarse en unos mechones rebeldes que caían sobre su mirada, cuándo esos ojos azules, transparentes y risueños, en los que tantas veces me vi reflejada, se volvieron grises, fríos y herméticos; cuándo pasé de ser su mejor amiga, su mejor aventura, a ser una persona más, alguien sin importancia. Cuándo dejé de ser su Juls, como solía llamarme, con ese acento italiano que me volvía loca y trataba de imitar cuando era pequeña. Su hermana melliza se llama Giulia, así que, por comodidad, terminamos siendo Giulia y Juls, pronunciando mi «j» como una especie de «i» larga, igual que en Italia, para diferenciarnos a ambas. Para hacerme especial de alguna manera, supongo. No obstante, la distancia es fría, por mucho que digan lo contrario, y acaba arrasando con todo a su paso.

El sonido de mi teléfono rompió con la calma absoluta que reinaba en ese recóndito lugar por la noche. Perezosa, lo saqué del bolsillo de mi sudadera y respondí con una sonrisa al ver su nombre en la pantalla. Ella siempre estaba ahí para mí. Siempre, cuando más la necesitaba.

—¿Dónde estás? —preguntó, preocupada, en cuanto contesté tratando de parecer lo más indiferente posible.

—En el mirador, ¿por? ¿Ha pasado algo?

—Em… Bueno… ¿Sabes que…? A ver… —titubeó nerviosa, sin saber cómo explicarse. Me hubiese gustado decirle que no hacía falta que dijese nada, que ya sabía lo que quería

contarme, pero no lo hice.

—¡Elaia, arranca! ¿Qué pasa?, ¿necesitas que vaya a buscarte? —Me hice la inocente. Otra vez.

Nunca sabría cómo definir a Elaia, aunque podría decir que era mi mejor amiga y una de las personas más importantes de mi vida y supe que sería así desde el primer momento que la vi, cuando yo tenía dos años, ella nació y mis padres me llevaron al hospital para conocerla. En nuestra familia, solo había dos niños por aquel entonces: Álvaro, su hermano, y yo, pero él ya tenía diez años cuando ella nació y no mostraba demasiado interés por nosotras. Imagino que una recién nacida y una niña de dos años, que apenas hablaba, no eran lo suficientemente divertidas ni emocionantes como para perder el tiempo cuando él empezaba a disfrutar del mundo, a salir con sus amigos o, incluso, a aprender a montar en moto; cuando creció, aquello cambió y su sentimiento protector hacia nosotras se multiplicó, como si tuviese que compensarnos por sus primeros años de «ausencia». Ahora nuestra unión era increíble; parecíamos hermanos, más que primos. Sin embargo, entre Elaia y yo esa conexión siempre fue innegable, desde que agarró uno de los mechones de mi pelo con su mano diminuta en esa primera visita al hospital y me pegó un tirón inolvidable. Justo en ese instante creo que ya la adoraba. Tal vez porque nos parecíamos mucho, demasiado, a pesar de que físicamente fuésemos polos opuestos; ella, con su pelo multicolor, que solía cambiar a menudo, y sus impresionantes ojos azules y yo, con mi melena rubia y mi mirada castaña. Tan parecidas y tan distintas a la vez.

—Vale —se convenció de una vez—. Matt está aquí.

Solo con pronunciar esas palabras, mi estómago dio un vuelco, amenazando con subir hasta mi garganta, aunque no supe por qué. Sabía que había vuelto, que estaba en España de nuevo y que su intención era quedarse, pero… ¿qué quería decir con «aquí»?, ¿había ido a buscarme?

—Le he visto en la puerta del taller hablando con Ian hace un rato —interrumpió mis pensamientos, que iban a toda velocidad, imparables, soñadores, imaginando miles de hipótesis que se quedaron solo en eso: en suposiciones que se desvanecieron con sus palabras.

—Ya… —murmuré de forma inaudible.

—Bueno, parecía él. Creo… No. No, ¡joder! ¡Claro que era él! Es difícil no reconocerle.

«Ya…», repetí para mis adentros. Por supuesto que era difícil no reconocerle, ¡era imposible! Yo sería capaz de encontrarle en una habitación repleta de gente, con las luces apagadas, sin tocarle, solo por el olor de su colonia o por su manera de respirar. Tanto y tan bien nos conocíamos. Antes, en el pasado…

—Lo sé. Sé que ha vuelto. —Quise parecer indiferente. Lo intenté con todas mis ganas, pero creo que no lo conseguí.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo que lo sabes?! ¿Habéis hablado?, ¿y no me has dicho nada? ¡Joder, Julia! No me lo puedo creer…

Siguió hablando; protestando, más bien, pero desconecté. Sí, había regresado… ¡Él! Lo descubrí cuando vi su silueta, mucho más adulta y musculada que la última vez, a través de la ventana de su habitación. Matt y yo éramos vecinos; de hecho, lo habíamos sido durante toda la vida y tan solo nos separaba una verja metálica, por lo que mi cuarto, el de la casa de mis padres, tenía unas vistas privilegiadas del suyo.

Cuando éramos pequeños hablábamos a gritos desde la cama y cruzábamos esa valla de metal a través de una pequeña puerta, que nuestros padres instalaron para que no tuviésemos que andar solos por la carretera hasta la entrada principal del hogar de los vecinos, bordeando todo el terreno, cuando quisiéramos cambiar nuestro lugar de juegos. Puerta que llevaba años cerrada

con varios candados. E incluso teníamos nuestra propia casa en un árbol, en una parcela cercana. La construimos los cinco, Matteo, Giulia, Álvaro, Elaia y yo, poco después de conocernos y aquel se convirtió en nuestro pequeño cuartel secreto. Hasta que lo dejamos abandonado…

Éramos inseparables, los mejores amigos por siempre jamás, como prometimos con un pacto de saliva cuando solo tenía siete años. Lo que no sabíamos es que esas promesas de la infancia no suelen ser eternas, como esperábamos, y nuestra relación se vio truncada cuando Matt decidió regresar a su Roma natal para continuar con sus estudios y empezar allí la universidad. Al principio, nos llamábamos todos los días, sin excusas, pero con el paso del tiempo, esas llamadas se hicieron más y más espaciadas. Cada vez que regresaba para ver a la familia, me avisaba y era como si nada hubiese cambiado entre nosotros hasta que esas visitas también comenzaron a escasear y un día, hace justo dos años, desaparecieron.

Esa fue la primera vez que mi corazón se rompió, la primera de toda una vida, y eso siempre se recuerda. Matt fue mi primer amor y mi mejor amigo; creo que, por eso, siempre le tuve idealizado. Fue mi primer beso, mis primeras mariposas en el estómago y tantas primeras cosas para mí que cuando decidió desaparecer, el golpe fue tremendamente doloroso.

Cuando nos conocimos, vivía con mis padres en una casa enorme y preciosa en la sierra, en un entorno que bien podría parecer sacado de una película. Una urbanización privada, la más grande de Europa, que se extendía a lo largo de varias montañas y contaba con miles de lugares entre los que perderse, cientos de rincones con ese halo de magia que solo podía encontrarse en sus frondosos bosques. Sierra Azul, como se denominó al girar su vida en torno al enorme y precioso lago que bañaba su zona más baja, contaba con cuatro complejos deportivos, con piscinas, campos de fútbol, pistas de tenis y de pádel… Además de un club náutico, propiedad de los Costa, rodeado de casitas de madera, que se encontraban en alquiler, situadas dentro de su recinto privado. El bisabuelo de Matteo y Giulia lo creó hace unos sesenta años, cuando la sierra, como era comúnmente conocido aquel paraíso en la tierra, empezó a recibir miles de visitantes cada temporada. Lo fundó en un lateral del lago, cuyos alojamientos tenían unas vistas impresionantes de este, empleando todos sus ahorros, dedicándole más tiempo y esfuerzo del que era posible, y había pasado de generación en generación hasta entonces.

Todo cambió cuando, hace unos ocho años, poco antes de que Matteo se marchase, el dueño de una de las áreas deportivas decidió ocupar el extremo opuesto del lago, justo donde desembocaba el río, e hizo una maravillosa playa artificial en la que practicar kayak, *paddle surf* y cualquier otro deporte acuático. Esas atractivas actividades lograron arrebatar a los Costa la mayoría de los clientes y el resto… era tan previsible como temible. Mi padre decidió que sería una buena idea construir justo allí un moderno restaurante, que despegó como la pólvora, pero hizo que su relación con nuestros vecinos cayese en picado. Creo que a la familia de Matteo y Giulia no le hizo mucha gracia que sus amigos fundasen un restaurante como aquel, convirtiéndose en competencia directa de su negocio familiar. Nuestro mundo acabó dividiéndose en dos; sobre todo, los jóvenes de nuestra edad. O estabas a un lado del lago o al otro, pero nunca nos juntábamos y cuando lo hacíamos, siempre acababa mal… Peor de lo que nos gustaría.

Desde que conocí a los Costa supe que mi vida cambiaría para siempre. Al menos, por aquel entonces. Tenía cinco años cuando un día, sin previo aviso, comenzaron a limpiar la maleza de la parcela contigua y empezaron a construir una enorme vivienda. Cada día, me asomaba a la verja, esperando ver a mis nuevos vecinos, deseando que tuviesen niños con los que jugar, hasta que una mañana mi mirada, llena de ilusión, se encontró con las de Matteo y Giulia y mi sonrisa fue instantánea. Casi tanto como nuestra amistad. No tardamos nada en hacernos

amigos, en comer y cenar juntos, hacer fiestas de pijamas memorables, conquistar enormes montañas de arena, preparar inolvidables picnics en frondosos y aterradores bosques, que, en realidad, tenían lugar en el terreno de enfrente. Bendita imaginación… Vivimos una infancia inolvidable, de ensueño, y el lugar en el que crecimos tuvo mucho que ver en ello hasta que todo se rompió. Y es que cuando conocí a los Costa mi vida cambió. Para siempre. Y ahora sabía que volvería a hacerlo porque había vuelto y, en esta ocasión, para quedarse.



Capítulo 2
Julia

Era casi la una de la mañana cuando crucé la puerta de nuestra casa, esa que se había convertido en mi hogar durante los últimos meses, justo después de que terminase la carrera de veterinaria y me dejase convencer por Elaia para irnos a vivir juntas. Juntas y solas; la diversión estaba garantizada. Ella estaba deseando independizarse y marcharse de la casa de mis tíos, cercana a la de mis padres, y en cuanto me lo propuso, no lo dudé ni un solo segundo. Aunque para ella me hiciese la dura unos días…

Nuestro futuro estaba asegurado trabajando en alguno de los restaurantes que nuestra familia tenía en la capital, que contaban con varios premios gastronómicos, o en el más famoso de ellos, situado en la playa de la urbanización, pero yo no era así; quería conseguir las cosas por mi propio esfuerzo, no porque mi árbol genealógico lo tuviese entre sus raíces. Llevaba una vida entera teniendo todo cuanto necesitaba, y lo que no, sin pedirlo, sin esforzarme, solo por el hecho de que el apellido Riva apareciese en mi carné de identidad. Por eso, decidí estudiar veterinaria, además de por mi innata pasión por los animales, claro está, y buscar trabajo y una casa propia; un pequeño chalé situado en una zona alta y alejada, con un terreno más que suficiente para ambas.

Cada noche, sin excepción, los jóvenes de la urbanización nos reuníamos en el cruce de la entrada, justo al final de la empinada cuesta por la que se accedía a la misma, pero ese día, por el contrario, sería el primero que iba a faltar a nuestra cita. La conversación con Elaia estaba más que planificada y lo supe en cuanto sus pasos, veloces a más no poder, me alcanzaron al llegar, cuando entré en la cocina en busca de un vaso de agua.

—Bueno, ¿qué?

—¿Qué de qué? —Me senté en la encimera de un salto, dándole a entender, con mi gesto, que no tenía ganas de charlar. Sería la primera vez porque hablaba por los codos. Incluso conmigo misma; me hacía unos monólogos mentales dignos del mismísimo Leo Harlem, pero después de una larga jornada de catorce horas de trabajo, cubriendo las vacaciones de mi compañero, estaba agotada.

—Has dicho que has visto a Matt…

—Sí, a la hora de comer, estaba en su habitación.

—¡¿Estabas en su habitación?! —Abrió la boca tanto como los ojos, exagerando. Ella era así para todo.

—¡¿Cómo voy a estar en su habitación, loca?! ¡Estaba él! Yo había ido a casa a ver a mis padres.

—¡Joder, qué susto! Casi se me sale el corazón por la boca… ¡Pensaba que me había perdido algo! —Se relajó y se sentó en una de las sillas, frente a mí—. ¿Te ha visto? ¿Te ha dicho algo?

—No, no me ha visto. Aunque si lo hubiese hecho, tampoco creo que hubiésemos tenido mucho tema de conversación.

Llevaba dos años sin verle, apenas hablábamos y cuando lo hacíamos, era casi a través de monosílabos, y a pesar de que intentamos mantener nuestra amistad, por encima de la distancia y de los años, no lo conseguimos. Al principio pusimos todo de nuestra parte y sus visitas contribuyeron a ello, pero, con el tiempo, empezamos a rehacer nuestras vidas. Debíamos hacerlo.

—Quizá, sí. A lo mejor, como ha vuelto, quiere retomar lo que teníais. ¡Quién sabe! —La observé con cara de póker, como si yo no tuviese nada que decir al respecto en esa supuesta situación.

—No lo creo, pero por mí puede regresar a Roma, a la Toscana o dondequiera que haya estado, la verdad. No, mejor… Puede irse al triángulo de las Bermudas, a ver si hay suerte y se pierde por el camino —sentencié con una sonrisa triunfal, aunque con la boca pequeña. Y ella lo sabía.

—No te lo crees ni tú.

—¿Sabes cuántas veces hemos hablado en estos dos años sin vernos? —Asintió. Claro que lo sabía—. Pues eso… Poco más hay que decir. La distancia no es excusa. Ahora somos unos completos desconocidos…

—No lo creo.

—Ni siquiera me ha avisado de que venía —murmuré, tratando de convencerla. O de convencernos a ambas—. Aquí tiene su grupo de amigos, en el que ya no estamos, y en Italia una nueva vida, de la que no formamos parte.

—Aquella rubia debió de freírle el cerebro. —Me hizo sonreír con su deducción.

Con «aquella rubia» se refería a una chica que Matt trajo con él la última vez que vino. O la última vez que me avisó, más bien. A partir de ahí, nunca volvimos a verle.

Me bajé de la encimera y caminé decidida hacia mi dormitorio, sintiendo los pasos de mi prima a mis espaldas.

—Si quieres, puedo hablar con él.

¿Hablar? ¿Hablar de qué?, ¿de mí?, ¿de nosotros? No lo parecía, pero mi prima odiaba las películas y las novelas románticas, aunque luego fuese la primera en crear las mejores en su cabeza; podría ser una digna sustituta de Cupido. En cambio, yo, cuando cogía uno de esos libros que se centraban en el amor, lo devoraba sin poder controlarme. Además, tenía decenas de ellos por las estanterías de mi habitación; era mi verdadero vicio.

Y a pesar de que no quisiera reconocerlo, de que nunca lo haría, sentí celos de ella. No de Elaia, a la que quería como a nadie, sino de la relación que tenían a pesar de todo. Cuando se veían, aunque no hablasen demasiado, Matt le dedicaba una sonrisa divertida desde la distancia, como saludo; daba igual que estuviese muy bien acompañado por su grupo de amigos. Desde siempre me había gustado ese tipo de gente, las personas que sonríen cuando saludan, las que miran a los ojos y los achican según va creciendo su felicidad; esas personas que buscan el sentido de la vida en las pequeñas cosas: en el lago, en el mirador, en los amigos… Esa gente que vive intensamente, como si nadie les estuviese mirando, haciendo que el mundo merezca la pena. Esos que te hacen los mejores regalos, como una charla despreocupada por la playa, un paseo por los interminables senderos que recorren nuestras montañas, un atardecer deseando que nunca amanezca. Como él. Por esa razón, siempre me había gustado por encima de cualquier otra persona. Pero me gustaba el Matteo que yo había conocido durante años; no la persona en la que se había convertido, una distante que se olvidó de sus orígenes, de los que habíamos sido importantes para él. No entendía por qué había cambiado tanto… ¿Quizá la mafia italiana? Me reí de mí misma por mis ocurrencias, antes de regresar a la realidad.

—Ni. De. Coña. —Levanté el dedo, amenazadora, con seriedad.

—¿Has quedado con Joel? —quiso cambiar de tema.

Joel era un buen amigo, uno de los mejores. O puede que fuera algo más. Nos conocimos unos años antes de que su tío se encargase de la gestión de la zona de la playa y se asociase con mi padre, cuando estábamos en plena adolescencia. Aquella orilla artificial, convertida en una zona increíble de aguas cristalinas, se transformó en un tremendo éxito, llenando cada día y consiguiendo, cada verano, ingresos más que suficientes para subsistir todo el invierno. Supongo que a Matt no le hizo mucha gracia que tanto Elaia como yo acabásemos en el grupo de Joel, su eterno rival tras un complicado e inesperado incidente entre ambos; ese que, además, acabó convirtiéndose en competencia directa de los suyos, complicándoles la existencia. No obstante, poco después, él se mudó a Roma y ya no había nada que me atase a los Costa, excepto Giulia… La echaba de menos muchas veces; sobre todo, porque la veía a menudo con sus amigos, esos con los que llevábamos años sin juntarnos y que acabaron metidos, en más de una ocasión, en situaciones turbias de las que era difícil salir y en las que, seguramente, acabó actuando la policía, llevándose consigo a más de uno al calabozo. Me habría gustado hablar con ella, preguntarle, pero a pesar de que nos saludábamos amablemente cuando nos veíamos, nuestras conversaciones nunca llegaron a más.

Cuando digo que la sierra estaba dividida en dos grupos, completamente marcados, no me refiero a algo simbólico, a una frontera ficticia o mental que podíamos cruzar, sino que iba más allá, como esa rivalidad entre el fondo norte y el fondo sur, entre Villa Arriba y Villa Abajo o entre el lado luminoso y el lado oscuro de la fuerza, en *Star Wars*. Porque cuando crecimos, sobre todo, en cuanto nos arrolló la adolescencia, esas diferencias que en un primer momento parecían insignificantes durante la niñez, como estudiar en un colegio público o privado, tener o no una mejor situación económica, una determinada forma de vestir o de pensar, terminaron dividiendo nuestro mundo en dos; en grupos totalmente marcados y opuestos que nunca se juntaban para nada y que la llegada de Joel acabó por definir totalmente.

—No. Habíamos quedado en vernos en el cruce con el resto, pero estoy agotada. Hoy ha sido un día de locos. En cuanto tengamos refuerzos en la clínica, me iré un mes de vacaciones al Caribe, pero ahora, de momento, creo que me voy a dormir.

Me dejé caer de espaldas en el colchón justo antes de sentir cómo este empezaba a botar por los saltos nerviosos que Elaia pegaba sentada sobre su superficie.

—¡Venga ya! ¿Tan pronto? —protestó granuja porque sabía cómo ganarme.

Siempre, por norma general, podríamos estar charlando durante horas, de todo y de nada. Cuando nacimos, lo hicimos sin el botón de *mute*; somos parlanchinas, sin más. Pero en esos momentos, lo que más deseaba era descansar. Había sido un día caótico: una cirugía, un atropello, que milagrosamente terminó «bien», no sé cuántas revisiones con sus respectivas vacunas, reponer el almacén con los sacos de pienso, arenas y comidas varias… En fin. Un día entretenido, por llamarlo de alguna manera.

—¿Tan pronto? ¡Es la una de la mañana! En ocho horas estoy de vuelta en el trabajo. Si vas por mí, nos quedamos hablando tooodo lo que tú quieras.

—Te lo cambiaba por un día en nuestro maravillosísimo restaurante —añadió con recochineo, recalcando esas últimas palabras.

—Tu. Tu maravillosísimo restaurante —la corregí, siendo consciente de mi aclaración, marcando las distancias. Elaia llevaba varios meses, desde que nos independizamos, trabajando en el negocio familiar y aunque no le hacía falta, pasaba largas e interminables jornadas entre sus paredes.

—¿Sabes lo que es volverse loco, literalmente? ¡Pues así está la gente! En serio. Acabamos de empezar la temporada de verano y ya estamos completos hasta septiembre. Bufff. —Resopló, dejándose caer a mi lado, apoyando su cabeza en la almohada, junto a la mía—. Joel tenía la playa hasta los topes; han tenido que contratar un socorrista extra para que vigile el otro extremo. ¿Y los kayaks? Creo que estaban todos en el agua…

—Estaría contento.

—Más bien, agobiado, diría yo. Es que… ¿no le has visto hoy? —Negué con la cabeza, cubriéndome el rostro con los brazos. Ya tenía suficiente con mi estrés como para echarme encima el de los demás.

—No se ha pasado por la clínica; imaginaba que andaría con lío.

—¿Con lío? Eso parecía Benidorm en pleno agosto —bromeó, levantándose de un brinco —. Bueno, como no te veo con ganas, ¡yo me marcho! Voy a dar una vuelta, a ver si veo a alguien interesante… —Esa sonrisa angelical se convirtió en una maligna traída directamente desde el averno.

—¡Pásalo bien! Y… ¡ni se te ocurra, Elaia! —me despedí, tapándome con las sábanas hasta la cabeza, dando por finalizado mi día, antes de escuchar mi moto arrancando en el jardín, acelerando por nuestra calle para dirigirse hacia la parte baja de la urbanización, hacia el cruce, donde se unían las carreteras principales de esta y donde se encontrarían todos reunidos desde primera hora de la noche; temiendo que su impulsividad le hiciese decir lo que no debía. ¡Porque ella era así! Intensa y pasional para rato, pura dinamita. Lo que no sabía era que alguien, una persona que jamás habríamos imaginado, estaba a punto de prender esa mecha…



Capítulo 3
Matt

Tan solo llevaba un día en España y ya estaba deseando salir huyendo; coger las maletas, que todavía descansaban intactas en la habitación, negándose a aceptar aquella realidad, y buscar un vuelo inmediato que me llevase de vuelta a Roma. Me habría encantado poder continuar con mi vida en mi ciudad natal, exactamente igual que lo había hecho durante los últimos años, cuando decidí que lo mejor era poner tierra de por medio y mantenerme alejado de eso que tanto me aterraba. Sin embargo, había llegado el momento de enfrentarme a mis miedos; no me quedaba otra opción.

Siempre me había gustado la adrenalina, esa sensación de vivir al límite, de sentirte en el borde de un precipicio, de un acantilado, con el mundo a tus pies, y esa inigualable mezcla de pánico, por caerte y desaparecer, y de vida en su máxima expresión por todo lo que tienes ante ti. No obstante, ya no estaba en ese precipicio como un simple espectador; me estaban empujando, con fuerza, y estaba a punto de caer.

Nada más entrar por la puerta de ese hogar que me había visto crecer, las náuseas se alojaron en la boca de mi estómago, prometiendo quedarse allí instaladas durante mi estancia, arropadas por el terror a lo desconocido, a ese sinvivir que me acompañaba desde hacía años y que se había hecho mucho más intenso ese mes, tras una llamada imprevista que desearía no haber recibido nunca.

Cuando me marché de España, país que me había acogido desde que tenía siete años, lo hice pensando que sería un cambio definitivo, que volvería a mi lugar de origen para estudiar lo que realmente me apasionaba, arquitectura, y alejarme de todo lo ocurrido y de eso que la vida tenía preparado para mí: convertirme en el nuevo directivo de la empresa familiar, del club náutico y de las casas Costa, y encargarme de su gestión. Hui para estudiar lejos y poder romper con todo aquello, con lo que era, con lo que me esperaba, distanciándome de esas miradas críticas que me culpaban, en cada curva, de lo sucedido. Esa era la idea… Pero ocho años después de empezar mi aventura, la realidad era bien distinta. Desearía haber dejado la carrera y mis sueños de lado y haber estudiado medicina para poder buscar una solución, una esperanza. Ahora, en cambio, podría dedicarme a proyectar inimaginables edificios, realizar análisis geoestadísticos, peritajes de fincas, controles de calidad, diseños de interiores… ¡Qué sé yo! A cualquier cosa que estuviese relacionada con lo mío, pero no a lo único y verdaderamente importante, eso que me quitaba el sueño y que deseaba por encima de todo.

Al poner un pie en el aeropuerto, mi madre y Giulia enloquecieron de felicidad. Creo que conmigo allí, la situación les parecía más fácil. Aunque no lo fuese. En cambio, al resto, a mis amigos, ni siquiera les avisé. No es que no quisiera que lo supiesen, al contrario, pero no quería dar explicaciones de por qué mi vida se había truncado. No avisé a nadie, excepto a Ian, mi mejor amigo. En todos los años que estuve fuera, nunca perdimos el contacto. Hablábamos cada noche, poniéndonos al día, bromeando como solíamos hacer cuando estábamos juntos, charlando

sobre cualquier idiotez… y en cada una de mis visitas, parecía como si el tiempo no hubiese pasado, como si nunca nos hubiésemos alejado y aprovechábamos cada instante al máximo sobre las dos ruedas.

En cuanto llegué a la urbanización, a la casa donde vivía mi familia, aparqué el Mercedes-AMG negro en el garaje y, sin pensarlo, cogí ese rayo transformado en moto, esa Yamaha R1M que cortaba el viento sin que apenas te dieses cuenta, comparándose con la vertiginosa velocidad de la luz. Recorrí cada rincón, de arriba abajo, sin rumbo, sin detenerme, sin despegarme de ella ni un solo segundo. No quería pasar tiempo en casa, así que esa misma noche fui al cruce, a esa tradicional reunión donde me encontraría con todos mis amigos, buscando, quizá, una sonrisa *robasueños* que me removiese por dentro. Como siempre.

—¡¡Matt!! ¡Ay, joder! ¡Matt! Pero… ¡¿qué demonios?! ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has vuelto? —Lena, una de mis grandes amigas, se lanzó a mis brazos en cuanto paré el motor junto al grupo, clavando en mí su intensa mirada negra, tan oscura como su cabello. Me sonrió, incrédula, soltándome para escrutarme y volviéndome a abrazar—. ¡Joder, cuánto tiempo! No te esperábamos… —Ian sonrió fanfarrón, a mi lado, sin moverse de su moto, recibiendo un manotazo de parte de ella en cuanto percibió lo que escondía su mirada—. ¡Oh, venga! ¡Tú lo sabías! Ya te vale, Ian… Podríamos haber organizado algo. Algo gordo…

—¡Cómo no iba a saberlo! Yo lo sé todo —contestó con chulería—, y siempre, siempre, organizo algo gordo, nena. —Arqueó sus cejas, gamberro, ganándose un nuevo puñetazo en el hombro.

—He llegado esta mañana.

—¿Esta mañana? ¿Y qué has hecho?, ¿dónde has estado?, ¿hasta cuándo te quedas? —preguntó emocionada, mientras saludaba al resto.

—No lo sé. No mucho, supongo.

No me lo creía ni yo. Eso era lo que me hubiese gustado y, como si aún fuera un niño, tenía la esperanza de que si lo repetía constantemente, acabaría cumpliéndose.

—No mucho… —repitió Ian, escéptico. Él sabía toda la verdad, así que lo veía tan improbable como yo—, pero mientras esté aquí, ¡no perderemos ni un solo segundo! —Alguien le pasó unas bolsas con botellas y las sacudió en lo alto, por encima de su cabeza, victorioso—. ¡Vámonos!

—¡Usted manda! —le di la razón, pasando un brazo por su hombro, zarandeándole. ¡Le había echado tanto de menos! Aunque me había hecho alguna que otra visita, en Roma, unos meses atrás, dos años sin volver por casa eran demasiados, incluso para nosotros.

—¿Dónde vamos? —Giulia, mi hermana, se colocó bajo el otro brazo de Ian, abrazándose a su cuerpo.

—Al pub. ¡Chicos, nos vamos al pub!

En la calma de la noche, nuestros gritos se oyeron hasta en el rincón más recóndito de la sierra. Fuimos conscientes de ello cuando las miradas disimuladas de la esquina opuesta del cruce, donde se encontraba el otro grupo, se centraron en nosotros, provocando que Lena les devolviese un gesto duro y desafiante. No me gustaba la actitud que tenían mis amigos en muchas ocasiones porque, aunque nuestros caminos se hubiesen alejado, yo había crecido con algunos de ellos; sin embargo, cuando hubo que decantarse por un bando, simplemente, lo hice por el mejor, por el bando ganador.

Eché un vistazo rápido a la acera contraria, buscando quién sabe qué; puede que una solución, una explicación, una excusa, pero no la encontré. Distinguí a algunos viejos conocidos, entre los que estaba Elaia. Observé cómo charlaba emocionada sobre cualquier tema con dos

jóvenes que estaban sentados a su lado; cómo se revolvía nerviosa por una mala contestación y nuestras miradas se encontraron durante unas décimas de segundo. Lo suficiente para saludarnos con una leve mueca, como siempre, sintiendo cómo algo se desinflaba en mi interior. Juls no estaba allí. En un primer momento, me extrañó, pero luego me preocupé, aunque nunca fuese a reconocerlo. Llevaba casi dos años hablando con ella lo mínimo y no era porque no lo desease; con total seguridad era más cobarde de lo que realmente parecía. A pesar de eso, nadie la conocía como yo. Nadie. Era capaz de distinguir cada una de sus expresiones sin decirnos nada; podía apreciar su nerviosismo en su forma de morderse el labio inferior, su temor al ver cómo tensaba la boca al mismo tiempo que fruncía el ceño, esa impaciencia que anunciaban sus pies golpeando el suelo sin dejar de poner los ojos en blanco, cómo sus mejillas se sonrojaban constantemente, sobre todo, cuando tenía frío y se abrazaba a sí misma con fuerza, y su sonrisa… Fue lo primero que hizo nada más conocernos: sonreír; y desde entonces, no dejó de hacerlo. Ni un solo día. Daba igual dónde estuviese o qué estuviera haciendo, pero siempre tenía esa mueca irresistible dibujada en su rostro. Y creo que eso fue lo que me ganó… Porque aunque nuestra amistad hubiese durado solo eso, un segundo, una sonrisa ya habría sido más que suficiente para mí, ya habría merecido la pena. Y es que siempre pensé que la magia de la vida se encuentra en las cosas más simples, en esas que solemos pasar por alto o a las que no les prestamos la atención que se merecen, y a mí su sonrisa me salvó desde el primer día… Me salvaba del mundo. En todos los sentidos.

—¿Qué?, ¿nos vamos? —Ian me dio un codazo para traerme de vuelta de mis pensamientos y le sonreí como respuesta, colocándome el casco en la cabeza, justo cuando él arrancaba su moto y animaba al resto a hacer lo mismo.

—Oye, Matt, puedo ir contigo, ¿no? —Lena se acercó coqueta, sin parar de pestañear, deslizando sus dedos por el asiento de mi moto.

—Claro, sube. —Me quité el casco y se lo ofrecí; no me gustaba llevar a nadie detrás sin él, por lo que pudiera pasar. Habíamos vivido una adolescencia entre motos, haciendo locuras de todo tipo y ya habíamos visto y vivido demasiados accidentes, que aún dolían como el primer día. Aprendimos a base de golpes, nunca mejor dicho.

Lena se agarró con fuerza a mi cuerpo mientras aceleraba y nos fusionábamos con la oscuridad de la noche, iluminada por los faros de las veinte motos que nos dirigíamos a un mismo y único destino, a través de esas carreteras serpenteantes que conocía de memoria.

Poco después, aparcábamos en la zona trasera del náutico, donde mi abuelo creó un moderno y original pub con las mejores vistas del lago. Nos sentamos en varias de las mesas de la terraza, que contaban con unos cómodos sillones de mimbre, ya que el clima animaba a ello, y pedimos algo de beber. Iba a ser una noche tranquila, pero en solo unas horas, alguno se había bebido hasta los restos que iban quedando en las mesas próximas, ya sin gente.

—No estaría mal un bañito a estas horas… —soltó Manu, uno de nuestros amigos, como quien no quiere la cosa, dando un último trago de su copa.

—Podíamos ir a las rocas —le tentó Ian con gesto pícaro. Siempre que terminábamos en el lago, competían por ver quién saltaba desde la roca más alta. Competíamos.

—¡Dejaos de rocas! —Lena se cambió de sitio, acomodándose en el brazo de mi sillón, señalándolos con el dedo, acusadora—. No estáis en condiciones… ¡Ninguno!

—No es mala idea —añadí enigmático—. Eso del baño, quiero decir. ¡Me apunto! ¿A las piscinas?

El rostro de Ian cambió y unos minutos más tarde estábamos saltando la valla de una de las zonas deportivas, deshaciéndonos de las camisetas y los vaqueros y bañándonos en ropa

interior en una enorme piscina oscura, en la que solo se oían los gritos y el bullicio de los chicos saltando al agua.

—¿De verdad vas a regresar pronto a Roma? —me sorprendió Lena, entrelazando sus brazos alrededor de mi cuello.

—Quién sabe…

No quería hablar de eso. No quería pensar en ello, más bien. Así que solamente me dejé llevar y puse mis manos en su cintura, atrayéndola hacia mí cuando ella enroscó sus piernas en mi cuerpo y hundió su lengua en mi boca. Nos besamos, nos sumergimos, acariciándonos, tocándonos, abrazándonos, y nos volvimos a besar, fluyendo como el agua. Sin embargo, aunque mi cuerpo estaba allí, disfrutando junto a una amiga preciosa, a la que de verdad apreciaba, mi mente estaba lejos, deseando desaparecer y liberarme de eso que el destino me había asignado, de esa pesadilla que no había hecho nada más que empezar; recordando esos momentos por los que vivimos, borrando esos otros que nos lo prohíben, soñando con que esos besos pudiesen hacerme olvidar. A mí también…



Capítulo 4
Elaia

Si me llegan a avisar de que esa noche se iba a torcer toda mi existencia, me habría quedado en casa, con Julia, sin pensármelo. Pero soy así, ¡no me callo! No se me ocurriría nunca… Y menos aún, con un desconocido. No pensaba que la noche fuese a alargarse casi hasta el amanecer; de hecho, salí pensando en charlar un rato con nuestros amigos en el cruce y volver pronto a mi cama, donde estaba deseando regresar.

El día había sido una completa locura; en cuanto llegaba el buen tiempo, la sierra se llenaba de turistas ansiosos por disfrutar de la naturaleza, de unos días de descanso, de los paisajes de ensueño que nos rodeaban, de «no hacer nada». Y parecía que esa ansia les hacía perder la educación. Me había pasado toda la tarde y parte de la noche aguantando exigencias en el restaurante, respondiendo a órdenes de gente que ni siquiera conocía, carente de buenas palabras, de un simple «por favor» o un esperado «gracias». Aun así, había aguantado las ocho horas con mi mejor rostro. Todo para que el más famoso de nuestros locales continuase con esa buena reputación que le caracterizaba. Por ese motivo, en cuanto se me olvidaba eso de que «el cliente siempre tiene la razón», ahí estaba mi padre o mi tía para recordármelo; recalcándolo hasta cansarme, claro está. De ahí que hubiese sobrepasado mi límite para aguantar gilipolleces y exigencias.

Detuve la moto de mi prima en un camino de arena que, con el paso de los años, habíamos convertido en un improvisado aparcamiento, y me acerqué para saludar a todos los que se encontraban allí, sentándome en la valla de piedra de una de las casas que bordeaban la carretera, junto al resto, para unirme a la conversación.

—Elaia, ¿y Julia? No la he visto en todo el día. —Joel se levantó de su sitio para colocarse de pie frente a mí.

—Se ha quedado en casa. Ha tenido mucho jaleo y no le apetecía salir.

—¿Está en casa? ¡Genial! ¡Voy a verla! —exclamó, cambiando el gesto automáticamente.

—Mejor que no, Joel. Cuando me he ido, ya se había metido en la cama; estaba cansada, así que estará dormida.

—Ah, bueno… Ehm… —Su rostro volvió a mutar—. Mañana me pasaré por la clínica, entonces.

Le sonreí como respuesta. Joel me caía bien; llevaba años encargándose de la zona de la playa. Desde que él se puso al mando, aquel lugar despegó a toda velocidad y pasó de ser una preciosa orilla en la que bañarse o descansar, con un merendero para pasar el día, a una perfecta zona de baño con cualquier tipo de actividades acuáticas, tirolina, socorrista, chiringuito… Un verdadero reclamo para todo el mundo. Y él fue el responsable de ello. Su carácter, sentimental, parlanchín, abierto y amable, le llevaba a atraer gente nueva constantemente; personas que luego no querían marcharse de allí y se convertían en fieles clientes.

Me bajé de un salto del muro de piedra y me acerqué al aparcamiento, donde teníamos

varias bolsas con bebida, para coger un refresco. Fue entonces cuando ocurrió… A cámara rápida, como si hubiese sido un jodido *flash*. No lo vi venir, pero un coche oscuro, que se estaba adentrando en el camino, empezó a dar marcha atrás, sin esperarlo, echándose encima de mí, golpeándome con su parte trasera. Aunque creo que yo, del susto, lo aporreé con ambos puños con mucha más fuerza.

—Pero… ¡serás! —Me tragué una cantidad indecente de insultos al darme cuenta de que estaba hablando con unas luces de freno, encendidas y deslumbrantes, en medio de la nada—. ¡¿Estás ciego?! ¡Casi me matas! —Sí, exagerada soy un rato—. ¡¿Es que no miras por dónde vas?!

La puerta del conductor se abrió y un chico, ligeramente mayor que nosotros, con cara de susto, se bajó del vehículo frotando las manos por su rostro, con nerviosismo, apartando, después, el pelo ondulado y oscuro que caía sobre sus ojos.

—Perdona, perdóname… —se preocupó, acercándose demasiado, sujetándome por el codo—. ¿Te he hecho algo? ¿Estás bien?

—¡¿Cómo voy a estar bien?! ¡Casi me matas! —La reina del drama de nuevo. Sí, solo fue un toquecito; lo justo para que me liase a golpes con el coche, pero el susto no me lo quitaba nadie. Podría haber muerto de un infarto. Eso seguro.

—Bueno, lo siento, pero tampoco ha sido para tanto… Te he visto a tiempo. O sentido, más bien. Los golpes. En mi coche.

—¿Que tampoco ha sido para tanto? ¡Que tampoco ha sido para tanto dice! No, hombre, claro que no. Siempre podría haber sido peor…

—Bueno…

—¡Claro! Podrías haberme pasado por encima. Si quieres, me tiro al suelo y terminas el trabajo sucio.

—¿Que termine qué? —Apretó los labios, reprimiendo una sonrisa—. Me parece que te he dado un buen golpe en la cabeza, sí. Quieres… Si quieres, te acerco al hospital. ¿Puedes andar? —En esa ocasión, el que exageró fue él.

—Creo que te has dejado la gracia dentro del coche. —Le lancé una sonrisa sarcástica cargada de aversión—. Puedes meterte dentro a ver si está. Y si no la encuentras, márchate a buscarla. Lejos, por cierto.

—Entonces, ¿no quieres que te lleve al hospital? No estaría mal que te echasen un ojo a eso. —No sé a qué se refirió con «eso», exactamente, pero mi rostro le mostró que no me hizo ni pizca de gracia. Otra vez.

—No me subo a eso —recalqué con su mismo tono—, contigo, ni de coña. Antes me tumbaría en el suelo para que terminases el trabajo y me pasases dos veces por encima. Ya sabes… —Me di la vuelta con chulería, dejándole con la palabra en la boca, sin volver a mirar atrás.

—¡He intentado ser amable! Pero no nos hemos presentado… —gritó a mis espaldas.

—¡Tranquilo! ¡No hace falta!

Regresé con los míos, resoplando, maldiciendo por ese encontronazo, sintiendo los pasos del joven detrás de mí. Me senté en mi sitio, con indiferencia, sin mirarle ni un solo instante, dando un largo trago de mi bebida.

—¡Ey, Álex! ¡Has venido! —exclamó Joel al ver al chico acercándose a nosotros.

Podría decir que me sorprendió, pero no lo hizo en absoluto; Joel conocía a todo el mundo. Tendría que haberse dedicado a las relaciones públicas. Aunque, en parte, así era.

—Te dije que lo haría. Siento… Bueno, me he entretenido un poco. —Me dedicó una

mirada cómplice, que ignoré por completo.

—¡Anda ya! Acabamos de empezar la noche, ¿verdad? —se dirigió al resto—. Ven, que te presento a los demás.

Saludó uno a uno, tendiéndoles la mano a ellos y besando las mejillas de ellas hasta que llegó mi turno y Joel le reveló cómo me llamaba.

—Así que Elaia, ¿eh? —Me dio dos besos suaves, casi imperceptibles, y me obligué a izar la bandera blanca. Por Joel—. Bonito nombre.

—Así que Álex, ¿eh? —le imité—. Para mí, siempre serás el peligro público número uno. De hecho, creo que desde ahora te llamaré así.

—Me parece bien. —Cogió algo de beber de las bolsas y se sentó a mi lado, mientras los demás continuaban inmersos en una acelerada conversación—. Y… ¿de qué conoces a Joel?, ¿sois amigos desde hace mucho?

—Desde hace mucho, sí. Nos conocimos en el trabajo.

—¿Trabajáis juntos?

—Algo así —contesté, sin más, evitando darle explicaciones. Que hubiese firmado la paz, de manera temporal, no significaba que fuésemos a convertirnos en confidentes.

—Ya, algo así… Será divertido, entonces, porque yo también.

Se levantó con la misma rapidez que se había sentado y se fusionó con el grupo, algo que no era difícil, ya que siempre acogíamos con cariño a la gente nueva. Aunque Álex de nuevo no tenía nada, pero yo aún no lo sabía. Ese peligro público número uno llegó en el momento oportuno, como un verdadero y atractivo salvavidas en plena tormenta en el mar; ese que parece ayudarte a flotar, pero al que la fuerza de las olas acaba venciendo, arrasando con él y contigo sin piedad, hundiéndote a las oscuras profundidades sin remedio. Él era puro fuego y yo, como bien decía Julia, la persona que mejor me conocía del mundo, explosiva dinamita. Dulce dinamita, a mi parecer. Y ambos, juntos, nos convertimos en una irremediable, incomparable y explosiva mezcla. Incomparable e inolvidable.



Capítulo 5
Julia

Había sido una mañana horrible; otra, similar a la anterior, en concreto. Marco, mi compañero, estaba de vacaciones, así que me encontraba en la clínica veterinaria, echando más horas que de costumbre para poder cumplir con las suyas, con la única compañía de Vero, nuestra jefa, que no era la reina de la simpatía, precisamente, y la de los peluditos que entraban cada pocos minutos para amenizarnos la jornada. Estaba derrotada; iba a ser una semana demoledora.

Justo antes de salir para comer, cuando estaba recogiendo, recibí una llamada para cambiar mis planes de sofá, picoteo y lectura por otros más veraniegos.

—¡Hola! —voceó Elaia al otro lado del teléfono nada más pulsar el botón verde—. He quedado en la playa, ¿te apuntas?

—¿Ahora? —Miré el reloj antes de decidirme—. ¿Cuándo sales?, ¿o ya has salido? Pensaba que estabas currando.

—¡Qué va! Hoy estoy de tarde, así que me quedan unas horas libres para hacer maldades.

—¿Maldades?, ¿tú? —Me reí.

—Bueno, ¿vienes o no? Así podemos comer juntas…

—¡Claro! Había pensado pasarme por allí para ver a Joel esta tarde. Llevo días sin verle, así que me apetece bajar un rato. ¡Menuda mañana! Aburridísima… ¡Necesito conversación! —Cuando empezaba a hablar, no podía parar, aunque, en ocasiones, no tuviese claro lo que estaba diciendo. Y, ese día, mi conversación más interesante había sido con un bóxer de cuatro años que estaba ingresado, así que me podían las ganas.

—¡Genial! Dicen que hay socorristas nuevos…

—¡Guau! —respondí con ironía—. ¡Qué emoción! Me muero de ganas de conocerlos…

—¿Pasas por casa y vamos juntas?

—¿Así que era eso?, ¿me querías usar como taxista? —Soltó una sonora carcajada, lo que me demostró que había acertado con sus intenciones.

—¡Qué va! Podría llamar a Álvaro, pero sabes que siempre prefiero ir contigo —murmuró cautivadora y me la imaginé aleteando las interminables pestañas que cubrían sus ojos azules y sacudiendo su melena pelirroja, otorgándole un aspecto angelical. Y lo cierto es que Elaia tenía un cero por ciento de maldad en su metro sesenta de altura, así que no pude hacer otra cosa que no fuese sonreír.

Pasé por casa para recogerla y aproveché para darme una ducha rápida y librarme del calor que se pegaba a mi piel, sin meterme debajo del agua hasta completar el ritual, que consistía en encender la radio y dar con una canción que me gustase, cambiando de emisora hasta encontrarla. Podría poner mis favoritas en el teléfono, directamente, pero no sería tan divertido y… ¡me perdería los ingeniosos comentarios de los locutores! Me quedé con *De cero a cien*, el último temazo de Santos, el cantante del momento, y antes de que pudiese darme cuenta, estaba acelerando rumbo a esa idílica cala que se había convertido en nuestro segundo hogar, esa

que estaba a los pies del restaurante familiar y donde pasábamos cada tarde cuando tenía un horario de trabajo normal. No como esos días…

Descendimos por las zigzagueantes carreteras que bordeaban el río desde arriba, sobre las impresionantes y vertiginosas paredes, totalmente verticales, de la montaña, hasta su parte más baja, donde aparcamos y una empinada escalera nos separaba de esas aguas cristalinas a rebosar de gente. Jóvenes saltando desde las rocas más altas, adultos navegando en kayaks, niños tirándose por los toboganes de los hidropedales, otros jugando en la arena… Pero todo el mundo disfrutando del clima veraniego que había llegado para quedarse.

Nos acercamos hasta la pequeña caseta de madera de Joel, donde se gestionaban las actividades y el alquiler del material, ubicada en uno de los laterales, frente a un merendero con algunas mesas. Nuestro amigo sonrió al vernos aparecer sin avisar y terminó de atender a varios clientes antes de centrarse en nosotras.

—Hola, preciosas. —Se arrimó para saludarnos y dejó caer un beso despistado en mi mejilla.

Joel y yo éramos amigos, ante todo, pero desde que nos habíamos enrollado por primera vez, una noche, tras una intensa fiesta con más alcohol del que podríamos recordar, nos habíamos acostado en varias ocasiones. No siempre… Solo cuando nos apetecía. Sin ataduras ni compromisos. Y ambos teníamos muy claro que lo más importante para los dos era eso: nuestra amistad.

—¿Qué? ¿Cómo va el empresario? —dije con guasa.

Él era muy reacio a esos temas. De hecho, pensaba que el negocio iba a ser algo temporal con lo que ir saliendo adelante y se convirtió en el auténtico boom de la zona.

—Pues ya me ves… No tengo ni un solo segundo del día para descansar. Iba a llamarte ayer, pero me dijo Elaia que ya estabas dormida. ¿Nos vemos luego?

—Nos vemos luego.

—¡Sí! ¡Os veis luego! —Mi prima me agarró de la mano, casi arrastrándome por la arena —. Ahora vamos a tomar el sol un rato…

—A ver si consigo que Casper coja algo de color —bromeé refiriéndome a ella, ganándome una mueca como respuesta. En cuanto llegaba el verano y me ponía más morena que Elaia, algo que solía ocurrir con facilidad, siempre, por mi tono de piel, solía burlarme de ella con ese cariñoso mote. Sobre todo, por el color de sus ojos, que compartía con el mítico y adorable fantasma.

Nos hicimos un hueco en la arena, junto a la orilla, quedándonos en bikini mientras esperábamos al resto de nuestros amigos. Estábamos hablando sobre cualquier cosa sin importancia, relajándonos, tumbadas boca abajo, con la música de fondo, cuando alguien se coló en nuestra conversación.

—Perdonad. —Carraspeó una voz grave a nuestros pies—. No podéis tumbaros aquí. Estáis… estáis cortando el paso.

Elaia y yo nos giramos y miramos al joven, alzando las cejas casi hasta el pelo. El socorrista de la playa, vestido con el típico uniforme, con un bañador rojo y una camiseta blanca con el logo y su puesto escrito en el mismo color, apretó los labios, conteniendo una sonrisa.

—¿Cortando el paso de qué? —La hostilidad que mostró mi prima se manifestó en su tono de voz y, entonces, me di cuenta de que me había perdido algo. Ella no solía ser así de borde. No por norma general.

—De los patines, los kayaks, las tablas, de todo… —Señaló la pequeña rampa que había frente a nosotras para facilitar su acceso al agua y se colocó en cuclillas a nuestro lado,

peinándose con los dedos los rizos oscuros que caían sobre sus gafas de sol.

—¿Así que tú eres el nuevo socorrista, Álex? Pensaba que trabajabas con Joel… —Elaia cambió de tema, relajando los brazos sobre sus rodillas, con chulería.

—Trabajo con él. Al menos, a su lado, ¿no lo ves? —Su mirada se dirigió hacia la caseta —. Yo también pensaba que tú trabajabas con él. Me he llevado un chasco esta mañana cuando he llegado y no te he visto por aquí. —Se quitó las gafas, colocándolas sobre el pelo, y continuó observándonos sin perder la simpatía.

—Pues aquí estoy —respondió ella, elevando las palmas de las manos—. En mi momento de descanso; más que merecido, por cierto, pero es que lo bueno se hace esperar.

—Vale, ehm… Ya. —Se quedó pensativo unos segundos—. ¿Podríais cambiaros de sitio? —insistió—. No querrás que me despidan en mi primer día…

Sabía que nos estaba vacilando. Siempre, durante años, nos habíamos colocado en ese mismo sitio. O, al menos, en esa zona. Por eso, no comprendía qué ocurría entre esos dos, así que me esforcé por no perderme detalle.

—Pues la verdad es que no. No quiero que te despidan, pero tampoco vamos a cambiarnos —sentenció con firmeza y sin pensárselo dos veces, se quitó la parte de arriba del bikini, dejándola caer a su lado. Los ojos del socorrista trataron de desviarse hacia sus pechos, pero pareció controlarlos y dejarlos fijos en los ojos de mi prima, frunciendo el ceño con un gesto divertido—. Ya estamos muy bien colocadas. Pero no te preocupes, si necesitan pasar por aquí, el jefe, Joel, tu amigo, se acuesta con ella. Así que nos avisa, con total confianza.

Le di un manotazo en el brazo por su comentario, pero ella continuó con su conversación, sin prestarme atención.

—Eres pura simpatía. Algo así como un pequeño demonio de Tasmania —añadió él. Contuve la carcajada que amenazaba con salir de mis labios; no podía creerme que hubiese encontrado un mote mejor que el mío—. Pero si te atropellan al pasar, no vengas a pedirme ayuda.

—¡¿Qué me has llamado?! —Su gesto cambió, transformándose, a punto de convertirse en dicho animal.

—Nada. Solo decía que eres un encanto.

La tensión se podría cortar con un cuchillo, pero ellos no apartaban la vista. Yo ni me movía, por si acaso, intentando pasar desapercibida.

—Gracias por preocuparte, pero suelen atropellarme los conductores incívicos, no los hidropedales. Tienen mucho más peligro los coches, ¿no crees?

—Sí, muchísimo más —le dio la razón sin escucharla—. Lo que decía, puuura amabilidad.

—Lo sé. Soy una caja de sorpresas.

Elaia se tumbó de nuevo en la toalla sin volver a mirarle y yo me encogí de hombros sin entender muy bien, aún, de qué iba todo aquello. Álex, como se suponía que se llamaba el chico, se levantó y se despidió de mí con un movimiento de mano. Era guapo a rabiar… Tenía un cuerpo atlético, señal de que hacía deporte, y unas ondas rebeldes y oscuras como cabello, que caían indomables sobre su rostro y que apartaba constantemente, peinándolas hacia atrás con los dedos; además de una mirada oscura, pero risueña, que denotaba amabilidad. Y ese uniforme… No sé qué tienen los socorristas, pero no es nada bueno. O sí.

—¿Qué ha sido eso?, ¿de qué le conoces? —Me incorporé para cuestionarla en cuanto vi que el chico se alejaba.

—Es amigo de Joel; estuvo ayer en el cruce y… ¡casi me mata!

Empezó a contarme la historia, dramatizando, sin dejarse ni un solo detalle, y la escuché con toda mi atención puesta en lo ocurrido hasta que mis ojos se desviaron, imantados, hacia una silueta que me resultaba familiar. No me lo podía creer…

Él nunca bajaba por allí. O sus amigos nunca lo hacían, pero él siempre iba por libre, aunque, en realidad, estuviese fuera de la zona delimitada, al otro lado de las vallas de las instalaciones. Le vi sentado en una de las rocas, en un lugar elevado, junto a unos adolescentes que saltaban, haciendo acrobáticas y peligrosas piruetas, con la mirada perdida en el agua. Me puse nerviosa al verle tan cerca, pero tan lejos… recordando todo lo que habíamos sido, entristeciéndome por no serlo. Observó los chapuzones de los chavales y en el trayecto de su mirada, esta se encontró con la mía. Tragué saliva por el impacto que supuso volver a cruzarme con sus ojos grises, esos que en su día comparaba con el mismísimo océano y que ahora parecían dos bloques de hielo. En ese instante, sus labios se curvaron al verme y los míos les imitaron, saludándonos con un leve movimiento de cabeza, pero volvió a su postura inicial rápidamente para continuar estudiando el lago.

Seguí analizándole con disimulo, desconectando del discurso de Elaia sin darme cuenta, preguntándome qué le había llevado hasta allí y, sobre todo, qué pasaba por esa cabeza. Matt no era una persona que pensara demasiado las cosas; era impulsivo, enérgico e imprevisible, justo lo contrario a la sensatez y la tranquilidad, a la imagen que transmitía allí sentado. O así era dos años atrás, cuando empezamos a distanciarnos. Sentía que ya no conocía a esa persona; no obstante, lo que nos unió había sido lo suficientemente fuerte como para que me muriese de ganas de acercarme, preguntarle cómo estaba y si todo iba bien, abrazarle y que su perfume volviese a impregnar mi ropa, mi piel… Pero yo era la parte racional de aquella historia, siempre lo había sido, y eso no iba a cambiar. Al menos, no de momento.



Capítulo 6

Matt

Siempre había tenido claro que la vida era algo fácil, una tarea sencilla que, continuamente, nos empeñábamos en complicar. Algo tan simple como vivir con intensidad, como acumular miles de aventuras y momentos, esos por los que vivimos, esos que hacen que todo merezca la pena y que ni siquiera tienes tiempo de fotografiar, esos en los que el reloj detiene sus manecillas. Y es que la vida se mide en instantes, en abrazos inesperados, en gemidos, en una taza de chocolate caliente una tarde de invierno, en un baño entre amigos una calurosa noche de verano, en hacer lo que realmente sientes cuando lo necesites, en lanzarse desde un acantilado y terminar lleno de cicatrices, acumulando experiencias, coleccionando momentos inolvidables. Como esos jóvenes que saltaban al agua desde las rocas, cerca de mí, alejados de la zona privada de la playa y de la vigilancia del socorrista, justo lo mismo que yo solía hacer a menudo con los míos. Los contemplé durante horas, en silencio, desconectando del mundo, de la realidad, con el teléfono fuera de cobertura en aquel recóndito lugar hasta que la vi, hasta que mis ojos se encaminaron hacia su toalla entre la multitud. Y, entonces, ocurrió. Su magia. Su sonrisa. Esa que tenía grabada desde hacía veinte años y que ganaba el pulso a mi dolor. Porque hay conexiones con determinadas personas que no desaparecen por mucho tiempo que pase, conexiones que pueden durar un segundo y te hacen olvidar varios años de existencia. Y yo, en aquel instante, había olvidado qué hacía allí, por qué había vuelto o el motivo por el que nos distanciamos. Pero ella dibujó esa tímida mueca en sus labios y todo volvió a adquirir sentido, a ocupar su lugar, al menos por unos segundos.

Me centré de nuevo en el agua, en las carcajadas de la gente, en sus baños, y suspiré al dejar que los recuerdos entrasen en mi mente de forma efímera y punzante, pero gratificante, como si estuviese viviéndolos una vez más, como si no hubiese bajado hasta allí con la única esperanza de verla entre la multitud. Los años en los que estuve intentando vivir mientras me perdía a mí mismo, al buscarla entre nuestros recuerdos, arrasaron con todo a su paso. Y es que quisimos ir demasiado lejos viviendo sin frenos hasta que esa noche que quería borrar marcó nuestra existencia y partió nuestros mundos.

Hacía casi veinte años que nos habíamos conocido y pasábamos cada día juntos, a todas horas. Solo nos bastaba un grito a través de la ventana para cruzar la verja que separaba nuestras casas, cuya puerta estaba siempre abierta, y jugar a cualquier cosa que se nos ocurriese, que por aquel entonces eran muchas. Nos olvidábamos del reloj y de los deberes; solo pensábamos en jugar, en cualquier momento del día, pero estábamos en la edad para ello.

Una tarde, cuando Giulia y yo teníamos doce años, Julia diez y Elaia ocho, nos juntamos con el grupo de los mayores, con los que ya por aquel entonces nos encantaba mezclarnos para sentirnos más maduros de lo que realmente éramos. Pero… ¡¿qué creían?! Ni siquiera ellos lo eran. Ese día, al ver la moto de Álvaro aparcada junto a la valla de una parcela cercana a la nuestra, nos adentramos en una de las muchas casas abandonadas que había en la sierra, con la

intención de espiarlos, de ver qué estaban haciendo allí. Para nuestra sorpresa, estaban bebiendo, en círculo, entre escandalosas carcajadas y con la música a todo volumen sonando en un viejo altavoz que llevaban siempre a cuestas. Estaban jugando al mítico juego de la botella y aunque nos esforzamos para que no nos viesen, nada más llegar, nos cazaron vigilándoles a través de una de las ventanas rotas.

—¿Qué?, ¿queréis jugar o qué? —cuestionó uno de ellos, entre risas.

—¡No te pases ni un pelo, tío! Son mi hermana y mi prima… —protestó Álvaro, con cara de pocos amigos. Por aquel entonces, con sus dieciocho recién cumplidos, ya era muy protector con ellas.

Nos sentamos, únicamente, para ver cómo hacían girar la botella, cómo se besaban entre ellos, unos con otros, con esa timidez camuflada en seguridad que te otorga la adolescencia, hasta que otro volvió a centrar su atención en mí.

—Tira tú, a ver con quién te toca.

No sé si lo hice por curiosidad, porque de verdad me apetecía o por integrarme, por caerles bien y no defraudar. Tal vez, fue un poco de todo. El caso es que giré la botella de refresco con fuerza y creo que mi cara de decepción se vio desde lejos cuando acabó apuntando a Giulia. Le di un pequeño impulso adicional con el pie para que pasase al siguiente y el rostro de Juls me analizó, desconcertado.

—No puedes cambiar. Te ha tocado con ella —me explicó el chico, con seriedad.

—No puedo besarla; es mi hermana —me quejé, sintiendo cómo mi voz me hacía diminuto.

—¡Tiene razón! Eso es asqueroso hasta para vosotros —me apoyó una de las chicas, señalando a varios de ellos, que se encogieron de hombros—. Besa a Julia, entonces.

Juls y yo nos miramos fijamente a los ojos unos segundos, que se hicieron eternos, bajo el ceño fruncido de Álvaro, que supongo que no dijo nada porque su hermana no estaba metida en el ajo. Después de todo, Julia era su prima, era solo un beso y él estaba presente para hacerme picadillo, como me amenazaría más adelante en más de una ocasión. Nos acercamos al centro del círculo y sin pensarlo más, uní mis labios a los suyos. Fue fugaz, más rápido de lo que nunca hubiese imaginado, pero en el instante que duró aquel beso, un escalofrío incesante recorrió mi cuerpo; sobre todo, al sentir sus intensos ojos castaños perdiéndose en los míos mientras nuestras bocas se estaban acariciando. Fugaz, pero eterno. E inocente.

Continuamos allí casi una hora, observando cómo seguían jugando, cómo hacían botellón en aquella inmensa mansión, entre sus paredes derruidas; esas que esconderían una historia inimaginable del pasado.

Julia y yo no hablamos más aquella tarde. Nos miramos con timidez varias veces, pero, rápidamente, nuestros ojos se alejaron. Regresamos a casa en silencio, recordando ese cosquilleo que rodea esas primeras veces. Mi hermana y yo acompañamos a Elaia y a Juls a sus casas, en silencio, bajo los comentarios de esta y de Giulia, que no paraban de hablar. Nunca. Y nos despedimos con una mueca sonriente, la misma que me regaló esa noche desde su habitación, justo antes de apagar la luz para dormir, esa que me regalaba cada día, pasase lo que pasase.

Aquel fue nuestro primer beso, pero hubo más, muchos más, y recordaba lo que sentí con cada uno de ellos, el momento exacto en el que se produjeron, el olor de su perfume o las palabras que pronunciamos. Aquel fue el primero; el primero y el más especial.

…

Regresé, ensimismado, de aquellos recuerdos, contemplando el agua cristalina, con tonos verdosos por el reflejo de los pinos que la rodeaban, y me levanté de un salto, evitando darle más

vueltas. Caminé por un empinado sendero hasta el aparcamiento y cogí la moto para conducir sin rumbo durante el resto de la tarde. Estaba esquivando el momento y en cuanto llegué a una zona más alta de la montaña, esa parte en la que se recuperaba la cobertura, mi móvil dio fe de ello. Recibí varios wasaps y mi teléfono empezó a sonar sin control, pero lo ignoré por completo hasta que cambié de opinión y me dirigí a esa casa familiar que me había visto crecer. Paré el motor en la puerta del terreno y caminé distraído por el jardín hasta la moderna casa de dos pisos que lo presidía.

—¡Matteo! ¿Dónde te has metido? Llevo toda la tarde llamándote. —La preocupación en la voz de mi madre inundó la estancia en cuanto crucé la puerta de entrada.

—Estaba en la playa, ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

—¿En la playa? —cuestionó, como si le pareciese extraño que pisara ese territorio prohibido. Asentí, sin más—. Tenemos que hablar…

Cogí un refresco de la nevera y me senté en la encimera, justo cuando mi hermana se unía a la tertulia. O eso parecía.

—¡Ey, Mattu! No sabía que estabas aquí —me saludó, quitándome la lata de las manos y dando un largo trago—. Me marcho; he quedado con Lena para ir al pub.

—Tenemos que hablar —le dijo mi madre con gesto serio.

—Luego, ¿vale? Llego tarde. Además, ya sé lo que vas a decirme. En cuanto venga… Te lo prometo. ¡Te quiero! —Giulia puso cara de satisfacción al evitar la charla que esperaba y desapareció rápidamente, sin darle tiempo a contestar.

Mi madre cogió una silla de la cocina y se sentó frente a mí.

—¿Ves? Esto es a lo que me refiero… Antes de que llegaras, le pedí unas mil veces que echase una mano a Óscar con el pub, pero es como si oyese llover. Se pasa allí las tardes, hasta las tantas; eso sí, disfrutando… Cero responsabilidades.

—¿Y qué quieres que haga yo, mamá? —desistí.

Giulia siempre había sido así, una cabra loca. Le encantaba vivir y cuando le pedían que se comportase como una adulta, se escaqueaba como si aún tuviese quince años.

—Necesito que me ayudes con todo esto, Matteo. Cuando te pedí que volvieses era porque… Bueno… —se tragó la realidad, ligeramente avergonzada—. Yo sola no puedo y no quiero acabar destrozando eso por lo que el abuelo ha luchado tanto. Además, siempre quiso que cuando él ya no pudiera, tú… —Se quedó en silencio unos segundos y nos miramos a los ojos, sabiendo que muchas de las explicaciones sobraban entre nosotros—. No quiero pedirte que te quedes aquí y dejes tu vida en Roma de lado, que abandones lo que has estudiado, tu pasión. No puedo… Solo quiero que estés por aquí unos meses, echándome una mano hasta que podamos acostumbrarnos a la nueva situación y contratemos a alguien que levante todo esto. —Su tono de voz me demostró que se sentía desbordada.

Mi madre llevaba veinte años trabajando en la empresa de mi abuelo, encargándose de los alquileres de las casas, bajo el mando de su padre. Sin embargo, desde que él había tenido que dejar su trabajo, parecía que el club náutico Costa y las casas rústicas le quedaban grandes. Personalmente, sabía que podía con todo aquello, pero necesitaba acostumbrarse.

Resoplé, agobiado, sin saber muy bien qué responder.

—Tranquila. Yo… quiero estar aquí. —No encargándome de mantener el imperio de la familia ni de vacaciones, con mis amigos, sino allí, con él, con mi abuelo, por lo que pudiera pasar—. De momento, me quedaré todo el verano, ¿vale? —Ella asintió, conforme.

¿Mi abuelo quería que me encargase del club cuando él no pudiera? Lo dudaba… Por lo menos, no era lo que recordaba de una de nuestras conversaciones. Acabábamos de comer y

estábamos sentados en la mesa del jardín, a la sombra, bajo la copa de un enorme pino que se alzaba frente a la casa.

—Deberías pasar menos tiempo con esa chica —soltó, de pronto, cuando vio que la saludé con un movimiento de mano a través de la valla.

—¿Con Julia? —Asintió.

—Me parece increíble lo que han hecho. Después de todos los años de amistad que llevamos a nuestras espaldas, nos han dado la puñalada. No se puede caer más bajo… Pretenden arruinarnos para subir como la espuma. Nunca más serán bienvenidos en esta casa. Ni en mi náutico.

—*Nonno*…

—Si hubieran hecho las cosas bien, todo habría sido distinto; no se habrían asociado con nuestro máximo rival, que ya nos está quitando decenas de visitantes cada día, miles cada temporada, ni se habrían instalado con ellos… Para mí, está todo dicho; cambiaría esa valla por un enorme muro de ladrillo sin dudar.

—No creo que Julia tenga nada que ver con eso.

—Es su familia, hijo; cualquier cosa que hagan tiene que ver con ella. ¿Sabes cuánto le costó a mi padre levantar el club? No puedo permitir que venga esta gente y quiera tirar nuestro trabajo por la borda, riéndose en nuestra cara, como si pudieran restregarnos que van a construir un prestigioso restaurante, con la fama que tienen en el mundillo, sin pensar en nosotros, en cómo puede afectarnos o hundirnos su decisión. —Estaba enfadado y decepcionado como nunca. Yo, al menos, jamás le había visto así con nadie—. Lo mejor que puedes hacer es ir a estudiar a casa, poner tierra de por medio… —dictó como si lo nuestro fuese una relación que podía cortar sin más—. Créeme, si no lo haces, te arrepentirás; son experiencias que solo se viven una vez en la vida, en la universidad, y si no lo pruebas, siempre te preguntarás cómo habría sido.

Mi mente empezó a fantasear con la idea de vivir en Roma, de regresar a mis orígenes; lo que no sabía era que acabaría tomando la decisión para huir, gracias a la insistencia de mi abuelo y a mi impulsividad, después de lo que sucedió esa noche que deseaba olvidar y que cambió mi vida para siempre, esa en la que lo único que quería era desaparecer.

—La verdad es que me gustaría, pero…

—Nosotros estaremos aquí cuando vuelvas. —La ilusión en su mirada me hizo estremecer—. Y tus amigos también… Yo mismo te compraré los billetes cuando quieras venir a visitarnos.

Aquella fue la primera vez que le escuché hablar así sobre nuestros vecinos, sus antiguos amigos, esos con los que había compartido tanto y que trató como si fueran parte de su familia. Pero hubo muchas más y en las que dijo palabras más duras, como las que oí esa misma noche, mientras él hablaba con mi madre en la cocina, ajenos a que acababa de volver a casa y me encontraba justo en la puerta de entrada.

—Es algo que me supera, Bianca —comentó él, continuando con su conversación, cuyo inicio me había perdido.

—Lo sé, papá.

—No sé cómo Juan ha podido traicionarnos de esa manera. Ni siquiera me habló de sus intenciones y ya están a punto de inaugurar su dichoso restaurante.

—He oído que abrirán la semana que viene. —Mi abuelo resopló con las noticias.

—Solo espero que Matteo deje de juntarse con esa familia porque si su amistad con esa chica sigue más allá y terminan juntos, prometo sacarle del testamento. Ni un solo céntimo de nuestro dinero irá a parar a esa gente…

Fue entonces cuando comprendí que iba en serio, que no había nada que hacer, que no volverían las cenas junto a los Riva, las comidas con ellos o las charlas infinitas entre risas. Cada vez que lo escuchaba o pensaba en ello, las náuseas recorrían la boca de mi estómago porque Juls era una de las personas más importantes de mi vida y por aquel entonces no podía ni quería imaginar mi vida sin ella.

…

Me levanté lentamente y le di un beso tranquilizador en la mejilla. Las había echado mucho de menos. A ambas. De haber pasado una vida entera con ellas, sin despegarnos para nada, a juntarnos un par de veces al año, en visitas exprés, había un abismo. No obstante, después de tanto tiempo, me había acostumbrado a vivir solo, así que nada más llegar, escogí una de las casas de madera del recinto, la misma en la que había vivido mi abuelo hasta que mi madre, mi hermana y yo nos mudamos a la sierra, y decidí que aquel se convertiría en mi hogar durante los próximos meses. Era la más alejada del club y de la entrada, así que estaba ubicada en una zona silenciosa, apartada, rodeada de frondosos árboles y con unas vistas sobre el agua que quitaban el aliento.

Salí de la cocina, me dirigí al salón, la estancia principal y más grande de aquel chalé familiar, y me encontré con esa silueta que me removió por dentro. Estaba junto a la ventana, con la mirada perdida en el paisaje, en las copas de los pinos que se mecían suavemente con la brisa del atardecer, en las luces azuladas de la piscina que se adueñaban del entorno, en cualquier punto fijo del exterior, con su fiel compañero de cuatro patas a sus pies. Me senté en el brazo del sillón, justo a su lado, y sonreí con una mezcla de ternura y tristeza incomprensible. Él había sido mi figura paterna, ese al que siempre quise imitar, al que admiraba por encima de cualquier cosa, al que adoraba como a nadie. Y ver cómo se apagaba poco a poco era algo difícil de asimilar. Tan difícil como doloroso.

—¡Eh, *nonno*! ¿Cómo estás? —le pregunté con cariño, posando mi mano en su hombro —. Te veo bien. Pareces un chaval…

Giró el rostro y sus ojos grisáceos, idénticos a los míos, se iluminaron al encontrarme allí.

—¡Hijo! —Puso su mano sobre la mía—. Estoy un poco cansado. He estado todo el día en la villa, con mis hermanos, trabajando en los viñedos.

—¡¿No me digas?! —exclamé con una sonrisa fingida—. Cuéntame eso.

—Ha… ha venido Gabriella. —Al escuchar ese nombre, mi corazón recibió un fuerte pinchazo—. Hemos estado paseando y nos hemos tumbado bajo el sol, pero ha aparecido mi padre y he tenido que ir a ayudarle. Creo que se ha enfadado un poco…

Siguió contándome aventuras durante unos minutos, en los que me habló emocionado mientras yo le escuchaba con atención, evitando perderme cualquier mínimo detalle, deseando guardarme aquellas historias para siempre. Aprendiéndomelas de memoria. Esas historias del pasado que seguían estando más vivas que nunca; esas que, para él, habían sucedido esa misma mañana y a mí me costaba tanto oír, aunque lo hiciese con una sonrisa sincera, pero triste. Demostrándome que hay amores, relaciones o personas muy difíciles de olvidar, que se aferran al corazón para continuar existiendo, para seguir brillando un poco más, para disipar la neblina que se adueñaba de su mente por momentos.

Eran muchas las ocasiones en las que me había contado su historia de amor con mi abuela, esa amistad que comenzó en la infancia, que perduró en el tiempo y, únicamente, terminó cuando ella falleció; una que podría haber servido de ejemplo para una de las mejores películas románticas de Hollywood. Siempre había pensado que la mejor forma para medir cuánto quieres a alguien es perdiendo a esa persona. Porque cuando la tienes a tu lado cada día, por costumbre,

piensas que debe estar ahí, que ese es su sitio y que no es algo que se escoja cada mañana y que hay que cuidar con cariño, para que crezca y se intensifique con el paso de los años, como ellos me enseñaron. Y así, perdiéndola, podrías ser consciente de cuánto te importa, de cuánto la necesitas o la amas, pero no… Si realmente quieres a alguien, no te permites perderlo. Luchas, a todas horas, para que desee estar a tu lado. O, al menos, lo intentas. Yo no lo hice. Me aparté. Me resigné. No fui valiente, aunque lo pareciese, y ahora solo me quedaba ver cómo otro se esforzaba para que fuese feliz; era otro el que la besaba, el que se colaba en sus sueños… Mientras yo guardaba en mis labios nuestro último beso, en silencio, tragándome un «te echo de menos» cada vez que nuestros ojos se cruzaban de manera fugaz. Era lo único que me quedaba… Por eso, estaba deseando marcharme de allí cuanto antes.



Capítulo 7
Álex

Para haber sido mi primer día, no había estado nada mal. Había tenido varios encontronazos con un grupo de jóvenes que se lanzaban al agua de cabeza desde varios metros de altura, sin tener en cuenta que nos encontrábamos en una zona montañosa, con un lago repleto de rocas con las que abrirse la cabeza y cuyo fondo estaba lleno de árboles en los que enredarse. Unos inconscientes… Lo sabía. Unos años atrás, yo mismo estaba en su situación, saltando desde esas piedras, haciendo unas piruetas que cortaban la respiración de los socorristas de turno, pero ahora lo veía desde el otro lado. Desde el responsable, supongo. Con mis treinta y dos años, ya era lo suficientemente maduro como para saber el peligro que conllevaban sus locuras. Más que nada porque me había tocado vivirlo algunas veces en mi propia piel y ser yo quien rescatase a varios imprudentes como aquellos. Suponía que con la edad, todo se veía de manera distinta… Todo.

Recogí mis cosas, me despedí de Joel por unas horas y subí las escaleras hacia el aparcamiento. Había veraneado allí durante mi infancia, con mis abuelos, pero llevaba demasiados años sin pisar aquel lugar. Aun así, en cuanto Joel me llamó para avisarme de que buscaban socorristas, no lo dudé. Trabajaría a turnos, rotando entre la playa y unas piscinas cercanas, situadas en aquella zona baja de la urbanización, rodeadas de unas impactantes vistas con las paredes de la montaña alzándose sobre ti. El trabajo perfecto para desconectar unos meses, durante el verano, y poder pensar y aclararme. Lo necesitaba de verdad. Más que nunca.

Me subí al coche, encendí la radio y conduje, tarareando las canciones que sonaban a través de los altavoces, hasta que vi a una persona caminando por la calzada, dando patadas a las piedras que se colaban en esta, apartándolas hacia un lateral, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón vaquero corto, con varios de sus hilos sueltos, cayendo sobre sus piernas. Reconocí su figura en cuanto la aprecié en la distancia, con esa melena larga y naranja atada en una coleta, que se movía de lado a lado con sus pasos, que más bien parecían pequeños saltos. Ralenticé la marcha cuando me acerqué y bajé la ventanilla.

—Chsss, chsss —chisté—. Pequeño gremlin, ¿acaso no sabes que hay que andar por la izquierda de la carretera? Con los coches de frente.

El rostro que puso al llamarla así me hizo sonreír.

—¿No era…?, ¿no era el demonio de Tasmania? —Elaia protestó, indignada, sin mirarme, con tono de pocos amigos.

—¡Venga ya! ¿No te habrás enfadado por eso? ¡Es que mira qué humor te gastas! Me lo estás poniendo muy fácil… —Continuó andando, sin apartar la mirada de la carretera—. En serio, deberías ir por el otro lado.

—Tranquilo. Todavía es de día, así que pueden verme bien.

—No es para que te vean, aunque dado tu tamaño, lo dudo mucho; es para que tú puedas verlos a ellos.

—Tranquilo —repitió sin prestarme atención—. A los tíos como tú se les ve venir desde

lejos. Incluso de espaldas.

Me tragué una carcajada. Otra vez. Miré por el espejo retrovisor, comprobando que no estuviese entorpeciendo el camino a nadie y al ver que así era, continué con una marcha lenta.

—Sube, anda, que te llevo.

—Gracias, socorrista —murmuró con retintín—, pero no hace falta. Voy aquí al lado.

—Soy nuevo —mentí—, pero creo que por aquí cerca no hay nada. Solo intento ser amable.

—Ya he visto que eres muy majo, sí —siguió con el mismo tono—. Pero no hace falta. —Sus labios parecieron curvarse. Por primera vez.

—Insisto…

Me miró a los ojos y me quité las gafas de sol, colocándolas sobre mi pelo, para devolverle un gesto cómplice. Abrió la puerta, aún dubitativa, y se dejó caer en el asiento del copiloto, condescendiente, girándose para analizarme.

—Cuando era pequeña mis padres me repetían mil veces que no me subiese en el coche con desconocidos, ¿a ti no?

—No soy un desconocido, me llamo Álex Ferrer y soy el nuevo socorrista de la playa. Creo que ya nos hemos visto en alguna ocasión, ¿no? Abróchate el cinturón —le pedí antes de acelerar para que no pudiese arrepentirse—. De todas formas, te lo seguirán repitiendo, supongo —bromeé, centrándome en la carretera—. Porque no veo que hayas crecido mucho…

—Qué gracioso. —Se ató el cinturón, a su ritmo, retándome con la mirada—. Bueno… Mejor eso que ser una especie de *viejoven* en peligro de extinción.

—¿*Viejoven*? No soy tan mayor… Pero sí, tal vez, mi especie esté a punto de extinguirse. Quedamos pocos… —Guiñé un ojo, burlón.

—No es cuestión de edad ni de números, es la actitud. Y tú eres un auténtico coñazo, en serio.

—Tampoco nos conocemos tanto. Si lo hicieras, te sorprenderías —sentencié, sonriendo con los ojos—. ¿Cuántos años tienes?

—¿Te interesa? —respondió mostrando su parte más borde. Una vez más.

—Si te estoy preguntando, supongo que sí, ¿no?

—Veintidós —farfulló, mordiéndose el labio, esperando una contestación por mi parte—. ¿Y tú?

—Alguno más.

—Lo que decía. Cuestión de actitud —añadió, acomodándose en su sitio.

—¿Dónde te llevo?

—Al veterinario. —Iba a hacer otro comentario gracioso, pero me advirtió con ojos amenazadores que podía ahorrármelo.

—¿Al veterinario?, ¿trabajas ahí?

—No, he quedado con Julia.

—¿Con tu amiga?, ¿la que se ha marchado corriendo de la playa? —pregunté, tratando de ser amable mientras cambiaba de dirección y me dirigía al nuevo destino.

—No es mi amiga, es mi prima. Y se ha tenido que ir, tenía una urgencia.

—Podías habérmelo dicho. Te hubiese llevado encantado y te habrías ahorrado una caminata.

—Tampoco nos conocemos tanto —repitió mis palabras con una sonrisa triunfal—. Íbamos a bañarnos cuando un amigo le ha comentado que había entrado una urgencia en la clínica veterinaria donde trabaja. Era importante. Y yo me he quedado con Joel, pensando que

terminaría pronto, pero ya ves… Además, tampoco hay tanta distancia hasta allí.

—Si tú lo dices…

La observé de reojo mientras ella contemplaba el paisaje a través de la ventana, susurrando, con ritmo, la letra de las canciones que sonaban en la radio. A simple vista parecía un huracán, pero así, relajada, se mostraba como un volcán a punto de entrar en erupción. Peligrosa, pero en calma. No solo tenía carácter, sino que, además, contaba con un aura de rebeldía que iluminaba su mirada, rodeándola, convirtiéndola en indestructible. Eso quería parecer… Atractivamente peligrosa.

Continuamos en silencio el resto del camino, que no fue mucho, y cuando detuve el coche en la puerta, se desabrochó el cinturón sin esperar ni un solo segundo.

—Me juego un brazo a que llegas tarde —murmuré, divertido, al ver la puerta metálica bajada y un cartel en ella que indicaba que estaba cerrada—. Y eso que querías venir andando…

—No vayas de listo. El que juega con fuego se acaba quemando. Tarde o temprano. —Se bajó del coche, indiferente, cerrando de un portazo y apoyando los antebrazos en la ventanilla para terminar la conversación.

—Yo… soy más de agua. No hay fuego que pueda conmigo. —Sonreí con suficiencia.

—Pues ten cuidado, porque hay mucha gente que sabe nadar, pero termina ahogándose en un vaso de agua.

Quiso dejarme con la palabra en la boca, así que se dio la vuelta y empezó a caminar hacia el local.

—Todo es cuestión de actitud, ¿no? —elevé la voz para que pudiese escucharme. Elaia se giró y me dedicó una última mueca divertida antes de subir la puerta de metal y desaparecer tras ella.

Me adentré en la carretera de nuevo para dirigirme a la tienda de la calle principal, esa que empezaba, o terminaba, en el cruce, para coger algo de bebida y de comida. Había llegado el día anterior, pero aún no había tenido tiempo para comprar nada. La casa de mis abuelos llevaba años vacía, sin nadie que pasase por allí para comprobar que todo estaba en orden o para abrir las ventanas, ni siquiera, así que me había pasado demasiadas horas poniéndola a punto, ventilando, limpiando, probando si los electrodomésticos seguían funcionando… Lo básico. Se trataba de una pequeña casa blanca, de dos pisos, con un tejado triangular de pizarra, que contaba con un salón, una pequeña cocina y un cuarto de baño en la planta inferior y una única habitación en la superior, a la que se accedía por unas empinadas escaleras de caracol e iluminada por la inigualable luz que entraba a través de la ventana abuhardillada. No había visto cosa igual… Quizá, fuera por su ubicación, ya que se encontraba en uno de los puntos más altos de la montaña, junto a un impresionante mirador, desde el que se podía contemplar un paisaje que mostraba, a tus pies, todo cuanto alcanzaba la vista; por eso, recibía luz del sol durante todo el día, convirtiendo aquel espacio, en el atardecer, en algo insuperable.

Regresé a mi nuevo hogar con la intención de tirarme en el sofá, poner algo en la televisión y no moverme para nada. Como primer día de trabajo no había estado nada mal, no, pero había sido matador. Estuve en la playa, sin cobertura, desconectado del mundo casi once horas. Ni siquiera me moví de allí para comer; cogí un bocadillo del restaurante y lo devoré sentado en la silla, sin apartar la mirada del agua, por si acaso. Así que estaba cansado. Joel me pidió que bajase al cruce, con el resto, pero después de dos días mortales y con la semana que me esperaba por delante, prefería descansar. Ni me lo pensé.

Eché un vistazo rápido al teléfono mientras buscaba algo que ver en la televisión; tenía varios mensajes con llamadas perdidas. Seis en total. No quise mirar de quién eran. Había

decidido desconectar durante el verano, cambiar de vida, aunque solo fuese por unos meses; olvidarme de la rutina y de todo lo que me esperaba en la capital. Excepto de Rober, uno de mis mejores amigos, al que había dejado «abandonado» allí, según palabras textuales del propio afectado, claro está, y con el que hablaba a todas horas porque «no quería perderse ni un solo capítulo de mi aventura». Estaba seguro de que se pensaba que me había ido a la Polinesia Francesa o algo similar. Aunque lo cierto era que el verano prometía más que el resto del año, donde ejercía de profesor de educación física de primaria en un colegio de Madrid y cuya combinación casa-colegio-casa había terminado conmigo. Eché un ojo a la lista de wasaps que seguían sin responder y entré directo a nuestra conversación.

Rober:

Llámame cuando puedas.

Seguro que has conquistado esa playa…

¡Y lo que no es la playa!

Lo estoy visualizando. Decenas de chicas en bikini a tu alrededor…

¡Serás capullo!

Tengo que organizar una visita. Cuanto antes.

Reí por sus comentarios. Rober era el típico ligón de manual, ese al que se veía venir desde lejos, como había comentado Elaia, pero que atraía irremediablemente y se aprovechaba de ello. Eso sí, no quería nada serio. Con nadie. Nunca.

Empecé a escribir para dejar el móvil en la mesa cuanto antes. «Desconexión» había dicho.

Álex:

Deja de visualizar tanto, anda…

¿Te recuerdo lo que tengo encima?

¿O que he venido solo a trabajar?

Hablamos mañana, estoy KO.

Su respuesta fue inmediata.

Rober:

Derrotado de tanto trabajar… Vale, lo pillo.

Eres un auténtico coñazo, Álex.

No sé si te lo habré dicho alguna vez.

Pero quedamos en que ibas a aprovechar este verano.

¡Hazlo! Y disfruta.

Sonreí sin poder evitarlo. «Cuestión de actitud», me recordé. Dejé el teléfono en la mesa y cambié de canal una y otra vez, buscando algo que me llamase la atención o una de esas películas de acción que había visto ya mil veces. Y es que, al final, por mucho que quisiera convencerme de lo contrario, era un chico de costumbres al que le costaba mucho salir de su zona de confort. Sin embargo, la vida está repleta de señales, justo como esas palabras, exactas, que me tentaban a cambiar de rumbo, a encontrar mi verdadero camino. Solo había que fijarse bien para ver esas señales… Y seguirlas. Sobre todo, eso, querer seguirlas.



Capítulo 8
Matt

Llegué a la casa familiar temprano. Le había prometido a mi madre que le ayudaría con la gestión del club náutico Costa, nombre que había heredado del antiguo caserón con viñedos que nuestros antepasados tuvieron en una zona cercana a la capital italiana, así que había madrugado para ponerme al día con todo el papeleo, organizar facturas y nóminas, y estudiar cómo dirigir los muelles, el pub y el alquiler de las casas sin perder la cabeza. Lo típico.

Estaba en el despacho de mi abuelo, una amplia sala presidida por un enorme escritorio de madera, repleto de folios, y una gran estantería llena de libros a su espalda. Me senté en la silla de oficina y justo cuando iba a empezar con aquel jaleo que tenía entre mis manos, resoplando al ver los montones de tareas pendientes, escuché golpes en el salón. Fruncí el ceño porque se suponía que estaba solo… Mi madre ya estaba en el lago, Giulia se suponía que estaba con ella y habían llevado a mi abuelo al centro de día de la ciudad, que se encontraba a unos sesenta kilómetros, para que tuviera la mente activa mientras estábamos trabajando.

Me levanté, perezoso, caminé por el pasillo hacia la puerta que lo separaba del salón y me quedé petrificado en el umbral, unos segundos, hasta que fui capaz de reaccionar. Lobo, nuestro perro, el ojito derecho de mi abuelo, estaba tirado en el suelo, convulsionando, con movimientos espasmódicos, golpeando los muebles con su cuerpo, totalmente rígido.

—¡Mierda! ¡No, no, no! —Me agaché en el suelo, junto a él, sin saber qué hacer, sin entender qué le estaba ocurriendo; no podía pensar—. ¡Joder!

Así que le cogí, como buenamente pude, tratando de controlar sus espasmos, y le dejé en el asiento trasero de mi coche, antes de colocarme al volante. Arranqué sin perder tiempo y aceleré, pisando a fondo el pedal, intentando llegar a la clínica cuanto antes. De camino, marqué el teléfono de mi hermana y unos segundos después, eternos, por cierto, su voz se adueñó del vehículo, junto a los quejidos del animal.

—Dime, Mattu.

—¡Giulia! Es Lobo; no sé qué le pasa. Voy al veterinario… ¡Joder! —Grité, sin dejar de mirar por el retrovisor para comprobar que siguiera moviéndose. Aunque no sabía qué era peor, porque la angustia de verlo así y no poder hacer nada empezaba a apoderarse de mí.

—¿Qué? ¿Matt? ¿Hola? ¡¿Mattu?! —Su voz entrecortada me puso de los nervios. En la sierra había cientos de lugares en los que la cobertura escaseaba; pues mi hermana tenía el don de encontrarse en uno de ellos cuando más se la necesitaba. Siempre.

—¿Giu? ¡¿Giu, me oyes?! —Nada. Sin respuesta—. ¡¡JODER!!

En cuanto aparqué en la puerta de la clínica y salí disparado para coger a Lobo entre mis brazos, los espasmos se detuvieron y aunque parecía que recuperaba la normalidad, apenas reaccionaba. Entré corriendo en la sala, acunando al perro en mi pecho sin darme cuenta, y cuando la vi allí y el brillo de sus ojos volvió a reflejarse en los míos, mi corazón se paró. Directamente.

—¡Juls! —El rostro que puso al escucharme me demostró que esa simple palabra le trajo de vuelta tantos recuerdos como a mí—. Juls es… es Lobo, el perro de mi abuelo. No sé qué le ocurre. Ayúdale, por favor.

Le cogió sin decirme ni una sola palabra y empezó a hablar con él, acariciándole con cuidado, susurrándole palabras cariñosas sobre el hocico, mientras lo llevaba hasta el interior de una de las salas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, de pronto, cuando lo dejó tumbado sobre la mesa de exploración metálica.

Esas fueron las frases más largas que nos habíamos dicho en los últimos años, en los que nos costó soltar las palabras, por lo visto, y en los que estuve demasiado ocupado con mi nueva vida en mi ciudad natal. O eso quería que creyera… Por eso, en esos instantes, los nervios se alojaron en mi estómago. No sabía si por el pánico a que le ocurriese algo al compañero de aventuras de mi abuelo o por hablar con ella de nuevo.

—No lo sé. Ha empezado así, a convulsionar, de repente.

—Es epiléptico —murmuró, sin levantar la mirada, valorándole, comprobando que todo estuviese en orden, sin dejar de acariciarle.

—¿Qué? —Arrugué la frente—. Lobo no es… —contesté, extrañado.

—No te estoy preguntando. Lobo sufre ataques epilépticos desde hace años. ¿Le has dado el fenobarbital?

—¿El feno qué?

—El tratamiento —respondió con un gesto que no me gustó en absoluto porque sabía exactamente lo que estaba pensando; que llevaba demasiado tiempo fuera, sin estar con mi familia, y no tenía ni idea de lo que sucedía dentro de ella.

—No.

«No sabía que necesitara ningún tratamiento», me tragué para no darle la razón.

—Vale. ¿Puedes salir? Es mejor que estés en la sala de espera…

¿En la sala de espera? Habíamos tenido animales desde donde alcanzaba mi memoria y siempre habíamos podido entrar con ellos a las consultas, así que supuse que, en ese caso, se trataba de algo personal, que estaba tan bloqueada como yo, pero no dije nada. La miré una última vez por si cambiaba de opinión y cerré la puerta cuando vi que ni siquiera me prestaba atención.

No sé cuánto tiempo estuve allí, andando de un lado para otro, con el susto todavía en el cuerpo, pero tranquilo porque Lobo estaba en sus manos. O más nervioso aún.

Aunque siempre lo negase, y seguiría haciéndolo, llevaba toda una vida enamorado de ella. Habíamos compartido un amor intenso, dulce, puro e inocente. El primero, cuando éramos unos críos. Y nos habíamos querido demasiado, pero lo habíamos hecho en distintos tiempos. Probablemente, ese fue nuestro error.

Creo que me colé por ella la primera vez que me miró, aunque me declaré años más tarde, por teléfono, cuando aún éramos unos niños que jugaban a besarse a escondidas, cuando nadie podía vernos, como si fuese malo quererse, como si tuviésemos que ocultar esos sentimientos que empezaban a surgir con fuerza entre ambos. Sin embargo, aunque vivimos una adolescencia increíble y miles de primeras veces inolvidables, nunca nos consideramos novios. Podríamos haberlo hecho, pero cuando fui lo suficientemente maduro como para querer aventurarme en una relación con ella, Juls solo tenía dieciséis años, un accidente me jodió la existencia y decidí alejarme y no pensar demasiado en lo que dejaba atrás. Porque siempre era así… Impulsivo a más no poder. Hacía lo que se me pasaba por la cabeza en ese instante, sin

razonar; lo que me traía miles de problemas, pero si me equivocaba, como solía suceder, ocurriría porque había sido yo mismo, con mis más y mis menos, y no esa vocecita interior que suele gritarnos «precaución» para llevarnos por donde se supone que debemos ir, por ese camino preestablecido. No me gustaban las normas ni las imposiciones.

—Bueno, pues ya está. —Julia salió por la puerta, cerrándola a sus espaldas, y caminó dubitativa hacia mí, sin acercarse demasiado.

—¿Cómo está? —Me tragué la «s» final—. Casi me muero del susto.

—Está descansando. Este tipo de episodios suele dejarlos agotados, así que lo mejor es que se quede en observación unas horas.

—Yo… no sabía que había que darle ninguna medicación. Además, no estaba en casa; acababa de llegar.

—No ha sido culpa tuya. Seguramente, tu madre o tu hermana le hayan dado la pastilla, pero esto puede pasar… Es así. —Analicé cómo estudiaba el informe que tenía en sus manos para no mirarme, hasta que su rostro se elevó y su mirada y la mía se acariciaron.

—Gracias —dije con sinceridad, logrando que las comisuras de sus labios se curvasen—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal te va? —me lancé a preguntar.

—Bien. Como siempre… —Se encogió de hombros—. Todo sigue igual por aquí.

Todo no, nosotros no éramos los mismos.

—Ya, bueno… Igual, no. Yo os veo a todos bastante cambiados.

—Eso es porque llevabas demasiado sin venir por aquí —soltó sin esperarlo. Y escoció.

—Sí, la verdad es que sí. Aunque solo hubiera sido un mes, ya habría sido demasiado. —Esbozó una pequeña sonrisa—. ¿Qué tal…?, ¿qué tal la familia?

—Como siempre —repitió—. ¿Y tú?, ¿qué tal por la Toscana?

—Roma no pertenece a la Toscana. —Puso los ojos en blanco.

—Ya me entiendes…

—Pues… por la Toscana —murmuré con retintín—, bien. Todo el día trabajando, sin parar ni un segundo.

—Ya, me imagino —masculló, tragándose lo que realmente pensaba. Nos conocíamos demasiado.

Su jefa, la dueña de la clínica, apareció tras una de las puertas, junto a una familia y un pequeño cachorro y me saludó con un movimiento de cabeza, haciéndole un gesto a Julia para que los acompañase.

—Oye, Juls… —Abrió los ojos de forma exagerada, sorprendida, de nuevo, al escuchar ese nombre—. ¿Qué te parecería…?, ¿podríamos quedar una tarde para tomar algo y ponernos al día?

No pensó la respuesta.

—¿Sabes qué es eso de ahí? —Señaló mi teléfono, que había dejado en una de las sillas —. Se llama teléfono móvil y sirve para hablar con las personas. ¡A distancia! Todo un invento…

—Juls…

—Tranquilo, era una broma. Esto no es tan grande como parece, así que seguro que nos veremos por ahí. En el cruce…

—¿Entonces?, ¿vengo a por él esta tarde? —Miré hacia la consulta, refiriéndome a Lobo.

—No hace falta. Cuando cierre, yo misma le llevaré a la casa de tu madre. Lobo y yo somos buenos amigos.

—Genial, pues… ya nos veremos por ahí. —Metí las manos en los bolsillos del pantalón

por hacer algo porque, realmente, no sabía qué decir ni cómo actuar. Caminé hacia la salida y antes de que la puerta detectara mi presencia y se abriese, me giré una última vez—. Muchas gracias.

—No tienes por qué darlas. Es mi trabajo.

Fue ella la que se dio la vuelta y desapareció por el pasillo de la clínica, dejándome allí, sintiéndome como un completo idiota.

Un sentimiento de nostalgia aceleró mi corazón. Y es que no pensaba volver a estar allí, tan cerca de ella. Tan cerca, pero más lejos que nunca. Mis visitas siempre habían sido exprés, de dos o tres días como mucho, para ver a la familia una o dos veces al año. Me encantaba mi vida en Italia y siempre había sido muy despegado emocionalmente hablando, como solía decirme Giulia a todas horas, así que me costaba mucho volver a España, a la casa familiar, y dejar de lado mi independencia.

Arrastré los pies, caminando hacia el coche, con la mente centrada en esos ojos, en su sonrisa, en ese primer beso… En el verdadero, no el del juego de la botella.

Era una calurosa noche de verano en la que el reloj marcaba las diez menos cinco. Justas. Juan, el padre de Juls, siempre insistía en que su hija debía estar en casa, sin excepción, a las diez en punto. O, de lo contrario, estaría una semana entera castigada. Ella tenía once años y yo dos más, y lo cumplíamos a rajatabla. Aun así, no se lo poníamos difícil; nunca estábamos demasiado lejos, solíamos quedarnos por las calles cercanas y nuestras charlas y risas podían oírse en el porche de su casa, donde sus padres esperaban cada día, tomando algo, hasta que ella entraba por la puerta.

En aquella ocasión, estábamos tumbados una calle más arriba, en la carretera, los dos solos. Julia miraba el cielo con su cabeza apoyada en mi vientre y yo, con los brazos cruzados debajo de la mía, para evitar la incomodidad de la gravilla, hacía lo mismo. Estábamos hablando sobre cualquier cosa, como siempre, y yo escuchaba atento sus batallitas, sus ocurrencias, sus locuras… Porque si algo caracterizaba a Juls era eso, que no paraba de hablar nunca. Siempre tenía algo que contar. A veces, no callaba, ni siquiera, para coger aire.

En la sierra solo estaban iluminadas las carreteras principales, así que allí, en aquel lugar carente de luz, la Vía Láctea podía observarse en su pleno esplendor. Ese increíble camino rebosante de estrellas brillaba en el cielo, transformando la oscuridad. De pronto, sin esperarlo, ella se incorporó al ver la hora, quedándose sentada junto a mí, y yo la imité. Estábamos muy cerca el uno del otro y por primera vez, en aquella noche, el silencio se adueñó de nuestro alrededor. Juro que podía apreciar esa perfecta Vía Láctea reflejándose en el brillo de su mirada. Se acercó a mí, sin decir nada, y unió sus labios a los míos. Nos habíamos besado en más ocasiones, pero habían sido besos inocentes, simples roces que hacían que nos sintiéramos mayores. Sin embargo, en aquel instante, sus labios se abrieron y su lengua se enredó con la mía. Primero, con timidez; después, con ganas de descubrir, de aprender. Recuerdo ese hormigueo constante por desear hacerlo bien, por transmitirle que sabía lo que estaba haciendo, ya que casi era un adolescente y, sobre todo, por desear que le gustase, que ese beso significara algo para ella, que fuera importante.

Podría parecer raro, pero regresamos a casa como cada noche, entre risas y anécdotas, haciéndonos oír desde la esquina. Aquel beso no cambió nada; al menos, no nuestra manera de comportarnos. Seguíamos siendo los mismos, aunque a nuestras bocas les encantara acariciarse de vez en cuando. Era lo bonito de nuestra amistad… Que aprendimos a hacer todo juntos y no perdimos nada por el camino. Hasta que me marché.

…

Dicen que cada verano de tu vida tiene un nombre. El de esa persona especial que se convirtió en la protagonista de tus días, la que te removió por dentro, esa con la que viviste momentos increíbles, noches inolvidables. Mi vida llevaba el suyo, Juls, marcado con tinta indeleble. No solo los veranos, sino cada flor que nacía con la primavera, cada hoja que caía de los árboles en otoño y se mecía movida por el viento, cada nevada que cubría de blanco los paisajes en los que crecimos. Todas las épocas del año tenían a Julia de protagonista. Porque fuimos dos jóvenes que jugaban a ser eternos, que deseaban serlo. Y lo logramos. Al menos, por un tiempo. Hasta que me marché.



Capítulo 9
Julia

«¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía!», mi mente empezó a conversar conmigo misma a toda velocidad. A farfullar, más bien; no podía ni entenderme. No esperaba encontrarle allí ni, mucho menos, tener que hablar con él. Sí, llevaba años acostumbrándome a su ausencia, a que hubiese desaparecido de mi vida casi sin rastro, sin motivo; a que nuestras conversaciones se redujesen a un «¿qué tal? Todo bien» constante, pero ¿qué esperaba? Era como si me hubiese olvidado de quién era, de quiénes éramos juntos y de nuestras conversaciones interminables o, incluso, la relación tan especial que nos unía. Aunque… ¿a quién quería engañar? Volver a tenerle allí delante, a unos pasos de distancia, significaba recordar, sentir, añorar…

Acompañé a Vero para echarle una mano y, unos minutos después, me senté tras el mostrador de recepción para anotar los datos en el ordenador con los nervios, aún, a flor de piel. No podía pedirme a mí misma que no me afectase su presencia, hacer como si fuera un conocido más, porque no era así. Matt siempre había sido importante y siempre lo sería, a pesar de que la vida nos hubiese llevado por caminos separados. O fuera él quien lo había hecho. Porque… ¡¿qué demonios?! Vivíamos en la era de la tecnología, ¡joder! A pesar de que la distancia nos impidiera vernos, habría sido tan fácil sentirle cerca, junto a mí, como una llamada, una videollamada, un mensaje… Habría sido fácil, sí, pero hay relaciones familiares y amorosas o amistades que, indudablemente, están destinadas al fracaso. Y la nuestra fue una de ellas.

Tal vez, nunca deberíamos haber incumplido las normas; puede que así todo hubiera ido mejor entre nosotros… Recordaba aquella primavera como si fuera hoy. Hacía poco tiempo que habíamos construido una caseta en un árbol, en una parcela cercana a las nuestras, con la ayuda de nuestros padres. Consistía, básicamente, en un palé de madera colocado entre las ramas, a una altura considerable, al que se accedía a través de unos escalones clavados en el tronco. No le faltaba detalle: pusimos varias estanterías con revistas, cajas de plástico para guardar nuestras cosas e incluso unas viejas cortinas por sus laterales para que no pudieran vernos desde el exterior. Podría parecer simple, pero cuando éramos niños, aquel lugar se convirtió en nuestro refugio. Nos pasábamos las horas muertas allí.

Una tarde, Giulia llegó con un tablón de madera para escribir las normas de la caseta y de nuestro grupo y ponerlo en la entrada. Nos sentamos en círculo, en lo alto, pensando qué incluir entre esas reglas inquebrantables. La primera estuvo clara: prohibido el paso. Lo escribimos con pintura permanente y dibujamos un círculo rojo con una raya oblicua que lo atravesaba. Con ese «prohibido el paso» nos referíamos al grupo de los mayores que, sin saberlo, estaban marcando nuestra infancia de forma radical. La segunda norma la propuso Giulia: prohibido fumar. Cuando estábamos cerca de Álvaro y los suyos, nos daba tanto asco el olor a tabaco que fue ella la que decidió incluirlo entre nuestras reglas. Y la tercera, y más importante, salió de mis labios.

—Prohibido enamorarse —pronuncié con timidez.

Con ello, quise evitar la entrada de novios y parejitas que fuesen allí para besarse, justo lo que yo hacía con Matt en alguna ocasión, lo mismo que habíamos hecho varias noches atrás

mientras contemplábamos las estrellas, sentados en la carretera, cuando nuestras lenguas se enlazaron por primera vez. Creo que mis pensamientos infantiles se negaban a verle allí besándose con otra chica que no fuera yo. Era tan especial para mí como su forma de mirarme y me negaba a perderle.

Nuestras miradas se quedaron ancladas unos segundos. Aunque quisiéramos evitarlo, estábamos en plena preadolescencia, por lo que esos pensamientos ya empezaban a hacer acto de presencia. Y el miedo a perderle por esos besos, que comenzaban a dejar la inocencia de lado, fue mayor que la felicidad que me proporcionaba él, solo con estar junto a mí.

…

Mi mente se llenó de imágenes suyas, nuestras, de lo que habíamos vivido juntos, pero se centró, bloqueada, en ese último encuentro: en cuánto había cambiado, en cómo, pese a tratarse de la misma persona, parecía otra completamente distinta a la que yo conocía. Una versión más madura, más atractiva, más hombre del antiguo Matt. Yo también era mucho más adulta; de hecho, estaba deseando llevar a Lobo a su casa y que él estuviese allí para poder demostrarle que no me afectaba, en absoluto, su regreso y, sobre todo, que ya no era esa Juls que él había conocido. Aunque esa actitud no sonase muy madura, no quería que percibiese si le había echado de menos o no, si me gustaba que viviera aquí de nuevo o si su presencia me traía tantos buenos recuerdos que me hacían estremecer. Así era. Porque lo que, de verdad, me llamaba de la idea de que él estuviese en la sierra era que pudiéramos retomar nuestra amistad justo donde la dejamos, volver a ser los de siempre.

Las manecillas del reloj no se movían. El aparato parecía haberse quedado sin pilas o haber ralentizado su ritmo de forma pasmosa. Y yo… no dejaba de golpear el suelo con el pie, de los nervios, tratando de tranquilizarme, de poner en orden mis ideas, inventándome conversaciones ficticias que nunca llegarían a ocurrir, pero no podía quedarme callada. Ni siquiera mentalmente.

El día fue tan tranquilo que se hizo eterno y me pasé las horas vigilando a Lobo, así que cuando llegó el momento y Vero entró por la puerta para hacerme el relevo, cogí al perro sin esperar más, lo tumbé en los asientos traseros del coche de la clínica, que utilizábamos para traslados y urgencias a domicilio, y me dirigí hacia la casa familiar de los Costa. Así, de paso, aprovecharía para hacer una visita rápida a mis padres.

Aparqué entre ambos terrenos, en el arcén empedrado, junto a la carretera, levanté al perro como pude, ya que era bastante pesado, y nada más abrir la verja de mis vecinos, cuya puerta nunca estaba cerrada con llave, lo dejé tumbado en el césped, junto a un árbol, cosa que le encantaba y agradeció con movimientos rápidos de su cola. Caminé, indecisa, hacia la entrada principal y sin pensarlo demasiado, pulsé el botón del videoportero. Unos segundos después, Bianca, la madre de Matt y Giulia, salió a recibirme.

—Hola, Julia, ¿cómo estás? —me saludó con amabilidad al encontrarme allí de pie—. No sabes el susto que me ha pegado Matteo cuando me lo ha contado… Muchas gracias por encargarte de Lobo.

—No tienes por qué dármelas.

Bianca era un encanto; siempre lo había sido. Su relación con mis padres se enfrió, o desapareció, el día que estos fundaron el restaurante y ella lo vio como una amenaza directa al club náutico, pero conmigo nunca perdió el contacto del todo. Puede que por sus constantes visitas a la clínica o porque yo siempre estuve al margen de la empresa familiar. ¡Quién sabe! Desde que ambas familias nos habíamos distanciado, solo hablábamos sobre el perro y sus problemas de salud, pero, al menos, ella y yo continuábamos teniendo una relación cordial. Y

después de haber crecido junto a ellos, lo agradecía.

Bianca era una mujer agradable, de unos cincuenta años, que siempre tenía buenas palabras para todo el mundo. Era la mejor prueba de que el dinero no da la felicidad, ya que no había tenido una vida fácil. Jamás nos contó lo que había ocurrido con el padre de Matteo y Giulia, pero sabíamos que había tenido que criarlos sola, con la única ayuda de Francesco, el abuelo Costa. Por eso, se mudó a España hace veinte años, para estar cerca de él y empezar una nueva vida, la que tanto merecían.

—¿Cómo está? —preguntó mirando al animal, que continuaba relajado en el mismo sitio donde lo había dejado.

—Igual —murmuré, dándole esperanzas—. Ya sabes que la medicación disminuye la frecuencia de estos episodios, pero no los elimina del todo. Ahora está cansado, como siempre que le pasa, pero nada que no se cure con unos cuantos mimos y una noche durmiendo en el sofá —bromeé, quitándole importancia. Ella ya sabía todo acerca de la enfermedad de Lobo, así que poco más podía explicarle.

—Sí, supongo que sí. —Me dedicó una media sonrisa que en el pasado se habría convertido en una conversación interminable de varias horas.

—Bueno, Bianca… —Eché un vistazo al interior, con disimulo, por encima de su hombro. Parecía que la casa estaba tranquila, como si no hubiese nadie más—. Vigílale, como siempre. Tienes mi teléfono personal, por si lo necesitas…

—Muchas gracias.

—Es mi trabajo. —Sonreí por sus palabras, antes de empezar a andar por el camino que bordeaba el césped, hacia la salida.

—Por cierto, Julia. Envíame al correo la factura por lo de Lobo y te hago el ingreso, como hemos hecho otras veces.

—Tranquila, mañana te lo mando sin falta.

Acaricié la cabeza del animal al pasar por su lado y cerré la verja con cuidado al salir, justo cuando una moto negra, que conocía muy bien, giró en la esquina y se adentró en nuestra calle. Mi estómago se encogió cuando nuestras miradas se cruzaron y seguí andando, cuesta arriba, hacia la casa de mis padres. Aceleré el paso, pero me adelantó antes de que pudiera darme cuenta; Matt presintió mis intenciones, paró el motor y se quitó el casco con rapidez.

—¡Ey! —Me saludó con una sonrisa indescifrable—. ¿Qué tal…?, ¿cómo está?

—Bien. Está tumbado en el césped, descansando. —Le miré a los ojos un instante, pero su intensidad me obligó a apartar la vista y analizar el suelo unos segundos, antes de volver a su rostro, pasando por los tatuajes que cubrían sus brazos; casi todos, nuevos para mí.

—Genial —murmuró con las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Genial. —Fingí un amago de sonrisa como despedida y emprendí la marcha hacia mi casa.

—Oye, Juls… —Un escalofrío recorrió mi cuerpo al escuchar ese nombre—. Entonces… —Me mostró una de esas sonrisas que solo él sabía esbozar, tímida y gamberra al mismo tiempo. Una de esas que te cortan el aliento—. Nos vemos por ahí, ¿no?

—Claro, nos vemos por ahí. Como te he dicho antes, esto no es tan grande como para evitarte eternamente —murmuré con ironía, consiguiendo que su sonrisa se ampliase y sus ojos se achinasen con ese gesto—. *Ciao*, Matt.

—*Ciao.*

No le dejé sin palabras; nunca lo conseguiría, aunque lo intentase. Éramos demasiado parecidos en ese aspecto. Éramos, en pasado… Matt siempre pretendía salirse con la suya y yo

quería demostrarle que no podía llegar así, después de dos años manteniendo el mínimo contacto, y hacer como si no hubiera pasado nada. Porque sí lo había hecho; había pasado el tiempo… Tal vez, demasiado. Y el tiempo lo cura todo, pero también lo destroza.



Capítulo 10
Elaia

—¿Qué tal va Gladis? —me preguntó mi hermano con recochineo antes de dar un sorbo a su café con hielo.

—Te he dicho mil veces que no la llames así; parece más vieja de lo que es… Una jovenzuela entrada en años. —Le imité, bebiendo de mi taza, que contenía doble ración de cafeína.

Gladis, como la llamaba Álvaro, era su antigua moto; una preciosa Suzuki Gladius blanca que ahora me pertenecía. Me la regaló el mismo día que decidió cambiarla por su nuevo coche, haciéndome feliz, y desde entonces, se convirtió en una de mis mejores amigas. Nunca me había gustado conducir; prefería ir de copiloto, dando conversación, ejerciendo de navegador y de DJ, o de paquete, en el caso de ir sobre dos ruedas. Por eso, no me había planteado comprarme un coche o una moto propia y desde que había llevado a «Gladis» al taller, siempre que podía, usaba a Julia como chófer.

—Hombre, unos años sí que tiene, sí… —se burló, aunque para sus trece primaveras, estaba perfectamente. Estaba, hasta esa semana—. Pero… ¿te han dicho lo que le pasa?

—Algo relacionado con un cable de no sé dónde. —No tenía ni idea de motos y menos aún, de mecánica.

—¿La bujía?

—O la batería… Ni idea. —Me encogí de hombros.

Llevábamos allí un par de horas, trabajando en el Riva, el restaurante familiar, situado en la parte más alta de aquella playa artificial, y habíamos parado para recargar energías con un más que merecido descanso. Nos habíamos sentado en una de las mesas exteriores, desde donde se contemplaba un paisaje inigualable, y estábamos en plena conversación cuando carraspearon a mis espaldas.

—¡Vaya! El pequeño dem… —Se calló al encontrarse con la mirada desconcertada de mi hermano—. Hola, no esperaba encontrarte por aquí. Otra vez…

—No podía aguantar más sin verte —revelé con sarcasmo, consiguiendo que la sonrisa de Álex, esa que no había desaparecido de su rostro desde que nos conocimos, se ampliase.

—Está bien oír eso —murmuró, centrándose de nuevo en Álvaro—. Hola, soy Álex, el nuevo socorrista de la playa.

—Hola; Álvaro. —Mi hermano le tendió la mano, que él estrechó con fuerza—. Espera, ¿tú eres…?, ¿eres el nieto de Rosa y Ricardo? —Entrecerró la mirada, confuso.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Joel. Tú y yo jugamos juntos en alguna ocasión cuando éramos pequeños. Creo que teníamos ocho o nueve años… —Sonrió con nostalgia.

—¿En serio?

—Nuestros abuelos se conocían. Un año viniste a pasar el verano con ellos y los míos decidieron que podríamos ser amigos, así que solían llevarme a tu casa para que jugásemos

mientras ellos charlaban.

—¿Eras tú?

¡Estaba flipando! ¡¿Se conocían?! No podía decir nada; únicamente, los miraba, con los ojos como platos, sin perderme detalle.

—Claro…

—¡Joder! Nunca lo habría dicho; no te pareces en nada.

—¿Gracias? Supongo… —Rieron—. Tú estás igual —bromeó mi hermano.

—Gracias, supongo —repitió el dichoso socorrista—. Todo esto sí que está cambiado; antes era un sitio salvaje y sin gente, pero llevaba sin venir por aquí unos mil años…

—Lo que decía —pensé en voz alta, ganándome una mirada divertida de su parte al referirme a su edad.

—Así que… ¿ya conoces a mi hermana?

Álex cambió el gesto, asombrado, como si acabara de descubrir un gran misterio.

—Sí, nos hemos visto alguna vez.

—Bueno, pues yo os dejo. —Álvaro miró el reloj—. Algunos tenemos que volver al trabajo —siguió con su recochineo inicial, lanzándome una sonrisilla que no me haría sentir culpable por mucho que lo intentase. Aún me quedaba media taza de café y me lo merecía—. Álex, si necesitas un refresco o cualquier cosa, estamos ahí arriba.

—Muchas gracias, lo tendré en cuenta. Espero que no, pero si necesitas una reanimación cardiopulmonar o algo parecido, estoy ahí abajo. —Se sonrieron una vez más. ¡Genial!

—Por cierto… —Mi hermano se giró por última vez—. Si te animas, esta noche estaré en el cruce con unos colegas. Pásate.

—Lo haré —sentenció—. Así que… ¿trabajas en el Riva? —me preguntó después de despedirse de mi hermano con un leve movimiento de cabeza.

—Algo así. Y tú, ¿qué?

—¿Yo? Soy el nuevo socorrista de la playa. Creo que ya te lo he dicho alguna vez. —Puse los ojos en blanco. Era insufrible.

—¿No se suponía que eras nuevo por aquí?

—¿Yo he dicho eso? —Asentí frunciendo el ceño—. No lo recuerdo, pero, bueno, es como si lo fuera; llevo más de media vida sin venir.

—¿Y por qué ahora?, ¿de qué estás huyendo?

—¿Yo? —En ese caso, fue él quien frunció el ceño—. ¿De qué se supone que debería huir?

—Pues… No lo sé, pero todo el mundo que se muda aquí llega huyendo de algo, escapando de la rutina, con ganas de aventura… No habrías vuelto después de tanto tiempo sin un motivo contundente.

—Tengo un motivo importante —contestó enigmático—. Soy el nuevo socorrista, ya te lo he dicho —repitió, cogiendo mi taza y dando un trago que acabó con todo el café que quedaba. Me lanzó una sonrisa burlona, guiñándome un ojo, antes de girarse y empezar a caminar césped abajo, hacia la arena, hacia su puesto de trabajo.

¡¿En serio?! Resoplé, molesta. Si algo disfrutaba era ese último sorbo de cafeína, frío, que me ayudaba a recargar las pilas, a ver la taza vacía, pero el vaso medio lleno, a aguantar otro caluroso día de trabajo mientras observaba, con una sonrisa forzada en el rostro, cómo todos disfrutaban y se refrescaban en la playa. Un intenso día que estaba deseando terminar.

No obstante, la jornada duró menos de lo que esperaba. O eso me pareció. Adoraba el verano, no tener ni un segundo libre para descansar con tantos turistas que nos visitaban para

pasar el día y no nos permitían ni respirar. Así, el tiempo parecía ir más rápido… Además, llevaba allí desde los desayunos, así que… ¡me libraba de las cenas! Y tenía unas horas para mí y para los míos.

Me despedí de mis padres, de mi hermano y de mis compañeros y me pasé por la caseta de Joel, deseando que hubiera terminado ya y pudiera aprovechar el viaje y marcharme con él a casa.

Tardé en localizarle, junto a la orilla, ordenando los kayaks, unos encima de otros.

—¡Ey, Joel! ¿Cómo vas? —Me senté en una de las tablas de *paddle surf*, apoyando los brazos sobre mis rodillas—. ¿Has terminado?

—Ya me gustaría… Aún hay dos *pedalos* que no han vuelto. ¡Mira que lo repito! —protestó—. Una y otra vez, insisto en que deben estar aquí antes de que se ponga el sol. ¡Pues nada!

—Seguro que están al llegar. O se han despistado…

—Me tocará salir a buscarlos —se quejó resignado—. ¿Nos vemos en el cruce luego?

—Sí, nos vemos allí. —Me levanté de un salto y empecé a subir las escaleras hacia el aparcamiento—. ¡Suerte!

—¡Gracias! —gritó al subirse en uno de los kayaks.

Como cada día, conté los escalones empedrados que me separaban de la zona más elevada de la playa, donde se encontraban los vehículos estacionados y la entrada principal del restaurante, ya que contaba con otra en su parte más baja, con vistas al agua. Ochenta y cuatro peldaños que empezabas a subir con ganas y terminabas sudando la gota gorda. Cada día la misma operación…

Subía distraída, contando hasta las hormigas con las que me cruzaba en mi camino, cuando mi vista se centró en un vehículo en concreto, gracias al sonido de su motor. Estaba parado en doble fila, con las ventanillas bajadas y parte del brazo del conductor saliendo por una de ellas. Supe inmediatamente de quién era… El mismo Nissan Qashqai, azul oscuro, en el que me había montado el día anterior y cuyo dueño casi me pasó por encima en nuestro primer encuentro.

Sus ojos y los míos se encontraron en el reflejo del espejo retrovisor y dibujó una sonrisa instantánea. Como siempre.

—¿Necesitas que te lleve?

—¿Me estabas esperando? —Me coloqué a su lado, junto a la ventanilla.

—Acabo de terminar mi turno y he visto que salías, así que te estaba esperando, por si acaso. —Hizo un movimiento de cabeza, invitándome a subir.

—Qué amable… —murmuré con sarcasmo.

—No lo sabes tú bien.

—¿No te has enterado de que hay dos patinetes que no han vuelto?, ¿no se supone que deberías quedarte hasta que esté todo el mundo fuera?

—¿Y si la gente decide bañarse por la noche? Como suele ocurrir… Al final, es responsabilidad de cada uno. No deberían meterse al agua cuando no hay servicio de socorrista. Llevo ahí abajo doce horas, ¿te parecen pocas? —cuestionó con mirada divertida. Álex parecía no perder nunca esa peculiar sonrisa, ni su simpatía.

—No, no, para nada. Solo me ha llamado la atención.

—¿Podemos tener esta conversación dentro del coche? —insistió.

—La verdad es que te lo agradezco, pero prefiero ir dando un paseo.

—¿En serio? —Arqueó una de las cejas, escéptico—. ¿Un paseo de más de dos

kilómetros?, ¿con este calor y esas cuestas?

Creo que no lo pensé ni un solo segundo. Tenía razón; si no aceptaba, era yo la única que salía perdiendo, además… ¿por qué no iba a aceptar? Ya lo había hecho antes y no se trataba de un desconocido; era amigo de Joel y antiguo compañero de batallas de mi hermano. Todo quedaba en familia, así que me subí al coche sin darle más vueltas.

—Esto va a convertirse en una costumbre…

—Sí, ¡menuda aventura! —dije con sarcasmo, poniendo los ojos en blanco, girándome sobre mi asiento para mirarle—. Entonces, ¿vas a contarme qué te ha traído hasta aquí?

—Ponte el cinturón —me pidió con tono serio. Lo hice y continuó—: ¿Por qué ha tenido que traerme algo hasta aquí?

—No lo sé, es raro.

—¿Raro?, ¿que venga a pasar el verano a uno de los mejores sitios del país? Entonces, sí, soy muy raro.

—Si es uno de los mejores sitios del país, es curioso que no volvieras antes… Solo eso.

—La última vez que vine, seguramente que ni siquiera hubieras nacido. —Entrecerró la mirada al observarme, de manera fugaz, y volvió a centrar su atención en la carretera—. Cuando era pequeño, solía venir cada verano con mis abuelos, pero hace demasiado tiempo de aquello… ¿Dónde te dejo? —preguntó cambiando de tema—. ¿Te llevo a tu casa?

—¿Y que sepas dónde vivo? ¡Ni de coña! ¡Podrías ser un asesino en serie!

—Tengo toda la pinta, desde luego —murmuró burlón, obligándome a sonreír—. ¿Dónde te llevo?

—Déjame en la clínica; te pilla de paso.

—No sabes dónde voy.

—Bueno, la clínica está en la carretera principal, así que pilla de paso vayas donde vayas.

—Tienes razón.

Un incómodo silencio se hizo entre nosotros, pero solo duró unos segundos.

—Y… ¿estás solo? —Sé que la pregunta sonó rara en cuanto la hice, pero no suelo pensar demasiado antes de hablar. Nunca.

—¿Solo?

—Has dicho que solías venir con tus abuelos, por eso te preguntaba si estás solo por aquí o…

—¡Ah! Mis abuelos fallecieron hace años. Y sí, he venido solo, pero creo que podré sobrevivir.

Ahí estaba, de nuevo, esa mueca risueña, repleta de chulería e inocencia que solía regalar constantemente.

—Bueno, si no fueras el peligro público número uno, no lo dudaría.

Amplió su sonrisa y, unos segundos después, detuvo la marcha en un camino empedrado. Se quedó mirándome, con su brazo izquierdo sobre el volante y arqueó las cejas, esperando una reacción por mi parte. Una reacción que no llegó hasta que no me fijé dónde estábamos; ya habíamos llegado y ni siquiera me había dado cuenta. No sabía en qué estaba pensando…

—Muchas gracias por acercarme —dije, recolocándome en el asiento—. Nos vemos luego, supongo.

—Nos vemos luego.

Me bajé del coche y me prohibí volver a mirar atrás, ni para decir adiós. Entré en la clínica a paso rápido, deseando encontrarme con Julia para ponernos al día. Aún teníamos una de nuestras noches por delante; una de esas que prometían tanto como asustaban…



Capítulo 11
Matt

Aún no me había acostumbrado a mi propio regreso. Es más, miraba continuamente el reloj, deseando que sus manecillas aumentaran la velocidad y el día de escapar de allí llegara cuanto antes. Nunca me había considerado una persona que huyese de los problemas, salvo en una ocasión; deseaba sortear los pequeños baches que la vida interponía en mi camino, pero eso no era un agujero, era un enorme socavón con nombre de persona. Cada vez que me enfrentaba a sus ojos grisáceos, que se iban apagando sin remedio, mi corazón se encogía. Dolía. Mucho. Y cuando me encontraba en el náutico, atracando, amarrando y fondeando las embarcaciones, además de todo lo que ello conlleva, me acordaba del motivo por el que estaba allí. Él.

Menos mal que cuando terminaba el día, llegaba la noche y ellos me ayudaban a olvidarme de todo. Así solía ser… Acabábamos de llegar al cruce y estábamos allí, pasando el rato, decidiendo dónde ir o qué hacer, charlando sobre cualquier cosa. Me encontraba sentado en uno de los muros que bordeaban una casa y que solíamos usar como asiento, con Ian a mi lado, como siempre, y el resto a nuestro alrededor: Giulia, Manu, Óscar, Sara y Lena. Nos faltaban unos cuantos, pero siempre íbamos llegando y desapareciendo sin dar explicaciones, por eso me pareció sospechosa aquella conversación.

—¿No se suponía que deberían haber llegado ya? —le preguntó Sara a mi hermana, que le devolvió una mirada molesta.

—Se suponía, pero ya sabes cómo son. Aquí van todos a su rollo.

—Ya, pero… —Giu le dio un codazo, obligándole a cerrar al pico.

La charla, no sé cómo, terminó desviándose hacia el tema de las motos de agua, ya que Ian insistía, constantemente, en que alquilásemos varias en el náutico. Era cabezón hasta decir basta.

—¿Y la cantidad de personas que bajarían al club para cogerlas? Te quejas de que la playa está a rebosar y eso es porque la gente tiene cosas para distraerse allí. Si les ofrecieras lo mismo… —volvió a lo suyo.

—Sabes que las zonas están delimitadas; no puedo ofrecerles lo mismo. Ni quiero. Las embarcaciones a motor tienen totalmente prohibido entrar en el área de la playa.

—¡Por eso! —le apoyó Lena—. Por una vez, y sin que sirva de precedente —recalcó—, estoy con Ian. Creo que sería una idea genial.

Se levantó de su sitio y se colocó de pie entre mis piernas, apoyando su espalda en mi pecho, acomodándose. El olor de su pelo, fresco y afrutado, me inundó de golpe.

—Eso es porque los dos sois igual de cafres —bromeé—. No sé yo si a los socios y a los dueños de los barcos les haría mucha gracia teneros dando tumbos, a toda velocidad, río abajo…

—¡Sería increíble! —exclamó Ian, soñador. Casi prefería que volviera a sus temas banales de siempre.

Desconecté mentalmente cuando empezaron a desvariar y mi mirada se alejó hasta el lado

opuesto. Creo que fue la primera vez, en toda la noche, que miré hacia allí; en el momento oportuno, en el segundo exacto, para que mis ojos se encontrasen con los de Juls y se saludaran en la distancia.

—¡Matt! —gritó Ian a mi lado—. ¿Te animas o no? —Se sentó sobre su moto y me analizó, desconcertado. Sabía que me había pillado pensando quién sabe qué.

—¿A qué?

—¡A desatascar esa cacharra! —Señaló mi Yamaha, chuleando sobre su Suzuki Gsx-R negra—. ¿A qué va a ser? Desde que has vuelto, todavía no la hemos probado y seguro que estos últimos años le han pasado factura. —Entrecerró la mirada, retándome.

Sabía que no iba a aceptar; llevaba ocho años sin participar en esas absurdas carreras, desde aquella noche terrible, la misma que me cambió como persona. Sin embargo, le encantaba provocarme y le habría gustado recuperar a ese Matt adolescente que adoraba esa temeraria afición. Durante cientos de noches, vivimos su peligrosidad en cada carrera nocturna, hasta el hotel, ida y vuelta. Y en más de una ocasión, terminamos en el suelo, con piernas y brazos quemados por el asfalto, pero eso no hacía más que aumentar nuestra adrenalina. Aunque eso era antes… Porque todo cambió.

—Bueno, pues vamos a por algo de bebida.

No pude decir que no. Condujimos hasta uno de los bares, perdiéndonos entre la oscuridad de la carretera principal, iluminada, únicamente, por nuestros focos delanteros, que se deslizaban de un lado al otro, adaptándose con suavidad a las curvas. Compramos unas cuantas latas, suficientes para todos, y regresamos al cruce sin detenernos.

—¿Ya se han marchado? —pregunté, sorprendido, al ver que allí ya no quedaba nadie de los nuestros.

—Me imagino que se habrán ido al pub…

Cuando llegamos a esa zona, la más baja de la sierra, donde pasaba el día trabajando, y alcanzamos la parte trasera, donde estaba ubicado el pub, una treintena de personas gritaron mi nombre, acompañado de un «bienvenido a casa» que dolió. Todos mis amigos y algunos conocidos estaban allí y me abrazaron con cariño al acercarme a ellos, emocionado. Habían cuidado hasta el más mínimo detalle, decorando la zona exterior con farolillos de colores que se reflejaban en el agua, creando un entorno mágico con una moderna banda sonora de fondo.

Perdí la cuenta de las horas que estuvimos allí; bailando, charlando, bebiendo y disfrutando de la noche. Forcé una sonrisa, agradeciéndoles el detalle, pero sentía que estábamos celebrando algo que yo no quería celebrar, algo que me atormentaba por dentro. Me escaqueé del grupo y di un último trago de mi copa, apoyado sobre la barandilla del embarcadero, contemplando esa multitud que abarrotaba el local. Y ese enorme cartel que me daba la bienvenida me recordó el verdadero motivo de mi regreso. Otra vez.

Carraspeé, tratando de deshacerme de esa amarga sensación, dejé la copa sobre una de las mesas y caminé distraído por la arena, arrastrando los pies. Podría haberme marchado a la cabaña, ya que estaba a unos quinientos metros de donde me encontraba, bordeando el lago, pero mis piernas me llevaron instintivamente hacia mi moto, la única que me hacía olvidar, justo lo que necesitaba. Arranqué sin pensarlo y solo un par de minutos después, paré el motor en ese mirador que se ubicaba entre el náutico y la playa, ese que dividía esos dos mundos. Podría haberme imaginado que terminaría allí, porque subía a ese lugar a menudo, a pensar; lo que nunca habría esperado era encontrarme con su moto estacionada donde iba a aparcar la mía, con sus ojos castaños analizándome, asombrados, desde una roca que sobresalía del terreno. Me bajé, en silencio, y caminé ensimismado hacia ella para sentarme a su lado. No sé cuánto tiempo

permanecimos así, sin decir nada, observando el agua desde aquella zona elevada, a unos cien metros de altura, contemplando la montaña de enfrente y su imagen, exacta, proyectándose en el lago, disfrutando de la calma más absoluta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Juls, queriendo romper ese silencio.

—Puesss… —pensé la respuesta—. Me iba a dormir, pero no tengo sueño, así que he venido a dar una vuelta.

—¿No se suponía que tenías una fiesta de bienvenida?

—¡Vaya! Las noticias vuelan…

—O tus amigos gritan demasiado —reveló, sacándome una sonrisa—. ¿No ha ido bien o qué?

—No estaba mal.

—¿Pero…?

Ahí estaba, una vez más, ese silencio que me hacía saber que le estaba dando demasiadas vueltas a las cosas y yo no era así; era la impulsividad hecha persona, el actuar primero y pensar después.

—Créeme, pero de toda la gente que hay en ese pub, eres la persona con la que más me apetece estar en estos momentos —murmuré, girando la cabeza para ver su reacción. No sé si el alcohol habló por mí o me empujó para soltarlo, pero era una gran verdad.

—Matt… —masculló con ese tono de echarme la charla.

—Juls… —lo imité.

Y el tiempo se paró mientras sus ojos se fundían con los míos.

—Yo te he visto en muy buena compañía —susurró con recochineo, sin que supiera a qué se refería exactamente—. En el cruce, con Lena —me aclaró—. Además, ¿sabes que eso que acabas de decir no encaja con que te hayas olvidado de mí durante casi dos años?

¿Qué?, ¿cómo?, ¡¿qué?!

—¿Que me haya olvidado de ti? —cuestioné.

—Ajá.

—Que tuviéramos que despedirnos no quiere decir que te olvidase, Juls. No me olvidé de ti en ningún momento, solamente aprendí a vivir sin esto. —Nos señalé.

Sus ojos se encendieron con esa mirada tan especial, sexy e inocente a partes iguales; una mirada capaz de comerse el mundo en un pestañeo. Era perfecta, sin más.

Saqué un cigarrillo, lo encendí y di una profunda calada, llenando mis pulmones.

—¿Qué quieres decir?, ¿que me has echado de menos? Porque si me lo hubieses dicho, habría sido más fácil. Si hubiésemos hablado más a menudo…

—Para mí tampoco ha sido fácil —la interrumpí y me dedicó una tímida sonrisa que iluminó todo a nuestro alrededor—. Pero no iba a volver, así que… que hablásemos constantemente solo dificultaba las cosas. —Di otra calada, soltando todo el humo y el aire de golpe, deshaciéndome de ese enorme peso que me acompañaba.

—Deberías dejar esa mierda —sentenció, refiriéndose al cigarrillo que sujetaba entre mis dedos.

—No es mío, es de Ian; se suponía que yo lo había dejado hace tiempo, pero… —Me ahorré las explicaciones—. Y tú deberías sonreír así siempre; consigues que el mundo parezca un lugar menos complicado.

—¿Me he perdido algo? —se interesó con el ceño fruncido.

—Muchas cosas, aunque supongo que yo también.

Nos sonreímos con nostalgia.

—¿Qué es eso tan complicado? —preguntó preocupada—. Seguro que no es para tanto. Además, si dices que no ibas a volver… ¿qué haces aquí?

Me levanté de repente; la conversación había dado un giro hacia un punto del que no tenía ganas de hablar.

—Basta de confesiones por hoy; es tarde. En otro momento, tal vez. —Le dediqué una última mirada antes de guardar las llaves de la moto, dejándola allí aparcada, y empezar a caminar cuesta abajo hacia el náutico. Me vendría bien despejar la mente, dando un paseo hasta mi nuevo hogar—. Buenas noches, Juls.

—Buenas noches, Matt.



Capítulo 12
Álex

Solo eran las ocho de la mañana y ya había salido a correr por las carreteras que se perdían por los caminos más alejados de la urbanización, me había dado una ducha de agua fría para contrarrestar el calor abrasador que hacía desde primera hora y me había tomado una buena taza de café frío en la terraza, respirando aire puro en la tranquilidad más absoluta. No se escuchaba ni un ruido; únicamente, el de los pájaros que piaban en los cientos de árboles que me rodeaban.

Apenas había pegado ojo. La noche se alargó más de lo que esperaba; estuve con Álvaro y los suyos hasta las tres, pero estaba tan cómodo con ellos que me costó marcharme de allí. Era un grupo muy agradable y me hicieron sentir como si llevara años formando parte de aquello. Estuvimos en su casa, tranquilos, con música de fondo, tomando algo y charlando de todo un poco, sin más, y cuando llegué a la mía y me acosté, empecé a dar vueltas de un lado para otro, como solía ocurrirme más a menudo de lo que me gustaría. Así que había sido una noche entretenida, por decirlo de algún modo.

Tras la ducha y una buena ración de cafeína, eché un vistazo rápido al teléfono mientras me relajaba unos últimos instantes en el porche, bajo la sombra de los altos y frondosos pinos. Tenía varias conversaciones pendientes; sin embargo, fui directa a la suya.

Rober:
¿Qué pasa, tío?
¿Cómo vas?, ¿todo bien?

Empecé a teclear sin perder tiempo.

Álex:
Todo bien.
¿Cómo van las cosas por allí?
Me voy a trabajar ya, así que hablamos luego.

Su respuesta fue instantánea, como siempre; parecía vivir pegado al móvil.

Rober:
Todo en orden.
Lo que daría yo por estar sin cobertura unas horas…

Álex:
Tan fácil como apagar el teléfono.
¿Lo habías pensado?

Rober:
La verdad es que no.
Prefiero ir a visitarte para desaparecer.
Hazme un hueco en esa chocita…

Álex:
Cuando quieras; lo sabes.

Hablamos luego.

Sonreí automáticamente. Conocí a Rober cinco años atrás, cuando empecé a trabajar en el colegio donde él llevaba mucho tiempo haciéndolo y, desde entonces, nos convertimos en grandes amigos. No hacía falta que nos llamásemos cuando más nos necesitábamos, ya que estábamos siempre en contacto. Nuestra conversación era una de esas eternas que nunca tenían fin. Y tenerle allí conmigo unos días sería una buena idea; me ayudaría a estar entretenido durante mis largas jornadas de trabajo.

Me subí al coche, puse algo de música y conduje con la vista en la calzada, adentrándome en las sinuosas carreteras que descendían por la montaña hacia la carretera principal y terminaban en esos acantilados que tanto impresionaban. Con la cantidad de motos que circulaban cada día por allí, me extrañaba que no hubiera ningún accidente y una de ellas terminase en el fondo de esas escarpadas paredes verticales. Solo con pensarlo, me obligué a apartar la mirada y centrarme, al cien por cien, en conducir. Aparqué en la que empezaba a convertirse en mi plaza, cogí la mochila con mis cosas, que había dejado en el asiento del copiloto, y bajé las escaleras hacia la playa. No sin antes hacer una pequeña parada en la terraza del restaurante, donde vi a Álvaro y al pequeño demonio de Tasmania.

—¡Buenos días! —los saludé con las pilas cargadas. O eso parecía.

—¡Ey!, ¿qué tal? —contestó mi nuevo amigo, o antiguo, dependiendo de cómo se mirase —. Se te han pegado las sábanas, ¿o qué? —murmuró con retintín, mirando su reloj.

Le imité y me di cuenta de que ya eran las nueve de la mañana; llegaba tarde. ¡Mierda!

—Algo así. —Sonreí con complicidad, cogí la taza de Elaia y di un largo trago de su café, guiñándole un ojo—. Buenos días…

Su mirada de perdonavidas me obligó a ampliar la sonrisa y girarme para caminar hacia mi puesto de trabajo. Después de todo, ella curraba en el restaurante, así que podía tomarse otro café si quisiera.

Subí los cinco peldaños de madera que me separaban de mi silla de vigilancia, elevada sobre el resto, y me acomodé, poniéndome las gafas de sol para no volver a desviar mi mirada del agua. No pasaron ni cinco minutos hasta que Joel llegó, abrió la caseta donde tenía el material y, al verme allí, se acercó a paso ligero.

—¿Qué pasa contigo? Aún podría estar en el cruce, esperándote.

—¡Mierda! No te avisé, ¿no? —No sabía dónde tenía la cabeza.

—No.

—Estuve con Álvaro y sus amigos en su casa. Habíamos quedado en el cruce y pensaba que te vería allí, pero luego me llamó para cambiar los planes y…

—Ya, fui yo quien le dio tu teléfono, pero no creía que fuera para eso… Pensaba que sería algo relacionado con Elaia —soltó como si nada.

—¿Con Elaia?, ¿por qué?

—¡Yo qué sé! Primero, casi la atropellas… y luego, la llevas a casa. No sé, ¿para pedirte daños y perjuicios? —Me obligó a reír.

—Muy gracioso, pero no la llevo a casa… Solo la acerco a la clínica para ahorrarle el camino. —Me miró fijamente—. ¿Qué?

—¿Vas a quedarte ahí parado?, ¿no me vas a echar una mano? —cuestionó, tirando de uno de los kayaks para deslizarlo por la arena y colocarlo junto a la orilla.

Bajé de la silla de un salto y le ayudé. Aún no había gente en el agua, así que no pasaría nada si le ayudaba. Adoraba mi trabajo. Quizá, por eso los días se me pasaban tan rápido, esfumándose, y me sentía incapaz de detenerlos, como si quisiera atrapar el viento entre mis

dedos, como si quisiera hacer lo mismo con el tiempo… Un imposible. Llevaba desde los dieciocho años trabajando de socorrista cada verano, en distintos lugares. No obstante, en esa ocasión era diferente. El destino no podía ser más idílico. Me pasaba el día contemplando el reflejo de la montaña sobre el agua, su color transparente que permitía apreciar la vegetación que se alzaba en su fondo, aspirando el aire puro de la naturaleza, respirando una paz y una calma absolutas. Hasta que llegaban los locos de siempre para lanzarse desde las rocas y conseguían que mi corazón estuviese a punto de saltar por mi boca. Temerarios a más no poder.

Quedaban cinco minutos para que terminase mi turno y estaba recogiendo cuando vi su inigualable melena cobriza en la parte más alta de las escaleras, saliendo de las instalaciones. Iba a apresurarme, pero Joel me detuvo a medio camino.

—Álex, toma. —Me dio un folio con mis cuadrantes mensuales impresos—. Me lo ha pasado mi tío; mañana tienes que hacer el turno en las piscinas.

—¿Entonces no nos vemos? —Eché un ojo al papel.

—¿En el cruce?

—Ya veremos; hablamos luego —sentencié antes de despedirme con un gesto—. Gracias, Joel.

—¡Álex! —me llamó cuando empecé a alejarme—. Se me había olvidado… Esta noche es la fiesta de inicio del verano en Energy. ¡Luego te cuento!

Le hice un okey con el pulgar, subí las empinadas escaleras de dos en dos y casi me dejo un pulmón en el intento. Y eso que estoy en plena forma… Pero cuando llegué arriba, ya no había ni rastro de Elaia. Me subí al coche y en la segunda curva, la vi, caminando por el lado izquierdo de la calzada. Sonreí al comprobar que me había hecho caso y ralenticé la marcha.

—No ibas a esperarme, por lo que veo…

—Tenía prisa —dijo dedicándome una mirada fugaz.

—¡Genial! Sube.

En esa ocasión, no dudó ni protestó; se subió rápidamente y nos observamos en silencio durante unos segundos.

—El…

—El cinturón; sí, sí, ya lo sé —se quejó sin dejarme terminar, abrochándolo.

—¿Dónde te llevo?, ¿a la clínica?

—A casa. Tengo que ir a casa. —Sacó su teléfono y tecleó algo sin parar.

—¿Vas a decirme dónde vives? ¡Guau! —cuestioné irónico. O incrédulo.

—¿No debería?

—Deberías. Así podría ir a echarte una mano si necesitases ayuda… —Sonó con sinceridad porque, sin saberlo, ya me estaba preocupando por esa chica alocada. Siempre era así con las personas que me importaban o me caían bien. Y con Elaia lo sentía de esa manera…

—Gracias, pero no suelo necesitar que me hagan el boca a boca muy a menudo —desveló con una mezcla de picardía y sensualidad.

—Me refería a cualquier cosa que necesites.

—¿A cualquier cosa? —Sabía que me estaba picando, pero yo lo decía totalmente en serio. Hasta cierto punto, claro. Asentí—. Lo tendré en cuenta. Gracias.

El silencio se apoderó del coche durante unos segundos.

—¿Vas a decirme dónde es o tengo que adivinarlo?

—Llega hasta el cruce y gira a la izquierda, luego a la derecha y sigue la carretera hasta el campo de tiro.

—¿Vives por allí?

—¿Te suena? —Asentí de nuevo—. Pues no, no es por allí…

—Ahora el que no sabe si fiarse soy yo —murmuré divertido.

—Haces bien —sentenció, volviendo a centrar su atención en el teléfono.

—¿Ha pasado algo?

—No, ¿por qué?

—Como has dicho que tenías prisa y estás liada con el teléfono… —Volvió a mirar el aparato antes de contestar y lo guardó en su mochila—. Pensaba que igual había ocurrido algo…

—¡Ah, no! ¿No te has enterado de que hay fiesta esta noche?

—¿Lo de Energy?

—Ajá… —Me analizó con un gesto que no logré descifrar—. ¿Vas a ir?

—No creo.

—¿Recuerdas cuando te dije que eras un auténtico coñazo? —soltó sin filtro—. Pues eso… Nada que añadir. Vuelve a girar a la izquierda, segunda a la derecha y aparca al final de la calle.

—A sus órdenes.

—¿Por qué no vas a ir? Mi hermano y sus amigos estarán allí.

—Mañana tengo que trabajar y creo que me espera un día interesante. Me han cambiado el cuadrante y tengo que hacer el turno en las piscinas del G3.

En la urbanización, las distintas zonas se denominaban con las letras del abecedario y en aquellas piscinas, las más cercanas a la playa, las casas pertenecían a la letra G.

—Yo libro mañana —comentó indiferente—. Aun así, podrías pasarte. Toda la sierra estará allí y podrías conocer gente nueva. Aparca aquí.

—Bueno, ya veremos, aunque no creo. —Arqueó una ceja, analizándome con esa mueca de rebeldía que le caracterizaba—. Lo sé, vas a decir que soy un coñazo. Otra vez…

—No. Solo iba a decirte que me debes dos cafés. Y espero que no vuelva a ocurrir porque mi chute de cafeína por la mañana es sagrado y no lo comparto con nadie. —Sonrió, fingiendo simpatía, y se bajó del coche, girándose para despedirse con la mano.

—Apuntado: dos cafés —murmuré divertido—. ¡Pásalo bien!

Aceleré por el camino de vuelta con las ideas muy claras. No pensaba pasarme por esa fiesta… Y ojalá no lo hubiese hecho nunca porque cuando llegué a Energy y la vi bailando en el centro de la pista, moviéndose de forma sensual, con su pelo rojizo teñido de un tono rosa claro, sufrí un violento cortocircuito en el cerebro. Un intenso y jodido cortocircuito que no esperaba en absoluto y que me costó mucho tiempo descifrar… Y asimilar.



Capítulo 13
Julia

¡Por fin había llegado el día! Y no me refería a la fiesta de inauguración del verano que se celebraba esa misma noche, no, sino al regreso de Marco, mi compañero, que solo significaba una cosa: volvería a tener tiempo libre… ¡y vida social! Llevaba quince días trabajando jornadas interminables que no me dejaban tiempo ni para pestañear y, por fin, estaba de vuelta. Creo que cuando le vi allí, en la clínica, al otro lado del mostrador, salí corriendo hacia él y le abracé tan fuerte que casi lo desintegro. Me miró tan aterrado como divertido, como si estuviera pensando que su ausencia había supuesto una pesadilla para mí y aunque no fue del todo así, estaba deseando que regresara. Y más aún, sabiendo que esa noche era la gran fiesta y que al día siguiente tenía el día libre.

Energy era una moderna discoteca ubicada en una de las zonas más alejadas y elevadas de la urbanización, justo en un punto desde el que podía verse la ciudad, deslumbrando con sus luces en el horizonte. Desde su primer día, hace ya dos años, tuvo una gran acogida y muchos de los jóvenes de las ciudades cercanas acudían allí para pasar una noche distinta. Solían organizar fiestas temáticas y eso conseguía que casi siempre estuviese a rebosar. Nosotros no íbamos muy a menudo, preferíamos los planes más tranquilos, pero… ¡era la inauguración del verano! Y no pensábamos perdérnoslo.

Llegué a casa, me di una larga y refrescante ducha y cuando salí, enrollé una toalla alrededor de mi cuerpo. Me senté en la cama para echar un vistazo al teléfono y comprobé que tenía varios mensajes pendientes. Los primeros, de Joel.

Joel:
¿Quieres que pase a buscaros?
Porque iréis a la fiesta, ¿no?
Tecleé rápidamente.

Julia:
Prefiero llevar la moto.
Así volvemos a la hora que nos apetezca.

Joel:
Yo también podría llevarte a casa cuando te apetezca.
Pero como quieras…
Nos vemos luego, entonces.

Mantuve las distancias, aunque fuese textualmente. Desde que nos acostamos por primera vez, después de una noche descontrolada de alcohol, cuando bebíamos más de la cuenta, sorprendentemente, hablando con ironía, claro, acabábamos enrollándonos. Y no es que no me gustase; al contrario. Joel era un encanto y, sobre todo, un buen amigo, pero por aquel entonces yo odiaba las ataduras, esas responsabilidades que conlleva tener una pareja. Por eso, lo nuestro nunca fue más allá del sexo.

El siguiente mensaje no lo esperaba en absoluto. Es más, al leerlo, una sonrisa tonta se

dibujó en mis labios y un cosquilleo de felicidad hormigueó en mi estómago.

Matt:

¿Nos vemos en el mirador?

Quiero hablar contigo.

Miré el reloj; habíamos quedado en media hora con el resto, así que no iba a ser posible, aunque quisiera. Un momento… ¿quería? ¡Claro que sí! ¿A quién pretendía engañar? Solo su compañía, los días anteriores, me hizo recordar los momentos inolvidables que vivimos, la amistad que compartimos y que aún nos unía de alguna manera.

Julia:

He quedado para ir a Energy.

¿No vas a pasarte?

Estaba leyendo en bucle ese «quiero hablar contigo», tratando de descifrarlo, buscando un tesoro escondido entre líneas, cuando abrieron la puerta y los pasos firmes de Elaia se acercaron por el pasillo.

—¡¿Qué te parece?! —Movió de forma exagerada su melena delante de mis ojos, ondeándola.

Se había teñido de un tono rosa dorado, que estaba tan de moda, y me observaba feliz, analizando mi reacción, que habría sido de sorpresa si no cambiase de color de pelo cada dos por tres. Creo que ya había pasado por castaño, moreno, rojizo, naranja, rubio… ¿Qué le faltaba?, ¿el azul? Hablaba conmigo misma, como de costumbre.

—¡Te queda genial! Me gusta mucho.

—¿En serio? No sé si me termina de convencer…

—Puede que sea el color que más me ha gustado hasta el momento —quise convencerla —. Pero… ¿por qué hoy?

—¿Por qué no? ¡Para la fiesta! Además, soy una nueva Elaia.

—¿Una nueva Elaia?, ¿y eso?

—No lo sé, pero necesitaba un cambio.

Quise creerla, de verdad. Y no sé cómo no me di cuenta de que algo estaba pasando.

El sonido de mi móvil me trajo de vuelta de una conversación cualquiera mientras nos arreglábamos.

Matt:

Allí nos vemos.

Mentiría si dijese que no me puse nerviosa. No por verle, sino por eso de lo que quería hablar. Probablemente, sería una gilipollez, pero ya no podría dejar de pensar en ello hasta descubrirlo. ¿Quizá fuera eso tan «complicado» que me había comentado? Empecé a pensar y continué hablando conmigo misma y con Elaia, al mismo tiempo.

Unos minutos después, salíamos de casa y bajábamos las escaleras a toda velocidad hacia el garaje. Era una noche calurosa, otra de tantas, por lo que había elegido un vestido de media pierna con un pronunciado escote en pico, estampado, con colores azules y blancos que resaltaban el tono tostado de mi piel. Me subí a la moto, cogí uno de los cascos que colgaban del retrovisor y le ofrecí el otro a mi prima, antes de arrancar y acelerar hacia una de las zonas más perdidas de la montaña, Energy.

Me detuve en un lugar alejado del aparcamiento y echamos un vistazo para comprobar si conocíamos a alguien. ¿Mi primera impresión? La de una pelea de boxeo, con el cuadrilátero dividido. A un lado del aparcamiento, los amigos de Matt, pero ni rastro de él, y al otro, nuestro grupo, entre los que ya se encontraban Joel, Marco y Nora. Había decenas de personas que no

conocíamos repartidas por todas partes e incluso pude ver a Álvaro y los suyos desperdigados por la entrada. Los grupos estaban totalmente marcados y distanciados. Mejor así…

Caminamos decididas hasta los nuestros, que bebían entre gritos, charlando a voces sobre cualquier tema sin importancia, y nos recibieron con la efusividad que merecía una fiesta como aquella. No tardamos en pedir y coger el ritmo del grupo. Después de todo, al día siguiente no trabajábamos y podíamos alargar la noche lo que quisiéramos.

Habían decorado la zona exterior con mesas altas, forradas con telas de color neón, y multitud de luces colgadas de los árboles, adornados con los mismos tonos: fucsias, amarillos, naranjas y verdes fluorescentes. Era de lo más llamativo.

Estábamos bailando animados, cuando ya llevábamos varias copas encima, y me di cuenta de que hacía bastante rato que no veía a Elaia. Accedí al interior de la discoteca, donde habían colocado varias tarimas en las que bailaban atractivos *gogós*, con movimientos sensuales que eran imposibles de seguir. Busqué con la mirada entre la multitud, tratando de localizarla, escaneando desde el escenario, donde se encontraba la mesa del DJ, hasta la pista de baile, donde caía el humo del megatrón desde dos cañones situados en los laterales del techo. La vi en el centro, bailando con un chico, demasiado pegada a su cuerpo para mi gusto… Dudé si acercarme durante unos segundos y, finalmente, regresé a la terraza exterior, con el resto. Mis ojos rodaron solos y rebeldes hacia el lado opuesto, atraídos por un extraño magnetismo al que le encontré explicación sin buscarla. Matt estaba allí, apoyando sus brazos cruzados sobre una de las mesas, hablando con sus amigos. Nuestras miradas se cruzaron desde la distancia justo hasta que Lena se acercó a él, abrazándolo por detrás, y coló sus manos por debajo de su camiseta. No sé por qué aparté los ojos al instante, pero lo hice. Probablemente, por los recuerdos que me trajo ese acercamiento… El caso es que, en ese mismo instante, algo entró en ebullición dentro de mí —digamos que fue el alcohol— y acabé metiéndole la lengua a Joel hasta la garganta. Es una exageración, vale, pero el alcohol siempre me pasaba factura. No solía beber casi nunca, por eso, en días excepcionales, como esa fiesta, en cuanto bebía dos copas, parecía una persona distinta, completamente desinhibida, cero racional.

Estuvimos allí, besándonos como quinceañeros, apartados del grupo, mientras nuestros amigos bailaban al ritmo de los últimos éxitos musicales que retumbaban a nuestro alrededor. Llevábamos más de medio año sin acostarnos juntos, pero… Siempre había un *pero* que lo fastidiaba todo y en ese momento, lo necesitaba. Lo necesitaba para olvidar. Perdí la noción del tiempo y cuando abrí los ojos, con mi rostro entre las manos de Joel, que lo sostenía para profundizar los besos, me encontré con la mirada grisácea de Matt, que nos observaba a varios metros de distancia. Quise ignorarlo e intenté seguir a lo mío, abandonándome a los labios de mi amigo, pero la mente tiene un gran poder y, en ese instante, su imagen arrasó con todo a su paso.

Recordaba aquel día a la perfección. Y eso que ocurrió ocho años atrás, unos meses antes de que Matt se marchase a Roma. Regresábamos a casa después de una noche insuperable con los nuestros y, como siempre, él me acompañó hasta la mismísima puerta. Esa tarde, al oscurecer, decidimos ir al club mientras su familia trabajaba; escogimos uno de los barcos, a dedo, y Giulia, Elaia, él y yo nos subimos para sentarnos en unos asientos de cuero situados en la popa y charlar tranquilamente. En un determinado momento, Matt me guiñó el ojo, disimulando, y se levantó, sobresaltado. Me fijé en que el barco tenía dos cabos, uno atado al muelle y el otro, en peores condiciones, suelto, que fue el que él agarró por su extremo antes de comenzar a gritar:

—¡Mierda! ¡El barco no está amarrado! ¡Nos alejamos de la orilla!, ¡saltad!

Giulia arqueó las cejas, incrédula; le conocía de sobra. En cambio, Elaia no se lo pensó y se lanzó al agua, provocándonos una interminable carcajada. No recordaba haberme reído tanto

en mi vida… Sobre todo, después de ver su rostro, desencajado, al comprobar que se trataba de una molesta broma de Matt. Tuvo que volver a casa empapada y, lo peor, con las constantes burlas de los demás.

Y allí estábamos él y yo, acordándonos de ese instante, del gesto de mi prima, riéndonos sin parar al despedirnos; sin embargo, nuestras miradas encajaron, sin esperarlo, y las risas se transformaron en una media sonrisa, acompañada de sus respiraciones profundas, que podía comprobar en cómo su torso subía y bajaba. No sé cuántos segundos permanecimos así, observándonos, mirándonos fijamente bajo ese cielo estrellado en aquella noche en la que no solo encajaron nuestros ojos. Matt se acercó lentamente, colocó sus manos en mi cintura y nos besamos. En cuanto sus labios me rozaron, los míos se abrieron para recibirle y nuestras lenguas se entrelazaron con suavidad. Pero esa calma no duró mucho… Según se iban revolucionando su respiración y mis latidos, nuestros labios se buscaban con más ansia, con desesperación. Atravesamos la puerta de la verja que unía ambos terrenos y ni siquiera sé cómo subimos hasta su habitación, porque no recuerdo que nuestras lenguas se soltasen ni un solo segundo. Apoyé mi espalda en la pared, porque necesitaba algo firme a mi lado; sentía que ambos nos tambaleábamos, que toda nuestra historia y nuestra existencia lo hacían. Deslicé mis manos por debajo de su camiseta y acaricié la piel de su espalda, firme y suave, como en tantas ocasiones había hecho, pero esa vez con pura necesidad por sentirle. Se iba y quería recordarlo para siempre.

Sus dedos se colaron por la goma de mis pantalones cortos y bajaron con decisión, apartando la tela de mis braguitas para rozarme con la yema de sus dedos, provocando que, con ese simple gesto, enloqueciese por momentos. No había nadie mejor para mí, era el instante perfecto, pero… Ahí estaba de nuevo: *pero*.

—Matt… —gemí sobre sus labios, deseando sentirle de todas las maneras posibles.

Sus ojos se abrieron, me sonrieron y me vi reflejada en el intenso azul de su mirada.

—Voy a echarte mucho de menos… —murmuró sin separarse ni un solo milímetro.

Pero, entonces, lo vi, su gesto cambió. Sacó la mano y la dejó en mi cadera, acariciándome la piel con ternura. Apoyó su frente en la mía y dejó salir todo el aire, que estaba reteniendo, por la nariz, con un profundo y liberador suspiro.

—No podemos hacer esto así. No ahora…

Y supe inmediatamente a qué se refería, me lo chivó su mirada. Se marchaba y no quería que nos atase nada más, aparte de esas cosas que ya lo hacían; no quería que lo complicásemos más de lo que ya estaba. Se iba y no quería que ambos perdiésemos la virginidad juntos; a pesar de que los dos supiéramos que no existía nadie mejor con quien vivir esa primera vez.

—Tienes razón, será mejor que me vaya. —Le di un suave beso en los labios, despidiéndome, para que supiera que yo también creía que era lo mejor—. Nos vemos mañana.

Se quedó inmóvil; clavó sus intensos ojos azules en los míos, pensando en ello, conteniéndose, dudando qué hacer.

—No es una buena idea… —susurró—, pero no puedo irme así. Nunca podría irme así.

Dio un paso al frente, rodeó mi cintura con un brazo, atrayéndome a él, pegándome a su cuerpo todo lo posible, y me agarré a su cuello para unir nuestros labios. El tiempo desapareció, besándonos, aprendiéndonos nuestros labios de memoria para recordarlos cuando estuviésemos lejos. Creo que fui yo la que le guio hasta la cama y le empujó para que cayera en ella de espaldas, provocando una sonrisa ladina de su parte que me comí sin dudar.

Había pensado en miles de ocasiones en cómo sería esa primera vez, si sería cierto lo que contaban de ella, los sentimientos y las sensaciones que la rodeaban, el hormigueo que la

acompañaba, la explosión que le daba fin… Y siempre, en todas mis recreaciones mentales, estaba él junto a mí; parecía que era algo que tenía asumido: perdería mi virginidad con Matt. Porque… ¿acaso podría haber sido con otra persona? Casi todas nuestras primeras veces fueron juntos, con él todo era nuevo y excitante, y habría sido muy triste que mi virginidad se la hubiera llevado otra persona. Algo que mi mente era incapaz de asimilar… No sabía cuándo sería el momento, pero tenía claro que sería con él. Y así fue…

Nos besamos tumbados en su cama, enredados de todas las maneras posibles, rodando el uno sobre el otro. Sus besos eran delicados, tranquilizadores y lentos, tanto como su mirada, que brillaba sobre la mía transmitiéndome una seguridad que era incapaz de conseguir. Estaba hecha un flan… No sabía qué hacer ni cómo, así que me limité a parar de pensar y dejarme llevar. Sus manos me acariciaron como tantas veces habían hecho y nos deshicimos de nuestras camisetas y de mi sujetador para estar lo más juntos posibles, piel con piel, alma con alma. Mi cuerpo se revolucionó y sentí los latidos estremecedores de mi corazón, o del suyo, cuando me quitó el pantalón y lo dejó caer en el suelo. Matt repartió cientos de besos por mi piel, bajando desde mi cuello hasta mi pecho, pasando por mi clavícula, recreándose en cada punto, provocándome un latigazo tan intenso que ni siquiera parecía real. Sus labios continuaron su propio camino y se detuvieron en la goma de mis braguitas, lanzándome una mirada pícara que me hizo enloquecer. Adiviné sus intenciones y tiré de su brazo hacia mí; estaba tan nerviosa que le necesitaba lo más cerca posible. Cuando su boca regresó a la mía, el mundo volvió a adquirir sentido. Todo estaba donde debía estar, justo donde lo necesitaba, aunque sabía que no era para siempre, que los minutos juntos estaban contados, pero me negaba a pensar en ello en esos instantes.

Matt acarició mi rostro con calma mientras me besaba, tranquilizándome, enredando sus dedos en mi pelo para profundizar el beso. Su otra mano se coló por debajo de mi ropa interior y cuando las yemas de sus dedos rozaron mi centro, el latigazo inicial se intensificó y una tensión dolorosa se quedó a vivir en mi entrepierna. No apartó sus ojos de los míos en ningún momento, dejando que continuasen con su particular y constante conversación. Era la primera vez de ambos y nos conocíamos tan bien que sabíamos lo que estaba sintiendo el otro con certeza; estábamos tan desconcertados como seguros, tan excitados como tranquilos. Nos separamos unos segundos para mirarnos fijamente y analizar lo que estaba ocurriendo, para ser conscientes de ello. Matt se mordió el labio inferior y negó con la cabeza, resignado, porque llevábamos tanto tiempo deseándonos, esperándonos, que parecía mentira que por fin fuese a ocurrir, aunque fuéramos tan solo dos adolescentes que fantaseaban con ser adultos.

Se deshizo de la poca ropa que quedaba entre nosotros, lanzando sus pantalones al suelo, junto a los míos, y cuando le observé de rodillas, totalmente desnudo, frente a mí, rasgando el envoltorio de un preservativo para colocárselo, los nervios se instalaron en la boca de mi estómago, doblándome por la mitad. Creo que en aquel momento fui consciente de lo que estaba sucediendo, de lo que iba a ocurrir, de lo que podría cambiar entre nosotros… Sentí cómo mi cuerpo empezó a temblar de nervios, de deseo, de anticipación; él sonrió al darse cuenta, regresó a mis labios y centró su mano en dedicarse, al cien por cien, a su única misión: tranquilizarme y hacerme enloquecer a partes iguales.

No dejó de hacerme sentir importante y especial con cada uno de sus gestos, de sus miradas, de sus caricias, pero siempre lo hacía, así que no era algo nuevo. Continuamos con esos besos iniciales, rozándonos con pasión desmedida, sintiendo ese hormigueo descontrolado y separamos nuestros labios unos segundos, con su frente apoyada sobre la mía. No me costó descifrar un «¿estás segura?» en sus ojos azules; asentí y su respiración, agitada y profunda, se fundió con la mía, respirando mi mismo aire. Se incorporó ligeramente, para no forzar las cosas,

y acarició con devoción mi cuerpo, pasando sus dedos por mi pecho, descendiendo por mi estómago, mimando la parte interior de mis muslos, rozando mi deseo. Nos besamos de forma pausada y cuando se hundió lentamente en mi interior, oculté mi rostro en su cuello para tratar de relajarme y hacer desaparecer esa intensa presión. Matt se quedó inmóvil, dejó caer su peso en uno de sus brazos y me acarició con deleite.

—¿Estás bien? —Me separé para mirarle y vi cómo tragaba saliva, asustado, hasta que asentí y me sonrió con los ojos.

Nos quedamos muy quietos, disfrutando de nuestros labios, de la suavidad de nuestras lenguas, de su adictivo sabor y olor que me hubiera gustado capturar para siempre. Cuando sus movimientos, suaves y delicados, regresaron, la presión que sentí en un primer instante empezó a desaparecer. Fue un acto de amor puro, con toda la inocencia y naturalidad que podría tener un momento como aquel. No aumentamos la velocidad; nuestras caderas se alejaban y se buscaban igual que nuestras bocas, con vaivenes lentos, intentando alargar aquella noche para siempre, aunque, sin saberlo aún, ya la habíamos hecho eterna de todas las maneras posibles. No dejó de acariciarme ni sus ojos dejaron de brillar con cada embestida, provocándome una incesante descarga que hormigueaba por los poros de mi piel.

—Por siempre jamás —susurró en el lóbulo de mi oreja, sacándome una tímida sonrisa, minutos antes de que sus movimientos se hicieran más profundos para dejar que esa pasión desbordante nos arrollase, llevándonos al éxtasis más intenso.

Se tumbó a mi lado sin parar de besarme, de acariciarme ni de sonreír, incrédulo por lo que acababa de ocurrir. O no tanto… Me acurruqué en su pecho, acomodándome en su torso, firme, suave y perfecto, tratando de recuperar la normalidad y que nuestros corazones volvieran a su estado natural, dejando que sus dedos rozasen mi espalda, de arriba abajo, perdiéndome en sus labios de nuevo, deseando que esos besos fueran infinitos.

—Me gusta cómo latimos juntos… —murmuró sobre mis labios, besándolos, haciéndome sonreír y que mi corazón sufriese un doloroso pellizco al escuchar sus palabras.

Fue un beso con sabor diferente a todos los que nos habíamos dado hasta el momento. Sabía a deseo, a necesidad, a pasión, a despedida… Y no había mejor forma para decirnos «adiós», porque no teníamos un presente juntos, pero nos quedaba demasiado futuro por delante. O eso creía por aquel entonces.

—A mí también.

Llevábamos tantas vivencias y sentimientos a nuestras espaldas que nunca me habría permitido pensar que otro se llevase eso que yo consideraba suyo, que otra se llevara aquello que sentía mío, porque en ese instante no había nadie más en mi mundo, solo existíamos él y yo. Además, había un término para describirlo: *raabta,* una palabra de la lengua urdu que significa una conexión emocional única que nace entre dos almas, ese vínculo que se forja a través de las experiencias compartidas entre dos personas; instantes y sonrisas inolvidables, lágrimas o esa capacidad de entender y apoyar los sueños del otro. Por eso, nunca podría haber dicho nada al saber que quería estudiar en Roma; tan solo, aceptar su decisión, apoyarle y estar ahí cuando volviera. *Raabta* eran las amistades como la nuestra, con ese compromiso de estar allí para el otro en los altibajos de la vida, esa conexión estratosféricamente inmensa que trascendía el tiempo y el espacio… *Raabta* éramos nosotros o eso decía mi corazón. Y no sabía lo equivocado que estaba, a pesar de que lo desease con todas mis fuerzas.

…

Un chorro de agua, directo a la cara, me trajo de vuelta a la realidad. Abrí los ojos, molesta y empapada, y me separé de los labios de Joel. ¡¿Qué demonios?! La fiesta del inicio del

verano había empezado, pero no esperaba que fueran a disparar cañonazos de agua directos a los rostros de las personas. Varias se pusieron a gritar, otras bailaron bajo el agua, otras se besaron en el centro de la terraza, restregando sus cuerpos húmedos sin pudor alguno. Yo, en cierto modo, volví a aquella zona exterior, a sus mesas de colores fluorescentes, a las conversaciones desternillantes de mis amigos y me fijé en el resto de la gente, en cómo se divertían sin dejar de moverse, contoneando sus caderas con la música que sonaba, a gran volumen, a través de los altavoces mientras disfrutaban bajo los chorros.

Me limpié la cara con ambas manos y escurrí mi pelo para quitar el exceso de agua; aun así, seguía calada, por lo que decidí entrar al baño de la discoteca para arreglarme un poco. Eché un vistazo rápido por si encontraba a Elaia en la pista y me adentré en el largo y estrecho pasillo hacia los aseos. No esperaba verle allí y menos aún, sentir su cuerpo tan cerca del mío.

—Así que Joel, ¿eh? ¿Es que no había ningún imbécil mejor? —cuestionó Matt, apoyando una de sus manos en la pared, cortándome el paso.

—¿Qué estás diciendo? —Pasé por debajo, esquivándolo.

—¿En serio, Juls? —Y ese «en serio» sonó como un «no me jodas» silencioso a mis espaldas. Me giré y vi cómo se frotó la frente, confuso, y pasó la mano por su pelo para apartarlo de su mirada—. ¿Por qué?, ¿por qué él?

—¿Cómo que por qué él? No sé lo que quieres decir, Matt. ¿Por qué Lena está tan cariñosa?, ¿por qué la rubia mafiosa?

—Lena solo es una amiga, una buena amiga. Espera... ¿la rubia mafiosa? —Rio.

—Sí, esa chica que vino contigo en una de tus visitas.

—¿Alessia?

—No sé si se llamaba Alessia ni me interesa, la verdad, pero a partir de ahí todo cambió.

—No fue así. —No sé si quiso convencerme a mí o a él.

—Ah, ¿no?, ¿y cómo fue?

Un silencio incómodo se hizo entre ambos. Se podía sentir la tensión, vibrando con un intenso zumbido, interponiéndose entre nosotros. O acercándonos.

—¿Por qué él? —volvió a preguntar, resignado—. Es un gilipollas. Y tú no te mereces a alguien así.

—¿Y qué me merezco? —le reté.

Realmente, quería saberlo, quería averiguar tantas cosas… ¿A qué se refería?, ¿qué le pasaba?, ¿por qué había vuelto? Su respuesta fue clavarme la mirada; tanto que la sentí muy dentro de mí, haciendo que algo se removiera en mi interior. Al ver que no decía nada, emprendí el camino hacia el baño, del que me separaban, apenas, un par de metros.

—Juls… —susurró, agarrándome del brazo para evitar que me fuera. Sus dedos acariciaron mi piel, con cariño, dándome esa contestación que necesitaba.

—Juls no… —Sentía cómo ese alcohol que hervía en mi estómago lograba que me evaporase. O eso esperaba, que fuesen las copas y no su mirada—. Perdimos lo que había, Matt, y fue decisión de ambos. Si uno de los dos se hubiera esforzado por continuar con esta… amistad —dudé si ese era el término correcto—, no habríamos estado hablando con monosílabos tanto tiempo. Yo lo decidí, tú también lo hiciste… Es madurar, supongo; cambiar de aires y de amistades.

—Yo decidí marcharme, Juls, pero nunca decidí alejarme de ti… —soltó con la sinceridad latente en su tono de voz.

Vi cómo quiso tragarse aquellas palabras y, aun así, las pronunció, cómo se incrustaron en él al decirlas, de la misma manera que lo hicieron en mí al escucharlas; cómo él y esa frase

destrozaban mi mundo al mismo tiempo que lo ordenaban. Dio un paso al frente y acarició mi mejilla con devoción, sujetándome por el mentón para que nuestras miradas no se alejaran. Y no sé cómo sucedió, si el alcohol en ebullición me llegó al cerebro o ese hormigueo de mi estómago me obligó a sujetarme a su bíceps para alzarme y alcanzar sus labios. Fue un roce suave, sensual, que duró unos segundos; un roce que terminó con mi lengua enredada a la suya. Y cuando su sabor, ese que tanto añoraba, inundó mi organismo… ¡Zas! Nuestros recuerdos juntos me zarandearon, de lado a lado, para que reaccionase. O fue ese beso… ¡Mierda! Y es que si de algo me había olvidado en aquellos dos años era de eso mismo, de olvidarle…



Capítulo 14
Elaia

Si llego a saber que la fiesta iba a terminar así, no hubiera ido. ¡Lo juro! Lo tengo más que asumido, aprendido de memoria: no puedo beber. «No puedo beber», me repito constantemente. Siempre que una gota de alcohol roza mis papilas gustativas, termino liándola. No sé cómo lo hago; sin embargo, acaba ocurriendo. Pero… ¿cuántas veces se celebra la fiesta de inicio del verano y, además, tienes la suerte de no trabajar al día siguiente? ¡Ninguna! Ya lo digo yo…

Estaba en medio de la pista, bailando con Fer, uno de mis compañeros del Riva, dejando que el gin-tonic me absorbiese. Aunque, en realidad, no me hiciera falta. Era una persona sin vergüenza alguna y nunca actuaba pensando en lo que opinaban los demás; era algo que no me importaba en absoluto. Por eso, con la ayuda de esas copas, mi actitud no podría ser más liberadora.

Me encontraba con ambos brazos sobre sus hombros, moviéndome muy cerca de su cuerpo, rozándonos al ritmo de la música. Estuvimos así durante varias canciones seguidas, provocándonos, con sus labios haciéndome cosquillas en el lóbulo de la oreja, con sus ojos deslizándose hacia mi boca y comiéndome en lo que dura un solo pestañeo. Por ese motivo, cuando nuestras lenguas iniciaron su peculiar danza del vientre juntas, no me sorprendí.

Era el típico chico serio que parece que está ocultando algo, el tipo misterioso por el que todas las chicas están coladas hasta el tuétano. Y yo… Bueno, no pensaba más allá de esa noche, pero tenía un cuerpo hecho para el pecado y podríamos pecar juntos; al menos, un rato. Había empezado a trabajar en nuestro restaurante varios meses atrás y nos llevábamos bastante bien, ya que teníamos gustos y aficiones muy similares. O eso pensaba hasta que, unos minutos después, salí de la discoteca en busca de Julia y escuché algo que no debería.

Fer estaba en la puerta del local hablando con unos amigos suyos, con los que habíamos coincidido en varias ocasiones.

—Pero… ¿qué haces con Elaia? —cuestionó uno de ellos.

—Pues ya ves…

—¡Querrá ascender tirándose a la hija de los dueños! —se cachondeó otro.

—¿No decías que no te gustaba? —preguntó el primero.

Ahí empecé a mirarlos mal, sin que ellos se percatasen de mi presencia mientras fumaban en círculo.

—Dejadle tranquilo, ¡será solo un lío! —Le defendió un tercero.

No pensaba casarme con él; aun así, no podía perderme esa conversación, por lo que seguí escuchando.

—Pues no, no me gusta. Elaia y yo nunca podríamos llegar a nada, pero… ¿desde cuándo se dice que no a un polvo gratis?

¡¿Perdona?! ¡Será gilipollas! No pude contenerme, aunque no sé por qué no le estampé la rodilla en su valorada entrepierna.

—¡Desde hoy! —grité a sus espaldas—. Ni de coña —dije recalcando cada palabra de forma espaciada— me acostaría contigo, Fer. Solo estaba aburrida, pero esos besos de principiante no me han dejado con ganas de nada. Además, lo siento mucho, pero no creo que pudiera llegar al orgasmo con tu problema. —Marqué un centímetro entre mis dedos índice y pulgar, insinuando que lo que ocultaba bajo sus pantalones era un micropene. Sus amigos empezaron a reírse descontrolados, vacilándole, y yo me alejé de allí con una sonrisa que no tardó en desaparecer.

Regresé junto a mis amigos, que continuaban fuera, alrededor de una de las mesas, totalmente empapados, bebiendo y disfrutando como si no hubiese un mañana; tan solo un hoy que no había hecho nada más que empezar, como ese verano que acababa de dar el pistoletazo de salida y ya prometía más que nunca.

Me pedí un Puerto de Indias con tónica y fresas, a juego con mi nuevo color de pelo, y comencé a moverme en aquella zona exterior donde un DJ mezclaba los últimos temas del momento. Solía cambiarme el pelo a menudo; ya había pasado por negro, rubio, castaño y pelirrojo, buscando un color que terminara de convencerme, un cambio radical que supusiese un giro de ciento ochenta grados en mi vida, pero ninguna de las dos cosas terminaba por ocurrir. No obstante, ese tono rosa palo no me disgustaba del todo…

No sé cuánto tiempo estuve allí, bailando con los míos, con los cientos de árboles que nos rodeaban dando vueltas a mi alrededor. Vueltas de verdad, porque a esas alturas de la noche, ya tenía un mareo considerable. Recordé que llevaba demasiado sin ver a Julia, así que me fui a dar un paseo para buscarla por todas partes, pero nadie la había visto. La llamé por teléfono; nada, no hubo respuesta. Me acerqué a Joel con la esperanza de que él supiera algo, aunque su mirada me desvelase lo contrario.

—No tengo ni idea; llevo un par de horas sin verla. Supongo que se habrá ido a casa —contestó cuando le pregunté por ella.

¿A casa?, ¿sin avisarme? Parecía que no conocía a Julia…

Ni. De. Coña.

—¿Tienes el…?, ¿tienes el teléfono… de Álex? —titubeé, gracias al alcohol. O puede que, de verdad, no quisiera hacer esa pregunta.

—Claro, ¿por qué lo quieres?

—¿Puedes dármelo? Tengo que… Necesito preguntarle algo.

—¿Ahora? —Miró el reloj, cuestionándome, extrañado.

—Es importante.

No dijo nada más, me enseñó la pantalla, con los números en un tamaño considerable, creyendo que estaba ciega y no bebida, y esperó a que los marcara en mi móvil. Di a la tecla verde sin pensarlo y esperé a que contestase.

—¿Sí? —Escuché su voz adormilada cuando respondió, al quinto o sexto tono, e imaginé que le había pillado durmiendo.

—¡Menos mal! Menos mal… —repetí un poco confusa—. Quiero decir, si fuera una urgencia, no habrías llegado a tiempo, socorrista.

—¿Elaia? —En esa ocasión, la confusión se manifestó en su voz—. ¿Eres tú?

—¡Claro! ¿Quién si no? —contesté como si no conociera a nadie más en el mundo.

—¿Has bebido?

—No, bueno, sí, pero antes has dicho algo… —dudé hasta de mi nombre—. Has dicho que para lo que necesitase. ¿Está Julia contigo?

—¿Julia?, ¿qué Julia?

—¿Cómo que qué…? —Reí con su respuesta, aunque no supe muy bien por qué—. ¡Mi prima!

—¿Por qué iba a estar conmigo? He hablado con ella una vez. Y creo que ni siquiera llegamos a hablar… No nos dejaste porque no callabas. —Volví a reír.

—¡Es verdad!

—¿Necesitas que vaya a buscarte? —preguntó preocupado.

Se llevaba su papel de salvavidas a la cama, incluso. Y me lo imaginé… de todas las maneras posibles, salvándome en la cama. O llevándome al límite.

—Te estoy esperando… ¿No ibas…? ¿No ibas a venir a la fiesta? —protesté mirando el reloj—. Julia ha desaparecido, así que cuando vengas, me voy contigo a buscarla, a casa.

—Estás en Energy, ¿no? No te muevas de ahí. —Sonó como una orden y me reí una vez más.

Observé el teléfono con el ceño fruncido, antes de empezar a compararle con un sargento, pero cuando quise darme cuenta, él ya había colgado y estaba hablando sola. Ni siquiera creo que llegara a escucharme…

En cuanto guardé el móvil, me arrepentí de haberle llamado. O no… El caso es que un hormigueo se instaló en mi estómago, regañándome, aunque me negase a escucharlo. Si aparecía por la fiesta, aprovecharía el viaje para que me acercase a casa, como llevaba haciendo varios días seguidos; tampoco le estaba pidiendo nada del otro mundo… ¿o sí?

Decidí no darle vueltas y regresar al interior de la discoteca, donde estuve bailando demasiado tiempo, con los brazos en alto, contoneando mis caderas al ritmo de la música, dejándome llevar hasta que alguien me cogió de la mano para hacerme girar sobre mí misma.

—¿Estás bien? —me preguntó Álex, entornando los ojos con una leve sonrisa cuando apoyé ambas manos sobre su torso firme para no perder el equilibrio.

—¡Perfectamente!

—Bonito cambio de *look*… —murmuró adulador—. ¿Nos vamos?

Me limité a asentir y caminar tras él, pero en los escasos veinte metros que nos separaban de la salida del local, me entretuve a charlar con decenas de personas. En una de mis últimas paradas, sentí gritos a mis espaldas; miré para ver qué sucedía y distinguí a Ian entre la multitud, el mejor amigo de Matt, empujando a otro joven, al que no pude verle la cara, encarándose con él. Álex volvió a cogerme de la mano y tiró de mí hacia la puerta, evitando que continuara distrayéndome y que aquel embrollo nos terminase afectando, pero los gritos no cesaron; al contrario, se hicieron más fuertes, tanto que se oían por encima de la música.

El escalofrío que recorrió mi columna vertebral cuando sus dedos se entrelazaron con los míos hizo que me soltase, con disimulo, y siguiera caminando a su lado, olvidándome del resto.

—¿Estás bien? —insistió cuando nos subimos al coche. Asentí al acomodarme en mi asiento, en el que podría haberme quedado dormida nada más caer—. ¿Qué ha pasado?, ¿por qué me has llamado?

—Nada. —Le miré fijamente, sentándome en modo indio, cruzando los pies sobre la tapicería—. Quería volver a casa.

—Y has llamado al taxista… —me interrumpió burlón—. Podrías haber vuelto con Joel o con alguno de tus amigos; te habrían acercado encantados.

—Lo sé, pero quería volver contigo.

Me observó con intensidad y apartó la mirada rápidamente, sin perder la sonrisa ni la amabilidad en ningún momento. Suponía que Álex era de ese tipo de chicos, de esos con los que siempre puedes contar, que se preocupan por los suyos, aunque le pongan en un aprieto… por

innumerables motivos. Esos segundos en los que sus ojos acariciaron los míos me sonaron a advertencia y provocaron que mi estómago se encogiera. Esperaba que fuese por eso…

Álex arrancó y cuando iba a acelerar, se incorporó sobre mí; no dijo nada, cogió el cinturón, tiró de él y lo abrochó con delicadeza mientras nuestros rostros casi se rozaban.

—Gracias… —susurré, acurrucándome más aún, cerrando los ojos en algún que otro instante.

Aceleró y una vez que dejamos atrás Energy, nos adentramos en la oscuridad de la noche. La mayoría de las carreteras de la sierra estaban sin iluminar, lo que aumentaba el riesgo, cuando el sol se escondía, y la tranquilidad, que a esas horas era infinita.

—¿Cómo vas? —me preguntó a mitad de camino.

—Estoy mareada. Creo que voy a vomitar… —revelé, provocando que detuviese el coche en el arcén para que pudiera bajarme.

Me apoyé en uno de los árboles, con el planeta Tierra dando vueltas a mi alrededor; las náuseas no desaparecían, pero el aire fresco me vino bien, sobre todo, después de tantas curvas seguidas. Resbalé mi espalda por el tronco hasta que me quedé sentada en el suelo, Álex se bajó del coche y se situó a mi lado en cuclillas, sin dejar de observarme con preocupación. Abracé mis piernas, con la cabeza sobre ellas, y entonces, me acordé de aquel comentario que empezó a martillear en mi mente.

—Es un gilipollas. No sé quién se cree… —mascullé por lo bajo.

—¿Quién? No me digas que también eres una especie de macarra y te ha dado tiempo a meterte en peleas. —Sonreí soltando el aire.

—Fer. —Entrecerró los ojos, desconcertado, como si no supiera a quién me refería—. ¿Te lo puedes creer? Estaba chuleándose con sus amigos, en plan gallito de corral.

—No me digas…

—Y va el imbécil y suelta que nunca desperdiciaría un polvo conmigo gratis. Como si yo no valiese nada, como si no estuviera a su altura… —Su gesto cambió cuando vio que aquellas palabras me afectaron de verdad—. Todavía no sé cómo me he contenido para no darle un cariñoso rodillazo donde más lo necesitaba.

—No se merece ni que lo escuches.

—No lo hago.

Giré el rostro y nos sonreímos con complicidad. Álex empezaba a parecerme un encanto. O, al menos, la versión distorsionada que tenía de él gracias a la ginebra.

—No dejes que nadie te haga sentir lo contrario porque eres perfecta. —La sinceridad de sus palabras se reflejó en su mirada—. Serías mi chica perfecta si yo tuviese diez años menos.

¿Qué?, ¿cómo?, ¿qué? Vale, ahora sí que mi estómago dio un triple salto mortal. Curvé los labios ligeramente como respuesta; no sabía qué responder, me había dejado sin palabras… ¡A mí!

—¿Vamos? —Se puso de pie de un salto y me tendió la mano para ayudarme.

El resto del camino lo hicimos en silencio. Un silencio que ocultaba demasiados pensamientos, que imponían y asustaban a partes iguales. Por lo menos, a mí… Cuando llegamos a mi casa, detuvo el coche justo en la puerta y nos miramos sin decir nada, como llevábamos haciendo los últimos diez minutos.

—Gracias por traerme —sentencié para romper el hielo.

—Ha sido un placer.

—Pensaba que… Creía que vendrías con un pijama de superhéroes o algo parecido.

—En todo caso, sería del demonio de Tasmania —bromeó con gesto angelical.

—Sí, ya… —Abrí la puerta del coche y me bajé. Cuando puse un pie en el suelo, todo empezó a girar a mi alrededor, otra vez, pero llegué hasta la puerta lo más dignamente posible; es decir, sin caerme y besar el asfalto—. Buenas noches.

—Que descanses.

«No vuelvo a beber» fue el mantra que me repetí una y otra vez desde que cerré la puerta a mis espaldas, comprobé que Julia estuviese en su cama y me acosté, cubriéndome la cabeza con las sábanas, dando por finalizado un intenso y caótico día; el último en el que bebería una sola gota de alcohol.

…

—*That you´ve got a higher power. Got me singing every second, dancing every hour.* —Su voz, a un volumen lo suficientemente elevado como para estar viviendo su propio concierto en la ducha, me despertó de golpe, igual que si me hubieran echado una jarra de agua congelada por encima—. *You´ve got a higher power and you´re really someone I want to knooow. ¡Oh, oh!*

Bufé al levantarme, frotando mi rostro con ambas manos, tratando de despejarme, y presioné la frente con ellas para deshacerme de la molestia provocada a base de golpes de percusión. Caminé hacia el cuarto de baño, bajé el volumen del móvil de Julia, que seguía reproduciendo su lista de canciones favorita, y me senté en el suelo, más dormida que despierta todavía.

—¿Por qué estás tan de buen humor? Me va a explotar la cabeza…

—¡Buenos días! —Mi prima asomó su rostro sonriente tras las cortinas de la ducha—. ¿Qué tal la noche? Te oí llegar pronto.

—¿Cómo que qué tal anoche? ¿Dónde te metiste? Podrías haberme avisado de que te ibas a casa…

—No pensaba irme, pero tuve que hacerlo.

—¿Cómo que tuviste que hacerlo?

¡No estaba para acertijos! Tardó unos segundos en salir de la ducha, enrollar una toalla en su pelo y otra alrededor de su cuerpo y sentarse a mi lado antes de contestar.

—Matt y yo nos besamos.

Al escucharlo, mi mandíbula casi se desencajó de su sitio. ¿Cómo me había perdido algo así? ¡Necesitaba todos los detalles!

—¡¿Qué?! ¿Cuándo?, ¿cómo?, ¿por qué?

Volteó los ojos, como si fuera más que evidente, y empezó a explicarme, de manera detallada, lo que había ocurrido.

—¡No me lo puedo creer! —respondí, emocionada, al escucharlo—. Aunque… ya te dije que esto pasaría.

—¡No vayas tan rápido! Que no ha pasado nada… Fue solo un beso. Bueno, unos cuantos…

—¿Y qué ocurrió después?, ¿hablasteis?

—No, me fui.

—¿Te fuiste?, ¿así, sin más?

—Ya te lo he dicho. ¿No te enteraste de lo que pasó? —Negué con la cabeza—. Bueno, en realidad, yo tampoco… Solo sé que Ian estaba metido en el ajo, como siempre, y acabó a puñetazos con uno.

—¿Con quién?

—No tengo ni idea; no pude verlo, pero en cuanto Matt vio que su amigo estaba en problemas, salió disparado a por él. Ya sabes…

—Y tú aprovechaste para marcharte.

—Ajá. —Asintió—. Esto no… No está bien. No voy a decirte que no fuera increíble porque Matt besa… —Suspiró—. Matt besa como nadie, pero lo nuestro no puede ser.

—¿Por qué? Cosas más raras he visto…

—¡Venga, Elaia! ¿Acaso no recuerdas cómo han terminado su familia y la nuestra? Si apenas pueden mirarse a la cara… Por no hablar de nuestros amigos, son polos opuestos, nunca podrían juntarse; ya has visto cómo han acabado las cosas cuando nos hemos mezclado…

«A golpes», me tragué.

—Eso no importa.

—Es fácil decirlo. Aun así, lo que importa es que llevamos «juntos» toda la vida y nunca hemos dado un paso adelante ni hemos ido más allá. Solo ha sido un beso y no ha significado nada; lo mismo de siempre.

Cuando Julia entraba en ese oscuro y profundo agujero, no había nadie capaz de sacarla de allí, así que desistí.

—Lo que tú digas. —Quise cambiar de tema—. ¿Qué te parece si vamos a las piscinas del G3? Para aprovechar nuestro día libre.

—¡Me parece un plan perfecto!

—¡Genial! Pues… ¡vámonos! —Me entraron las prisas.

—Pero… oye, ¿qué tal tu noche?, ¿estuvo bien? No me has contado nada.

—Mi resaca podría hacerlo por mí —comenté bromista—. Ha sido… interesante. No ha estado mal. Nada mal…



Capítulo 15
Álex

Mi nuevo lugar de trabajo era otro verdadero paraíso. Según el cuadrante que me había dado Joel, tendría que repartir mis turnos entre la playa y esas piscinas de forma rotatoria y aunque tenía el recuerdo de que eran las más bonitas de la sierra, cuando llegué allí y miré hacia arriba, me quedé boquiabierto. Estaban situadas en un pequeño valle, entre dos montañas, y las paredes verticales de piedra de la más próxima se elevaban sobre mí, quitándome el aliento, alzándose hacia el cielo, inalcanzables, inquebrantables. A pesar de que las recordase infinitamente más altas… Quizá porque cuando eres niño todo parece mucho más grande de lo que es y tú te sientes diminuto con cada paso.

Llegué con tiempo de sobra para recorrer las instalaciones que, situadas en un terreno enorme de verde y mullido césped, contaban con un estanque repleto de peces de colores, un parque infantil con columpios de todo tipo, una pista de tenis y un pequeño bar donde conseguir refrescos, algo de picotear o helados. Nada más llegar comprobé los niveles de ph y de cloro del agua y cogí la red para limpiar las hojas y los insectos que habían caído en el agua durante la noche, que eran muchos. El paisaje era inmejorable, pero eso suponía que los cientos de árboles que nos rodeaban dejasen caer sus hojas por allí. Antes de que pudiera darme cuenta, había terminado con la puesta a punto y empezaron a llegar los primeros visitantes; coloqué mi silla en un lateral, en una de las sombras proporcionadas por las frondosas copas, y me acomodé para no apartar la vista del agua en las próximas horas.

A los pocos minutos, entraron varias familias, cuyos pequeños no tardaron en lanzarse de bomba para salpicar lo máximo posible y a partir de ese instante, las horas empezaron a volar, admirando sus juegos y carreras.

—Buenos días. —Escuché a mis espaldas e identifiqué, inmediatamente, a la dueña de esa dulce voz—. ¿Café? —Sonreí, sin poder evitarlo, antes de girarme.

—Buenos días… ¡Vaya! ¿Y eso? —La observé por encima de mis gafas de sol al ver que traía en sus manos dos vasos de café—. Justo lo que necesitaba.

—Pues… He pensado que sería una buena forma para disculparme por lo de anoche. —Cogí uno de ellos y se sentó en la valla que delimitaba la piscina, a mi lado—. En ocasiones soy un auténtico coñazo —recalcó esa palabra con una sonrisa gamberra—, pero no volverá a ocurrir, lo prometo. Me lo recordará la resaca de hoy…

—¿Cómo va?

—¿La resaca? —Asentí, volviendo a centrar mi atención en el agua—. Mejor de lo que merezco.

—¡Anda ya! No fue para tanto…

—¿Qué vas a decirme tú?

—Bueno, podría decirte que fue horrible, que dijiste cosas de las que no te acuerdas, que hiciste cosas de las que te arrepentirías, que estabas eufórica, pero no fue así… —Se encogió de hombros—. ¿Cómo has bajado hasta aquí?

—Me ha traído Julia.

—Tu prima… Mi amiga. —En esa ocasión, la que sonrió fue ella.

—La misma. Ha tenido que ir un momento a la clínica, pero volverá enseguida. —Lo pensó unos segundos antes de continuar—. Solo he bajado porque quería darte las gracias, Álex. No debería haberte molestado a esas horas y sacarte de la cama para venir a buscarme. Ni siquiera sé por qué lo hice.

—No tienes por qué dármelas —dije con sinceridad—. Y si crees que me molesta que me llames para cosas así, estás muy equivocada.

—Bueno, yo qué sé, tampoco nos conocemos tanto…

—Me molestaría más que no me hubieses llamado si lo necesitabas. Pero tienes razón, tampoco nos conocemos tanto… Aún.

—Eso tiene solución —sentenció después de dar un trago de café—. ¿A qué te dedicas?

—Soy socorrista —contesté socarrón, señalando el logo de mi camiseta.

—¿Y el resto del año?, ¿eres socorrista también?

—Soy profesor de educación física en un colegio de Madrid.

—¡Vaaaya! Profesor… —comentó sarcástica como si acabara de descubrir un nuevo planeta.

—¿Y tú?, ¿qué haces?

—Trabajar en el Riva, ya te lo dije.

—Me refiero a si haces algo más.

—¿Algo más? —cuestionó extrañada—. La idea era que me hubiese marchado a la universidad a estudiar psicología, pero luego hubo un cambio de planes.

—¿Y eso?, ¿ya no piensas hacerlo?

—No lo sé, es algo que tengo estancado. Me encantaría haberlo hecho, pero lo he dejado ahí paralizado y han ido pasando los años…

—Siempre hay tiempo.

—Sí, supongo… ¿Canción favorita? —cambió de pregunta de forma radical.

Arqueé una ceja, escéptico, pensándolo bien antes de contestar.

—*Uptown funk.*

—¿*Uptown funk*?

—¿No sabes cuál es? —Negó con la cabeza y no lo dudé—. *Girls hit your hallelujah. Girls hit your hallelujah. Girls hit your hallelujah. Cause uptown funk gon´ give it to you. Cause uptown funk gon´ give it to you. Saturday night and we in the spot. Don´t believe me, just watch* —canturreé moviéndome en la silla.

Elaia me observó atónita y estalló en una sonora carcajada cuando terminé. Nunca la había oído reír así, pero ese sonido se convirtió en el mejor que había escuchado desde hacía semanas. O, incluso, meses. Es más, podría convertirse en uno de mis sonidos favoritos.

—Ya, ya. Ya sé cuál es —soltó sin parar de reír—. No te pega nada…

—¿Cómo que no?, ¿y eso por qué?

—No lo sé, pero no va contigo.

Permanecimos unos segundos en silencio. Me sorprendió que, en tan poco tiempo, me conociera tanto como para saber que esa canción podría gustarme, sí, pero no era mi favorita.

—*Every breath you take* —revelé sin que lo esperase.

—¿*The Police*? —Asentí—. Me gusta… Y esa sí es de tu rollo.

Mi corazón sufrió un leve pellizco, aunque no supe por qué. O no quise saberlo.

—¿Película favorita? —continué con su juego, mirándola de forma fugaz para no dejar de

vigilar a los tres torbellinos que se hacían ahogadillas junto al bordillo.

—*Los juegos del hambre*.

—Demasiado previsible… —mascullé, ganándome una mueca incrédula de su parte.

—Ah, ¿sí?, ¿cuál es la tuya?

—*Los guardianes de la galaxia*.

—Totalmente previsible —opinó, imitándome—. Es más, diría que compartes con Star-Lord ese punto de tipo atractivo y payasete.

—¿Atractivo? —Arqueé una ceja, haciéndome el interesante.

—¿Solo te quedas con eso? Acabo de llamarte payaso…

—Me quedo con atractivo y gracioso. —Puso los ojos en blanco, dándome por imposible.

—¿Momento más importante de tu vida?

—Bufff. Esa es difícil. —Resoplé, meditándolo—. El día que nació mi sobrino. —La vi sonreír.

—¿Tienes un sobrino?

—Bien visto, Sherlock —bromeé—. Es el hijo de mi hermana, tiene dos años.

—¿Necesitas un babero para hablarme de él?

—Para cantidades industriales de baba, sí. Te pasaría igual si le conocieras.

—No lo dudo.

Nos miramos unos segundos. A pesar de interponerse entre nosotros los cristales con efecto espejo de nuestras gafas de sol, la tensión o la complicidad fue tal que tuvimos que desviar la vista y cambiar de tema de inmediato.

—¿Momento más bochornoso?

—¡Venga ya! —protestó—. Pensabas pillarme y reírte de ello, ¿eh? Pues no tengo ninguno —zanjó segura de sí misma—. ¿Aún no te has dado cuenta de que soy una persona que no tiene vergüenza ni la conoce?

—No te lo crees ni tú. Estoy seguro de que no quieres contestar, por lo que sea, pero hay algún instante desternillante que hizo que esas mejillas se enrojeciesen… Estoy seguro. —Pensé —. Está bien, ¿qué es de lo que más te arrepientes? —Desvió la mirada y torció los labios, dubitativa.

—Creo que de nada. Todo lo que he hecho me ha convertido en la chica que soy ahora, así que…

—Eso es una frase hecha —la interrumpí.

—No lo es… ¿De qué te arrepientes tú?

—De demasiadas cosas como para enumerarlas.

—Y… ¿de la que más?

—Del tiempo perdido, supongo. Porque ese no regresará nunca —comenté nostálgico—. ¿Sueño por cumplir?

—¡Aquí estás! Te estaba buscando… —Julia aligeró el paso hasta nosotros—. He dado varias vueltas por el césped, pensando que estarías tomando el sol.

—Estaba charlando con Álex. —Me señaló—. ¿Te acuerdas de él?

—¡Claro! —Me incorporé para saludarla y darle dos besos—. No sabía que también trabajases aquí…

—Yo tampoco —murmuré—. Pero, por lo visto, me necesitan en los dos sitios, así que…

—¿Vamos a tomar el sol? —Elaia se levantó de su sitio de un brinco, animada.

—Sí, vamos.

—¿Quieres que te traiga agua o un refresco del bar? —me preguntó antes de alejarse con

prisa.

—No, gracias. —Le guiñé un ojo.

—Vale, pues… luego nos vemos —masculló, agarrando a su prima del brazo para marcharse hacia el césped, justo en dirección opuesta a donde me encontraba.

—Aquí estaré.

No volvimos a hablar más aquella tarde. O no en profundidad… Pero no hizo falta, ya que nos dedicamos sonrisas y miradas fugaces con más significado que cualquier palabra y es que ese pequeño torbellino de ojos azules y pelo rosa había llegado a mi vida para descuadrarme por completo, para calarme hondo, hasta los huesos, con esa curiosa complicidad que había surgido entre ambos.

—Pelirrosa —susurré, agachándome en el bordillo, justo a su lado, cuando estaba dándose un chapuzón—. Más te vale que esa melena no destiña en el agua o me meterás en problemas —bromeé solo por acercarme a ella y entablar una conversación, aunque, por aquel entonces, aún no quisiera reconocerlo.

—Peligrosa, para ti —me corrigió con picardía—. Más te vale que eso no ocurra o te denunciaré por exceso de cloro. —Me devolvió el guiño de ojo que le había hecho varios minutos antes y se zambulló bajo el agua para desaparecer frente a mí.

Y es que ese torbellino de metro sesenta sí que era un verdadero peligro público, y no yo… porque con ese carisma, esa energía desbordante, sus ganas de comerse el mundo y su fascinante sentido del humor, muy similar al mío, convertían a esa chica, que además tenía un físico espectacular, en una verdadera amenaza. Cualquiera que la conociera caería rendido a su intensa mirada azul porque solo su presencia significaba un chute importante de serotonina, endorfina, dopamina y oxitocina, las cuatro hormonas de la felicidad, así que su compañía podría convertirse en una verdadera adicción, en una droga tan peligrosa como necesaria.



Capítulo 16

Matt

—¡¿Qué ha pasado ahí dentro?! —Fui detrás de Ian cuando se encaminó hacia el aparcamiento, después de una intensa pelea en la que tuve que meterme para separarle y acabamos dando y recibiendo más puñetazos de los que esperábamos.

—¡Es un hijo de puta! —masculló entre dientes, negando con la cabeza, furioso.

—¿Qué ha pasado? —repetí, colocándome a su lado, sabiendo que los insultos, en su caso, siempre significaban que no quería hablar del tema—. Y cuéntame algo que no sepa.

Se lo pensó durante unos segundos, frotándose el rostro con ambas manos y acariciando su pómulo dolorido.

—Le debo dinero.

—¿A Joel? ¿Por qué?

Mi desconcierto iba en aumento. Que Ian y Joel acabasen así era algo normal, dentro de lo que cabe, pero llevábamos años sin tener contacto, desde que nuestro mundo se dividió en dos y a partir de ahí, tomamos caminos opuestos, así que no podía ni imaginar que mi amigo le debiese algo.

—Es una larga historia. —Se sentó en su moto y le imité, acomodándome sobre la mía.

—Tenemos tiempo de sobra. Desembucha. —No le hizo falta decir nada, me miró con esa mezcla de inocencia y culpabilidad oculta en su mirada e imaginé miles de respuestas posibles, pero ninguna buena—. Vamos, no me jodas, Ian.

—Necesitaba pasta.

—¿Por qué le debes dinero?

Se quedó en silencio, mirándome fijamente y, entonces, lo soltó, como el que se libera de un gran peso que le estaba aprisionando el pecho, dificultándole la respiración.

—Le pedí algo de material para distribuirlo por ahí.

«¡¿De material?! ¡La madre que le parió!». Esperaba que con ese material se refiriese a la reventa ilegal de kayaks o hidropedales, pero sabía, de sobra, que no era así.

—¡¿Qué cojones me estás contando, Ian?! —Me pasé la mano por el pelo, nervioso, apartándome el flequillo de la cara—. ¿Te has convertido en un puto camello? ¿Desde cuándo?, ¿cómo…?, ¿desde cuándo tienes trato con él?

—No tengo ningún trato con Joel, sino con su tío —contestó tajante, como si ese fuera el verdadero problema—. Simplemente, necesitaba dinero y he estado pasando para conseguirlo.

—¿Has estado pasando? —cuestioné enfadado—. ¿Has estado pasando?, ¿sabes lo que estás diciendo? ¡Joder, Ian! —Me bajé de la moto y empecé a dar vueltas a su alrededor—. ¿Desde cuándo?

—Desde hace unos meses.

—¿Y no pensabas decirme nada?

—¿Qué querías que te dijese? Ya sé cómo eres con estos temas…

Claro que lo sabía; me conocía demasiado. Nunca me habían gustado las drogas. No era una persona que rechazase las cosas sin haberlas probado; lo había hecho, sí, pero no era algo de lo que estuviese orgulloso. Fueron ocasiones puntuales en las que tonteamos con la marihuana, con el hachís e, incluso, la cocaína, pero estaba seguro de que eran un símbolo de inseguridad, de no saber afrontar los problemas, de querer escapar a una realidad paralela. Y a mí… no me hacía falta esa mierda para disfrutar de la vida. Era algo que tenía claro, aunque pensaba que él también…

—¿Cuánto le debes?

—Tres mil euros.

—¿Tres mil euros?, ¿por pedirle algo de material? —dije con recochineo, repitiendo sus palabras.

—Desapareció uno de los paquetes de coca. —Se encogió de hombros.

—¿Desapareció?, ¿así, sin más?

—No me lo metí yo, si es lo que te estás preguntando… —Entornó la mirada al pronunciar esas palabras con tono grave.

Y le creía. Confiaba en él al cien por cien, pero empezaba a dudar de esa confianza, porque todo aquello era nuevo para mí. No me imaginaba a Ian trapicheando con drogas y menos aún, sin contármelo. Hasta donde yo sabía, no le iba nada mal trabajando en el taller mecánico donde llevaba años currando.

—No te estaba preguntando eso.

—Me lo robaron —desveló tan decepcionado consigo mismo como enfadado—. Me quitaron la mochila en el taller.

—¿Te lo llevaste al taller?, ¿quién sabía que lo tenías allí?

—No tengo ni idea —contestó tras meditarlo—. Nadie, supongo.

—¿Y ahora qué?

—¿Qué? Que tengo que devolvérselo cuanto antes y se acabó.

—¿Y si pides un adelanto?

—Tarde. Me han echado.

—¡¿Qué?! ¿Cuándo…?, ¿cuándo pensabas contarme todo esto? —exclamé molesto.

—¡Yo qué sé! Acabas de llegar y bastante tienes con lo tuyo… No quería cargarte con mis gilipolleces.

—¡No me jodas, Ian!

Por mi gesto, le hice comprender que sus problemas eran también míos, como había ocurrido siempre entre ambos. No obstante, parecía que desde que me había marchado a estudiar fuera, toda mi vida se había vuelto patas arriba. No había nada donde yo lo había dejado, ni siquiera mi mejor amigo parecía el mismo… Y eso me hacía sentir desconcertado, extraño y culpable, como si aquel ya no fuese mi sitio.

—¿Desde cuándo se dedica el tío de Joel a eso? No tenía ni idea…

—¿Sebas? Desde hace un par de años. No pensarías que iban a sacar tanto dinero de su negocio *hippie*… —comentó con tono despectivo, como si su éxito se debiese a ser un *vivalavida*, ignorando todo el trabajo que había detrás de una empresa como la suya.

Nos miramos fijamente, en silencio, tratando de buscar una solución, la salida perfecta. O, al menos, una que le sacase de aquel lío, pero no volvimos a hablar del tema, aunque no lo olvidamos.

En cuanto llegué a mi nueva casa, a las cinco de la madrugada, rebusqué entre las pilas de papeles que había dejado sobre la mesa, entre informes, facturas, presupuestos, cuentas

bancarias… que debía organizar o, por lo menos, mirar. Y fue ahí, justo en ese instante, cuando sentí que mi mundo se tambaleaba, que eso que creía dejaba de tener sentido, cuando me di un golpe de frente con la cruda realidad. Volví a comprobar las cifras, esperando que me hubiese equivocado, que las horas y el cansancio me estuvieran jugando una mala pasada, pero no era así; los números rojos se atropellaban ante mis ojos, las deudas me ahogaban con mi propia saliva, obligándome a tragar con fuerza para digerir la situación. Si seguíamos así, quebraríamos en menos de un año… ¡¿por qué demonios nadie me había dicho nada?!

Me levanté cabreado y salí al pequeño porche de la cabaña de madera, encendí un cigarrillo y di una profunda calada, intentando calmarme. Me sentía como si hubiera abandonado mi verdadera vida en Roma para estrellarme de narices contra otra que no conocía ni esperaba. Primero, lo de Ian y cuando quise buscar la forma para echarle una mano, me encontré con aquello. ¿Qué más me quedaba por ver? Pensé en coger la moto y acercarme a la casa de mi madre, preguntarle por qué me había ocultado que el náutico estaba rozando la quiebra, para qué me había hecho venir si nos íbamos a pique sin remedio, pero cambié de opinión. Me senté en los escalones que daban acceso a la terraza y contemplé la tranquilidad del agua para relajarme y aclarar la mente y, entonces, su imagen y su olor regresaron para aportar algo de calma entre tanta locura.

Recordé sus labios rozando los míos, cómo su lengua y la mía se reconocieron a pesar de los años, el adictivo olor de su piel adhiriéndose a la mía, su forma de agarrarme por la nuca y juguetear con mi pelo… Sin embargo, duró solo unos minutos; en cuanto la batalla de Ian comenzó, ya no volví a verla. Y no me extrañaba; imaginaba que estaría tan confundida como asombrada, pero mi cuerpo era algo que gritaba en cuanto la tenía cerca: «Juls». Y es que si pudiera estar donde realmente deseaba, ese lugar sería, sin duda alguna, sus labios; esos que cada vez que se curvaban me daban la vida y me hacían sentir en el sitio correcto, con la misión más importante de todas: hacerla sonreír.

«¿Que todo cambió con Alessia?». No tenía ni idea… No sabía lo que decía. Aunque, tal vez, para ella fuera así. Para mí, cambió mucho antes, hace poco más de dos años. Justo la misma noche en la que regresé a España, en una de mis visitas exprés, deseando sorprender tanto a mis amigos como a mi familia. Después de llegar a casa y cenar con mi madre, Giu y mi abuelo, bajé hasta el cruce, del que me separaba una pronunciada cuesta, con el motor parado para que no pudiesen escucharme. Pensaba que se alegrarían por verme, lo celebraríamos y alargaríamos la noche en cualquier lugar; lo que no esperaba era que poco antes de llegar hasta ellos, frenase en seco y comenzase mi camino de vuelta.

Cuando apenas me quedaban treinta metros para llegar, lo primero que vi fue la acera opuesta de esa intersección que visitábamos todas las noches; mis ojos se encaminaron solos hacia su cuerpo, hacia sus curvas, hacia sus brazos que se perdían en la espalda de otra persona, hacia sus labios, que saboreaban los de un chico… Y no podía ser nadie peor: Joel. Creía que el día que volviese a casa y Juls estuviera enamorada de otra persona, me afectaría, pero verla pegada al cuerpo de ese tipo, con sus brazos estrechándola contra él y sus lenguas enredadas fue una imagen que me produjo un cortocircuito cerebral. Fue justo ese segundo en el que todo cambió… Nunca, jamás, habría nadie como ella; sin embargo, tampoco habría nadie peor que él… Porque conocía a Joel y no solo era un tremendo narcisista con una preocupante obsesión por el éxito y el dinero, sino que era egoísta, chulo y prepotente, además de ser el principal motivo por el que abandoné la sierra con la excusa de estudiar fuera. Y esa imagen, la de Juls entre sus brazos, me afectó de tal manera que decidí alejarme, dejar que hiciera su vida, tratando de rehacer mi historia en mi ciudad natal. Después de todo, nos separaban más de mil trecientos

kilómetros y no iba a volver a vivir en España, así que sería absurdo haberle pedido que me esperase; tan incomprensible como seguir calentando esa relación que nos unía y que ya, lamentablemente, no iba a ningún lado. Por eso, me distancié y nuestra relación empezó a enfriarse hasta llegar al punto en el que estábamos. Lo de Alessia vino más tarde… Aunque Juls no lo supiese. Solo esperaba que esos besos en Energy le hicieran comprender que nunca me olvidé de nosotros.

No pude pegar ojo, me pasé toda la noche, o lo que quedaba de ella, allí sentado, contemplando el paisaje, absorto en mis pensamientos y en cuanto empezó a amanecer, cogí la moto y conduje, sin perder tiempo, hasta la casa familiar. No se oía ni un solo ruido; supuse que aún estarían durmiendo, así que me preparé un café solo con hielo y esperé en la cocina a que alguien hiciera acto de presencia.

—Buenos días, cariño. —Me saludó mi madre, poco después, con una de sus amplias sonrisas mañaneras—. ¿Qué haces aquí tan pronto?

—Buenos días, mamá. Tengo que hablar contigo…

—¿Ha pasado algo?

—¿Por qué no me has dicho que el club se hunde? —Su silencio me dio a entender que no se esperaba esa conversación y menos, a esas horas—. ¿Pensabas que no miraría las cuentas?

—No es eso…

—¿Te has parado a echarles un ojo? No hay forma de levantar el náutico.

—Por eso te llamé; esperaba que tú me ayudases.

—Puedo ayudarte, pero no hacer milagros.

—Tampoco estamos tan mal… —trató de convencerme, de convencernos, y la observé escéptico.

—¿Cuál es tu plan? Porque me imagino que ya habrás pensado en ello.

—Créeme, no hago otra cosa, hijo —reveló con firmeza—. De momento, estamos saliendo a flote… Debemos dinero porque hemos abierto la zona de ocio para los socios, he contratado una cocinera y varios camareros, hemos reformado la terraza exterior y algunos de los muelles… Pero saldremos adelante.

Mis ojos querían murmurar un «lo que tú digas» repleto de incredulidad, pero, en cambio, le desvelaron un «seguro que sí…» que me costaba admitir.

El resto del día lo pasé entre papeles. Bajé al club náutico, a ese enorme edificio blanco que me había visto crecer y que contaba con grandes ventanales, que ocupaban la mayor parte de sus paredes, y varios ojos de buey, situados en su zona más alta. Entré en la que solía ser la oficina de mi abuelo y valoré cada punto, analicé cualquier posible vía para llenar de nuevo las arcas, para obtener el mínimo ingreso y reducir los costes al máximo. Hice lo que pude, dentro de nuestras posibilidades, hasta que sentí cómo mi cabeza iba a estallar y decidí salir a los embarcaderos para relacionarme con los socios y ayudarles a atracar, lo que más me gustaba de todo aquello: saltar de una embarcación a otra, de estas a los pantalanes y creerme el rey del mundo en aquel entorno inigualable sobre esos barcos de ensueño.

El club siempre tenía gente hasta altas horas de la noche, así que cuando quise salir de allí, sin que sus puertas hubiesen cerrado aún, ya era tarde. Iba a dirigirme al cruce, pero cambié de idea; subí a la moto y en cuanto alcancé un punto alto con la cobertura necesaria para enviar un mensaje, no lo pensé más y lo hice.

Matt:
¿Podemos vernos?
¿En el mirador en media hora?

Guardé el móvil sin esperar respuesta y fui allí, a uno de mis sitios favoritos del mundo. Solo había que conocer aquel escondido lugar para desaparecer del resto del planeta, para conectar contigo mismo, sintiendo cada latido propio y de la naturaleza, y valorar lo que realmente importa.

Esperé sentado en una de las rocas, con el lago a mis pies, rodeado de la calma más absoluta hasta que escuché su moto en la distancia, acercándose, y mi corazón se aceleró al ritmo de su motor, sin poder controlarlo.

—Hola —murmuró cuando aparcó, se quitó el casco y nuestras miradas se encontraron.

—Hola. —Me giré en mi sitio, apoyando uno de mis pies sobre la piedra para estabilizarme y ofrecerle mi mano para que llegara hasta mí y se sentara a mi lado.

Nos quedamos en silencio varios minutos, con nuestros ojos clavados en el lago, pero no me hacía falta nada más; solo con su presencia lograba que mi alma rebelde entrase en un *standby* permanente.

—¿Qué pasó ayer?, ¿todo bien? —se interesó sin mirarme.

—Todo bien, sí. Ian y sus historias, ya sabes… —Se encogió de hombros, como si fuese más que evidente—. Desapareciste…

—Tuve que marcharme.

Otro silencio infinito me hizo continuar.

—Juls, eh… anoche…

—Lo de anoche no cambia nada —sentenció como si quisiera metérnoslo en la cabeza a ambos o adelantarse a lo que pensaba que iba a decir yo.

—¿A qué te refieres?

—A que no podemos seguir siendo esos niños de doce años que jugaban a besarse. Yo ya no soy esa niña, Matt, y desde que te fuiste han pasado muchas cosas, ha pasado mucho tiempo.

—A mí me encantaba esa niña.

—Pues desapareció hace muchos años; probablemente, poco después de que te marchases.

—Tenía que hacerlo.

—Lo sé y nunca te habría pedido lo contrario. Éramos unos críos… Pero no puedes regresar, después de lo que pasó, y esperar que todo siga como antes.

—¿De lo que pasó? —Arqueé una ceja, sin saber a qué se refería.

—Cada uno hicimos nuestra vida. Como es normal… Y no voy a negarte que… —dudó — me encanta que hayas vuelto, pero no es una buena idea. —La miré como si no supiera lo que quería decir, como si no pudiera hablar ni decidir por mí y ella giró su rostro para analizarme—. ¿Por qué has regresado?

No sé qué respuesta esperaba, pero, con total seguridad, no se asemejaría a la realidad. Ni por asomo…

—Es… es una historia demasiado complicada.

—Claro, cómo no… —musitó molesta—. Pues eso es lo que pasa, que desde que has llegado, no has hecho nada más que complicar las cosas, Matt, y no es justo. —Se revolvió en su sitio—. Es que no entiendo por qué justo ahora ni lo que esperas de mí…

—Solo espero que me sigas poniendo nervioso siempre, con solo mirarte, cada vez que sonríes o que respiras.

Vi cómo quiso evitar que sus labios se curvasen, aunque no lo consiguió y sonrió con timidez. Acerqué mi mano a la suya lentamente y la acaricié, sintiendo su piel cálida y suave, cómo sus dedos se entrelazaron con los míos unos segundos, como solían hacer años atrás, con

complicidad, con cariño, como si de esa forma pudiésemos afrontar cualquier problema, todo lo que se interpusiese entre nosotros. Ni siquiera me moví; esperé a que fuera ella quien diera el primer paso. Y lo hizo… Se incorporó, besó mi mejilla con ternura, alargando el contacto entre sus labios y mi piel tanto como para que me hiciese estremecer, y se levantó para alejarse hacia su moto.

—Buenas noches, Matt.

Suspiré confuso cuando la tranquilidad de la noche se adueñó del sonido de su motor de nuevo. Tal vez, ese era nuestro problema… Que había regresado sin que ella se lo esperase y deseaba que todo, TODO, siguiera como antes, justo donde lo dejé. Y nada continuaba allí. El náutico, mi familia, Ian, mi abuelo, Juls… Nada era lo mismo, nada era lo que yo deseaba y necesitaba, aunque no podía esperar otra cosa; después de todo, era yo quien me había alejado del camino que siguió cada uno. Sin embargo, ella era la única capaz de hacerme olvidar, la única que nos traía de vuelta a todos, la misma que lograba desordenar mi mundo con un solo gesto y volverlo a recomponer en un pestañeo.



Capítulo 17
Elaia

Abrí el candado que cerraba la verja que daba acceso a la zona de la playa y bajamos la mitad de las escaleras hasta el camino que guiaba al restaurante Riva. Julia me había llevado al trabajo en moto, como cada día, a cambio de un café en las mesas exteriores, las dos solas, cuando todavía no había nadie por allí y podíamos disfrutar de la naturaleza y de la tranquilidad en su máximo esplendor. Abrí la puerta del moderno edificio, cuyas paredes estaban formadas por enormes cristaleras para contemplar las vistas, y preparé dos tazas de café con leche antes de regresar con mi prima.

—Entonces… ¿ya está? —insistí.

—¿Ya está qué?

—¿No piensas hablar con él? —cuestioné—. No te lo crees ni tú…

—¡Claro que voy a hablar con él! Somos amigos. O lo éramos… No tenemos por qué dejarnos de hablar ahora; que la relación se enfriase no quiere decir que tengamos que odiarnos. Matt siempre será Matt.

—Y siempre será tu primer amor. —Seguían sin gustarme las novelas románticas, pero aquello no era ficción; era la realidad.

—Elaia…

—El primero y verdadero, aunque ahora quieras negarlo.

—No es que quiera negarlo. Le quiero, ¿cómo no? Hemos vivido demasiadas cosas juntos y nunca podría olvidarlas, pero eso no significa que quiera pasarme la vida dando un paso hacia adelante y tres hacia atrás con él. Siempre ha sido así y esta vez no iba a ser diferente.

—Pues… ¿sabes qué? Yo creo que hay muchos amores distintos en la vida, pero solo uno verdadero, con el que comparamos al resto, y… estoy segura de que Matt es el tuyo. Os enamorasteis cuando erais unos niños y ese sentimiento sigue ahí; solo hay que ver cómo os miráis.

—Pues… ¿sabes lo que creo yo? —Hizo una pausa para crear suspense—. Que la distancia acabó con todo aquello. Además, ahora que empiezo a tener la vida adulta que tanto tiempo he estado buscando, no puedo permitir que llegue él y… —Vi cómo se tragó lo que pensaba o se negó a pronunciarlo porque ni ella misma se lo creía—. Estoy bien así, sin complicaciones.

—Lo que tú digas…

Seguimos hablando sobre cualquier tema sin importancia, dando los últimos tragos de nuestras tazas, cuando una silueta que reconocía demasiado bien se acercó corriendo y pasó a nuestro lado, sin detenerse. Era el primero en llegar.

—¡Buenos días, chicas! —nos saludó Fer con energía.

Puse los ojos en blanco nada más verle. Del «amor» al odio había solo un paso, un beso en muchas ocasiones. Y eso había ocurrido entre nosotros. No es que sintiese nada especial por él; solamente era un tipo guapo con un cuerpo de infarto y desbordante de chulería y… ¿qué le

voy a hacer? ¡Una es débil! Aunque creo que, en realidad, aquellos besos y aquel calentón fueron producidos por pensar en ese otro chico que empezaba a ocupar demasiado espacio en mi mente, ese con el que el tiempo se desvanecía, ese…

—¡Elaia! —Julia me apretó el brazo para hacerme reaccionar—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Estaba pensando…

—¿Pensando? Más bien te has quedado alelada al ver a Fer. No me digas que te afecta lo que te dijo ese gilipollas… —Como era lógico, en nuestro día de descanso en la piscina, le hice un croquis con todo lo sucedido durante la fiesta en Energy.

—Para nada. No estaba pensando en él.

—¿Entonces?, ¿en quién estabas pensando?

No sé cómo logré evitar el tema y hacer un giro de ciento ochenta grados en la dirección de la conversación hasta que se marchó a trabajar, pero lo conseguí… ¡y eso que Julia era persuasiva a más no poder!

No recuerdo lo que pasó ese día durante mi larga jornada laboral. Puede que sea porque no paré ni un solo segundo, gracias a los cientos de visitantes que recibimos, o porque lo que ocurrió a continuación, cuando terminé, me chocó tanto que hizo que las horas previas se evaporasen.

Subí las escaleras con mi mochila al hombro, tarareando una de mis canciones favoritas, cuando le vi; Álex estaba apoyado en su coche, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa irresistible en los labios. Fruncí el ceño, desconcertada, y me acerqué hasta él con paso decidido.

—¿Qué haces aquí? ¿No se supone que estabas en las piscinas? —Me miró por encima de sus gafas de sol, divertido.

—¡Claro! Acabo de terminar mi turno y venía a tomar algo. Porque ahí abajo hay un restaurante, ¿no? —murmuró burlón.

—Eso creo… —Sonreí—. ¿Y estabas esperando a alguien?

—No, ¿por qué?

—Como estás ahí sin hacer nada, me lo parecía. Yo he acabado, por fin, y me voy a casa; estoy hecha polvo.

—¿Quieres que te lleve?

—¿No ibas a tomar algo? —Se encogió de hombros.

—Bah, creo que se ha hecho un poco tarde… —Sus palabras me sacaron una carcajada.

—Mientes muy mal, ¿lo sabías? —comenté al subirme a su coche.

—Nunca me lo habían dicho, pero está bien saberlo. Por si acaso…

Álex se sentó frente al volante, arrancó y emprendimos la marcha. No pasaron ni veinte segundos antes de que rompiera el silencio que nos rodeaba.

—No me costaba nada pasarme a recogerte… —desveló lanzándome una mirada fugaz, seguida de una media sonrisa angelical a la par que gamberra.

—Gracias.

Y eso, que en un primer momento fue una sorpresa, acabó convirtiéndose en una rutina. Cada tarde de esa semana, Álex fue a recogerme a la playa. Y me encantó ese detalle, que continuase yendo a buscarme para ahorrarme la caminata, a pesar de que durante esos días no compartiésemos lugar de trabajo. Sin embargo, mi horario del domingo era distinto y tenía que encargarme del cierre, así que la noche anterior le envié varios mensajes para comentárselo y que no hiciera el viaje en balde.

Elaia:

Buenas noches, socorrista.
No te he visto por el cruce…
Mañana me tocan las cenas del Riva, así que acabaré tarde.
Se me había olvidado avisarte.

Su respuesta fue casi inmediata.

Álex:

Buenas noches…

Esas amables palabras estaban acompañadas por un *gif* del demonio de Tasmania girando sin parar. Sonreí al verlo, aunque le respondí con un emoticono con el dedo corazón hacia arriba. Con «amabilidad» también.

Álex:

Estoy en la casa de tu hermano tomando algo.
¿Quieres que pase a buscarte cuando termines?
No me importa… Puedo ir a tomar algo por allí.
Esta vez, de verdad.

Las comisuras de mis labios volvieron a curvarse; parecían mantenerse en ese estado cada vez que hablaba con él.

Elaia:

Es una buena idea, pero no te preocupes.
Tengo que encargarme de cerrar y Julia suele dejarme la moto cuando salgo tan tarde.
Así luego me acerco al cruce directamente.

Álex:

Como quieras.
Entonces, ¿mañana no nos vemos?
No sé si podré aguantarlo…

Respondí con varias risas y añadí una carita seductora, esa que arqueaba ambas cejas. Álex me tenía un poco desconcertada; vivía con bromas y pullas constantes, parecía abierto, sincero, gracioso y encantador, pero si le contestabas con una frase divertida y el doble de pícara, se echaba para atrás, escondiéndose detrás de esa aura misteriosa que le rodeaba, como si estuviera ocultando algo tras esa sonrisa y su estado de felicidad perpetuo. No obstante, me encantaba compartir mi tiempo con él, cada día más. Sonaría típico decir que me sentía protegida pasando el rato al lado de un chico diez años mayor que yo, porque no necesitaba a nadie que me protegiese de nada, pero Álex era todo lo que estaba bien en el mundo y estar junto a él significaba seguridad, sentirme a gusto y en calma, justo lo que necesitaba un torbellino como yo durante unos minutos al día.

…

Odiaba con toda mi alma los domingos como aquel, en los que me tocaba hacer el último turno y quedarme hasta que la última persona abandonaba las instalaciones. Era horrible… horrible y aburridísimo esperar, después de una tarde intensa de trabajo, a que los últimos rezagados decidiesen buscar un nuevo lugar donde seguir con la noche. Por eso, en torno a las doce, fui avisando mesa por mesa de que íbamos a cerrar en breve, para que me agilizaran la salida. Si mis padres o mis tíos llegan a estar por allí, me hubiese caído una buena charla, pero ojos que no ven…

Me senté en una de las mesas de la terraza, junto a Joel, que ya había terminado y estaba tomando algo para reponerse del calor que nos arrasaba, y estuvimos charlando hasta que dio el último trago de su refresco.

—Bueno, yo me voy. He quedado con los demás en el cruce —sentenció al levantarse—. ¿O quieres que te espere?

—No, no, tranquilo. No me queda mucho; termino de limpiar estas mesas y cierro.

—Perfecto. Nos vemos luego.

No quedaba nadie más. Y aunque me encantaba estar sola en un lugar idílico como aquel, cuando caía la noche profunda, esta me absorbía de forma impactante, imponiéndome al no saber lo que se ocultaba en la inmensidad del bosque o del lago. Prefería no pensarlo.

Pasé un trapo húmedo por las mesas, tarareando una canción mientras me movía a su ritmo y terminaba de recoger la terraza, y caminé hacia la parte trasera, donde se encontraba el almacén, para comprobar que estuviese en orden y cerrarlo antes de marcharme. Entonces, escuché unos pasos a mis espaldas y me giré automáticamente, sobresaltada.

—¿Qué haces aquí? —pregunté al encontrarme con el gesto serio de Fer, que había terminado su turno una hora antes, como el resto.

—Así que besos de principiante… —masculló acercándose a mí, aprisionándome entre su cuerpo y la pared—. Llevo toda la semana deseando pillarte a solas…

—¿Qué dices?, ¡quítate! —Le empujé tratando de hacerme un hueco, pero lo único que logré es que se apretase más contra mí y su mirada se endureciese.

—¿Que me quite? —soltó con una sonrisa que no me gustó en absoluto y una mirada lasciva que me produjo náuseas—. Vamos a continuar donde lo dejamos; verás cómo llegas al orgasmo, a pesar de mi problema —murmuró con retintín, repitiendo las palabras que le dije en Energy.

—¡Quítate, imbécil, o…!

—¿O qué? ¿Crees que puedes dejarme en ridículo delante de mis colegas e irte de rositas como si nada? —Sus palabras hicieron que un intenso escalofrío me recorriese.

—¡Te he dicho que te quites! —Eché la pierna hacia atrás hasta que mi pie se apoyó en la pared, la flexioné y le di un fuerte rodillazo en toda su chulería, para que se le quitase así, de golpe.

Se retorció sobre su entrepierna y me alejé con paso firme, una sonrisa orgullosa y un «te lo mereces» escrito en ella. Caminé hasta la puerta principal para cerrar con llave y cuando estaba en ello, Fer me alcanzó; cogió mi brazo con furia y me hizo girar sobre mí misma para quedarnos frente a frente.

—Pequeña Riva, no veas cómo me pone que seas tan salvaje. —Acarició mi mejilla y tragué saliva para digerirlo. Se me revolvió el estómago; iba a vomitarle en la cara.

—Y a mí no veas el asco que me das.

Sentí cómo mi pecho subía y bajaba al respirar profundamente, tratando de calmarme, intentando que el miedo a permanecer sola con él en un lugar como aquel no me superase, pero no sabía cómo actuar y mis piernas empezaban a convertirse en algo inestable.

—Intentémoslo otra vez. —Acercó su cara a la mía, sin dejar de manosearla, y cuando sus labios iban a rozarme, me aparté de forma violenta.

—¡Ni lo sueñes! Te he dicho que me dejes.

—Créeme, ambos soñaremos con ello. —Sus labios se posaron en mi mejilla y descendieron por ella hasta la comisura de mi boca. Mi estómago se cerró sin poder evitarlo y las náuseas me ahogaron.

Estaba tan metida en lo que estaba ocurriendo que ni siquiera me percaté de la llegada de Álex hasta que no empujó a Fer para apartarlo de mí y le dio un puñetazo con tanta fuerza que le hizo caer al suelo.

—¡¿Estás sordo?! Te ha dicho que la dejes en paz —sentenció con voz grave, desafiándole, antes de centrarse en mí. Puso ambas manos en mi rostro, sosteniéndolo, comprobando cómo me encontraba—. ¿Estás bien? —Asentí—. ¿Seguro? —Se interpuso entre Fernando y yo, dejándome a sus espaldas, marcando con su cuerpo un escudo humano que me dejó respirar con tranquilidad, al fin.

—Esto no ha terminado —dijo mi compañero de trabajo, levantándose del suelo para devolverle una mirada provocadora.

—¿Qué has dicho? —cuestionó como si no lo hubiese escuchado—. Más te vale que no vuelvas a poner ni un solo dedo encima de ella o te arrepentirás de haberme conocido. Te lo aseguro.

Álex quitó la llave de la cerradura y me la dio, colocando su brazo sobre mis hombros, arrimándome a su cuerpo con cariño, para que subiésemos las escaleras hasta el aparcamiento. Lo hicimos en silencio hasta que llegamos a su coche y me apoyé en el capó, exhausta. Él me observó unos segundos, se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos. Fue un solo abrazo, pero sentí cómo temblaban mi mente, mi cuerpo y mi alma, estremeciéndome por completo.

—¿Seguro que estás bien? —se preocupó, analizando cada centímetro de mi piel, terminando en mi rostro, acariciándolo con ternura—. ¿Te ha hecho algo? —Negué con la cabeza.

—Estoy bien, tranquilo…

—Sube, te llevo a casa.

—He venido con la moto de Julia.

—Lo sé; da igual. Mañana venimos a por ella.

—Te lo agradezco, pero tengo que llevármela; la necesita para ir a la clínica. Además, prefiero conducir; me vendrá bien para despejarme.

—¿Estás segura? —Asentí—. Vale, te sigo.

Me senté en la moto e inhalé profundamente, aguantando el aire en los pulmones varios segundos para soltarlo a continuación, volviendo a recuperar el control sobre mi propio cuerpo. Necesitaba que me diese el aire en la cara, conducir a toda velocidad, dejando que las curvas me liberasen de aquella presión.

Conduje distraída, con mi mente repasando cada frase, cada gesto, cada vez que mi estómago se dobló por la mitad, asombrada por la actitud de Fernando. Nunca había imaginado que fuese así, una de esas personas capaces de destrozar la vida de otra, que se creyera el dueño de todo cuanto había a su alrededor, que pensara que los demás estábamos a su disposición para cualquier cosa, a su antojo, para cumplir sus deseos más oscuros, dominando a los demás, incapaz de entender un «no» de lo más simple; una de esas personas que sobraban en el mundo. Mis piernas empezaron a temblar al recordarlo e intenté centrarme en la carretera, comprobando por el espejo retrovisor cómo Álex me seguía a pocos metros, permitiéndome respirar.

Al llegar a casa, aparqué la moto en el garaje y escribí a Julia para pedirle que regresara con Joel, ya que yo había tenido un pequeño contratiempo; salí del terreno, caminando hacia la carretera, donde él había dejado el coche en el arcén, para no molestar.

—No hacía falta que me escoltases hasta aquí, pero… gracias —dije al acercarme a Álex, que se encontraba de pie junto al vehículo.

—No tienes por qué darlas.

—¿Por qué has bajado a buscarme? Te dije que iba con la moto.

—Llevaba demasiadas horas sin verte —bromeó y sonreí sin poder evitarlo—. Estaba con tu hermano y con los demás en el cruce y me ha dicho que saldrías sobre la una, así que he

bajado para tomar algo —recalcó—, ya sabes… Pero, al llegar, he visto que no había nadie en el aparcamiento; solo la moto de tu prima y la de Fernando y, después de lo que me contaste el otro día, me ha saltado la alarma.

—¿Como el sentido arácnido de Spiderman? Va a ser verdad que tienes algo de superhéroe…

—Quién sabe… —Arqueó las cejas, haciéndose el interesante—. ¿De verdad estás bien?

—Sí, hace falta algo más que un capullo integral para hundirme. —Quise quitar hierro al asunto, pero creo que empezábamos a conocernos y vio en mi mirada que no era del todo cierto.

—Sabes que puedes llamarme cuando sea, para lo que necesites.

—Gracias. —Ladeó la cabeza, dándome a entender que no tenía por qué darlas—. Por todo…

—De nada. —Forzó una sonrisa.

Nos miramos unos segundos, sin saber qué decir.

—¿Quieres tomar algo? —Señalé el jardín—. Puedo sacar algo de beber ahí fuera…

—¿Te apetece?, ¿no estás cansada?

—¿Nunca te han dicho que no hay que contestar a una pregunta con otra?

—Pues la verdad es que no. Y, además, tú también acabas de hacerlo.

—Vamos, pasa.

Colocamos dos de las tumbonas del jardín juntas, al lado de una pequeña mesita en la que pusimos un par de refrescos, y nos tumbamos allí, bajo uno de esos cielos oscuros con miles de puntos centelleantes dibujando un camino plateado entre sus sombras, uno de esos que te quitan el aliento y te hacen sentir insignificante.

Estuvimos charlando durante horas sin un tema en particular, hablando sobre cualquier cosa, mirándonos fijamente en varias ocasiones sin decir nada durante varios minutos, sintiendo cómo sus ojos acariciaban mi piel.

—No creo que pueda pegar ojo… —Fue una de las últimas frases que pronunciaron mis labios.

—Pues yo creo que estás a punto de dormirte —murmuró burlón.

El silencio regresó; seguro que lo hizo a propósito porque estaba agotada, él se dio cuenta y prefirió dejarme descansar, pero no se marchó. O no en ese instante.

—Que descanses… —Escuché con los ojos cerrados cómo susurró al acariciar mi mejilla con su pulgar poco después, provocando un intenso hormigueo en mi piel con ese simple roce. Colocó sobre mí una toalla, que había en la tumbona, y oí cómo se alejó por el camino de piedras.

—Álex —dije casi inconscientemente—, gracias. No sé qué habría pasado sin ti…

Sé lo que quise decir, pero no si la forma de hacerlo tuvo mucho sentido, aunque tampoco llegué a saber si lo escuchó o ya se había ido. Lo que no podía negar es que ese chico iba ganándose mi corazón poco a poco, con cada una de sus frases y de sus gestos. Porque hay cosas innegables en el universo y la relación que empezaba a surgir entre nosotros era una de ellas. Esa amistad, la complicidad y las sensaciones que me inundaban cuando estaba en su compañía eran las señales de que entre nosotros había algo especial; no sabía el qué, pero era algo bonito, una unión casi perfecta que había nacido sin ninguna intención, sin tener que forzar nada, tan solo dejando que la química continuase fluyendo. Una historia y una conexión tan innegable como inevitable…



Capítulo 18
Matt

No pude dormir en toda la noche ni dejar de darle vueltas a lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas. ¡Era de locos! Por eso, en cuanto los primeros rayos de sol empezaron a colarse por la cima de la montaña, caminé entre las pequeñas casas de madera del recinto, junto a la orilla, para dirigirme al club. Allí sentado, contemplando el agua, no iba a solucionar nada, así que me convencí de que lo mejor era adentrarme entre los papeles, una vez más, y buscar una solución.

Crucé la puerta principal de las instalaciones, en cuya parte más elevada sobresalían unas letras modernas, y luminosas durante la noche, con un «club náutico Costa» gigante y un pequeño cartel debajo que rezaba: «No puedes cambiar el viento, pero sí ajustar las velas para alcanzar tu destino. Paulo Coelho»; uno de los mantras de mi familia desde que nos mudamos, una frase que conseguía removerme cada vez que la leía por todo lo que significaba para nosotros.

No llevaba ni media hora sentado, analizando posibles recortes, comprobando que llevábamos varios meses con algunos gastos sin justificar, cuando Luis, el jefe de cocina, llamó a la puerta con dos golpes secos y entró sin esperar respuesta.

—Buenos días, Matteo. Estaba esperando a tu madre, pero, como aún no ha llegado, creo que es necesario que te avisemos.

—Buenos días. ¿Ha pasado algo?

—Pues verás… Alguien tuvo que dejarse ayer las cámaras frigoríficas abiertas y hemos perdido bastante género. No sé si podremos hacer frente a las comidas de hoy.

—¿Qué?, ¿cómo se van a quedar abiertas? —No era una pregunta; más bien, era… era una locura. Se trataba de dos frigoríficos enormes de dos metros cuadrados, no de pequeños armarios que pasaran desapercibidos al quedarse abiertos.

—No sé cómo ha podido pasar. Cuando limpiamos la cocina ayer, después de las cenas, estaban cerradas.

—Busca al culpable; quiero hablar con él. No podemos permitirnos despistes como estos…

—Ahora mismo.

—Los desayunos… ¿bien?

—Sí, el equipo ya está en ello. Hay varios socios esperando fuera, junto al muelle, pero no habrá problema. En cuanto a las comidas, tendremos que cambiar el menú. He hecho un nuevo pedido, pero tardarán en traerlo; ya sabes cómo funciona esto…

—Haz lo que creas necesario —dije antes de que abandonase la oficina—. Gracias, Luis.

No me lo podía creer. ¿Qué más podía pasar? Resoplé, cubriendo mi rostro con ambas manos y enredé los dedos en el pelo, peinándomelo hacia atrás. Estaba allí por él, solo por él, y había crecido entre aquellas paredes viendo cómo sacaba el náutico adelante, así que esperaba no

defraudarle, pero… ¡¿qué demonios?! Me levanté, nervioso, y salí a los muelles, dispuesto a hablar con varios de los socios para mantener la mente ocupada.

En ello estaba, charlando con un hombre que llevaba con nosotros desde antes de que yo naciese, cuando Ian apareció al otro lado de la verja, aparcó su moto y se acercó caminando.

—Buenos días —saludó con amabilidad—. Perdonad que os moleste, pero… ¿podemos hablar un minuto? —Señaló con la mirada hacia un lugar apartado, sacando a mi acompañante de la ecuación.

Cuando me pregunté «¿qué más podía pasar?», lo hice de forma retórica; no era una manera de provocar al destino. Y por la cara de Ian, sabía que no traía buenas noticias.

—¿Qué ha pasado ahora? Sorpréndeme.

—Nada. ¿Acaso no puedo visitar a mi mejor amigo?

—No en horarios de trabajo —respondí con gesto serio, sacándole una sonrisa—. ¿Qué ha pasado?

—Necesito que me eches un cable y me ayudes a salir de esta —dudó—. ¿Tú podrías…? Sé que no es un buen momento, pero… ¿podrías prestarme algo de dinero? Te lo devolveré pronto. Lo prometo.

—Lo siento, Ian, me gustaría, pero no puedo. No creo que te hagas una idea de lo malo que es este momento.

Era mi mejor amigo y sabía que la salud de mi abuelo caía en picado, pero aún no me había dado tiempo a contarle que estábamos al borde de la ruina.

—No te preocupes. Tenía que intentarlo —respondió, frotándose la frente, agobiado.

—El club se va a la mierda —solté de golpe para que entendiera por qué no podía ayudarle. Siempre habíamos estado ahí el uno para el otro, pero en esa ocasión no iba a ser posible; al menos, no económicamente—. Estuve mirando las cuentas para ver si podía echarte una mano y valorar si podríamos contratarte para el surtidor y que ayudases a los socios a repostar, pero me di cuenta de que, si seguimos así, no podremos comprar ni unas simples patatas fritas… —exageré un poco, sí, pero a mí también me agobiaba el tema y su gesto se transformó.

—¿Qué dices?, ¿y eso?

—Puesss no tengo ni idea. Puede que sepas tú más que yo porque parece que desde que me fui, todo el mundo se ha vuelto loco. —Le miré con ceño fruncido, dándole a entender que él también tenía parte de culpa—. ¿Y tú?, ¿qué vas a hacer?

—Bueno… tengo un plan b. Por si el a no funcionaba. El a eras tú, por si no te habías dado cuenta… —murmuró con su tono gamberro.

—¿Y el plan b es…?

—Buenos días, chicos —nos interrumpió mi madre—. ¿Cómo tú por aquí tan pronto, Ian?

—He venido a hablar con Matt, pero ya me iba.

—Si es que no os veis casi nada durante el resto del día… —comentó ella con ironía.

—Menos de lo que deberíamos —mascullé—. ¿Vamos dentro? Hemos tenido un percance.

—¿Qué ha pasado? —El gesto de mi madre cambió y se mostró preocupada.

—Bueno, yo os dejo. Nos vemos luego —se despidió mi amigo, caminando hacia la salida.

—Ahora lo ves con tus propios ojos, pero… alguien se ha dejado las cámaras abiertas esta noche.

—¡¿Qué?!

No tardó en ponerse manos a la obra y hacerse con la situación, consiguiendo que nuestros socios y la gente que nos visitó apenas se dieran cuenta de lo sucedido.

El resto del día continuó sin contratiempos y lo agradecí porque tuve la oportunidad de dedicarme a hablar con los socios, al atraque de los barcos que regresaban de pasar unas horas estupendas en el lago o en la presa, a la que se llegaba siguiendo el curso natural del río, o, simplemente, disfrutando de los flotadores de arrastre, de los que salía la gente despedida en cuanto las embarcaciones alcanzaban cierta velocidad. Todo el mundo parecía pasarlo en grande y sonreí sin darme cuenta al comprobarlo.

Nada más llegar al cruce esa misma noche, noté a Ian extraño. No sé por qué no le pregunté en ese mismo instante; tal vez, así podría haber evitado lo que desencadenó todo aquello en las semanas posteriores, pero no lo hice. Su rostro debería habérmelo avisado, su forma de moverse constantemente, nervioso, de golpear el suelo con el pie, de *maldisimular*. Sin embargo, yo no estaba allí; me había quedado anclado en esos ojos que me observaban desde el lado opuesto. Cada uno estábamos con nuestros respectivos grupos, pero Juls y yo no dejábamos de conversar en la distancia. O nuestras miradas lo hacían, sin oponer resistencia. Hablábamos y reíamos con los nuestros, pero en determinados momentos, un magnetismo descontrolado captaba nuestra atención y nos observábamos fijamente durante varios minutos, como si con eso bastase, como si fuese más que suficiente. Aunque para mí lo era… Habíamos estado viviendo tan lejos que tenerla allí enfrente, a pocos metros de distancia, suponía un verdadero desahogo; era haber estado viviendo sin oxígeno, bajo el agua, demasiado tiempo, y recuperar, por fin, el aliento. Y me consolaba con esa forma tan extraña de tortura que suponía nuestra amistad, pero aceptaría cualquier migaja que me ofreciese, cualquier cosa, solo por verla sonreír cada día, como esa noche, cuyos labios se curvaban con cierta timidez como respuesta a nuestras conversaciones silenciosas.

Los gritos de Lena me trajeron de vuelta de esa especie de hechizo.

—¡¿Qué ha dicho?!, ¿se le ha ido la cabeza o qué?

Ian estaba al otro lado, con los brazos cruzados y gesto serio, frente a Joel, que le miraba atónito sin parar de reír, incrédulo.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó este último, escéptico.

—Lo que has oído. Hasta el hotel, ida y vuelta. Si ganas, te quedas con mi moto.

¡¿QUÉ?! Sí, ¡se le había ido la cabeza!

—¿Y si ganas tú?

—Si gano yo, se acabó —contestó mi amigo, provocando que el resto frunciese el ceño, sin saber a qué se refería.

Imaginé que con ese «se acabó» su deuda estaría saldada, pero… ¿arriesgar su moto a cambio? Sabía lo que significaba para él porque le vi ahorrando durante meses para comprarla… ¡y eso que era de segunda mano! Aun así, le había costado más del doble de lo que mi amigo debía… ¡No sabía lo que estaba haciendo!

—¿Este es tu magnífico plan b? —Le agarré del brazo con dureza, sacudiéndolo.

—Déjame, Matt. Sé lo que estoy haciendo —murmuró por lo bajo para evitar que Joel lo escuchase.

—¿Que sabes lo que estás haciendo? —dije con su mismo tono de voz—. Si pierdes, no solo seguirás debiéndoles dinero, sino que, además, te quedarás sin la moto. ¿Eres consciente de eso?

Me miró con firmeza, como si estuviese más que decidido, y me dio la espalda.

—¿Qué me dices? —retó a Joel de nuevo, que le lanzó una sonrisa maliciosa. Todo estaba dicho.

—Corramos.

Me giré y vi a Juls, cómo su rostro se llenó de preocupación, y mi estómago se desintegró al comprobar lo que sentía por él.

—¿No podéis jugároslo a las cartas? Como la gente normal… —cuestionó ella.

—Tranquila, es pan comido —contestó Joel, acercándose demasiado a su cuerpo, mirándome con recelo, provocándome.

Aparté la vista; había determinadas cosas que me negaba a ver y la extraña relación que tenía Juls con ese tipo me ponía de los nervios y lograba que mi corazón se quejase de forma alarmante. No podía verla entre sus brazos porque cada vez que lo había hecho, mi cuerpo se estremeció y crujió, rompiéndose algo por dentro.

—Ian, ¿estás seguro?, ¿qué conseguirás si ganas? —cuestionó Lena con curiosidad.

—No te preocupes. Esta carrera está ganada… —sentenció, chulesco.

Y es que, aunque él no lo supiera, había carreras que ya estaban perdidas desde la salida, a pesar de que acabases cruzando el primero la línea de meta. Y esa fue una de ellas.

—Está decidido. —Joel se acercó hasta su moto—. ¡Correremos!

Ambos colocaron las ruedas delanteras sobre la raya de *stop* dibujada en la carretera, se miraron desafiantes antes de arrancar los motores y esperaron a que Lena se situase entre ambos. Sabía lo que debía hacer; siempre nos había gustado organizar carreras… Hasta que todo cambió. Mi amiga esperó un gesto por parte de Ian para asegurarse de que sabía lo que hacía porque, como yo, ella también creía que había demasiado en juego. Él no se inmutó, pero se colocó el casco con firmeza, concentrándose en la carretera. Lena se quitó el pañuelo que llevaba en el pelo para apartar su larga melena de la cara y levantó el brazo con él en la mano, los chicos la observaron impacientes y cuando lo bajó, decidida, ambos aceleraron todo lo que el puño dio de sí y salieron disparados. No tardamos ni cinco segundos en perder sus luces traseras en la distancia, entre la apabullante oscuridad. Mi estómago se encogió al temer por mi amigo, al dejar de verle y no poder protegerle, y sentí mis latidos atronadores repartiéndose por cada poro de mi piel, poniéndole banda sonora a esa penumbra. Era peor el desconocimiento de lo que estaba ocurriendo que estar participando en una de esas temerarias competiciones que nunca terminaban bien. Y es que en muchas ocasiones no se valora lo suficiente el tener a alguien ahí siempre, contar con una persona que te ayudará en cualquier momento, con lo que sea, y no dejará que vuelvas a estar solo. Eso era Ian para mí… Pero en ese instante, era él el que estaba solo. Y no pude hacer nada.

Mis ojos se desviaron hacia el otro lado de la carretera, donde se encontraba ella, de pie, con la vista clavada en el horizonte, esperando ver una luz o verlos aparecer en la curva. Resopló, nerviosa, y al girarse, su mirada regresó a la mía y nuestros ojos empezaron con su peculiar conversación.

«¿Por qué has dejado que lo hagan?», me culpó su ceño fruncido.

«¿Qué querías que hiciese?, ¿ponerme delante de las motos?».

«¿Detenerlos?, ¿no se supone que es tu mejor amigo?».

«¿No se supone que Joel es tu *loquesea*?»; ni siquiera lo pronuncié y, aun así, me arrepentí al instante. «Estarán bien»; mi mirada se relajó, provocando que la suya hiciera lo mismo y volviese a centrarse en la carretera.

Mi mente se trasladó a uno de los momentos que vivimos juntos, a uno en el que ambos tuvimos que salir volando sobre las dos ruedas. Tenía quince años y mi abuelo acababa de

regalarme una *scooter* por mi cumpleaños; estaba eufórico, puesto que llevaba deseando una moto desde donde alcanzaba mi memoria. Julia y yo nos pasábamos el día de aquí para allá, sobre esas dos ruedas, con ella abrazada a mi cuerpo para no caerse.

Una tarde quedamos con nuestros amigos, entre los que se encontraban Óscar, Manu e Ian, y pensaron que sería una buena idea entrar en una casa «abandonada» para ver qué escondía su garaje. En realidad, no creo que estuviera abandonada, sino que, más bien, sus propietarios llevaban años sin ir por allí. Forzaron la puerta mientras Juls y yo charlábamos fuera, sin meternos en problemas, y poco después salieron del terreno con dos viejas motos que trataron de arrancar. En ello estaban cuando escuchamos una sirena y vimos las luces de la guardia civil acercándose por la carretera paralela. Julia se puso pálida y yo arranqué para largarnos de allí cuanto antes.

—¡Joder!

—¡Corre, Matt!, ¡corre! —gritó agarrada a mi cuerpo, sin dejar de mirar hacia atrás.

—Tranquila, todo irá bien.

El grupo se dispersó y conseguimos librarnos de ellos; nosotros acabamos en el mirador, en nuestro lugar favorito del mundo, asustados, pero fuera de peligro. Era extraño, pero con ella siempre me sentía así: con miedo, pero a salvo, como si pudiera destruirme con un solo chasquido de dedos, aunque estuviese seguro de que nunca lo haría. O no quería hacerlo…

…

No pasaron ni cinco minutos hasta que vimos un punto centelleante moviéndose en la curva y acercándose a toda velocidad. Todos se levantaron para no perderse detalle, pero yo no me moví; no me hacía falta, conocía el sonido de cada moto a la perfección y aquella no era la de mi amigo. No obstante, cuando vi que Ian no aparecía, imité al resto, me coloqué junto al *stop* de nuevo y escruté el horizonte, casi sin respiración, hasta que le vi aparecer poco después. No se llevaban demasiada distancia, pero sí la suficiente como para saber cómo iba a terminar aquello…

«¡Mierda!».



Capítulo 19
Álex

Me estaba metiendo en problemas. O ya estaba metido de lleno, hasta el cuello… Aunque me hubiese negado a verlo. Y creo que me di cuenta justo esa noche, al contemplar, en silencio, cómo dormía; al observar, ensimismado, la respiración pausada de su pecho, al sonreír mientras veía cómo ese mechón rosado que tenía sobre su rostro se movía rítmicamente con el aire que expulsaba por la nariz, al admirar la fortaleza que se escondía en su perfecto, y pequeño, cuerpo, que se encontraba acurrucado sobre la hamaca. Estaba perdido… Y es que en ciertas ocasiones nuestro destino se encuentra justo en ese camino que escogemos para evitarlo. Ironías de la vida. Porque se suponía que había ido allí para desconectar, para descubrir lo que quería hacer con mi vida, qué rumbo tomar… Y no para que llegase ella, con su locura, y cambiase mi manera de ver el mundo.

Al ver cómo ese tipo baboseaba a su lado, poniendo sus labios cerca de los de Elaia y agarrándola como si no tuviera elección, mi mente se nubló, provocando que mi puño terminara estampado en su cara. Y gracias a que la mirada de Elaia me reclamó, con esa necesidad de tenerme cerca que me susurraban sus ojos azules; si no, no sé qué habría sido de él. Aunque esperaba que le hubiese quedado claro…

Esa semana recuperé mi destino de trabajo en la playa y lo cierto es que lo había echado de menos, aunque no supiese exactamente el qué o no quisiera saberlo. Después de dejar el coche en el aparcamiento temprano, me encaminé decidido hacia la terraza del Riva, donde se encontraban Julia y Elaia desayunando antes de empezar la jornada.

—Buenos días.

—Buenos días —respondieron al unísono.

—Aquí tienes… —Elaia me ofreció una taza de café antes de que me hiciese con la suya; no me había fijado, pero había una de sobra en la mesa.

—¡Vaya! Qué previsora… Muchas gracias. —Pellizqué su mejilla con cariño.

—Siento lo de anoche. —Fruncí el ceño, sin saber a qué se refería—. Por quedarme dormida; estaba agotada. —El rostro de Julia se desencajó por completo. Por lo visto, no le había contado nada y su mente se desvió hacia otro lado, hacia el que vamos siempre, así que sus ojos se abrieron asombrados—. No es lo que piensas; me acompañó a casa, estábamos hablando y me quedé dormida.

—¡No he dicho nada! —exclamó su prima, dando un último trago y levantándose de un salto—. ¡No he dicho nada! ¡Y no quiero saberlo! Os dejo —se despidió antes de salir corriendo por el camino de arena—. ¡Para que sigáis hablando! Yo tengo que trabajar —gritó haciéndome reír.

—¿Cómo estás?

—Bien… ¿Y tú?

—Genial —contesté, bebiéndome toda la taza de un trago—. Pero yo también me voy que, después de una semana sin aparecer por aquí, no quiero llegar tarde —añadí burlón.

Sin embargo, lo que quería era evitar que lo nuestro fluyese como lo estaba haciendo, continuar conociéndola y que siguiese encantándome cada día más, con esos ojos azules que hipnotizaban mientras te revelaban los secretos del mundo, con esa energía desbordante que podría hacer enloquecer a cualquiera, con esos comentarios que te dejaban boquiabierto durante horas. Toda ella era una locura increíble… Y por eso, aunque quería evitarlo, me negaba a alejarme demasiado. No quería. Ni podía.

Pasé toda la mañana con la vista clavada en el agua; con los cientos de visitantes que tenía la playa cada día, no me podía permitir distraerme ni un solo instante. Estábamos en plena ola de calor, por lo que había cogido un par de botellas de agua helada de casa para sobrevivir allí sentado y estaba echándome un poco por el pelo cuando la vi caminando entre la gente, acercándose, dando pequeños saltos, como siempre.

—¡Hola! He pensado que tendrías calor… —Elaia me dio una lata de refresco fría y la abrí al instante.

—Mucho. Gracias…

—De nada.

—¿Cómo va la mañana? —pregunté sin dejar de vigilar la orilla.

—Es una locura… ¿La gente no trabaja? ¡Por dios, es lunes!

—Estamos en verano, ¿recuerdas? —murmuré divertido—. Así que… ¿es eso?, ¿solo has venido hasta aquí para escaquearte?

—Como me conoces…

Un llanto agudo captó mi atención desde la arena y salté de la silla sin pensármelo para correr hacia el pequeño que lloraba desconsolado bajo la atenta mirada de su madre, que trataba de calmarlo.

—¿Qué ha pasado, campeón? —Me puse a su altura, examinándole.

—¡Piiica! —gritó—. ¡Pica mucho!

Vi cómo se rascaba el brazo sin parar y cogí su mano para echar un vistazo, sentándole sobre mis rodillas.

—Le ha picado una avispa; había una junto a su cubo y le he pedido que lo soltase, pero nunca me hace caso —me explicó su madre, tan preocupada como molesta por la actitud del niño.

—¿Te ha picado una avispa? —El pequeño asintió sin dejar de llorar—. Eso lo solucionamos pronto; te voy a echar una crema y verás cómo se te pasa, ¿vale? Ven conmigo.

Su madre nos acompañó hasta la silla de vigilancia, donde tenía un botiquín para ese tipo de imprevistos tan comunes. Saqué la crema de la caja y la apliqué sobre la rojez de la picadura con cuidado, sin que mi pequeño amigo dejase de llorar, aunque parecía tranquilizarse poco a poco.

—¿A que ya te duele menos? —No sabía si le haría efecto tan pronto, pero la parte psicológica tenía mucho que ver en el asunto porque fue ver la crema y reducir la intensidad de su llanto.

—Un poco… —Sorbió por la nariz, observándome con gratitud.

—¿Has visto? Te lo dije. Eres más fuerte que muchos superhéroes.

Poco después, el niño recuperó una leve sonrisa y regresó a su toalla junto a su madre, que me agradeció la rapidez; no tenía por qué, era mi trabajo.

—¡Guau! Impresionante, ¿eh? —murmuró Elaia con sarcasmo.

—Sorprendida, ¿verdad? Lo imaginaba…

—Me has dejado boquiabierta; tanto que voy… voy a ver si me ahogo —dijo entre risas.

—Gracias por avisarme, así estoy preparado —continué con la broma.

—Porque me salvarías, ¿no? —Alzó una ceja, desconfiada.

—No me quedaría otra. Si no lo hiciera, me despedirían… —Abrió la boca, exagerando.

—¿Y si no te despidieran?, ¿dejarías que me ahogase?

—Nunca.

Creo que ambos nos dimos cuenta del verdadero significado de esas palabras; lo sé porque nos miramos durante unos segundos, en silencio, analizando nuestras respectivas reacciones, esperando quién sabe qué, pero la tensión era palpable y tan intensa que daba miedo. O respeto, por llamarlo de algún modo.

—Bueno, vuelvo al trabajo; luego hablamos. —Se despidió empezando a subir la empinada cuesta de arena que nos separaba del restaurante.

En multitud de ocasiones, mis amigos o conocidos criticaban mi trabajo de verano, insinuaban que era un puesto hecho para estudiantes, para jóvenes que necesitaban dinero durante los meses de vacaciones y esa era una forma fácil de conseguirlo, pero no era así. Adoraba ser socorrista, aunque solo fuese durante noventa días al año; sobre todo, por la capacidad para prestar ayuda a cualquiera que lo necesitase, en cualquier momento, y por tener presentes, a todas horas, las técnicas para salvar la vida de una persona. Tal vez, por eso me gustaba tanto, porque era una cualidad innata en mí y siempre me había preocupado por los demás; puede que, incluso, demasiado…

Cuando ya había atardecido y empezaba a oscurecer, recogí mis cosas, me despedí de Joel, que estaba tan ocupado como siempre, guardando el material que se encontraba disperso por la arena, y subí las escaleras que comenzaban en su caseta de madera y terminaban en el aparcamiento. No había guardado la mochila en el maletero cuando Elaia me alcanzó, pillándome por sorpresa por la espalda.

—Hola, socorrista.

—Buenas noches, señorita.

No hizo falta que le preguntase ni que le pidiese que se subiera al coche y eso me hizo sentir bien conmigo mismo, con ella, con nosotros, porque nuestra confianza y complicidad habían llegado ya a ese punto, justo a ese que quería evitar, ¿no? Decidí dejar de darle vueltas y continuar haciendo lo que sentía, por lo que arranqué y aceleré hacia su casa.

—¿Qué tal ha ido el día? ¿Has visto a Fer? —Vi cómo se removía en su asiento y la incomodidad que le provocó el tema.

—Qué va; no sé por qué, pero tengo el presentimiento de que no volverá a aparecer por el restaurante —desveló con una sonrisa maliciosa.

—¿Tienes el presentimiento?, ¿tengo que temer? Porque esa cara no me deja muy tranquilo…

—Es lo que tiene ser la jefa, que puedo despedir a quien me dé la gana, ¿no crees?

—¿La jefa? —Desvié la mirada hacia ella, incrédulo.

—Bueno, el Riva es el restaurante familiar, así que imagino que algo me toca… Lo suficiente como para despedir a tipos como ese, supongo.

¿El restaurante era suyo? ¿Cómo no me había dado cuenta? ¡No tenía ni idea! Había pasado varias noches con Álvaro y sus amigos, pero no había oído nada al respecto y creo que mi gesto de sorpresa se lo reveló.

—¿No te lo había dicho?

—Creo que no.

—Se me pasaría por alto ese pequeño detalle —comentó con guasa, recalcando esas

últimas palabras.

—Sí, estoy seguro de que se te pasó… —Negué con la cabeza, resignado.

Durante el resto del camino me habló sobre los orígenes del restaurante, sobre su familia y cómo llegaron a la sierra, hace más de cincuenta años.

—¿Qué plan tienes para esta noche? —se interesó cuando paré en la puerta de su casa—. ¿Vas a bajar al cruce?

—Pues no creo. Tenía pensado quedarme en casa, ¿por qué?

—¿Te apetece hacer algo?, ¿ver una peli?

—¿Una peli? —Asintió, emocionada—. La verdad es que había pensado desconectar de las redes sociales, el teléfono y la televisión durante estos meses.

—No pensaba verla en la televisión, más bien en el portátil, así que eso no cuenta. Además, podemos desconectar juntos y… aún no he visto la segunda y la tercera parte de *Los guardianes de la galaxia*. ¿Qué mejor que verlas contigo? —me provocó antes de bajarse del coche—. ¿Te animas o qué? Te prometo que no muerdo… —susurró con una mirada plagada de picardía que me desvelaba justo lo contrario.

Respondí a su descarada sonrisa abriendo la puerta y bajándome para caminar hacia ella. No dejó de hablar mientras me hizo una visita guiada rápida por todas las habitaciones de la casa, incluido el garaje, que se encontraba en la planta baja. Cogió el ordenador y lo sacó al porche acristalado que daba acceso a la vivienda; lo encendió y empezó a trastear con él después de pedirme que fuera a la cocina a por algo de beber. Cogí unos refrescos y cuando regresé, me senté en una silla acolchada, a su lado.

—No contestaste a mi pregunta. —Torció el gesto, sin saber a qué me refería—. ¿Sueño por cumplir? —Sonrió al darse cuenta.

—Creo que nunca podría contestarla, tengo demasiados sueños pendientes.

—Lo suponía, pero… ¿el más importante?

—Imagino que lo mismo que todos. —Hizo una parada llena de suspense—. Ser feliz.

—¡Venga ya! Eso es un cliché, es una frase hecha. ¿Cuál es tu sueño? Tu sueño de verdad.

—No lo sé, de verdad. —Pareció pensárselo—. Pero tú tampoco respondiste a mi pregunta. —En esa ocasión, el que frunció el ceño fui yo—. Aún no me has contado de qué estás huyendo.

—Sí lo hice, te dije que no huyo de nada. —Soltó el aire por la nariz en forma de sonrisilla incrédula. Tal vez porque ni yo mismo me lo creía.

—Como quieras, aunque creo que todos huimos de algo. —Se encogió de hombros, clavándome su intensa mirada azul—. Pero… ¿sabes? Sea lo que sea eso de lo que quieres escapar, me encanta que sea aquí, conmigo.

Sus palabras me obligaron a sonreír y al escucharlas, sentí cómo mi corazón dio un enorme respingo, saltándose varios latidos con la pirueta.

Podría decir que la situación mejoró después de aquel día, pero no lo hizo. Todo empeoró… Tanto que aquellas noches en su compañía empezaron a convertirse en una verdadera necesidad, en un bonito ritual que nos encantaba compartir cuando acabábamos de trabajar. La atracción era más que evidente entre nosotros y tratábamos de ocultarla entre bromas y caricias disimuladas, entre miradas que gritaban aquello que no nos atrevíamos a susurrar, entre muchos «quiero, pero no puedo» impronunciables. Sin embargo, me negaba a prescindir de ella, de lo que me hacía sentir, de eso que comenzaba a entrar en ebullición con tanta fuerza en mi interior; me negaba porque todo lo que rodeaba a ese demonio de Tasmania, *pelirrosa* y adorable, era

increíble… Además, me encantaba estar cerca de ella por si me necesitaba. Aunque el que lo necesitaba, en realidad, era yo.

Una de esas noches, varios días después, el último de mi turno en la playa durante aquella semana, estábamos en su terraza viendo una de las películas de Marvel, de las que habíamos organizado un largo maratón, destripando una tras otra después de nuestras largas e intensas jornadas laborales. Cuando los créditos terminaron, entre risas por alguna de nuestras continuas bromas, me levanté, perezoso, y recogí mi teléfono y las llaves, que había dejado sobre la mesa. Me acompañó por el jardín hasta la puerta sin dejar de hablar ni un solo instante, comentando cualquier escena de acción de la película, admirando y babeando por el mínimo gesto del mítico *Iron man,* haciéndome sonreír con sus locuras.

—Buenas noches, socorrista.

—Buenas noches —repetí con un movimiento de mano para despedirme.

—Álex, espera —me detuvo cuando iba a abrir la puerta para marcharme, poniendo su mano en mi bíceps para detenerme—. Déjame… Déjame que pruebe una cosa.

No sé por qué, pero lo vi venir; puede que fuera por el brillo incesante de su mirada, que centelleaba en la noche más que de costumbre o, tal vez, por los latidos frenéticos de su corazón, que se intensificaron con los míos. Elaia acarició mi piel con suavidad, provocando que mi respiración se centrase en su tacto, en la suya. Se humedeció los labios y me miró a los ojos como si quisiera decirme algo, pero no lo hizo; se alzó, poniéndose de puntillas y juntó su boca con la mía, que la buscaba desde hacía tiempo, aunque nunca lo reconocería. No hice nada, no pude; prácticamente, me quedé inmóvil, disfrutando de su roce, de su saliva, que se repartía ya por todo mi organismo como un dulce elixir, de ella y de ese instante tan nuestro que sería único. Saboreó mis labios y su lengua se enredó con la mía, presentándose, conociéndose, jugueteando, haciéndome enloquecer. Puse mis manos en su cintura y la atraje a mi cuerpo, antes de subir una de ellas hasta su mejilla para sostener su rostro y profundizar el beso, haciéndolo más mío. No sabía que se pudiera sentir tanto con tan poco y esa fue una de las cosas más importantes que ella me enseñó, que hay cosas pequeñas, que parecen insignificantes, y que terminan convirtiéndose en todo tu mundo, transformándote en el chico más afortunado del planeta. Continuamos besándonos durante varios minutos, capturando su sabor, ese olor que me estaba volviendo loco, y me separé poco a poco, atrapando su labio inferior entre mis dientes, abriendo los ojos para volver a la realidad.

—¿Qué estás haciendo? —susurré sobre su boca, negándome a alejarme demasiado.

—No lo sé, ¿qué estoy haciendo? —me provocó.

—¿Sabes? Me encantaría ser capaz de dejar de conocerte. Antes de que sea demasiado tarde…

Por su gesto, creo que no me expresé bien, pero mi cerebro estaba demasiado ocupado aceptando lo ocurrido, tratando de detenerlo a tiempo, así que no podía pedirle más. Al menos, me permitía hablar como una persona normal.

—Creo que ya me conoces bastante.

—No lo suficiente. Si te conociese como me gustaría, nunca podría soltarte.

Pronuncié exactamente lo que sentía y ella se dio cuenta porque, por primera vez, conseguí dejarla sin palabras. Y eso no era algo que sucediese muy a menudo… Remoloneé al soltar una de sus manos y di un beso en su dorso antes de hacerlo.

—Buenas noches.

Caminé hasta el coche, abrí la puerta, me despedí con una sonrisa y me subí para conducir hasta casa, para alejarme antes de que fuera demasiado tarde, como me esforzaba por

repetirme. Aunque no fuese del todo cierto… Ya era tarde para *todo*, para desconectar, para recapacitar, para descubrir qué hacer con mi vida, para negarme a conocerla, para soltarla… Jamás imaginé que agarraría su mano, pero desde que lo hice, nunca pude soltarla.



Capítulo 20

Matt

La semana empezó siendo horrible y no podría haber terminado peor. Me pasé los siete días trabajando de sol a sol, durmiendo solo cuatro o cinco horas y pasándome por el cruce menos de lo que me hubiera gustado para distraerme un rato. Lo necesitaba… Ese podría ser el resumen más sencillo de mi vida; el más completo contaría también con las continuas charlas silenciosas que mantenían mis ojos con los de Juls en la distancia, cada noche.

«¿Qué tal?», me preguntó su mirada cuando sus labios esbozaron una tímida sonrisa desde el otro lado del cruce.

«¿Todas nuestras conversaciones van a ser así?», cuestionó mi ceño fruncido.

«Eso parece».

Desde que nos besamos en Energy, parecía evitar que quedásemos en el mirador, como hicimos en millones de ocasiones años atrás o, incluso, alguna vez tras mi vuelta. Y yo… me negaba a preguntárselo y a insinuar que nos viésemos, por si eso le hacía alejarse más aún. Habíamos estado tan distanciados que tenerla allí, frente a mí, a unos metros de distancia, aunque no habláramos, era más que suficiente.

No obstante, mi impulsividad innata me llevó a querer terminar con aquella situación, afrontándola sin remedio. Esa misma tarde me marché antes del náutico y, de camino hacia la casa de mi abuelo, comprobé que Julia estaba trabajando, ya que su moto se encontraba estacionada en la puerta del veterinario. Quería forzar un encuentro entre los dos, a solas, y parecía que una cita en la clínica era la mejor opción, una casual.

Cuando entré en el chalé, no había llegado nadie aún, así que cogí la correa y mi gran amigo de cuatro patas vino corriendo hacia mí al instante.

Ni siquiera había llegado a la consulta cuando los nervios se instalaron en la boca de mi estómago. Me parecía increíble que, a pesar del paso de los años, siguiera teniendo ese efecto sobre mí, pero en cuanto la vi, comprendí el motivo; las mil razones que explicaban ese incesante hormigueo.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte —mascullé con sarcasmo.

—Ya me entiendes, ¿qué hacéis aquí? —Se agachó para saludar a Lobo, haciéndole carantoñas.

—Hemos venido a revisión.

—¿A revisión? —Se incorporó, arrugando la frente—. ¿Qué revisión? Además, no tenéis cita.

—Ah, ¿no? —Me hice el loco—. Creía que Lobo tenía revisión esta semana…

—Esta semana, ya… —repitió con sarcasmo—. Mucho te preocupas por él ahora, ¿no? —soltó aquellas palabras de tal forma que se me clavaron dolorosamente, como puñales, como si me hubiera desentendido durante años de todo.

—Debo hacerlo —me limité a excusarme—. Bueno, ¿podemos pasar o no?

—Pasad —se ablandó con una mueca simpática, permitiéndonos que camináse mos tras ella.

Era un gran paso, aunque allí era difícil que se negara a que mantuviésemos una conversación. Por eso, había decidido acercarme a la clínica; después de la semana que había tenido tras lo ocurrido con Ian, lo necesitaba. Las imágenes de aquella noche, de su moto cruzando la línea de meta unos metros por detrás de Joel, me golpearon de nuevo. Recordaba a la perfección el gesto que puso mi amigo, la decepción de su rostro, la furia que se adueñó de él cuando lanzó sus llaves a la cara de Joel, con desprecio, desprendiéndose de lo que más quería, su moto… Se marchó del cruce cabizbajo, con paso firme, sin hacer caso a nadie, sin escuchar mis gritos a sus espaldas. Fui tras él, tratando de consolarle, ofreciéndome para acercarle a su casa, pero no hubo manera; estaba hundido.

Y no solo eso, el tema de la deuda le tenía con la mente en otro sitio a todas horas y sentía que debía ayudarle; siempre me preocupaba por los míos y si nos íbamos a la mierda, a la miseria más absoluta, nos iríamos juntos. Creo que esa fue la excusa que me di a mí mismo para tomar la decisión que alteró mis pensamientos, la misma que me hizo aparecer por el veterinario esa tarde.

Subí a Lobo a la mesa de exploración; por primera vez en toda su vida, Juls estaba en silencio, en uno ensordecedor que me preocupó.

—¿Cómo le ves? —pregunté cuando empezó a examinarle.

—Como siempre. Parece que está todo bien, sin tener en cuenta su enfermedad, claro.

Tragué saliva; no sabía por qué, pero parecía que aquellos besos se habían llevado con ellos las palabras entre ambos y eso nunca había ocurrido.

—¿Va a ser así a partir de ahora? —cuestioné clavando mi mirada en ella, que seguía centrada en el perro.

—Así, ¿cómo?

—Como si no fuésemos nada.

—No somos nada, Matt.

—Te equivocas —la interrumpí—. Siempre lo hemos sido todo.

Justo en ese instante, levantó el rostro y nuestros ojos se acariciaron sin poder evitarlo.

«No somos nada, Matt», me repetí sintiendo mil dagas al rojo vivo clavándose en mi pecho. Era de esas personas que pensaban que nunca era demasiado tarde, pero… ¿de verdad se había acabado nuestro tiempo?, ¿nuestra amistad?, ¿o había empezado nuestra cuenta atrás? Aquellas preguntas provocaron que soltase el aire lentamente, vaciando mis pulmones.

—Así era… —El zumbido que solía vibrar entre nosotros se hizo más intenso—. ¿No se supone que habías venido por la revisión?

—Ajá.

—Pues no te veo preguntándome por Lobo. —Sus labios parecieron curvarse y me lo tomé como si acabara de izar la bandera blanca.

—Sí, ehm, claro. Es lo primero que he hecho.

—Ya… Pues parece que está todo bien —sentenció, bajándole de la mesa—. Aun así, no hace falta que le traigas a revisión cada semana. Los perros que padecen epilepsia pueden vivir bien con un control veterinario periódico, pero no hace falta que se realice todos los días —comentó con retintín, mordiéndose el labio y tamborileando el suelo con el pie, síntoma de su nerviosismo. Por eso, cogió carrerilla para no parar de hablar—: No tienes por qué preocuparte, hay perros como Lobo que han llegado a vivir muchos años y él solo tiene ocho, ¿verdad,

campeón? —Acarició su cabeza con cariño, recibiendo varios lametones de mi pequeño gran amigo—. Y… aunque estamos tratando de evitar estos episodios con la medicación, no es cien por cien efectiva, así que si ves que vuelve a ocurrirle y sufre un ataque, retira los objetos con los que pueda hacerse daño y espera a que pase. Eso sí, si dura más de cinco o seis minutos, considéralo como una urgencia y llámame.

—Creo que nunca me cansaré de escucharte. —Volvió a sonreír con timidez, con esa mirada sin brillo que me prometí iluminar de nuevo—. Así que… ¿solo puedo llamarte si tengo una urgencia?

—Eso he dicho.

—Entonces, intentaré vivir al límite —murmuré gamberro.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Claro que lo sé.

Nos despedimos y me marché para dejar a Lobo en casa, donde ya había llegado mi madre, y regresar a mi pequeña cabaña de madera, martirizándome con ese «no somos nada» que me dejó marcado. ¿De verdad lo pensaba? Y no es que me engañase pensando que Juls era todo para mí, pero era parte de mi todo, una muy importante; la que más, probablemente. Siempre lo había sido…

El agua fría de la ducha recibió a mis músculos agotados, relajándolos durante varios minutos que alargué al máximo. En cuanto salí, no esperé más; había tomado una decisión y era el momento de llevarla a cabo, así que me vestí con unos pantalones vaqueros y una camiseta negra básica y salí en busca de mi moto, que tenía aparcada en la misma puerta, junto al lago. Conduje con la mente en otra parte, sin prestar atención a la carretera, y aparqué en la puerta de esa pequeña casa en la que tantos buenos momentos había pasado. Entré sin llamar, esperando encontrarle justo donde estaba, tumbado en el sillón, fumando un cigarrillo mientras veía la televisión.

—¿Qué pasa?, ¿no piensas moverte de ahí en todo el día?

—Te estaba esperando —se justificó Ian, chocando los puños conmigo como llevábamos haciendo desde que éramos unos adolescentes—. Tampoco tengo nada mejor que hacer.

—Pues venga, vámonos.

—¿Por qué tanta prisa? —cuestionó alzando una ceja, apagando el cigarrillo.

—He quedado, vámonos.

—¿Que has quedado con quién? ¿Dónde vamos? —Frunció el ceño, sospechando de mí.

—Al cruce, con estos.

—¿Tanta prisa por hacer lo mismo de siempre con la gente de siempre?

—¿Tanto mal genio a estas horas? —le imité—. ¡Venga ya, espabila! No pareces tú…

Y no sabía la razón que tenía. Porque aunque aún no fuese consciente de ello, mi mejor amigo, ese que me tendió la mano cuando más lo necesitaba, había dejado de ser él, en todos los aspectos. Era una persona nueva, muy diferente a la que había conocido.

Ian aligeró el paso hasta mi moto, se subió en ella con la intención de conducir y me senté detrás de él, agarrándome al colín, la parte trasera del asiento, con fuerza. Sabía que después de una semana sin su moto, tenía miles de ganas acumuladas de fundirse con el acelerador, así que no pude negárselo.

Cuando llegamos al cruce, nos detuvimos directamente en nuestra esquina, donde ya estaban los nuestros, que nos recibieron entre ovaciones en medio de su jolgorio particular. Ni siquiera sé de lo que hablamos durante aquellos minutos previos; tenía los nervios en la boca del estómago, impidiéndome pensar, y lo prefería porque no tenía la cabeza para mucho más. En un

determinado momento, sin decir nada, me subí a mi moto y me acerqué a la acera opuesta, ante la atenta mirada del Joel y los suyos, que me observaban con curiosidad, desconcertados. Juls, en cambio, abrió los ojos tanto que amenazaron con salir de sus órbitas; creo que presintió mis intenciones cuando me coloqué al lado de su *loquefuera*, Joel, y le reté durante unos segundos con la mirada hasta que rompí el hielo.

—Si ganas, mi moto es tuya. Si gano yo, se terminó la deuda —escupí con tono grave justo en el instante en que Ian se acercó corriendo hacia mí. Otro que adivinó mi idea antes de que la pusiera en marcha…

—¡¿Qué cojones estás diciendo?! ¡No me jodas, Matt! —gritó mi amigo, cogiéndome del brazo para hacerme reaccionar—. ¡Ni se te ocurra! ¿Has perdido el juicio?

No sabía lo que estaba haciendo; tenía la mente enfocada en ayudarle de cualquier forma y no era capaz de razonar. Llevaba ocho años sin participar en ese tipo de carreras, justo desde aquella noche que se convirtió en una pesadilla, desde aquel maldito accidente que nos cambió la vida; ocho años sin poder desprenderme de la culpa. Por eso, no sabía qué demonios estaba haciendo ni cómo iba a poder conducir cuando esos terribles recuerdos regresaran a mis pensamientos. Aunque, en realidad, nunca se hubiesen ido…

No miré a Ian; prefería no hacerlo para que no consiguiera que cambiase de opinión. Joel sonrió con malicia, como si todo estuviese dicho entre nosotros, como si mis llaves estuvieran ya en sus manos. Joel siempre había conducido como si fuese parte de la carretera, como si la velocidad se encontrase entre sus venas, pero yo no me quedaba atrás; tenía moto desde los trece años y un as en la manga…

—¿Estás seguro? Qué rápido olvidas… —Me analizó con inquina.

«¡¿Qué estás haciendo?!, ¿estás loco?», me gritó la mirada entrecerrada de Juls.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo? —Sabía que esa era la única manera de provocarle.

—¿Miedo? —Rio forzando una carcajada—. ¡Corremos!

—¡¿Estás loco?! —exclamó Ian a mi lado, tirando del manillar con fuerza—. Matt, escúchame. ¡Escúchame, joder! —Cogió mi rostro con ambas manos, con firmeza, y me obligó a mirarle—. No lo hagas. No lo hagas… —Sentí temor, arrepentimiento y súplica en su tono, pero también lo ignoré. Tal vez, no quería que me arriesgase por él, pero, por aquel entonces, habría dado todo por los míos. No solo una moto.

«No hagas tonterías…».

Mis ojos se desviaron hacia los de Juls y vi tanta preocupación en ellos que decidí centrarme en Joel.

—Corremos.

Nos colocamos frente al *stop*, ese que en tantas ocasiones habíamos convertido en la línea de salida. Giulia y varios de mis amigos se acercaron a mí para tratar de detenerme, pero evité escuchar cada una de las amenazas que salían por sus bocas. No había vuelta atrás.

—Hagámoslo más divertido —le dije a Joel, que se encontraba a mi derecha, analizándome como si todo aquello fuera lo más interesante que le había pasado en días—. El mirador será la línea de meta.

—¿El mirador? —cuestionó mi contrincante, incrédulo.

—¿Qué pasa?, ¿te dan miedo sus curvas por la noche? —le piqué.

El mirador se encontraba entre el náutico y la playa, justo en el punto en el que la carretera se dividía en dos, hacia cada uno de los destinos, y para llegar a él había que atravesar las innumerables y peligrosas curvas que convertían aquel en un entorno inigualable, esas que dejaban el río y el lago a tus pies, con vertiginosas paredes verticales. Sin embargo, esas curvas

estaban bautizadas con mi nombre desde que era un niño y las conocía como la palma de mi mano.

—¿Miedo? ¿Julia nos das la salida? —Joel me miró con maldad, provocándome al decir su nombre, pero no pensaba entrar en su juego.

—Ni de coña —contestó molesta, dándonos la espalda, haciéndome dudar de si su reacción se debía a su pregunta o a mi decisión.

—Nora, ¿das la salida? —le preguntó y esta asintió, sin más.

Nos colocamos en nuestros puestos y nos preparamos, poniéndonos los cascos. Arranqué y empecé a calentar el motor con acelerones suaves que quedaron silenciados por la forma de rugir de la moto de Joel. Hice una cuenta atrás mental que no servía para nada, pero me ayudaba a mantenerme distraído. Había demasiado en juego… Ya no solo podría perder esa moto, de la que estaba completamente enamorado, sino que las curvas que daban fin a la carrera eran un verdadero peligro mortal. Decidí no pensar, moverme por impulsos, como siempre; concentrarme en mi respiración sin dejar de mirar a la chica, que se situó delante de nosotros con los brazos en alto y cuando menos lo esperaba, bajó las manos con decisión, dando paso a la acción. Ni siquiera escuché los gritos de mis amigos a mis espaldas, pero vi sus movimientos eufóricos por el retrovisor; excepto los de Ian, que se habría marchado de allí si tuviese como hacerlo, y los de Juls, a la que no vi entre los suyos. Tenía que concentrarme; Joel dominó la carrera durante esos primeros metros, ya que su moto era más potente que la mía, pero jugaba con esa carta de ventaja: las curvas. Y pensaba aprovecharlas…

Aceleré al máximo por las rectas, tratando de acortar la distancia en los giros de la carretera principal, que no contaban con peligro alguno. Él me cerró el paso en varias ocasiones, provocando que nuestras ruedas casi se rozasen y besase el asfalto; si pensaba que me asustaría, no había escogido a la persona correcta. Giré el acelerador al máximo, recortando la distancia siempre que podía, durante más de un kilómetro, y cuando llegamos a una de las zonas más bajas de la sierra y subimos la empinada cuesta por la que se accedía a la diversión, o al riesgo, depende de cómo se mirase, me encontraba casi a su lado.

La distancia entre ambos era cada vez menor, pero siempre que intenté adelantarle, me obstaculizó el avance con movimientos inesperados y temerarios que ni yo mismo habría llevado a cabo. Quise ser paciente, mantener el ritmo y esperar la más mínima oportunidad; no obstante, era ahora o nunca, todo o nada, jugándome demasiado en una decisión que se tomaba en milésimas de segundos. Me coloqué justo detrás de él para reducir la resistencia del aire, usando toda la capacidad de mi máquina sin ninguna oposición, acelerando hasta que el puño no dio más de sí para poder adelantarlo. Esperé a que empezasen las curvas y en cuanto vi los escarpados barrancos a mi derecha, intenté pasarle por el interior con una maniobra arriesgada y aunque no lo logré, nos quedamos lo suficientemente pegados como para seguir corriendo en paralelo. Esperaba que no viniese ningún coche por el carril contrario o el resultado sería catastrófico; sin embargo, contaba con que las luces de un posible vehículo circulando de frente me avisaran. Lo que no vi venir fue la arena esparcida por la recta, originada por cualquier pequeño derrumbe, que me obligó a frenar con precisión y mantener la velocidad constante para evitar salirme en la siguiente curva. La rueda trasera derrapó y tuve que controlarla con un movimiento de cadera, que provocó que diese un bandazo violento.

La carrera estaba muy igualada, pero fue justo en ese instante cuando Joel me miró con aires de suficiencia, retándome con la mirada, y se abrió un poco más en una de las curvas; yo estaba en la trazada correcta, así que no lo dudé, aceleré todo cuanto pude y logré adelantarle y dejarle atrás sin que lo esperase. Aún nos quedaban ocho curvas por delante; debía mantener el

ritmo, cerrarle el paso y dejarme la vida en girar el puño para que mi amiga de dos ruedas diese todo de sí y aprovechara su máxima potencia. Ocho curvas por delante, la adrenalina más intensa adueñándose de mi cuerpo, demasiado en juego; ahora sí, todo o nada…

Le observé por el retrovisor, nuestras miradas se cruzaron en su reflejo y me encontré con el odio más puro taladrándome por la espalda. Me olvidé del resto, de todo cuanto nos rodeaba, y recorrí esos últimos metros como si me dejase la vida en ello.

Alcancé el primero ese mirador que formaba parte de mi historia y solo cuando frené en seco, me permití respirar profundamente, liberándome de una gran carga. Joel llegó a mi lado, pocos segundos después, con la ira desbordando su cuerpo, y me analizó con desprecio.

—Se acabó —sentencié, retándole con los ojos.

—Esto no ha hecho nada más que empezar…

Aceleró y se marchó de allí tan rápido como había llegado, dejando una nube de polvo a sus espaldas. Él era así y me esperaba una respuesta como aquella. Sin embargo, lo que vino a continuación no lo vi venir, aunque llevara años deseándolo…



Capítulo 21
Julia

Cuarenta y cinco minutos. Cuarenta y cinco largos y angustiosos minutos en los que no habíamos tenido noticias de Joel. Ni de Matt… Sus amigos desaparecieron poco después de que la carrera empezase; imaginaba que habrían ido a ver el resultado, pero nosotros continuábamos allí, ajenos a lo que había sucedido y despreocupados. O, al menos, el resto parecía estarlo… Yo empezaba a impacientarme, aunque quisiera disimularlo.

Me levanté y me puse a dar vueltas por el cruce; ni siquiera tenía a Elaia para que me tranquilizase. Llevaba toda la semana quedándose en casa cuando salía de trabajar, con Álex, viendo películas. «Películas» las que me montaba yo cuando llegaba y, en muchas ocasiones, él seguía allí. Conocía a mi prima más que a nadie y sabía que estaba enamorándose hasta las trancas y si eso sucedía, ya no habría vuelta atrás. El soco, como empezamos a llamarle de forma cariñosa, me caía muy bien; era el típico chico gracioso y simpático que todo el mundo querría cerca, pero la diferencia de edad me chirriaba un poco. Y no era porque no pudiera funcionar en el caso de que empezasen una relación o algo similar, para nada, sino porque, tal vez, él, en un futuro cercano, podría tener otros objetivos en mente que mi prima ni se había planteado. Y en esas cosas andaba pensando para distraerme, negándome a analizar por qué ni Joel ni Matt habían vuelto, ya cincuenta minutos después, cuando aquel trayecto podía hacerse en unos veinte. Y eso a una velocidad normal…

Me propuse tranquilizarme, cogí el teléfono y marqué el número de Elaia; ella era la mejor para mantener una conversación que consiguiese entretenerme lo suficiente. No obstante, seis tonos después, no hubo respuesta. Me acerqué a mi grupo, donde seguían Marco, mi compañero de trabajo, y Nora.

—¿No debería haber vuelto ya? —les pregunté, sentándome en uno de los muros junto a ellos.

«Menuda forma de distraerte», me regañé mentalmente.

—Puesss sí. Ya debería estar aquí —contestó Nora mirando su reloj.

—Pero no te preocupes, Joel se conoce esas curvas muy bien —quiso animarme Marco.

¡Vaya si se las conocía! Hacía ese mismo recorrido, casi en su totalidad, hacia la playa, cada día, ida y vuelta. Pero no era él quien me preocupaba, a pesar de que mi cabeza insistiese en ello; mi corazón solo latía con un nombre… Matt tampoco había regresado. ¿Por qué iba a hacerlo? Si sus amigos ya se habían marchado. Lo que me alarmaba era que ninguno de los dos lo hubiese hecho, porque eso solo significaba una cosa: había ocurrido algo. Y mi imaginación desbordante no dejaba de proyectar imágenes de las motos en el fondo de los acantilados, de ellos tirados sobre el asfalto en cualquiera de las curvas, de las ambulancias llegando para socorrerlos… Me relajaba con eso: no se oían sirenas por la cuesta de la entrada y tendrían que pasar por delante de nosotros para llegar hasta ellos, pero… ¿cómo iban a avisar? ¡Allí abajo no había cobertura!

Me levanté otra vez, nerviosa, sin saber qué hacer y marqué el teléfono de Joel. Lo que

decía; sin cobertura. Probé con el número de Matt y el resultado fue el mismo. ¡Mierda! Todo aquello era una verdadera tortura… Ya había pasado casi una hora y seguíamos sin recibir noticias.

—Igual deberíamos llamarle —propuso Nora.

—Ya lo he intentado; no tiene cobertura.

—¿Vamos a buscarle? —Se levantó de un salto y caminó hacia su moto.

—¡Cómo sois! Estará bien… Es tarde y se habrá ido a casa. Si hubiera pasado algo, nos enteraríamos. ¡No seáis agonías! —nos calmó Marco.

—Yo voy a buscarle —sentencié, sentándome en mi moto, colocándome el casco sobre la cabeza, ignorando, por completo, que con ese «buscarle» me refería única y exclusivamente a una persona: Matt.

En esos instantes, solo podía pensar en él, en que se encontrase bien, en la mirada que me había dedicado antes de girar el acelerador y desaparecer, en nuestras primeras veces, esas que habían sido especiales e inolvidables, deseando que no se convirtiesen en las últimas. Porque nadie nos prepara para las últimas veces… y mi estómago se encogió solo con que esa idea se cruzara por mi cabeza.

Arranqué y conduje con la mente en los momentos más importantes de mi vida, de los que él había sido partícipe. En todos y cada uno de ellos, él era protagonista y la ansiedad se apoderó de mí al darme cuenta de que eso podría cambiar para siempre. Aceleré por las rectas, frené en las curvas, buscando luces por los caminos o gente que me diese una pista de dónde podían estar, pero a esas horas por allí no había ni un alma. Me adentré en la carretera serpenteante que iba hacia la playa y el club, ya que se suponía que era la meta. Crucé los acantilados y reproduje en mi mente la primera vez que salté al lago desde una de sus piedras. Nunca lo habría hecho si no fuera porque él estaba ahí, agarrando mi mano. Recordé cómo todos nuestros amigos saltaban sin miedo alguno, haciendo peligrosas piruetas, sin tener en cuenta que el fondo del lago estaba lleno de rocas y árboles. El miedo se agarró a mí cuando me asomé al vacío, a una altura considerable que quitaba el aliento, y retrocedí.

—¿Quieres saltar? —me preguntó ese Matt de dieciséis años tan seguro de sí mismo. Asentí sin saber muy bien si quería realmente, pero no quería echarme para atrás delante de él cuando todos lo estaban haciendo. Cosas de la adolescencia, supongo—. Dame la mano.

Lo hice, sin dudar, y los miedos desaparecieron con su tacto, con la firmeza de su agarre, con los sentimientos que me provocaba siempre. A su lado nada podía salir mal. Nos miramos unos últimos segundos y me preguntó, sin decir nada, si estaba segura; volví a asentir, mordiéndome el labio, impaciente a más no poder.

—A la de tres —decidió—. Una, dos y tres.

Saltamos juntos, sin soltarnos, sin dejar de agarrarme con complicidad; ni siquiera cuando estaba en el agua y no dejaba de gritar, eufórica y feliz por haberlo logrado, emocionada porque fuese con él, como siempre. Porque a su lado era capaz de todo aquello que jamás habría imaginado; Matt me hacía sentir valiente, feliz, viva…

…

Llegué hasta el náutico, donde aparqué la moto, buscando cualquier indicio que me confirmase que habían estado allí. Ni rastro… Mi corazón amenazaba con salirse del pecho, pero si hubieran tenido un accidente, habría visto cualquier cosa, a no ser que estuviesen a los pies de esas paredes que tanto imponían… «¡Basta!» me regañé, apoyándome en uno de los postes de madera del muelle, inspirando y expirando profundamente.

Llevaba años sin pisar aquel territorio prohibido y ni siquiera me percaté de cuánto había

cambiado, aunque siguiera siendo el mismo; mi mente solo pensaba en una cosa: en Matt, en encontrarle. Caminé por el pantalán tratando de contagiarme de la tranquilidad del agua, pero no lo conseguí. Me senté en uno de los tablones, que servía como valla para no caerse al lago, y, entonces, me fijé en que la moto de Matt estaba en la puerta de las instalaciones del club. Respiré aliviada, deshaciéndome de la angustia que me había acompañado durante la última hora, y busqué con la mirada entre la oscuridad con la esperanza de que estuviese por allí. Su silueta cruzó la puerta principal y sus ojos, extrañados a la par que sorprendidos, se encontraron con los míos, a punto de desbordarse de rabia, de impotencia, de miedo, de consuelo… Llevaba demasiado tiempo tragándome lo que sentía y desde que él había regresado, ese nudo de emociones se hizo cada vez más intenso.

Me levanté y caminé hacia él, lentamente, mientras se acercaba hacia mí, desconcertado. Pensaba que nos quedaríamos en silencio porque no sabía qué hacer ni qué decir, pero cuando estuvimos uno frente al otro, Matt rompió con esa calma absoluta.

—¿Qué haces aquí? He oído tu moto y he salido a…

No le di tiempo a continuar, no nos lo dimos; creo que mis ojos le dieron la respuesta a esas preguntas, a lo que llevábamos buscando y cuestionándonos mucho tiempo. Dimos un paso al frente, hipnotizados por esa magnética conexión que nos atraía, y nuestros labios se unieron en un arrebato de necesidad y de pasión desmedida. Necesitaba sentirle cerca, asegurarme de que todo seguía estando donde siempre, de que él estaba a mi lado, por muy lejos que se marchase.

Solo me había hecho falta la idea de perderle de verdad para saber cuánto le necesitaba, cuánto le quería, porque cuando el corazón elige a una persona, el resto no importa. Y el mío eligió a Matt el mismo día que nos conocimos.

Su lengua se enredó con la mía con esa nueva maestría que me hizo enloquecer y recordé todo lo que había olvidado, si es que lo había hecho en algún momento. Me agarré a su cuello para controlar los besos hambrientos que hacían que mi interior se revolviese y Matt rodeó mi cintura con sus brazos para atraerme hacia él. No sabía qué estaba haciendo, pero pensar, durante una hora, que le había vuelto a perder hizo que me urgiese sentirle cerca. No podía separarme ni para respirar y me adueñé del oxígeno que compartíamos, haciendo que nuestros labios chocasen con lujuria gracias a ese deseo contenido. Matt sujetó mi rostro para profundizar los besos y cuando sus dientes agarraron mi labio con delicadeza, abrimos los ojos para mirarnos unos segundos, para ser conscientes de lo que estaba sucediendo, logrando que nuestra respiración, jadeante y agitada como nunca, se acompasase.

—¿Qué estamos haciendo? —susurré sobre su boca cuando un intenso escalofrío recorrió mi cuerpo de una punta a la otra.

—Lo que llevamos tiempo deseando.

Saboreó mi labio inferior con deleite, reconociéndolo, y nuestras bocas volvieron a estamparse apasionadamente, sin pensar, deseando recuperar el tiempo perdido. Nos devoramos sin poder controlarnos y cogió mi mano para guiarme hacia una de las casas de madera, a trompicones, sin desenredar nuestras lenguas, que se negaban a terminar con su peculiar juego. Ni siquiera sé cómo llegamos hasta allí, pero abrió la puerta de un empujón, con su propio cuerpo, y entramos chocando con todo lo que se interponía en nuestro camino.

Mi mano se coló por debajo de su camiseta y se deslizó por su espalda, acariciando su piel, sintiendo cómo reaccionaba a mi roce; pegué un tirón de la tela, hacia arriba, para quitársela, mostrando sus marcados pectorales y esa tableta de chocolate que podría pasarme horas chupando. Me pegué más a su cuerpo, me agarré a su cuello y de un salto, enredé mis piernas en sus caderas para besarnos lo más cerca posible. Sentí que perdíamos la estabilidad,

aunque Matt parecía muy seguro de sí mismo, como si conociera aquel lugar a la perfección, y cayó de espaldas en una cama de cuya existencia ni me había percatado. Me quedé sentada sobre él, sin que nuestras bocas dejasen de buscarse, desesperadas, como si nos hubiésemos perdido demasiados momentos importantes y de esa forma los recuperásemos de alguna manera.

Mi mente se llenó de los instantes que habíamos vivido: de nuestra primera vez, nuestro primer beso, cada baño en el lago, las noches de fiesta, las primeras motos, nuestros juegos, cientos de días durmiendo juntos, la despedida… Mi estómago se encogió al revivirlo y me pegué más a él, rozándonos justo donde más lo necesitábamos. Con movimientos rápidos, Matt se deshizo de mi camiseta y de mi sujetador, que acabó volando por los aires, quién sabe dónde; desabrochó mis vaqueros y coló sus dedos por dentro de mi ropa interior, acariciándome como solo él sabía. En cuanto sus yemas rozaron mi centro, una incómoda descarga eléctrica me obligó a arquearme, buscándole lo más cerca posible. El resto de la ropa encontró el mismo destino que mi sujetador y solo cuando estuvimos completamente desnudos, nuestros ojos se encontraron unos segundos, se sonrieron y no hizo falta nada más.

Matt cogió un preservativo de la mesilla, lo que me hizo sospechar que esa casa era más que conocida para él, rasgó el envoltorio y se lo puso mientras continuábamos devorándonos. Su olor y su sabor habían permanecido conmigo durante todos esos años; eran tan especiales, inigualables y adictivos que me negué a olvidarlos. Y una de sus camisetas, con la que dormía cuando se marchó, me lo recordó constantemente. Me senté a horcajadas sobre él y no esperamos más; cuando se introdujo en mi interior, me dejé caer sobre su cuerpo, escondiendo mi cabeza en el hueco de su cuello. La sensación era tan intensa que se hizo insoportable; no solo en el plano físico, que era una experiencia brutal, sino en el emocional. En cuanto nos fundimos de todas las maneras posibles, volví a sentirme en casa, todo recuperó su lugar, cada cosa parecía estar en el sitio que debía, mi mente y mi corazón se pusieron de acuerdo por primera vez, después de muchos años.

Los besos recuperaron el ritmo inicial, frenético y apasionado, y empecé a moverme sobre él con ese vaivén de mis caderas que buscaba mayor profundidad, más sensaciones… Giramos sobre el colchón y Matt acabó encima de mí, apoyándose en la cama con un brazo y acariciándome con la mano que le quedaba libre, sin despegar nuestros labios, que parecían haber vuelto a casa también, negándose a abandonarla.

—Joder, Juls… —Un gruñido ronco salió de su boca y rebotó directamente en mi garganta.

Aumentó el ritmo de las embestidas con cada una de las miradas que nos dedicábamos, que mantenían su propia conversación, como siempre, haciendo aquel momento más especial. Si es que era posible… Porque aquellas miradas eran de las que asustan, de las que esconden tantas vivencias, sentimientos y tal intensidad que nunca podrían ser explicadas, solo sentidas. Y así fue.

Mis gemidos retumbaron en esa pequeña cabaña cada vez que Matt se hundió en mi interior y me agarré a su espalda, sintiendo cómo mis dedos se clavaban en su piel, para encontrar el roce perfecto. No sabía cuánto más podría aguantar porque llevaba tanto tiempo soñando con ese instante, reviviéndolo, que esa intensa presión en mi bajo vientre no desapareció desde que empezamos a besarnos en los muelles. Sus ojos grises brillaron en los míos y mi propio reflejo en ese tono inigualable de su iris me obligó a abandonarme a ese torrente repleto de electricidad que me zarandeó justo cuando el orgasmo sacudió a Matt.

Ralentizamos el ritmo, sin dejar de besarnos, de sentirnos, sin decir ni una sola palabra que pudiera estropearlo, evitando alejarnos hasta que salió de mi interior y me dejó vacía, en

todos los aspectos. Matt se recreó en mi piel, acariciándola, analizando cada milímetro de mi cuerpo, recordándolo, rozándolo con dedicación, logrando que se erizase con su tacto, provocándome un intenso hormigueo que se extendió por cada parte de mi organismo.

—No había olvidado ni uno de tus lunares —susurró, pasando la yema de sus dedos por cada uno de ellos, haciéndome sonreír.

—Yo no conocía ni uno de tus tatuajes. —Pasé el dedo por los dibujos que cubrían su brazo derecho, con delicadeza, casi sin rozarlos, hasta que mis ojos se detuvieron en una frase que captó mi atención—. ¿Qué significa?

«*Il tuo sorriso è la mia debolezza*».

Se quedó en silencio y nuestros ojos permanecieron enganchados, dándome la explicación que necesitaba, haciendo que me estremeciese antes, incluso, de que abriera la boca.

—Tu sonrisa es mi debilidad.

No es lo que dijo, sino cómo lo hizo, cómo sonaron esas palabras al salir de sus labios y lo que me provocó con su gesto. No es que yo sintiera ese tatuaje como mío, sino que así era; me lo chivó su media sonrisa, pero lo que más me asombró fue saber que no se había olvidado de mí a pesar de la distancia. No del todo…

—Me has pegado un susto de muerte, pensaba que te había pasado algo —desvelé mostrándome vulnerable, abrazándome a su cuerpo.

—¿Estabas preocupada por mí?

—Pensaba que te había perdido para siempre —me justifiqué y se quedó inmóvil; puede que no esperase tanta sinceridad de golpe o que se hubiese dado cuenta del mal rato que me hizo pasar—. Creía que tu visita al veterinario se había convertido en una despedida de verdad.

Un silencio cargado de sentimientos se hizo entre nosotros.

—Juls, me podré despedir de ti millones de veces, pero nunca me marcharé del todo. Tú nunca lo has hecho…

Sonreí con nostalgia. Sé por qué lo dijo y aquella frase no estaba relacionada con nuestro presente, sino más bien con el día que se marchó, con sus visitas posteriores en las que tuvimos que decirnos adiós. Le observé incrédula, deseando creer sus palabras, y me abracé a su cuerpo, como tantas veces había hecho, acomodándome en su torso y él empezó a deslizar sus dedos por mi espalda, de arriba abajo, removiéndome por dentro.

—Tú también has estado siempre aquí. Al menos, una parte de ti —revelé elevando el rostro, rozando sus labios con los míos.

—Ahora estoy al cien por cien, así que… ¿qué te parece si me recuerdas quiénes y cómo éramos y volvemos a ser nosotros? —Me besó el pelo al pronunciar aquellas palabras y pude sentir cómo sonreía sobre mi frente al soltar el aire por la nariz. Así que me incorporé y le di un intenso y profundo beso para recordárselo.

—Me parece el mejor plan.

¿Qué otra cosa podía decirle? ¡Me había dejado sin palabras! A mí… Pero estaba deseando que volviésemos a ser los de antes, poder recuperar lo que teníamos de cualquier manera, porque por muchas cosas que se interpusieran entre ambos, por mucho tiempo que pasara, siempre encontrábamos la forma de regresar el uno con el otro. Y creo que justo eso estaba pensando, agotada por los últimos acontecimientos, cuando cerré los ojos y me quedé profundamente dormida gracias a sus hipnóticas caricias.

—Por siempre jamás… —Fue lo último que escuché, o soñé, antes de verme inmersa en peligrosas carreras de motos que me llevaban directa al paraíso.

Cuando sonó mi alarma y abrí los ojos, no sabía ni dónde estaba. Tenía tanto cansancio

acumulado que me tapé con las sábanas y remoloneé hasta que fui consciente de lo ocurrido y me senté de un brinco en el colchón. Matt no estaba a mi lado y me encontraba sola en una cama de gran tamaño, rodeada de varios muebles de madera a los que no había prestado atención la noche anterior. Me levanté, busqué mi ropa que, misteriosamente, estaba doblada sobre una silla y me la puse a toda velocidad. Salí a la pequeña sala de estar, decorada con mobiliario del mismo estilo, y curioseé por cada rincón buscando cualquier indicio de vida, pero no había nada. Hasta la nevera, situada en una esquina, estaba vacía. Mi gozo en un pozo porque mi estómago empezaba a rugir y esperaba que no fuese de nervios… No otra vez.

La puerta de la cabaña se abrió y Matt apareció tras ella con una bandeja en sus manos.

—Buenos días. —Se acercó para besarme con suavidad—. No esperaba que te hubieses levantado tan pronto. He ido a por algo de desayuno.

—Buenos días. —Sonreí—. Me habría gustado seguir en la cama, pero tengo que irme a trabajar… —Aunque era previsora y aún me quedaba una hora para abrir la clínica, tenía que ir a buscar a Elaia para llevarla al restaurante o ir a algún sitio con cobertura para avisarla y que fuera a trabajar con su hermano.

—¿A trabajar? —cuestionó con picardía, acercándose a mí para pegar nuestros cuerpos. Y nuestros labios.

—Eso me temo —contesté divertida, cogiendo un cruasán de la bandeja y dándole un bocado.

—¿Tienes tiempo para que desayunemos juntos?

—¡Claro!

Colocamos las tazas en una mesa que había junto al sofá, nos sentamos y empezamos a charlar sobre temas banales mientras comíamos y bebíamos lo que Matt había traído. Sin embargo, la calma no duró demasiado y antes de que terminásemos el contenido de la bandeja, ya estaba entre sus brazos, acariciándonos y besándonos.

—Así que… ¿esta es tu casa ahora? —Asintió.

—¿Te gusta?

—No está mal, aunque creo que lo mejor son las vistas.

Cuando llegamos, no me dio tiempo a ver nada, pero podía apreciar la belleza del entorno, del lago y de los pinos que rodeaban la cabaña a través de la ventana. Y eso era más que suficiente.

—¿Qué pasó con la carrera?

—No lo sé. —Se hizo el loco—. ¿Qué crees que pasó?

—No quiero saber si ganaste o perdiste; me basta con saber que estás bien, el resto me da igual. Me refería a por qué lo hiciste…

—Ian tenía una deuda con él.

—Y tú intentaste echarle una mano. Cómo no… —Entonces lo entendí todo. Él era así; siempre lo había sido.

Nos miramos en silencio hasta que Matt lo rompió sin esperarlo.

—Mi abuelo tiene alzhéimer —murmuró de pronto, sorprendiéndome con sus palabras. Podría esperarme cualquier cosa, pero no aquello y menos aún, en ese momento. Elevé la mirada, impresionada, y no supe qué decir—. Me preguntaste por qué había vuelto y ese es el verdadero motivo. Aunque no el único…

—¿Desde cuándo? No tenía ni idea… ¿Cómo está?, ¿y tu madre?, ¿y Giu?

—¿Cómo ibas a saberlo? No es que nuestras familias charlen a menudo —bromeó—. Está… no muy bien; va a una velocidad vertiginosa. Y bueno… mi madre y mi hermana lo

llevan como pueden, supongo.

—Yo… no… no lo sabía. Lo siento mucho, Matt.

—No te preocupes. Solo te lo he contado porque me preguntaste el motivo y bueno… Esa es la verdad, aunque me gustaría que nunca le hubiera tocado a él. Por eso he tenido que regresar, para hacerme cargo del club náutico y echarle una mano a mi madre.

—¿Y cómo lo llevas?

—¿La verdad? —Asentí—. Es más difícil de lo que esperaba, la situación es muy complicada y me da… —No terminó la frase, nos miramos en silencio y adiviné el resto. O eso pensaba.

—¿Te da miedo no estar a la altura?

—Solo me da miedo que tú también te vayas.

Ese «también» me rompió por dentro porque sabía que se refería al abuelo Costa. Eso era lo más duro de esa enfermedad, que mucho antes de perder, de verdad, a la persona que quieres, ella ya se ha ido. Y ver cómo se olvida de ese amor, de lo que vivisteis juntos y de quién eres tiene que ser dolorosamente insoportable. Insoportablemente jodido.

Me acerqué a él despacio y besé sus labios con ternura, con toda la calma que no habíamos tenido la noche anterior, dándole a entender que yo no pensaba marcharme a ningún sitio. Nunca. Matt pareció comprender mi mensaje, como siempre lo hacía, y su respiración comenzó a entrecortarse cuando deslicé mis dedos por su piel suave y firme, empezando en sus brazos, siguiendo por su torso, bajando hasta su cintura para perder mi mano en el interior de sus vaqueros, sin dejar de besarle. Nos acariciamos de forma pausada, sintiendo cada roce, cada beso, cada centímetro de piel; dedicándonos a disfrutar de nosotros mismos todo lo que pudiésemos, porque eso era lo más importante: nosotros y ese presente con el que ya no contábamos. Porque tuvimos un pasado que se quedó a medias y esperaba tener un presente que pensaba disfrutar al máximo… Esa mañana hicimos el amor siendo más conscientes que nunca de lo que eso significaba y a pesar de que me habría gustado hacer que ese instante se convirtiera en algo eterno, debía quedarme con eso, con que lo único eterno en esa cabaña éramos nosotros.



Capítulo 22
Elaia

¡Mierda! ¿Cómo podía besar así?, ¿acaso era posible tener ese nivel? A ver, contaba con que tuviera experiencia, pero… ¡joder! Una cosa era contar con cierta pericia y otra, muy distinta, ese dominio de la situación, su forma de saborear mis labios como dulces caricias, cómo su lengua se abrazó a la mía, consiguiendo que me humedeciese con un solo beso. Y no podía dejar de pensar en ello… Pero no volvimos a hablar del tema; dejamos que nuestra amistad continuase en el momento que estaba. Porque era lo que menos me esperaba, pillarme por ese chico, aunque pensándolo bien, era muy fácil caer en las redes de Álex. Suponía que lo difícil sería salir de ellas.

Estaba preparándome, como cada mañana, cuando me di cuenta de que había demasiado silencio en casa. Ni siquiera me había percatado hasta ese momento. Fui a la habitación de Julia y la cama estaba hecha. Conclusión: no había dormido allí. Esperaba que hubiese pasado la noche con Joel, así que cogí el teléfono para llamarla y ver si iba a pasar a recogerme o, en el caso contrario, debería bajar con Álvaro hasta la playa. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía una llamada perdida suya de la noche anterior. Estaba tan distraída con nuestras sesiones de cine nocturnas que dejaba de prestar atención al teléfono, dejándolo tirado por cualquier rincón de la casa. Marqué su número, pero no obtuve respuesta; sin embargo, unos minutos después, escuché su moto aparcando en el garaje.

—¡Ya estoy en casa! Me doy una ducha rápida y nos vamos, ¿estás lista? —dijo al entrar por la puerta.

—Sí, estoy. Te acabo de llamar; no sabía si ibas a venir…

—Yo tampoco lo sabía, pero quería pasar por casa para ducharme antes de ir a la clínica.

—¿Qué tal la noche?, ¿has estado con Joel hasta ahora? —le pregunté poniéndome la camiseta—. Cada día se os alarga más la cosa…

—He estado con Matt.

¡¿QUÉ?!

—¡¿Qué?! ¿Cómo que has estado con Matt?, ¿y lo dices así?, ¿sin más? —Me puse frente a ella, analizándola, esperando que me contase hasta el último detalle, aunque no le habría hecho falta; su sonrisilla lo hizo por ella.

Se frotó el rostro con las manos antes de empezar a hablar:

—No esperaba que pasara esto… —Atrapó su labio inferior con los dientes, nerviosa—. Estábamos en el cruce y Matt y Joel decidieron que sería una buena idea correr. Hasta el náutico, ¿te lo puedes creer? —exclamó, incrédula—. Me llevé un susto de muerte; una hora después aún no habían aparecido. Así que fui a buscarlos y cuando le encontré, casi me lo como. ¿Se puede estar peor de la cabeza?, ¿a quién se le ocurre hacer una carrera por las curvas de noche?

—Yo diría que te lo comiste entero… Sin ese *casi*. —Rio con mis palabras—. Porque es eso lo que habéis estado haciendo, ¿no? No me digas que habéis estado toda la noche hablando en el mirador…

Me explicó lo que había ocurrido y esperé que no se hubiese dejado nada importante por contar. ¡Madre mía! ¡¿Julia y Matt de nuevo?!

—¡¡No me lo puedo creer!! —grité emocionada—. Bueno, ¿qué demonios? ¡Es justo lo que sabía que pasaría! —Ambas estallamos en una carcajada—. ¿Y qué?, ¿ha sido como lo recordabas?

—Ha sido infinitamente mejor…

—¿Y Joel?, ¿qué pasa con él?

—A ver, que Matt y yo nos hayamos acostado no significa que vayamos a casarnos. Simplemente, somos dos personas adultas que sienten una atracción innegable…

—Innegable, ya. Desde los cinco años… Cuéntame la milonga que quieras… ¡y créetela! Aunque lo que te preguntaba es dónde queda Joel en todo esto.

—Supongo que en el mismo sitio que estaba. Joel y yo tampoco tenemos una relación, solo nos acostábamos de vez en cuando; no tenemos ningún compromiso ni explicaciones que darnos. Aunque hablaré con él; creo que debería saberlo…

—Y más con el cariño que le tiene a Matt —solté con sarcasmo—. No sé yo si será una buena idea… Pero has dicho acostábamos —recalqué—, en pasado. Así que… ¿eso quiere decir que vas a seguir con Matt? —insistí dando palmadas mentales. ¡No me lo podía creer! Pero sabía que mi prima y el chico Costa estaban hechos para estar juntos; siempre lo supe.

—¿Por qué te montas esas historias? ¡Solo nos hemos acostado!

—Porque esto no es un «solo nos hemos acostado», es la continuación de vuestra historia, como cuando acaba la temporada de tu serie favorita y te dejan con la intriga acumulada para el siguiente capítulo. ¿Y lo peor? Que ese capítulo tarda mucho en llegar… pero cuando llega, merece la pena. ¡Estoy segura! Será mejor temporada que la anterior. —Puso los ojos en blanco al escucharme.

—Lo que tú digas.

Esperé a que se duchase y nos subimos en su moto para bajar a la playa sin dejar de analizar, durante todo el camino, lo ocurrido en las horas previas, buscando secretos entre líneas de las frases pronunciadas en esa cabaña. Al menos, de lo que me contó mi prima, porque sabía que algo se estaría guardando para ella. Era así, aunque… ¿podía quejarme? Yo no le había contado que había besado a Álex, pero no lo había hecho porque sabía su opinión: se me estaba yendo de las manos, él estaba en otro nivel, con otras aspiraciones y chicas de su edad, y yo… quería complicarme la vida. Así que preferí evitarme la charla. De todos modos, esa semana le tocaba hacer turnos en las piscinas, por lo que no nos veríamos tanto y me ayudaría a analizar las cosas con perspectiva, ¿no?

Paramos la moto en el aparcamiento, con la hora justa, y nos encontramos con Fer, que estaba apoyado en el muro, junto a la puerta, mirándonos con cara de no haber roto un plato en su vida. Se acercó a nosotras y Julia, que pensaba marcharse a trabajar sin el café diario porque se había hecho tarde, se quedó unos minutos para ver qué quería ese tipejo.

—Hola —nos saludó cuando llegó a nuestro lado.

—¿Qué quieres?

—Venía a pedirte perdón por lo del otro día, Elaia.

—¿Por qué no te largas? —le dijo mi prima con rudeza.

—Lo digo en serio. Sabéis que yo no soy así. Me tomé unas cervezas en el chiringuito y se me fue la lengua y la mano… —Se explicó como si el alcohol fuese una excusa para hacer lo que hizo, hablar como habló y echarse encima de mí como si yo no tuviese nada que decir al respecto. Esa actitud no tenía justificación bajo ningún concepto. Nunca.

—Genial, me parece estupendo —murmuré, ignorándole.

—¿Estás sordo? Te estoy diciendo que te pires… Y como no lo hagas ya, llamo a la policía, ¿te parece? —Julia se puso seria.

—Tranquila, ya me marcho. Solo venía a pedirte que hablases con tus padres y con tus tíos. Necesito este trabajo y no… no volverá a ocurrir. De verdad.

—Eso deberías haberlo pensado antes, Fernando, así que olvídalo —sentencié sin pensármelo.

—Lo que me faltaba por oír… —Julia se levantó de la moto, con gesto amenazador.

—Vale, vale, ya me voy, pero no podéis dejar que esto se quede así —dijo antes de alejarse hacia su moto para marcharse.

—Es acojonante… —se quejó mi prima antes de que nos despidiésemos para empezar nuestras respectivas jornadas laborales.

No puedo decir que tener delante a Fernando no me afectaba, pero no quería darle demasiada importancia y que el miedo me bloquease; prefería ignorarle y no pensar en lo ocurrido o, de lo contrario, me aterrorizaría encontrarme con él en cualquier lugar solitario. Y no pensaba permitirme vivir con miedo por su culpa. Lo tenía claro.

El día fue distinto, aburrido, como si me faltase algo. Y de algún modo, así era. Me pasé la mañana y parte de la tarde mirando hacia la silla del socorrista, hacia la playa; observando al joven que hacía su turno allí, deseando que Álex estuviera en su lugar. No podría hablar mucho con él, pero, al menos, podría analizarle disimuladamente desde la ubicación privilegiada del restaurante sin que él se diese cuenta. Las manecillas del reloj apenas se movían y las horas parecían no querer avanzar. Por eso, cuando empezaron las cenas y terminó mi jornada, estaba ansiosa por salir de allí.

Cogí la mochila con mis cosas y subí las escaleras hacia el aparcamiento como cada día. Cuando llegué a la zona más alta, vi su coche, estacionado en un lateral; me sonrió a través de la ventanilla y corrí al cruzar la carretera para llegar al otro lado. No obstante, cuando abrí la puerta del copiloto, me encontré con algo que no esperaba. Alguien, más bien.

—Hola —me saludó un chico moreno, con ojos oscuros y una sonrisa en el rostro—. Estaba deseando conocerte. Álex me ha hablado mucho de ti.

—Ah, ¿sí? —murmuré sin saber muy bien qué decir. No tenía ni idea de quién era; es más, era la primera vez que le veía en mi vida.

—Elaia, él es Rober, mi mejor amigo. Rober, Elaia —nos presentó—. Ha venido unos días para darme guerra.

Le di dos besos al joven para presentarnos oficialmente y abrí la puerta trasera del vehículo para subirme.

—Pensaba que había venido para hacerte una visita —protestó el chico—. Pero vamos, que para lo que me tienes haciendo… Me ha explotado durante todo el día, que si tráeme esto, lleva lo otro… Si lo llego a saber, me quedo en casa —se quejó, sacándome una sonrisa.

Parecía majo, la típica persona a la que no le hace falta tener confianza con alguien para poder entablar una conversación, pero Álex nunca me había hablado sobre él. En realidad, no me había hablado sobre su vida más allá del verano, tan solo del colegio, de su sobrino, ligeramente, y alguna anécdota puntual. Rober se giró en su asiento para mirarme y estuvimos charlando durante todo el trayecto.

—¿Hace mucho que os conocéis? —me interesé.

—Hace unos años, cuando empecé a trabajar en el cole —me explicó el socorrista.

—Así es… —le apoyó Rober.

—¿También eres profesor? —Asintió.

—Soy el profe de inglés. Álex estaba tan perdido el primer día que vino a mí buscando algo de ayuda y hasta hoy… —El aludido le observó, escéptico.

—No fue así.

—¿No te perdiste y estabas buscando el gimnasio? —se burló su amigo, haciéndonos reír.

—Bueno, vale, fue algo así…

Estuvimos conversando hasta que llegamos a la puerta de mi casa. La semana anterior, como norma general, estuvimos allí organizando las sesiones de cine nocturnas, pero con la llegada de Rober no sabía cuál sería el plan.

—Bueno, gracias por traerme —dije como despedida cuando el coche se paró y abrí la puerta para bajarme—. Ha sido un placer conocerte, Rober. Espero que nos veamos otro día…

—Yo también me alegro de haberte conocido.

—Espera, que te acompaño —musitó Álex hacia el cuello de su camiseta.

Caminó a mi lado hasta la puerta, lo suficientemente cerca como para que pudiese apreciar su olor. Álex olía a mi perfume favorito del mundo, a verano. Tenía una mezcla de crema solar, de *aftersun*, de piel tostada por el sol y de… ¿cloro? Suponía que sus turnos en la piscina controlando dicho elemento del agua habían logrado que terminase con ese olor tan peculiar que tanto me atraía.

—Tienes que enseñarle todo esto; hay mucho que ver. No tenías que haberte molestado en traerme.

—Sabes que sí —dijo con voz seductora—. Además, va a quedarse varios días. Siento que no podamos seguir con nuestras noches de cine.

—No te preocupes.

—Esta noche voy a ir a enseñarle algunos de los miradores; si te apetece venir… Seguro que no podríamos tener mejor guía turística.

—No sé, tampoco quiero molestar…

—Tienes razón —me cortó—. Eres un verdadero incordio, pequeño demonio de Tasmania. —Me guiñó un ojo antes de alejarse hacia el coche—. Vamos a ducharnos y pasamos a buscarte a las diez. Date prisa.

Se marchó dejándome allí, con miles de mariposas volando por mi estómago, aleteando con sus alas con tanta intensidad que me hacían sentir incómoda; incómoda y… ¿enamorada? Tal vez, era una palabra demasiado fuerte para lo que sentía o, quizá, no. Lo único que sabía es que nunca, jamás, había sentido algo del estilo y eso me hacía estar ilusionada a la par que asustada.

Rober permaneció en casa de Álex durante toda la semana; creo que su compañía le ayudó a sobrellevar los solitarios días en la piscina. Y por las tardes, cuando terminaban, solíamos hacer algo los tres juntos, en grupo: íbamos a visitar lugares cercanos, a hacer rutas por la sierra, a bañarnos en la playa por la noche y cenar en el Riva, a enseñarle los mejores sitios de nuestro hogar… Álex y yo no pudimos estar solos ni un solo segundo; sin embargo, no faltaron las sonrisas, las miradas, las bromas e incluso alguna que otra caricia. Lo que no esperaba era que con la nueva semana que estaba a punto de entrar, todo cambiase de golpe y porrazo, sin verlo venir, como si llevara semanas soñando y me introdujesen por la fuerza en la dura y cruda realidad. Probablemente, porque todo era demasiado bonito para ser verdad… Porque la felicidad no es eterna, pero la tristeza tampoco.



Capítulo 23
Matt

«¡JODER!».

—¡¿Qué dices, mamá?! —pregunté, incrédulo, para asegurarme de que había escuchado lo que me parecía haber oído.

—No sé cuánto dinero se han llevado —titubeó haciendo cuentas—, pero la caja estaba abierta y… ayer pagaron muchos de los socios. —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Madre mía!

—¡Joder! —Di un golpe en la mesa de madera del despacho de mi abuelo, haciendo que varios papeles acabasen esparcidos por el suelo—. Pero la mayoría de ellos lo tendrían domiciliado… —No supe si era una pregunta, un ruego o que trataba de convencerme; no una afirmación.

Ver la caja fuerte abierta de par en par y vacía justo esa mañana, después de los pagos, hizo que mi mente empezase a idear conjeturas de lo más disparatadas. O no… En esa ocasión se daban demasiadas casualidades.

—¡Y podemos dar gracias!

—¿Quién sabía el número de la caja?

—¿Cómo que quién sabía el número de la caja? —cuestionó mi madre—. Pues… ¡nosotros! El abuelo, Giulia, tú y yo. Han debido de forzarla.

No, no había marcas de que lo hubieran hecho; aun así, prefería que mi madre pensase que había sido de ese modo y no que nos habían robado desde dentro, alguien de los nuestros.

—¿Has hablado con Giulia?

—La he avisado hace un rato; viene para acá.

—A ver, ¿se puede saber qué ha pasado?, ¿qué es tan urgente? —La aludida entró en el despacho junto a Lobo, molesta, desperezándose aún, con el ceño fruncido.

—Nos han robado…

—¡¿Qué?!, ¿cómo?

—Han abierto la caja fuerte esta noche y se han llevado el dinero de los socios de este mes. —Mi madre se acercó a ella, temiendo hacer la pregunta principal—: ¿Tú le has dicho el código a alguien?

La frente de mi hermana se arrugó más aún.

—¿Tan tonta parezco? —se enfadó—. ¿En serio creéis que sería capaz de algo así? ¡Claro! Tenía que ser la irresponsable de Giulia… ¡¿Quién si no?!

—Giu… —quise tranquilizarla.

—No me refería a eso, hija, pero la clave solo la sabemos nosotros. Matteo no ha sido —dedujo sin preguntarme, aunque estaba claro que no tenía nada que ver— y yo tampoco. Solo quedaba que te preguntásemos a ti.

—Pues no, yo no he sido.

—No te lo tomes así, cariño. —Mi madre la abrazó, pasando uno de sus brazos por sus

hombros y arrimándola a su cuerpo.

—¿El abuelo no tenía cámaras? —cuestioné buscándolas por las paredes.

—Sí, hay varias por el club, pero en su despacho no.

—Da igual, analizaré las imágenes para ver quién entró ayer a última hora.

Mi madre y mi hermana salieron de la oficina y se marcharon; tenían que avisar a la policía para hacer la denuncia. En cambio, yo permanecí allí, encendí el ordenador y me dispuse a ver las grabaciones una tras otra. No encontré nada raro, tan solo varios socios charlando en el salón, otros dirigiéndose a los cuartos de baño, algunos entrando en el restaurante, mi madre y Giulia, los trabajadores del club y Lena e Ian, que vinieron a tomar algo en el pub a última hora, justo cuando salía de trabajar para animarme a ir al cruce, como cada día. Nada extraño.

Resoplé furioso. No era el mejor momento para soportar un robo y menos aún, después de enterarme de nuestra verdadera situación bancaria. Me habría gustado llamar a Juls, quedar con ella y ver las cosas de otra manera, pero estábamos en el fin del mundo, sin cobertura. Y aunque era un modo liberador de vivir, había ocasiones, como esa, en las que necesitabas hacer uso del teléfono y era imposible. Así que salí a los muelles, me subí a la vieja lancha motora de mi abuelo y me adentré en el lago, siguiendo el curso natural del río por esas montañas pintadas de un color verde intenso, sintiendo la velocidad del barco en cada poro de mi piel hasta que llegué a la presa y detuve el motor, admirando el entorno, la inmensidad de la sierra, las águilas sobrevolando sus cielos, y me quedé allí unos minutos, disfrutando de todo aquello.

Cuando regresé, traté de mirar la situación con otros ojos, pero era incapaz, así que cogí la moto y conduje hasta la clínica. Por la hora que era, debía de estar a punto de terminar su turno. Y así fue…

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida en cuanto la puerta automática se cerró a sus espaldas y me vio allí, apoyado en la pared de los soportales donde se encontraba el veterinario. Sonrió al acercarse y comprendí que mi vida se desmoronaría el día que ella se esfumase porque era capaz de fundir mi coraza de hierro con una de esas muecas.

—Estaba deseando besarte. —La arrinconé entre mi cuerpo y la pared y uní nuestros labios con un intenso y apasionado beso. Colocó sus brazos alrededor de mi cuello y jugueteó con el pelo de mi nuca, al igual que lo hicieron nuestras lenguas, sin detenerse—. No sabes cuánta falta me hacía…

—Así que has venido solo para eso, ¿eh? ¡Pues nada! —añadió burlona con tono condescendiente—. Encantada de verte… —Me guiñó un ojo y se subió a su moto.

—¿Te apetece que comamos juntos? —Caminé hacia ella y coloqué su rueda delantera entre mis piernas, apoyándome en el manillar, impidiéndole el paso.

—¿Cocinas tú? —Asentí—. Entonces, vale.

Juls condujo delante de mí, rumbo a mi pequeña cabaña de madera. Era una manía que tenía; siempre que conducía junto a alguien, le dejaba ir delante, por lo que pudiese pasar, para tenerlo todo controlado en el caso de que hubiera cualquier imprevisto.

En cuanto llegamos y aparcamos, caminamos juntos hasta la zona de las casas, bordeando el lago, charlando sobre cualquier cosa, cientos de temas banales sin importancia. O con toda la del mundo, porque escuchar sus monólogos era uno de mis pasatiempos favoritos; me daba igual sobre lo que tratasen.

—Me encanta cuando divagas así. Significa que estás nerviosa.

—¿Por qué iba a estarlo? Somos nosotros…

—Puede que sea por eso. —Agarré su mano, entrelazando sus dedos con los míos, cuando nos quedaban unos pocos metros para llegar—. Porque somos nosotros…

No sabía cómo explicárselo, pero puede que ese fuera uno de nuestros grandes logros, que a pesar de los años y de la distancia, consiguiésemos mantener esos nervios al estar el uno con el otro, que siguiese sonriendo al escuchar mi nombre, que continuase mordiéndose el labio inferior cuando estábamos cerca… Porque no sabía que se pudiera tener tanto amor y tantas ganas a una misma persona. Y menos, durante tantos años… Eso lo descubrí con ella, como casi todo.

Preparé unos deliciosos *tagliatelle all´Amatriciana*, una de las recetas típicas de mi ciudad natal; esa, en concreto, con su ingrediente secreto especial, seña de identidad de mi familia, y los comimos mientras nos contábamos con detalle cada paso que habíamos dado desde que nos distanciamos.

—¿Sabes? Creo que esto es lo que más echaba de menos. Poder estar así juntos… —murmuró sentada en la encimera, con complicidad y una relajación pasmosa, esa que solo se consigue junto a alguien a quien conoces a la perfección.

—Yo también.

Ni siquiera recuerdo cómo empezamos comiendo en el suelo, sentados con las piernas cruzadas, y acabamos dejando los platos por cualquier sitio para pasar a devorarnos mutuamente, a acariciarnos con deleite, a repasar cada centímetro de nuestros cuerpos y aprovechar el tiempo perdido. Tampoco recuerdo cómo terminé con la cabeza entre sus piernas, saboreándola como tanto deseaba, ni cuándo decidimos lanzarnos al lago para acabar con lo que habíamos empezado. Porque era algo que siempre me ocurría con Juls, el resto del mundo desaparecía y me olvidaba de todo, del robo y de lo que había sucedido esa misma mañana; solo estábamos nosotros dos y los instantes que habíamos vivido juntos, esos que siempre estaban presentes. Solo ella podía hacer que me sintiera como Peter Pan, un niño eterno que se creía capaz de cualquier cosa, incluso de atrapar su propia sombra, de luchar contra sus propios miedos… O eso creía.



Capítulo 24
Julia

Me parecía mentira que hubiésemos vuelto a ese punto, a alcanzar ese nivel de confianza que solo se tiene una vez en la vida, con tu alma gemela. Podría parecer que era algo que ocurría a menudo, con cualquiera de mis amigos cada vez que estábamos demasiado tiempo sin vernos, que todo seguía como antes, como si nuestra relación se hubiese quedado pausada en el tiempo, pero no, con Matt era distinto. No solo habíamos vuelto a estar como siempre, a recuperar esa amistad que dejamos paralizada, sino que además los sentimientos que crecieron en nosotros cuando éramos unos niños seguían ahí; esa electricidad que vibraba entre los dos continuaba zumbando con mayor intensidad, si es que eso era posible, y esa conexión… era innegable, excepcional y única. Por eso, no quería perderla ni pensar qué pasaría cuando Matt regresase a Roma, porque… ¿se marcharía? No habíamos hablado de ello, pero me negaba a darle vueltas a algo que pudiese enturbiar nuestro momento. Porque creo que eso fue lo que nos ocurrió en el pasado: estuvimos enamorados una vida entera, pero en distintos tiempos; nunca tuvimos nuestra oportunidad, nuestro momento. Y ahora no pensaba perdérmelo.

La misma tarde de nuestra comida en la cabaña y de nuestro posterior baño en el lago, llegué a casa agotada; pensaba que con el regreso de Marco, las cosas iban a ser distintas e íbamos a estar más tranquilos, pero no, estábamos desbordados de trabajo a todas horas. Y aunque lo agradecía porque así pasábamos el día entretenidos, cuando llegaba el final de mi turno, lo único que me apetecía era caer rendida en la cama. No obstante, no pensaba dejar que el agotamiento me venciese; había quedado con el grupo en el cruce y tenía ganas de distraerme un poco.

—¡Desastre, sécate antes de salir del cuarto de baño! Estás poniendo esto perdido —le dije a Elaia cuando la vi corriendo por el pasillo con una toalla enrollada en su cuerpo, dejando un reguero de agua por el suelo.

—He quedado y tengo prisa. ¡Ahora lo seco!

Entré detrás de ella en su habitación y la vi lanzando decenas de prendas de vestir sobre la cama, eligiendo la combinación perfecta.

—¿Otra vez has quedado con Álex y su amigo?

—Sí, al final se va mañana y vamos a cenar juntos para despedirle.

—¿Vais a ir luego al cruce? Tenía pensado bajar un rato…

—Seguramente. —Se puso varias camisetas que acabó descartando y lo mismo hizo con los pantalones cortos hasta que dio con su elección definitiva—. Te aviso con lo que sea.

Se oyó el claxon de un coche en la puerta, me dio un beso en la mejilla y salió disparada sin decir nada más. ¡Estaba como una cabra! Y creo que cada día iba a peor… Sonreí para mis adentros, cogí el teléfono y empecé a teclear casi de forma automática.

Julia:

¿Vas a ir al cruce esta noche?

¿Nos vemos más tarde en el mirador?

Pensaba que estaría sin cobertura, como siempre, al pasar la mayor parte del día en el náutico, pero la respuesta fue casi inmediata.

Matt:

Ya estoy por aquí con Ian y los demás.

Avísame cuando quieras y nos vamos.

Es lo único que me apetece.

Me envió un guiño gamberro y me lo imaginé con ese mismo gesto, que en tantas ocasiones hacía, volviéndole irresistible. Negué con la cabeza, resignada, y sin contestar, me fui directa a la ducha.

Cuando llegué al cruce, los míos ya estaban por allí: Joel, Nora, Marco, mi primo Álvaro y sus amigos… Aparqué la moto junto a ellos y me senté en uno de los bordillos para unirme a la conversación; sin embargo, mis ojos se fueron directos hacia la otra acera y me encontré con la mirada pícara de Matt que me saludó elevando las cejas, disimuladamente, desde la distancia. Mis labios se curvaron sin poder evitarlo y me devolvió una media sonrisa indomable. No quería que los suyos nos descubrieran con nuestra peculiar conversación silenciosa, pero eran demasiados: Ian, Giulia, Manu, Lena, Óscar, Sara… Así que aparté la mirada y me centré en mi bando. Creo que no pasaron ni dos minutos hasta que Joel se levantó de su sitio y se sentó a mi lado.

—¿Qué tal, bombón?, ¿cómo ha ido el día? —me preguntó cruzándose de brazos sobre sus propias rodillas, apoyando la cabeza en ellos para observarme.

—Muy bien, aunque agotador…

—¡Qué me vas a contar!

—¿Qué tal tú?

—Bien, todo bien, como siempre, aunque te echo de menos… —murmuró zalamero—. Llevamos mucho tiempo sin estar los dos, a solas.

—He estado liada. Pensaba que con Marco, se calmarían las cosas, pero no ha sido así. —Era solo una excusa. Y muy mala, por cierto.

Levanté la vista y mis ojos se encontraron con los de Matt, que nos analizaban desde la acera opuesta, y sentí un escalofrío recorriendo mi columna vertebral sin saber por qué.

—¿Te apetece que nos vayamos a mi casa y hagamos un plan más tranquilo? Estoy destrozado… Llevo un día de locos.

Le escuché, aunque seguía centrada en mi conversación silenciosa con Matt. Joel se dio cuenta, ya que nos miró a ambos con detenimiento, buscando cualquier indicio de complicidad que encontró a la primera. Supongo que era algo que retumbaba solo con prestarle la más mínima atención.

—Julia, ¿me oyes? —insistió.

—Sí, sí, perdona, dime —contesté, ensimismada, regresando del hechizo que me lanzaron esos ojos grises desde el otro lado.

—Nada, te decía que ya nos veremos otro día. —Joel se levantó, dejándome con la palabra en la boca, a punto de responder, cogió su moto y desapareció.

Creía que eso significaba que se había ido a casa a descansar y, en un principio, eso pareció. Pero casi media hora después, todo cambió. Para siempre.

Elaia, Álex y Rober habían vuelto de su cena de despedida en uno de los restaurantes de comida rápida de la sierra y se unieron a nosotros en una interesante, por decirlo de algún modo,

conversación sobre la vida adulta y sus pormenores. En ello estábamos, comentando varios aspectos del negocio que pretendía abrir Nora, un estudio de belleza y estética, cuando vi que Ian cogió la moto de Óscar y Matt se subió a la suya. No sé dónde fueron ni qué hicieron, pero unos minutos más tarde aparecieron al final de la recta, conduciendo en paralelo, a toda velocidad. En ese instante, vi la moto de Joel, que se saltó un *stop* al bajar a la carretera principal por una de las pronunciadas cuestas, y el resto sucedió a cámara rápida, como si mi mente quisiera eliminarlo, mi cerebro se negase a aceptarlo o mi corazón no pudiera asimilarlo. Matt tuvo que dar un bandazo para no chocarse con él y si no llega a ser por sus buenos reflejos, habría acabado comiéndose la moto de Óscar y lanzando a Ian por los suelos.

No estaba tan cerca como para escuchar lo que dijeron, pero Matt le gritó algo, Joel se encaró, quitándose el casco y colocándoselo en el brazo para provocarle, y ambos siguieron conduciendo por la recta, acercándose cada vez más a nosotros. Matt aceleró a fondo, Joel se colocó justo detrás, rozando, prácticamente, su rueda trasera con la suya delantera. Parecía una lucha de titanes, apreciada desde la distancia con dificultad, vislumbrando sus luces entre la oscuridad de la noche.

Ambos grupos nos levantamos para ver lo que estaba ocurriendo gracias a los comentarios exaltados de Óscar, que temía por su moto, y Giulia, que vio peligrar a su hermano. Joel alcanzó a Matt y empezó a mover el manillar de manera brusca para que este se saliera de la carretera; Matt le devolvió la jugada y vi cómo la moto de Joel se sacudió, de forma inesperada y, gracias a la gravilla, acabó derrapando por la calzada hasta estamparse contra el muro de uno de los terrenos.

La luz de freno de Matt encendió la noche y nuestro mundo se paralizó hasta que sus gritos, alarmantes, nos hicieron reaccionar. Por primera vez en ocho años, las dos bandas corrimos juntas hacia un punto concreto y al ver cómo Matt dejaba su moto en el suelo y salía disparado a socorrer a Joel, me asusté de verdad. Sentí mi corazón palpitando por todo mi cuerpo; creo que era lo único que escuchaba en esos momentos, ya que ni siquiera oía los gritos de mis amigos, que corrían a mi lado.

Cuando casi llegamos hasta ellos, me quedé totalmente paralizada. El cuerpo de Joel estaba inmóvil junto a la valla de piedra de una de las casas y un charco de sangre considerable captó toda mi atención al encontrarse alrededor de su cabeza.

—¡Joel! ¡Joel! —grité cuando esa imagen me hizo reaccionar—. ¡Joel!

Matt me miró y vi en sus ojos que iba a acercarse a mí para detenerme, pero al ver sus propias manos, manchadas con la sangre de mi amigo, se paró a tiempo.

—¡Lleváosla! —exclamó enfadado, aterrado.

Por su nerviosismo, corrí más aún hasta el cuerpo de Joel. Mis ojos se abrieron al máximo al contemplar la estampa y Matt se dio cuenta de que aquello era demasiado para mí.

—¡Llévatela de aquí, joder! —chilló a Ian, que le hizo caso a la primera.

Sus musculosos brazos me agarraron e intenté zafarme de ellos; necesitaba saber si Joel estaba bien, aunque algo en mi interior me decía que no era así.

—¡Suéltame! ¿Estás sordo o qué?

Me revolví entre las manos de Ian, que me sujetaban con fuerza, y vi cómo Álex ya estaba con ellos, atendiendo al herido; cómo el rostro de Elaia palideció en un segundo y cómo él, preocupado, le pidió que viniese conmigo.

—¡No le mováis! —les avisó el socorrista. El único que podría saber qué hacer en un momento como aquel.

Álvaro se colocó a su lado, desencajado, y le observaron durante unos segundos,

petrificados, hasta que Álex reaccionó. Yo creo que no paré de resistirme hasta que mi prima me pidió que lo hiciese, acurrucándome entre sus brazos.

—¡Mierda! No respira, ¡avisad a una ambulancia! —exclamó Álex con rostro serio, justo antes de empezar a insuflar aire en sus pulmones.

Me cubrí la boca con las dos manos, a punto de estallar. No podía creerme lo que estaba sucediendo. Elaia y yo empezamos a llorar, desconsoladas, sin apartar la vista de Joel, recordando cada momento vivido a su lado, sintiéndome culpable de lo ocurrido. Porque, aunque no debería, sentía que todo aquello había sido por mí: cómo se marchó sin dar una explicación al observar las miradas entre Matt y yo, la actitud de ambos, la testosterona por las nubes como si yo fuera el premio de sus absurdas y eternas disputas… Lo único que consiguieron es que las cosas terminasen así y que yo me sintiese peor que nunca, protagonista indiscutible de su rivalidad.

Mis piernas flaquearon y tuve que sentarme en el suelo, a un lado de la carretera, contemplando, paralizada, el corrillo que se había organizado, las caras asustadas de nuestros amigos, los rostros dislocados de los demás… Viviendo una pesadilla de la que estaba deseando despertar. A partir de ahí creo que no vi ni sentí nada, era como si la mayor parte del tiempo se hubiese esfumado de mi mente; tan solo recordaba la oscuridad de la noche irrumpida por las luces parpadeantes y el sonido de las sirenas de las ambulancias, motos corriendo de acá para allá, coches que paraban para asistir al herido, abrazos que trataban de consolarme, besos en mi cabeza que pensaban conseguirlo y la mirada de Matt más grisácea que nunca, como aquella noche que parecía no tener fin.



Capítulo 25
Elaia

No sabía cómo habíamos pasado de estar cenando unas deliciosas y pringosas hamburguesas con queso fundido por encima del pan, que podrían hacer que me estuviera chuperreteando los dedos durante horas, a ir detrás de una ambulancia, dirección al hospital, en silencio y completamente asustados. Menuda fiesta de despedida para Rober… Se iba a marchar con buen sabor de boca, sin duda; con toda la ironía del mundo.

Íbamos en el coche de Álex, con su mejor amigo de copiloto, y mi prima y yo sentadas en los asientos traseros. Cogí su mano en cuanto nos sentamos y no la solté en ningún momento; imaginaba cómo se sentía y quería que supiese que no la dejaría sola, pasase lo que pasase. Las últimas semanas, con la llegada de Matt, habían sido distintas, pero Joel había sido un gran amigo, y algo más para Julia, durante los últimos años, desde que Matteo se marchó. Sin embargo, ahora no sabía en qué punto se encontraban, ni era momento para preguntar, pero suponía que ese enfrentamiento sobre las dos ruedas era una especie de respuesta.

Mis ojos se encontraron en el espejo retrovisor con los de Álex, que se mostraban preocupados, aunque trató de disimularlo con una mueca tranquilizadora. No obstante, la tensión se acumulaba en aquel vehículo a punto de hacernos explotar, así que bajé la ventanilla para que entrase algo de aire.

—¿Estará bien? —musitó Julia al cuello de su camiseta con la mirada fija en las luces deslumbrantes de la ambulancia, que se perdían en la distancia debido a su velocidad.

Álex no se atrevió a contestar y eso fue lo que más miedo me dio, pero Rober se giró en su asiento y asintió con una pequeña sonrisa.

—Seguro que sí…

No podría explicar cómo me sentí cuando vi la luz delantera de la moto de Joel deslizándose por el suelo hasta que se detuvo contra la pared, con un golpe seco que aún resonaba en mi mente. Era como si al vivir un episodio como aquel, la vida te mandase una señal para mostrarte que todo puede cambiar en cuestión de segundos. Y vaya si lo había hecho… Aún me temblaban las piernas al recordar el cuerpo de mi amigo, tirado en la arena, con un charco de sangre rodeando su cabeza; creo que será una imagen que me acompañará para siempre.

Llegamos a las urgencias del hospital más cercano, en la ciudad, que se encontraba casi a media hora de viaje, y dejamos el coche en el aparcamiento para salir corriendo hacia el mostrador de la entrada.

—Buenas noches, venimos acompañando… preguntamos por… —titubeó Julia frente a una señora de gesto hosco que estaba al otro lado del cristal.

—Venimos con Joel Martín, ha tenido un accidente de moto y habrá llegado hace un rato con la ambulancia —quise echarle una mano al ver que no podía hablar.

—Sentaos por ahí; saldrán a deciros algo cuando puedan —se limitó a contestar con cara de pocos amigos.

Hicimos caso sin rechistar y nos sentamos sin decir ni una sola palabra. No sé cuánto

tiempo permanecimos allí, esperando; ni siquiera me di cuenta de que los chicos se habían levantado para buscar algo de beber hasta que regresaron y nos lo pusieron delante.

—Te he traído un café —dijo Álex con tono amable al mover el vaso de cartón frente a mi cara.

—Gracias.

—Otro para ti; te sentará bien. —Le ofreció otro a Julia, dándole un apretón en el hombro para mostrarle su apoyo y se sentó a mi lado.

Las manecillas del reloj no se movían, la gente entraba y salía de aquella enorme sala de espera sin que nosotros recibiésemos noticia alguna. Sin embargo, cuando ya empezaba a amanecer, una mujer con bata blanca salió por una de las puertas y se fijó en nosotros.

—¿Familiares de Joel Martín? —Nos levantamos en cuanto escuchamos su nombre.

—¿Cómo está? —preguntó Álex, adelantándose.

—Bueno… Ehm… Hemos logrado reanimarle, pero su situación es crítica. —Se quedó en silencio, pensando cómo continuar y mi prima cubrió su boca con ambas manos; creo que aunque lo esperaba, no podía escucharlo—. Aún es pronto para deciros nada porque las próximas horas son decisivas en accidentes como este…

—Pero saldrá adelante… —murmuré sintiéndome la más pequeña de aquel inmenso hospital. En realidad, era una pregunta, pero quería convencernos de ello.

—Me gustaría poder deciros que sí —sonó sincera—, pero ha sido un accidente muy grave y no sabemos cómo responderá. Hay que esperar.

—Gracias, doctora —contestó Rober, ante la perplejidad del resto.

—Será mejor que os marchéis a casa —sentenció al alejarse por donde había venido.

Julia hizo caso omiso y regresó a su sitio, desmoronándose, con Rober a su lado, animándola, y yo… me vine abajo. Estuve conteniéndome durante todo el viaje, tratando de ser la fuerte de las dos para transmitírselo a ella, esperando que estuviera bien, que aquello no fuese más que una pesadilla, pero no fue así; la vida de nuestro amigo estaba en juego y a mí aquel mazazo me vino demasiado grande, tanto que me hundió. Dejé que mi espalda resbalase por una de las paredes y me quedé sentada en el suelo, llorando entre mis rodillas, dejando salir eso que llevaba horas aguantando. Sentí a alguien sentándose a mi lado, unos brazos que me arroparon en su cuerpo, ese olor a verano y a cloro fundiéndome por dentro, sus largos mechones de ondas oscuras provocando cosquillas en mi mejilla, justo en el mismo sitio que besaron sus labios segundos más tarde. No pude evitar sonreírle con tristeza mientras las lágrimas dibujaban un sendero que querría que hubiesen seguido sus labios, deseando explicarle que cuando me abrazaba con tanto sentimiento como en ese instante, lo único que deseaba es que nunca, jamás, volviera a soltarme. Suspiré para ahorrarme esa explicación y cogí su mano, que me ofrecía para que nos levantásemos, y regresamos a los asientos, junto al resto.

Abracé a Julia sin pensarlo y permanecimos así, unidas, hasta que Rober rompió la calma.

—Quizá la doctora tenga razón; deberíamos marcharnos. Aquí no hacemos nada… Deja tu teléfono y te llamarán en cuanto tengan noticias.

—Sí, será lo mejor —le apoyó Álex—. ¿Vamos? —preguntó, centrándose en Julia, sabiendo que los tres estábamos esperando su reacción.

—Sí, vámonos.

No salimos de allí sin dejar nuestros datos y teléfonos de contacto a *miss* simpatía, del mostrador, y nos subimos en el coche para emprender el viaje de vuelta.

—¿Habéis…?, ¿habéis avisado a su tío? —Julia se sobresaltó de repente, como si fuera la

primera vez que se le pasaba por la cabeza, pero era normal, sus pensamientos estaban en otro lugar.

—¿A Sebas? —cuestioné y ella asintió.

—Le he llamado antes, varias veces, pero no me lo ha cogido —contestó Álex sin desviar la atención de la carretera; estaba en todo.

Mi prima se acomodó en el asiento e intentó cerrar los ojos; supongo que no pudo porque no dejó de removerse en su sitio. Me habría gustado preguntarle si sabía algo de Matt, ya que desapareció con su moto a toda velocidad en cuanto se aseguró de que la ambulancia estaba atendiendo a Joel. Conociéndole, me imaginaba que estaría destrozado, pero su personalidad hermética no nos dejaría ver más allá. Quise imitar a Julia y cerré los ojos; sin embargo, las horribles imágenes del accidente se reproducían en mi mente en cuanto lo hacía, así que me limité a mirar por la ventanilla y ver el paisaje, en el que el sol de un nuevo día ya teñía el horizonte con sus rayos.

Llegamos a casa demasiado tarde, o pronto, depende de cómo se mirase; teníamos el tiempo justo para darnos una ducha y marcharnos a trabajar. Menos mal que Julia avisó a Marco para cambiar su turno y yo hice lo mismo con mi madre, pero Álex… Álex no pudo librarse. Nos dejó en la puerta, mi prima se despidió con amabilidad, agradeciéndoles que no nos hubiesen dejado solas en ningún momento y entró en casa.

Remoloneé lo justo para que no se les hiciera más tarde y poder despedirme de Rober como merecía, a pesar de que la noche no hubiese salido como esperábamos.

—Volverás pronto a visitarnos, ¿no? —dije al inclinarme hacia el asiento delantero para darle dos besos—. Ha sido genial conocerte.

—Volveré antes de lo que pensáis —contestó bromista.

—Tampoco hace falta que corras tanto —le siguió el juego su amigo—. Espera, que te acompaño.

Álex se bajó del coche y caminó a mi lado hasta la puerta del terreno, la abrí y la cruzó detrás de mí.

—Gracias por llevarnos. Si no llega a ser por ti… —susurré cuando el seto que bordeaba la parcela nos dio algo de intimidad, al detenernos justo al otro lado.

—No tienes por qué darlas. ¿Estás bien?

—Supongo. —Hice una mueca triste.

Sin pensarlo demasiado, di un paso al frente y me agarré a su cuerpo, abrazándole con todas mis fuerzas, aspirando ese aroma que tanto me gustaba. Álex me rodeó con sus brazos y pude sentir cómo nuestras almas encajaron, como si se conocieran de una vida anterior y en ese momento hubiesen hecho clic para fundirse de nuevo.

—Gracias —murmuré al separarme. Tenía la estatura perfecta para escuchar su corazón al abrazarle, por lo que me costó desprenderme de esos latidos que me habría aprendido de memoria.

Él sonrió como respuesta y empecé a andar por el camino empedrado que se dirigía al edificio.

—Elaia…

Con dos zancadas me alcanzó, me cogió de la mano, haciéndome girar sobre mí misma, y me pegó a su cuerpo para besar mis labios con un simple roce. O eso parecía… Porque nuestras bocas se abrieron, buscándose con necesidad; al contrario de lo que hicieron nuestros ojos, que se cerraron para sentir ese roce, su piel sobre la mía, para saborearnos, sin pensar en nada más.

Llevaba toda la semana deseando besarle y perderme en sus labios, pero por la presencia

de Rober, aunque desconocía el motivo exacto, habíamos mantenido una distancia prudencial. La justa para que nuestros labios no se tocasen, pero la necesaria para no tener que dar explicaciones. No obstante, Álex sabía que había sido una noche horrible, la peor desde hacía muchos meses, probablemente, y sabía que le necesitaba.

—¿Sabes? —murmuró sin separarse—. Llevo siete días intentando encontrar un motivo, uno solo, que me diga que lo mejor es alejarme de ti, pero creo que ya es demasiado tarde.

Mi estómago se encogió al escucharle, mi corazón vibró con fuerza y mis ojos se fundieron con los suyos, como habían hecho nuestras almas unos minutos antes.

—Buenas noches, peque. —Regresó al coche y me dejó allí plantada, sintiendo cómo mi corazón seguía desbocado y latía eufórico haciendo triples saltos mortales sin parar.

Dicen que cuando una puerta no se abre es porque no va a llevarte a ninguna parte, a ningún sitio especial, pero yo me empeñaba en forzar cualquier puerta hasta que conseguía abrirla. No podía quedarme con las ganas ni con la curiosidad. Por eso me iba así… Lo que desconocía, aquella noche, era que esa chispa que encendimos Álex y yo el mismo día que nos conocimos había continuado creciendo, convirtiéndose en un fuego imparable; en uno incontrolado que estaba a punto de arrasar con todo. Con él. Conmigo.



Capítulo 26
Matt

«Otra vez no» me repetí, conduciendo durante horas, sin dirección alguna, recorriendo cada recóndito rincón de la montaña, sin detenerme, con la secuencia del accidente repitiéndose en mi cabeza. No es que sintiera especial cariño hacia Joel, precisamente, pero nuestra animadversión, esa que se había intensificado con los años, no significaba que quisiera verle así, inmóvil, con la cabeza abierta contra la pared y un enorme charco de sangre rodeando su rostro. Sabía que mover a un herido tras un golpe con la moto era lo último que se debía hacer y lo único que me salía era zarandearle para hacerle reaccionar, por eso, me aparté, paralizado, con el gesto desencajado, esperando que el socorrista hiciese algo. Sentí cómo mis latidos se intensificaban, repartiéndose y golpeando con fuerza cada milímetro de mi organismo, y tragué saliva para deshacerme de la amarga sensación que se empezaba a adueñar de mí. Era un gilipollas y deseaba que su negocio se hubiese hundido nada más despegar, pero no aquello… Esperar un final así para alguien dice mucho de una persona y yo no era así, aunque lo pareciese. Por eso, no me podía creer que estuviera viviendo esa misma pesadilla. Otra vez.

Mi raciocinio se nubló en cuanto le vi acercarse a Julia con esa soberbia que desprendía, incluso a pesar de la distancia, y dejé de pensar en el mismo instante que se saltó la señal de *stop* y tuve que girar bruscamente para no chocar contra él. Fue cuestión de segundos, pero su mirada me provocó, la mía le retó y sus palabras hicieron el resto.

—¿Qué cojones te crees, que porque hayas vuelto va a cambiar algo? —escupió tras el frenazo inicial—. Sabes que volveré a colarme entre sus piernas en cuanto te vayas.

—¡¿Qué estás haciendo?! —grité poniéndome a su lado, refiriéndome a la arriesgada maniobra.

—Y si no piensas marcharte, lo haré mientras aún estás aquí. Será divertido…

Y no fue lo que dijo, que también, sino cómo lo hizo, cómo habló de ella delante de mí, la sonrisa que dibujó en su rostro al pronunciarlo o su mirada; el desenlace estaba escrito. Joel aceleró y yo giré el puño al máximo, tras él; lo siguiente fue una sucesión de bandazos, en los que las ruedas traseras iban y venían, deslizándose sobre el asfalto, hasta que todo acabó. Otra vez… Y fue él, pero también podría haber sido yo. Y eso era lo que más me jodía de todo: haber cedido a sus provocaciones. Eso y la imagen de Juls, que fue la que me hizo salir del trance tras el golpe. Vi el terror y las lágrimas en su rostro, su gesto de pánico y decepción y supe que algo, lo más valioso que había tenido hasta entonces, se había roto en ese accidente. Por eso le pedí a Ian que se la llevara de allí, no quería que sufriese, que continuase viendo lo que habíamos provocado, que se sintiera parte de ello, culpable de alguna manera. Porque la conocía mejor que nadie, mejor que a nadie y sabía que se sentiría así, casi como yo.

…

Ya había amanecido y seguía allí sentado, en unas rocas conocidas como «las tinajas», tres pedruscos enormes situados en mitad de los acantilados a los que solo se podía acceder

saltando de uno a otro. Eran piedras prácticamente verticales, cuyas formas, cilíndricas, le habían otorgado ese nombre muchos años atrás.

Permanecí allí durante horas, con los brazos cruzados sobre mis rodillas, contemplando cómo el nuevo día empezaba a cubrir con su luz todo cuanto me rodeaba; aun así, seguía viendo las cosas con la misma penumbra que la noche anterior. No sabía si llamar a Julia y preguntarle, si acercarme a la clínica a verla o esperar hasta que se calmase el asunto, por lo que hice lo único que de verdad quería hacer. Conduje con los pensamientos en otro lugar hasta la casa de mi madre y aparqué en la puerta; saludé a Lobo, que se encontraba en el jardín tumbado y me devolvió el gesto con un movimiento de rabo, y subí las escaleras hasta la puerta principal.

—Buenos días —dije al entrar y ver a mi madre preparando el desayuno en la cocina.

—Buenos días, cariño. No te esperaba… —Me miró con el ceño fruncido—. ¿No has dormido? ¡Menuda cara! ¿No te habrás pasado toda la noche de fiesta? Mira que hoy tenemos un lío tremendo en el club; es la reunión de los socios y, después de la comida, saldrán con los barcos hasta la ermita.

La ermita era una pequeña capilla, situada en la orilla, río abajo, a la que solo se podía llegar en barco y en cuyos alrededores, rodeados de mesas y bancos a la sombra de los árboles, se organizaban numerosas visitas guiadas, meriendas y excursiones para pasar el día.

—No he estado de fiesta, mamá; estuve en el cruce con los chicos, pero ha sido una noche larga… ¿Y el *nonno*?

—En el salón; no tiene un buen día.

—¿Y Giu?

—¿Tú qué crees? —cuestionó indignada—. En la cama… ¡Otra que llegó a las tantas! Aunque, por lo visto, estuvo con Óscar en el pub y terminaron tarde, así que no puedo quejarme. Al menos, estuvo trabajando…

«Si tú supieras…», repliqué para mis adentros. Cuando me fui del cruce, tras lo ocurrido, Óscar y Giulia aún seguían allí, así que no sabía si habrían llegado al local a tiempo ni si habrían pasado la noche trabajando, en realidad, pero poco importaba. Tenía demasiadas cosas en mente como para preocuparme del resto.

—Voy a verlos.

Caminé hacia el salón y me detuve en el umbral de la puerta con una leve sonrisa al apreciar su silueta, deslumbrante por los rayos que se colaban por el enorme ventanal, sentada en el sofá, con la mirada clavada en la televisión. Entré despacio, sin hacer ruido, y me senté a su lado, colocando mi mano en su rodilla con cariño.

—Buenos días, *nonno*. ¿Cómo estás?

Me analizó con sus transparentes ojos grisáceos, sobresaltado por el roce, más que por las palabras, y volvió a prestar atención a las imágenes que salían en la pantalla sin ofrecerme una respuesta, esa que tanto necesitaba. Por su enfermedad, había instantes en los que mi abuelo aún permanecía en casa, con nosotros, y otros, como ese, en los que mentalmente se había marchado. Sin embargo, cada segundo que regresaba y volvía a ser él, aunque solo durase un pestañeo, una caricia, un apretón de manos o una sonrisa, merecía la pena… Era una especie de privilegio poder disfrutar, una vez más, de esa persona a la que adoraba y que estaba ausente la mayor parte del tiempo. O yo, al menos, prefería tomármelo así para afrontar su enfermedad y la realidad.

—¿Cómo estás?, ¿qué estás viendo? —pregunté sin contestación—. ¿Sabes? He estado esta noche en las tinajas, ¿te acuerdas de cuando fuimos por primera vez? No me soltabas de la mano por si me caía por una de las grietas…

Empecé a hablar, deslizando mi mano hasta la suya para agarrarla con fuerza. Le conté

una anécdota tras otra, recordándole la reunión de los socios, hablándole sobre el lago y la cantidad de barcos que esperaban en el club. Cualquier cosa era válida para hacerle volver, aunque no lo logré.

Le di un beso en la mejilla y me levanté para beberme de un trago el café que mi madre me había dejado en la mesa del salón sin que me diera cuenta. No quería ni imaginarme lo que le estaba afectando todo aquello y prefería no pensarlo porque mi abuelo era un padre para mí. Siempre lo había sido…

Caminé por el pasillo, di un par de golpes en la puerta de la habitación de mi hermana y entré sin esperar; sabía que seguiría dormida.

—Giu. —Me senté en su cama y aparté las sábanas para que se desperezase—. Giu, despierta.

—¿Qué? —Se removió, tratando de abrir los ojos—. ¡Ay, Mattu! ¿Qué quieres? Me he acostado hace un rato… ¡Ten piedad de mí!

—Suerte la tuya; yo aún no he podido probar el colchón y por las horas que son, ya no creo que lo haga.

Mi hermana se levantó de un salto, como si acabase de recordar algo.

—¿Dónde te metiste anoche?, ¿qué fue lo que pasó?

—Nada nuevo —contesté sin ganas de hablar del tema—. Me provocó, nos picamos y… el resto ya lo sabes.

—¿Cómo ha sido capaz después de lo que pasó…? —Se dio cuenta de que no debería haber hecho esa pregunta y rectificó con rapidez—: ¿Has hablado con Ian?

—No desde ayer, ¿por qué?

Se quedó en silencio unos segundos, pensando o manteniendo el suspense; ella era así.

—No sé quién, pero le han dicho que Joel no saldrá de esta.

«Yo tampoco…», añadí para mis adentros.

Algo en mi interior se rompió al escuchar sus palabras; juro que pude sentir cómo crujía, fuese lo que fuese. Y no porque mi mente divagara con perder a Joel, sino por ella, por mí, porque no sabía si podría aguantar esa insoportable sacudida de culpabilidad. Sobre todo, por ella.

«Yo tampoco…».



Capítulo 27
Álex

—¡Madre mía! ¡Vaya nochecita! —masculló Rober en el asiento del copiloto mientras regresábamos a casa.

Sin duda, había sido una noche intensa y complicada, por decirlo de algún modo, porque no esperábamos que la visita de mi mejor amigo terminase así, haciendo guardia en el hospital para recibir malas noticias.

Ver así a Joel me impactó tanto que me costó reaccionar, pero debía hacerlo para que pudiera tener una oportunidad. Aún tenía la ropa manchada con su sangre y estaba deseando llegar a casa para darme una ducha antes de irme a trabajar; así, sin pruebas evidentes, no parecería tan real ni me lo recordaría cada instante.

—No tenía buena pinta…

—No, no la tenía —dije con seriedad.

—¿Crees que lo conseguirá?

—Eso espero.

Casi era la hora a la que empezaba mi turno, pero no podía irme sin ducharme y cambiarme. Al menos, parecería una persona, porque mi gesto repleto de agotamiento no se podía disimular de ninguna manera. Pero… ¿qué se suponía que debía hacer? No podía dejarle solo en el hospital y a las chicas… tampoco. Estaban tan asustadas que sus cuerpos no dejaron de temblar durante todo el tiempo que permanecimos allí, aunque quisieran disimularlo, y yo me moría por abrazar a Elaia, al verla tan vulnerable, reconstruir sus partes destrozadas en ese accidente y decirle que todo saldría bien. Por eso, en cuanto las dejamos en su casa y nos alejamos de la mirada crítica de Rober, no pude evitarlo y la besé con tantas ganas acumuladas que me dificultaban la respiración.

Me di una ducha de agua fría sin distraerme lo más mínimo y cuando me vestí, me encontré con mi amigo, que estaba recogiendo sus trastos del salón.

—¿Te importa que me eche un rato? La idea era que me marchara cuando nos levantásemos, pero como no nos hemos acostado… —soltó con tono burlón—. Prometo que lo dejaré todo recogido y no estaré aquí cuando vuelvas.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Oye, Álex. No me había fijado, pero esta noche he visto un rollo raro con la chica del pelo rosa —recalcó, manteniendo las distancias porque sabía perfectamente su nombre.

—¿Qué clase de rollo raro?, ¿a qué te refieres?

—¿Te gusta? Cuando te dije que te tirases a media playa no me refería a esto… ¿No te estarás complicando la vida con esa chica? Recuerdas lo que estás haciendo aquí, ¿verdad? Porque espero que no haya tenido que venir yo para decírtelo.

¿Complicarme la vida?, ¿qué quería decir? Aunque… ¿para qué engañarnos? Sabía a lo que se refería.

—No, no tienes que venir para recordarme nada. Sé muy bien lo que estoy haciendo;

puedes estar tranquilo.

—¿Estás seguro? Porque conozco muy bien esa mirada. —Me señaló, fisgón.

—Pensaba que habías venido para visitarme, no para echarme la charla.

—He venido para comprobar que no estabas complicando las cosas más de lo que están y empiezo a darme cuenta de que es justo lo que estás haciendo, así que ten cuidado. —Levantó el dedo amenazador—. Solo te lo digo por tu bien, antes de que te arrepientas.

—Puedes marcharte tranquilo; no estoy complicando nada.

No me lo creía ni yo, claro. Las cosas no podían ser más complicadas y, aunque me gustaban los retos, me había metido directamente en la boca del lobo y ahora no sabía cómo salir de allí. O si quería hacerlo… ¡¿Qué digo?! Estaba seguro de que no quería hacerlo; por primera vez en mi vida, sentía que estaba en el camino correcto, ese que durante tanto tiempo estuve buscando.

Me despedí de Rober antes de marcharme a la playa porque no contaba con que siguiera allí durmiendo cuando volviese y me subí al coche antes de llamar a Sebas, el tío de Joel, por si tenía novedades. No hablaba con él desde que me llamó para avisarme de que necesitaban socorristas y me jodía que fuera por una situación como esa, pero nos conocíamos desde hacía años y quería saber cómo estaba su sobrino. No contestó; imaginé que estaba ocupado, que no le apetecía hablar o que no tenía buenas noticias que contar, así que me limité a escribirle antes de arrancar.

Álex:
¿Qué pasa, tío?
¿Sabemos algo?
Llámame cuando puedas.

«O cuando necesites», me habría gustado añadir, pero no lo hice. Sebas solo era dos años mayor que yo; por ese motivo, coincidimos en la sierra cuando éramos unos críos y acabamos en el mismo grupo, junto a Álvaro y los suyos. Vivimos momentos inolvidables e irrepetibles; incluso, recuerdo el día que Joel nació. La hermana de Sebas era quince años mayor que él y se quedó embarazada cuando este tenía solo diez años; de ahí que tuviera esa relación tan estrecha con su sobrino, ya que parecían más hermanos que cualquier otra cosa. No quería ni pensar cómo se sentiría en esos momentos…

Arranqué y antes de que hubiese avanzado ni cien metros, mi teléfono sonó varias veces con ese pitido infernal del que me estaba olvidando.

—Sebas —dije automáticamente cuando activé el manos libres—, ¿cómo está?, ¿sabes algo?

—Lo siento, Álex. No… no es un buen momento. Estaba con mi hermana, ya sabes…

—Tranquilo, es normal. ¿cómo está?

—No sé qué decirte. —Resopló—. Los médicos no quieren decirnos mucho; creo que no quieren darnos demasiadas esperanzas. Por lo visto, tiene más de cincuenta puntos en la cabeza y puede haber perdido la visión o tener daños neurológicos. Por no hablar de la lesión medular… —Parecía agobiado y agotado—. Es pronto para hablar porque aún no saben si sobrevivirá a las próximas horas, así que…

—Seguro que sí, Joel es fuerte; ya lo verás.

¿Qué otra cosa se puede decir en un momento como ese?

—Ya te contaré cuando nos digan algo, pero… —Se tragó lo que realmente pensaba.

—Iría allí para estar con vosotros, pero tengo que trabajar.

—No, no, ni se te ocurra moverte de allí. He tenido que enviar a un colega para que se

encargue del negocio estos días, hasta que pueda encontrar a alguien que me ayude el resto del verano. Si nos fallara el socorrista, ya tendríamos que cerrar la playa, ¡no me jodas!

—Tranquilo, no me moveré de aquí.

Colgué y continué conduciendo hasta mi lugar de trabajo, el punto más paradisiaco de toda la sierra. Aparqué y bajé las escaleras, sin poder evitar que mi mirada se desviase hacia la terraza del Riva, en su búsqueda, pero ella no estaba allí; imaginé que se habría quedado durmiendo después de una noche agotadora. Saludé al joven que ocupaba el puesto de Joel, que ya estaba descargando los kayaks en la orilla, y me subí a la silla con la energía por los suelos; con las prisas, se me había olvidado tomarme una buena ración de cafeína, así que no sé por qué me daba que la mañana se me iba a hacer eterna. Y no solo porque me faltase la mejor de las compañías. O sí…

El día pasó sin contratiempos; eso sí, perdí la cuenta de las veces que miré el reloj. Menos mal que siempre tenía a mi alrededor varios niños a los que mi trabajo les llamaba la atención y me hicieron más amena la jornada con esas preguntas que me encantaba responder. Bueno, algunas… Porque otras eran imposibles.

Justo estaba paseando por la orilla, de lado a lado, vigilando el otro extremo, cuando la vi bajando por el césped, cruzando la arena y acercándose hasta mí.

—¡Vaya! Dichosos los ojos… —solté cuando llegó a mi lado—. ¿Has podido descansar?

—Más que tú, supongo. ¿Quieres? —me ofreció uno de los dos refrescos que llevaba en sus manos.

—Muchas gracias.

—¿Sabes algo de Joel? —Negué con la cabeza, evitando preocuparla. Después de todo, no sabía nada con certeza—. Ya he visto que está Héctor encargándose de todo esto.

—No le conozco, pero sí. Lleva todo el día aquí liado… ¿Cómo estás? —Empezamos a caminar hacia mi silla.

—Bueno, podría estar mejor… —Y solo por cómo lo dijo, me habría encantado abrazarla y perderme en sus labios una vez más.

Llegamos a mi sitio y se sentó en la arena, a mi lado, para beberse su refresco, mientras charlábamos, justo cuando el cielo empezaba a colorearse con el atardecer, llenando de magia su rostro, iluminando su sonrisa. Más aún.

—Esto es precioso… —dijo con la vista fija en el agua—. Eres un afortunado por trabajar aquí, ¿lo sabías?

—Casi tan afortunado como tú, entonces.

—Pues sí, este es mi lugar favorito del mundo —murmuró pensativa—. ¿Cuál es el tuyo?

—No lo sé.

—Si pudieras teletransportarte a un lugar ahora mismo, ¿dónde sería?

—¿Dónde estarías tú? —pregunté seductor, ganándome una sonrisa tímida. Por mi tono, se dio cuenta de que iría a cualquier sitio donde ella estuviese porque, en esos momentos, se había convertido en mi mejor compañía, en una gran aventura.

Bajé de un salto de la silla, cogí mi teléfono de la mochila y me coloqué en cuclillas detrás de ella, rodeándola con mis brazos para mostrarle una imagen que empecé a buscar en la galería, sintiendo su cuerpo tan cerca del mío como para hacerme estremecer.

—Este es uno de mis lugares favoritos del mundo. —Le enseñé una fotografía desde el monte Teurafaatiu, donde se me veía a mí en la cima, rodeado del paisaje más sorprendente que había visto en mi vida, abrazado por un mar de intensos colores azules.

—¡Guau! —exclamó—. ¿Dónde es?

—Maupiti, en la Polinesia Francesa. Estuve allí el año pasado durante varias semanas, conviviendo con su gente, en la casa de una familia local. Fue… increíble.

Giró el rostro y elevó la mirada para encontrarse con la mía, brillando a pocos centímetros de distancia. Sentía unas ganas incontrolables de devorarla allí mismo, pero estaba trabajando, así que me puse de pie de un salto, lo más dignamente posible, y carraspeé para deshacerme de esa necesidad. Aunque no lo conseguí.

—Pues esto no tiene nada que envidiar a Maupiti —replicó fanfarrona—. Y ahora me marcho, que debería haber empezado a trabajar hace horas. Por cierto, no me esperes hoy… Tengo que encargarme de las cenas, así que terminaré muy tarde.

Respondí con una sonrisa gamberra que le avisaba de mis intenciones con un «ya veremos»; pensaba hacer lo que ya había hecho en otra ocasión y acercarme a recogerla más tarde. No obstante, cuando llegué a casa, derrotado tras una noche sin dormir y un día agotador de trabajo a mis espaldas, me encontré con una sorpresa que trastocó todos mis planes. Me trastocó la vida, en general.

Estaba subiendo la cuesta que me llevaba hasta la pequeña casa de mis abuelos cuando vi un coche rojo en la puerta que captó mi atención. Mi estómago se encogió al acercarme y comprobar el modelo y la matrícula, puesto que lo conocía muy bien. Aparqué tras él, con los nervios a flor de piel, tratando de camuflar el mosqueo más que evidente entre ellos, y su puerta se abrió justo cuando me bajé para comprobar si había alguien en su interior. Mónica salió del coche, soltando su larga melena castaña, que tenía atada en una coleta alta, y caminó hacia mí, dubitativa, sin saber muy bien cómo actuar.

—Hola… —me saludó al llegar a mi lado, pensándoselo unos segundos antes de darme un ligero beso en los labios.

—¿Qué…?, ¿qué haces aquí, Moni? —No podía hablar. Ni siquiera sabía qué decir.

—Después de un mes, creía que te haría más ilusión verme… —comentó sarcástica—. Me ha llamado Rober esta mañana, me ha dicho que no estabas pasando por un buen momento y que estabas descentrado. Palabras textuales —me aclaró—. Así que, como tenía dos días libres en el curro, he estado dudando si… Bueno, aquí estoy.

Mónica y yo habíamos estado saliendo durante cuatro años; nos presentó mi amigo en su fiesta de cumpleaños y nos compenetramos al instante. Cuando llegó el momento de irnos a vivir juntos y empezar a mirar casas para alquilar, me eché para atrás y decidí, o decidimos, que lo mejor era darnos un tiempo y separarnos para saber lo que sentíamos de verdad, pero… ¡llevábamos casi medio año en crisis! ¿Qué se suponía que debía hacer?, ¿irnos a vivir juntos para ver cómo nos iba?, ¿por probar? Siempre había pensado que cuando estuviera enamorado, no habría dudas y daría el salto, sin más, pero con ella tenía todas las dudas del mundo y cada paso adelante era como un precipicio por el que podía caer en cualquier momento, así que pensé que lo mejor era distanciarme para averiguar mis sentimientos, lo que quería hacer con mi vida. Y lo descubrí… Lo que no imaginaba era que hubiese sucedido tan pronto.

—Ya veo que no te hace mucha ilusión, pero solo quería que nos viésemos y charlar… —murmuró cada vez más bajo.

—No, no, ehm… —flaqueé—. Perdona, es que no lo esperaba… Te puedes quedar, claro que sí. Pasa.

No, no me lo esperaba… «¡Mierda!».



Capítulo 28
Julia

Ni siquiera sé para que fui a casa porque no pude pegar ojo. La imagen de Joel se paseaba una y otra vez por mi mente, nuestros mejores momentos juntos se reproducían sin parar y su sonrisa resonaba en cualquier punto de mi cuarto, así que no dejé de dar vueltas de un lado para otro; habría estado mejor en la clínica, trabajando. Al menos, así habría tenido la cabeza ocupada. Aunque tampoco podía permitirme estar trabajando y mantenerme alejada de todo aquello; necesitaba saber algo, cómo se encontraba, tener noticias, algo, lo que fuera, por lo que llamé a Sebas, en varias ocasiones, pero no obtuve respuesta.

Me preparé una tila doble para tranquilizarme y la bebí, sorbo a sorbo, en el porche, rodeada de la calma más absoluta. Entonces, la mirada que Matt me lanzó después del accidente se adueñó de mis pensamientos y logró que mi vello se erizase. No sabía nada de él; tenía sentimientos enfrentados al respecto, pero estaba preocupada, a pesar de que quisiera negarlo. Probé a llamarle, pero, como siempre, estaba sin cobertura, así que tecleé sin pensar.

Julia:
¿Dónde estás?
Tenemos que hablar.
¿Nos vemos esta noche en el mirador?

Me puse a dar vueltas por el jardín, dudando qué hacer; le mandé un mensaje a Vero, mi jefa, para decirle que no contase conmigo durante todo el día y cogí la moto para dirigirme al hospital. No podía seguir de brazos cruzados, aunque allí tampoco haría mucho.

En cuanto llegué y localicé a Lucía, la madre de Joel, y a Sebas, la mirada crítica de este me atravesó como dos lanzas, haciéndome sentir culpable.

—¿Cómo está? —Me dio miedo realizar aquella pregunta, pero tras saludarles con dos besos, nos quedamos en silencio y pesaba demasiado como para aguantarlo mucho tiempo.

—No sabemos nada nuevo. Ha conseguido superar la noche y eso nos da algo de esperanza, pero tiene una lesión medular, la cabeza llena de puntos y no sé cuántas cosas más. No sabemos si recuperará la visión… —Su madre se echó las manos al rostro, destrozada, rompiendo a llorar, y la abracé con fuerza.

—Estará contento tu amiguito… —escupió Sebas con inquina, mostrándome por qué no me había cogido el teléfono.

—Ha sido un accidente —murmuré haciéndome diminuta al pronunciar cada palabra—. Estoy segura de que Matt no quería que esto ocurriese. Ninguno de los dos se lo esperaba…

—¿Estás segura? Pues es mi sobrino el que está ahí dentro, tu amigo. —Señaló con dureza—. Y creía que te importaba.

—¡Claro que me importa! Si no, no estaría aquí.

—Ya… —Se ahorró algún comentario más; me lo dijeron sus ojos—. Es que es

acojonante… En cuanto ese Costa aparece, arrasa con todo y destroza lo que tanto nos ha costado conseguir. A todos… Pero esto no va a quedar así.

Sonó a amenaza y su tono era tan duro que hizo que me removiese en mi sitio y me acercase de nuevo a Lucía, buscando, tal vez, algo de comprensión. Su hermana era muy distinta a él y lo demostraba con cada gesto; puede que porque estuviera tan preocupada por su hijo que no tuviese en mente nada más o porque su miedo a perderle nublase la culpa que se cernía sobre mí. El caso es que mientras estuve allí, con ellos, no me hizo sentir mal en ningún momento, como si ambas compartiésemos el mismo dolor y la misma preocupación. Y así era…

Conduje distraída durante todo el viaje de vuelta; aquellos días con Joel en la unidad de cuidados intensivos iban a convertirse en una verdadera tortura. Deseaba que saliese adelante, que volviera a la playa, a sus kayaks y sus *pedalos*, como los llamaba él, y hasta que eso no sucediera, iba a continuar con aquel nudo en el pecho que me dificultaba la respiración.

Al llegar, paré en el cruce, donde se encontraban varios de mis amigos, con el monotema, lo que hizo que fuese imposible desconectar, y eché un vistazo rápido a la acera opuesta; ni rastro de Matt. Saqué el teléfono del bolsillo y comprobé que tenía varios mensajes pendientes. Los primeros, de mi prima.

Elaia:

¿Dónde estás?

¿Has ido al hospital?

¿Sabes algo?

Contesté rápidamente, diciéndole que acababa de llegar y que no había novedades para que no se preocupase, y leí el otro mensaje, ese que estaba esperando.

Matt:

Allí te espero.

Miré el reloj; había recibido esa respuesta una hora antes, así que me despedí de mis amigos y cogí la moto para ir al mirador. Pensaba que ya se habría marchado y que tendría que acercarme a la cabaña del lago para localizarle, pero al llegar a mi lugar favorito del mundo, me encontré con la que durante años había sido mi persona preferida del universo. Y eso… era jugar en otro nivel.

Cuando sus ojos grisáceos buscaron a los míos recordé por qué estaba allí, por qué estaba tan enfadada, con él, con ellos, conmigo, con nosotros, con todo lo que había provocado que la vida de Joel estuviese en juego.

Matt se levantó de la piedra en la que estaba sentado y nos quedamos frente a frente, a un par de metros de distancia, sin saber cómo actuar.

—¿Dónde estabas? —rompí el hielo.

—¿Dónde voy a estar? Trabajando, como siempre. —Se encogió de hombros, como si la cosa no fuese con él.

—Trabajando, como siempre, ya… —repetí, incrédula—. ¿Y después del accidente? Desapareciste sin más.

—¿Qué querías que hiciera, Juls?

—No lo sé, pero sí sé lo que no me hubiese gustado que hicieras y era, precisamente, eso: desaparecer y dejarme sola en ese momento.

Apartó la mirada y vi cómo se tragó una respuesta que no se atrevió a pronunciar.

—¿Cómo estás? —se preocupó.

—¿Cómo se supone que tengo que estar? Uno de mis amigos está en el hospital luchando por sobrevivir porque ambos pensasteis que lo mejor era poneros a hacer el imbécil con las

motos para ver quién de los dos conseguía mojarme con su meada para marcar territorio. Todo muy normal.

—No digas tonterías; no estaba…

—No, Matt —le corté—. ¿Qué se suponía que pretendíais demostrar?, ¿cómo crees que me siento yo ahora? —Esperé su respuesta—. ¡Pues la culpable de todo esto!

—Tú no tienes la culpa de lo que ha pasado. —Dio un paso al frente para acercarse a mí.

—¿Y quién la tiene?

Vi en su mirada que él se sentía como yo, el autor de todo aquello, pero mi enfado me hizo perder la capacidad para razonar.

—Fue él quien me provocó y el que vino buscando que explotase… —se excusó—. Es un gilipollas, ya te lo dije.

—Y por eso, se lo merece.

—Yo no he dicho eso.

—No lo has dicho, pero lo piensas. Vuestras disputas desde que pasó lo que pasó han llegado muy lejos. Y entiendo que tengáis vuestras rivalidades por la playa y el náutico, pero… ¿lo de ayer?, ¿en serio?, ¿por qué ahora?

Y con ese «ahora» me refería a justo en ese instante en el que volvíamos a ser nosotros, en esos días en los que parecía que todo empezaba a regresar a su sitio, en el que ambos estábamos donde necesitábamos.

—No tienes ni idea. —Se metió las manos en los bolsillos, marcando esa coraza de hierro tan difícil de derrumbar—. ¿Qué se suponía que debía hacer?, ¿dejar que me sacase de la carretera? —Me quedé en silencio, pensando sus palabras—. Sabes que yo no soy así. O creía que lo sabías. —Empezó a andar hacia su moto, subiéndose en ella—. Pero si crees que me da igual lo que ha pasado o que me alegro de ello es que apenas me conoces —sentenció dejándome sin palabras—. Buenas noches, Juls.

Arrancó y se alejó de mí sin volver a mirar atrás, logrando que el nudo de mi pecho doblara su tamaño, impidiéndome respirar, más aún. Y es que si algo tenía claro era que a Matt, al que yo conocía, aquella situación le dolía tanto como a mí, a pesar de que intentase disimularlo; sin embargo, no podía comprender su actitud, por qué después de los días tan increíbles que habíamos pasado juntos, se dejó llevar y provocar por Joel, como si con él, o por él, estuviese en juego lo nuestro. Porque no era así… Ese amor tan especial había superado, con creces, la distancia y el tiempo porque cuando dos almas se encuentran y se funden, como sucedió con las nuestras el día que nos conocimos, es prácticamente imposible separarlas; magia difícil de superar. O eso pensábamos…



Capítulo 29
Elaia

Por primera vez en mi vida, estaba deseando que llegase la hora de irme a trabajar. Aquellas noches de cine con Álex se habían convertido en una verdadera necesidad y, siendo egoísta, estaba deseando que Rober se marchara para recuperarlas porque en cada una de ellas sentí cómo me acariciaba con sus miradas, sin tocarme, y cómo me besaba con todas sus sonrisas… ¡Y era el chico de la sonrisa eterna! Así que esos días, en los que tuve que prescindir de nuestras citas, por llamarlas de alguna manera, las eché mucho de menos. Por eso, creía que, aquella primera noche sin su amigo, vendría a recogerme y pasaríamos unas horas juntos, pero aquello no ocurrió.

Cuando salí de trabajar y no vi su coche en el aparcamiento, mi corazón recibió un pequeño pellizco, pero cuando vi que las horas pasaban y no apareció por el cruce ni tuve noticias de él, empecé a preocuparme. No quise escribirle para que no sintiera que teníamos algún compromiso ni que recogerme en el trabajo formaba parte de sus obligaciones, pero cuando, a la mañana siguiente, llegué al Riva a primera hora y me encargué de abrir el restaurante con mi prima, todas mis preguntas obtuvieron respuesta. Incluso aquellas que nunca formulé.

—Deberías hablar con él…

—Lo sé —contestó Julia, resignada—. Estaba enfadada, ¿vale? Y es normal… Imagínate. Me siento como si estuviesen compitiendo por mí, como si yo fuera el trofeo de su absurdo pique sobre las motos, dejando sus eternos problemas aparte. Y… ¿en qué me convierte eso? ¡En la culpable de que Joel esté donde está!

—No es así.

—Lo es. O yo lo siento de esa manera… Por eso estoy tan mosqueada.

—Pero sabes que Matt no es así. Conociéndole, estará hecho una mierda, por mucho que lo quiera ocultar.

Creo que mis palabras le hicieron pensar, pero no le dio tiempo a contestar porque ambas nos centramos en Álex, que bajaba por las escaleras charlando con una chica a la que no habíamos visto nunca. Me habría gustado pensar que era su hermana, su prima, cualquier familiar o una amiga, pero la actitud de ella, demasiado cercana y pegajosa, me hizo creer que había algo más que yo no sabía.

—Buenos días —saludó él al llegar a nuestra mesa con gesto serio. Desde que le había conocido, no había visto a Álex así en ninguna ocasión y la mueca que me hizo, con complicidad, dibujando una leve sonrisa, a la vez que elevaba las cejas, me quiso decir algo, aunque no supe qué.

—Buenos días —contestó Julia por mí.

Le ofrecí el vaso de cartón con su café para llevar, ese que tenía preparado cada mañana, y lo cogió sin dudar.

—Muchas gracias.

—Sí, muchas gracias —dijo su acompañante, arrebatándoselo de las manos—. Me moría de ganas… ¿A quién se le ocurre no tener nada para desayunar en casa? —le reprochó.

—Suelo desayunar aquí, así que no me hace falta —contestó él—. Julia, Elaia, ella es Mónica. Mónica, estas son Julia y Elaia.

Nos presentamos dándonos dos besos, observándonos, esperando una explicación por su parte que no llegó.

—Encantada —dijo la tal Mónica con una amplia sonrisa.

—Sí, lo mismo digo —mascullé, clavando mi mirada en la de Álex. Nos miramos en silencio, fijamente, olvidándonos del resto.

—Y… ¿vosotras trabajáis aquí? —preguntó ella, con cierta acritud, pegando su cuerpo al de Álex al ver cómo nos mirábamos.

—Sí, soy la camarera del Riva —me expliqué, marcando las distancias con él.

—No, yo… trabajo en la clínica veterinaria. —Julia sintió la tensión a punto de explotar, cuya cuenta atrás ya había empezado, y sé que deseó desaparecer de allí en ese mismo momento, pero no lo hizo. Por mí.

—¡Eso es genial!

—Mónica ha venido a verme unos días —dijo por fin.

—Llevábamos demasiado sin vernos. —La aludida se encogió de hombros—. Le echaba de menos…

Álex se puso las gafas de sol y suspiró antes de analizarme por última vez. Quise mantener mi indiferencia, disimulando, dándole a entender que no me afectaba, en absoluto. Y creo que lo logré.

—Moni, tengo que irme ya, ¿vamos?

—¡Claro! —Se agarró a su brazo—. Encantada, chicas.

Julia y yo nos quedamos inmóviles, mirando cómo la pareja se alejaba hacia la orilla hasta que él se giró, nuestros ojos se encontraron a medio camino y consiguió que su gesto fuese lo que más me dolió de todo aquello. ¡¿Qué demonios?! ¿Quién era esa chica?, ¿de qué se conocían? Y lo más importante: ¿por qué no me había hablado de ella?

Traté de evitarles durante el resto del día; ni siquiera bajé para llevarle un refresco, como solía hacer a menudo. Sin embargo, mis ojos, curiosos por naturaleza, se dirigían hacia ellos cada vez que salía a la terraza. Vi cómo se echaba encima de él, cómo este la abrazaba por detrás, cómo ella le daba un beso cariñoso en el cuello… «¡Basta!», me regañé, obligándome a quedarme atendiendo en el interior del local.

Nunca me había enamorado, jamás. Pensaba que era un sentimiento que no merecía la pena porque en cuanto bajabas la guardia, solían ocurrir cosas como esa. Lo había visto en el resto de mis amigos, en familiares, y me negaba a pasar por lo mismo. No obstante, en esa ocasión, con Álex, bajé la guardia nada más conocerle y, entonces, mis sentimientos hacia él se intensificaron de tal forma que me costaba reconocerme; no sabía que pudiese existir nada igual, esa sensación de conocernos de otra vida, de encajar, de paz y tranquilidad, de plenitud… Pero todo se fue a la mierda. Porque lo que estaba sintiendo en esos instantes, cuando veía a esa chica con él, dolía tanto como para convencerme de que lo nuestro no merecía la pena. No la merecía…

Conseguí pasar el resto de la mañana sin sobresaltos, dentro del restaurante, y a la hora de comer estaba tan estresada que parecía que podría olvidar esa imagen que martilleaba mi cabeza. Lo parecía hasta que, en un determinado momento, cuando estaba sentada en la barra esperando la última de las comandas, sentí un leve carraspeo a mis espaldas que me hizo girarme.

—Hola —susurró sentándose a mi lado. Le conocía lo suficiente como para saber a quién pertenecía uno de mis aromas preferidos, por lo que evité mirarle y seguí estudiando la puerta de la cocina—. No has bajado a la playa hoy…

—No —contesté sin desviar la mirada.

Un silencio eterno se hizo entre nosotros, uno como nunca había sucedido.

—Déjame que te lo explique…

—¿Es tu hermana? —le interrumpí. No me hacía falta que contestase; sabía, de sobra, que no era así.

—No.

—Entonces, no tienes nada que explicarme. Ya me has dicho bastante.

—No lo entiendes.

—La verdad es que no… —mascullé sin mirarle.

—No estamos juntos. Por eso, no te había dicho nada. Lo estuvimos, durante varios años, pero rompimos hace unos meses y poco después, vine aquí. Y apareciste tú…

—Déjalo, Álex. En serio. —Me levanté de golpe—. Si venías a pedir algo, pídeselo a mi tío —dije cuando vi a este saliendo de la cocina para darme uno de los platos—. A mí no tienes que darme ninguna explicación; no somos nada.

Ese «no somos nada» se clavó de forma dolorosa en mi garganta nada más salir porque, por primera vez, me habría encantado serlo todo con alguien. Con él.

Me fui de allí sintiendo su mirada en mi espalda y un dolor indescriptible en mi pecho, pero no volví a mirar atrás. De hecho, conseguí evitarle durante el resto del día hasta que terminó mi turno. Esperé en el restaurante a que Álex y su amiga se marchasen porque estaba segura de que no me esperaría para llevarme a casa y unos minutos después, cuando había dejado suficiente margen para que hubiesen desaparecido del aparcamiento, empecé a subir las escaleras. Tuve que apartar la mirada, agotada, cuando llegué a la zona más alta y me encontré con los dos esperando en el interior del vehículo. Él me dedicó un movimiento de cabeza para invitarme a subir, pero le ignoré y me senté en uno de los muros de piedra, sacando mi teléfono del bolsillo para distraerme con algo. Le observé de reojo y vi cómo se bajó del coche, resignado, resoplando.

—Espera aquí —le pidió a Mónica cuando cerró la puerta y esta hizo un amago para acompañarle.

Caminó hacia mí, arrastrando los pies por la carretera, y se quedó a mi lado sin decir nada hasta que levanté la mirada del móvil.

—Vamos, te llevo a casa.

—¿Estás de broma…?

No era una pregunta; ¿había perdido la cabeza o qué?

—No, vámonos.

Sus ojos castaños se fundieron con los míos y me revelaron tantas cosas en silencio que mi corazón protestó, rebelde.

—Así que esto era de lo que estabas huyendo…

—Elaia, por favor… —Su voz sonó a ruego y no supe si se refirió a que me subiese al coche, con ellos, o a que dejase el tema, pero me daba igual. Lo llevaba claro.

—No pienso volver a subirme en ese coche, así que podéis marcharos.

—¿Y vas a ir andando? —cuestionó escéptico.

—¿Acaso te importa?

—Elaia, ¡joder! —Otra vez ese tono que consiguió desgarrarme por dentro, pero me

negué a mirarle. No podía. Si levantaba el rostro y nuestras miradas volvían a cruzarse, el daño sería insoportable, por lo que centré mi vista en el móvil y lo ignoré, sin más—. Está bien, como quieras. Ya hablaremos…

No hice nada; me quedé allí plantada, esperando a que mi hermano terminara su turno para regresar con él a casa. Ahora entendía, de primera mano, por qué siempre había huido del amor y de esa metáfora del corazón partido que era infinitamente peor a lo que imaginaba. Y es que lo que rápido llega, rápido se va, pero el dolor permanece, recordándote cada segundo todos los momentos vividos, las caricias, las miradas, los besos… Cada segundo a su lado se clavaba de forma intensa y punzante en mi interior porque por mucho que lo negase, era demasiado tarde para dar marcha atrás y a esas alturas ya estaba loca y profundamente enamorada de Álex. Como de nadie. Como nunca.



Capítulo 30
Álex

La había cagado y no sabía hasta qué punto. Porque Elaia guardaba esa parte de inocencia que le llevaba a confiar en todo el mundo y no por su edad, sino por su forma de ser, y después de verme allí con Mónica, me costaría mucho que volviese a confiar en mí. Es más, dudaba que pudiera recuperar esa complicidad que brotaba entre ambos, pero debía intentarlo. Era como si mi corazón me guiase, con cada latido, de forma indiscutible, hacia ella; como si supiera que, por cualquier motivo, su compañía me hacía bien. En todos los sentidos de la palabra.

Eso iba pensando mientras conducía hacia casa con Mónica como copiloto y con la mirada dolida de Elaia torturándome de una forma incontrolable. Deseaba parar, dar media vuelta y besarla con todas mis ganas para recordarle que prometí no soltarla y no iba a hacerlo, para demostrarle que me gustaba para cosas tan sencillas como ver una película cada noche y para cosas tan difíciles como complicarnos la vida juntos. Porque sí, estaba loco por ella y eso a esas alturas de nuestra historia era innegable.

—¿Te ocurre algo? Has estado muy callado todo el camino… —Mónica se giró sobre el asiento pocos metros antes de que llegásemos a nuestro destino.

—Tenemos que hablar.

—¿Ha pasado algo? —insistió extrañada.

—Puesss… —Detuve el coche en la puerta para que pudiéramos charlar con tranquilidad —. No quiero que me malinterpretes. Me ha hecho ilusión verte de nuevo y que hayas venido hasta aquí, pero quedamos en que era mejor que estuviésemos separados.

—¿Mejor para quién, Álex? —cuestionó con el ceño fruncido.

—Mejor para los dos.

—Habla por ti. Yo te quiero y durante este tiempo me he dado cuenta de que quiero que sigamos juntos.

—Mónica…

—No, Álex. Fuiste tú el que decidió que terminásemos con lo nuestro porque no eras lo suficientemente valiente como para irnos a vivir juntos y te daba miedo la palabra matrimonio. Fuiste tú… No yo, así que no hables por mí.

—Fui yo, sí —sentencié con tono serio—. Pero porque estaba hecho un lío, no sabía lo que sentía y quería descubrirlo y no se puede dar un paso tan importante con tantas dudas. ¿O preferías que lo hubiese hecho y hubiésemos durado un asalto? —Negó con la cabeza, apartando la mirada.

—¿Y ahora sabes lo que sientes?

—Empiezo a saberlo, sí.

—Y no… no me quieres. —Volvió a mirarme y vi en sus ojos cuánto le dolía esa conversación.

—Claro que te quiero —dije sin dudar—, pero no estoy enamorado de ti. Y que hubiésemos acabado viviendo juntos o casándonos habría sido un gran error porque tarde o

temprano habría terminado… Tienes que entenderlo. Y perdonarme… porque yo nunca te he querido hacer daño, Mónica.

Nos miramos fijamente sin decir nada hasta que ella rompió el silencio con su curiosidad.

—¿Tiene esa chica algo que ver en esto? —No pude responder; no me esperaba su pregunta—. ¿No es demasiado joven para ti? ¡Es una cría, Álex! Estoy flipando…

—No tiene nada que ver —mentí—. Esto es por mí… Por nosotros. Porque no podía seguir así. —Eso sí era verdad.

—Y mientras descubrías todo eso y averiguabas lo que sientes, has estado pasándotelo en grande. Me parece muy bien —masculló con sarcasmo.

—Joder, Mónica. Lo siento, ¿vale? ¿Qué quieres que te diga? He intentado hacer las cosas bien…

—¿Bien para quién?

—¡Para los dos! Y lo que menos me gustaría es que esto acabase así.

—¿Y cómo quieres que acabe?, ¿quieres que seamos amigos?, ¿que venga a verte, como ahora, mientras tú estás jugando a *Los vigilantes de la playa*?

Sabía que su decepción hablaba por ella, porque Mónica no era así, pero debía entenderla.

—No quiero que termine así.

—Yo no quería que terminase; es más, pensaba que necesitabas tiempo, tu espacio y que por eso venías aquí, para dedicarte estos meses a lo que más te gusta. Pero también creía que cuando llegara septiembre, volverías y por lo visto, no va a ser así.

—Lo siento…

—No, yo sí que lo siento —murmuró, bajándose del coche.

Quise hablar con ella mientras recogía sus cosas y se preparaba para regresar a la ciudad, aunque no le saqué más de dos monosílabos seguidos y un «ya nos veremos» seco que me dedicó antes de salir por la puerta. Sonaría mal que lo dijese, pero en ese instante sentí una liberación enorme, deshaciéndome de un gran peso que llevaba meses soportando, y es que por primera vez había sido sincero con ella y, lo más importante, conmigo mismo.

Había sido un día agotador, emocionalmente hablando. Ni siquiera tenía ganas de bajar al cruce; además, tenía el sueño acumulado concentrándose en una losa sobre mis párpados que cada vez pesaba más, así que me tumbé en una de las hamacas de la terraza y eché un vistazo rápido al teléfono. Nada… Y con la vista clavada en la pantalla, esperando quién sabe qué, Morfeo se apoderó de mí antes de que pudiera darme cuenta.

El aire fresco de la mañana en la sierra me despertó en aquella tumbona antes de que sonase la alarma. No sabía por qué, pero sentía como si hubiese dormido durante varios días seguidos, así que me levanté con una energía desbordante que me hizo llegar a mi puesto de trabajo antes que de costumbre. Bajé las escaleras de la playa con paso rápido y me encontré con Álvaro, que estaba en la terraza del restaurante.

—Llegas pronto —murmuró dando un sorbo de su taza—. ¿Quieres algo?

—Un café estaría bien. —Se dirigió al interior para prepararlo y le acompañé para recoger mi bebida—. Me quedé dormido en la terraza, así que me he despertado en cuanto ha salido el sol.

—¿Una noche intensa? —curioseó con sonrisa pícara.

Mi mente se preguntó qué pensaría si descubriese que su hermana había sido mi compañera durante mis últimas noches «intensas», como él recalcó.

—¡Qué va! Más bien aburrida, diría yo.

—Hubieses bajado al cruce; te echamos en falta. Estuvimos en casa de Carla pasando el rato y echando unas partidas con la consola.

—Planazo…

Justo cuando regresábamos a la terraza, llegaron Julia y Elaia, que cruzaron el césped, atravesando el camino de piedras, y se acercaron a nuestra mesa.

—Buenos días —saludaron ambas.

—Buenos días —contestamos con amabilidad.

—Qué madrugadores… —murmuró Julia, sentándose al lado de su primo.

—Ha sido una noche entretenida, por decirlo de alguna manera. —Este arqueó las cejas, ganándose una sonrisa cómplice mientras que Elaia ponía los ojos en blanco y me pregunté qué pasaría por su cabeza con ese comentario. La miré en un par de ocasiones, pero no me prestó atención.

Deseé que me robara el café, que bromease o dijese cualquiera de sus frases sin sentido, pero su silencio me hizo recordar que no estábamos pasando por nuestro mejor momento.

—Bueno, yo os dejo. —Me levanté—. Algunos tenemos que trabajar.

—Claro, algunos… —se cachondeó Álvaro—. ¡Luego nos vemos!

Me pasé el resto del día aprendiéndome de memoria cada gota de agua, cada rama que sobresalía de los pinos que bordeaban la orilla del lago, las rocas que se alzaban sobre el escarpado terreno. Me habría gustado que fuera una jornada entretenida, que hubiese sucedido algo que mantuviera mi mente ocupada durante unos minutos, pero no fue así. No tenía a Joel para charlar, su sustituto no era muy amigo de las palabras y, por supuesto, Elaia no vino a visitarme en ningún momento. Menos mal que la gente, que veraneaba allí y se encontraba bañándose cerca de mí, me daba algo de conversación; si no, mi día habría sido casi tan interesante como la noche.

Cuando ya empezaba a anochecer y estaba recogiendo mis cosas, la vi con su melena rosada subiendo los escalones de dos en dos, dirigiéndose con prisa hacia el aparcamiento. Intenté apresurarme para alcanzarla, pero no lo logré, ya que me detuve para echar una mano al joven que guardaba los kayaks en la caseta con dificultad.

Como suponía, no estaba esperándome donde siempre, así que me monté en el coche, arranqué y aceleré por esas curvas que ya empezaba a conocerme de memoria y en la segunda a la derecha, distinguí su cuerpo caminando por la izquierda de la calzada. Disminuí la velocidad y me coloqué a su altura; ambos nos miramos, como saludo, y siguió con su camino sin detenerse.

—Sube, anda —le pedí con un tono suave. No estaba el horno para bollos. Ni para bromas…

—No, gracias.

—Elaia, no debería ir a esta velocidad por aquí; puede venir alguien por detrás y…

—¡Pues no lo hagas!, ¡acelera y lárgate! No voy a subirme al maldito coche, prefiero ir dando un paseo.

—Por favor, ¿puedes dejarlo y hablamos?

—¿Qué pasa? —Por fin se paró, se cruzó de brazos, retándome con la mirada y explotó —: ¿Se ha marchado ya tu amiga y necesitas compañía? ¡Pues no cuentes conmigo! —Volvió a emprender la marcha, más enfadada aún.

—¡Venga ya! No digas tonterías… No seas cría. —Lo sé, debería haberme dado un punto en la boca, pero empezaba a perder la paciencia y tenía que salir por algún sitio.

Entornó la mirada, como si estuviese a punto de soltar la peor de las contestaciones, respiró profundamente y siguió adelante.

—Eso es, es justo lo que soy, una cría, aunque parezco bastante más madura que tú.

—¡Está bien! Como prefieras, no subas. Tú lo has querido…

No podía continuar a cinco kilómetros por hora por esas carreteras, así que paré el coche en el arcén, lo más pegado a la montaña que pude, y me bajé del vehículo, acelerando el paso para caminar a su lado.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Puso los brazos en jarras y me analizó—. No puedes dejar el coche ahí.

—Me importa una mierda el coche. No quieres subirte en él, pues iremos andando.

Caminamos durante cinco kilómetros en silencio, pero lo prefería así. Necesitaba que supiese que estaba ahí para ella, por ella; no sabía cómo demostrárselo y caminar a su lado me pareció la opción perfecta. Cuando llegamos a la clínica veterinaria, me miró por primera vez en todo el trayecto y no me hizo falta nada más; vi cómo se mordió el labio inferior, conteniendo su despedida, y se giró para cruzar la puerta automática sin inmutarse. Sonreí, satisfecho, porque me llenaban más esos silencios desbordantes de sentimientos que miles de frases vacías que no aportaban nada. Y entre nosotros aún quedaba mucho por decir, aunque fuera sin palabras.



Capítulo 31
Matt

—¡¿Que qué?! —No me lo podía creer. ¡Era lo último que nos faltaba!

—Cinco barcos —dijo mi madre, tan sorprendida y enfadada como yo—. Tuvo que ser justo tras la celebración con los socios. Me parece increíble porque estábamos todos por aquí.

No, yo no.

—¿Quién se dio cuenta?

—El guardia de seguridad, vino a avisarme enseguida; se encontró los barcos hundidos. Curiosamente, son los que están más cerca de la orilla, en el muelle, al pie de la montaña. Por eso pudo verlos, porque allí apenas hay profundidad… Han tenido que lanzarles rocas desde la montaña porque las cubiertas tienen unos agujeros como el tamaño de pelotas de fútbol. Alguien lo ha hecho…

—¿En serio, mamá?, ¿ahora te das cuenta?

—¿De qué?

—De que esto no es un accidente, al igual que no lo fue que alguien se dejara las cámaras abiertas ni ha sido casualidad lo del robo. No sé quién, pero están intentando hundir el náutico también.

Se quedó pensativa, observándome con una uve arrugada en su frente durante unos instantes.

—Puede que haya sido un gamberro…

—¡Anda ya! ¿Tres veces seguidas?

—¿De verdad lo crees?

—Estoy seguro, pero yo me encargo. No te preocupes.

Le di un beso en la mejilla y vi en su rostro que mis palabras no le tranquilizaron en absoluto, al contrario. Caminé hasta el aparcamiento, me subí a la moto y me puse el casco para conducir hasta la casa de mi abuelo con la intención de comprobar las cuentas en el ordenador de su despacho, ya que en el náutico no teníamos internet.

Entré decidido, saludando a Lobo que, como siempre, se encontraba tumbado en la sombra del pino más grande del jardín y subí las escaleras a toda velocidad. Abrí la puerta y cuando me estaba dirigiendo a la oficina, oí ruido en una de las habitaciones. Lo primero que pensé era que alguien había entrado con la intención de continuar lo que habían empezado en el muelle, así que empujé la puerta, decidido, y lo que encontré al otro lado me rompió los esquemas.

—¡No me jodas! —exclamé, girándome de forma instantánea al encontrarme con mi hermana, desnuda, sentada a horcajadas sobre el cuerpo de mi mejor amigo mientras gemían y movían sus caderas rítmicamente—. ¡Giulia!

—¡Joder, Matt! —gritó Ian al escucharme, cuando ella empezó a reír a carcajadas.

—¡¿No podíais cerrar la puta puerta con el cerrojo?! —pregunté alejándome de allí,

caminando hacia la cocina.

—¡Venga, Mattu! Anda que no eres exagerado… —Giulia me alcanzó, cubriéndose con una camiseta de gran tamaño.

—¿Exagerado? Sería mejor que me hubieseis sacado los ojos… ¡Joder! ¿Desde cuándo…?, ¿desde cuándo pasan estas cosas? —Señalé hacia la habitación, refiriéndome a lo que acababa de ver.

El otro protagonista hizo acto de presencia; se había puesto un pantalón de chándal corto y se lo agradecí de verdad.

—Desde… hace cuatro o cinco meses, ¿no? —contestó Ian, despreocupado, cogiendo un vaso de agua y dando un largo trago.

—Ajá —le apoyó ella.

—¿Y cuándo pensabais contármelo?

—No pensábamos hacerlo; no es nada serio. Solo follamos de vez en cuando. Sin más —dijo mi hermana con toda la naturalidad del mundo.

Miré a Ian con el ceño fruncido y se encogió de hombros.

—Habría preferido que me dijeseis que estáis enamorados y que no podéis contener vuestro amor… ¡¿qué sé yo?!

—¿Enamorados? —Ella torció el gesto, como si fuese imposible—. ¡No!

—Es solo… lo que es —murmuró él.

—Sabes que podría partirte la cara como ocurre en las típicas películas románticas, ¿no? —Le pegué un empujón cómplice—. Así que no te pases ni un pelo que es mi hermana. Estás avisado.

—Aj —protestó Giu—. No me seas, Matt. No te pega nada esa actitud… ¡Ian es tu amigo!

—Por eso mismo, porque es mi amigo y sé cómo es.

—Además, si no llegas a venir, no nos hubieses visto y no te habrías enterado.

—¡No quiero escuchar nada más! Y espero no volver a verlo, por vuestro bien. ¡Ah! Por cierto, muchas gracias por contármelo… —mascullé con ironía.

Tras esa bonita estampa a primera hora de la mañana, se me olvidó, por completo, lo que había ido a hacer allí. Así que cogí mi moto y me marché molesto con esos dos. ¿Cómo podían haberme ocultado algo así? Entiendo que llevaba muchos años fuera, pero habíamos pasado el tiempo suficiente juntos como para que me hubieran contado algo, no sé; para que me hubiesen puesto en aviso y no me hubiese pillado tan desprevenido. Porque… después de todo, eran mi mejor amigo y mi hermana. ¿Mi mejor amigo y mi hermana? ¡Joder! Negué con la cabeza, tratando de deshacerme de esa imagen, y me dirigí al único sitio del mundo donde de verdad quería ir.

Dejé la moto en la puerta de la clínica y entré sin pensarlo. Su jefa no estaba por el local, así que no habría problema… Esperé sentado en la sala de la entrada y, poco después, Juls salió de una de las consultas junto a una pareja y su mascota. Sus ojos se desviaron directamente hacia los míos e intenté darle una explicación antes de que se quejase de mi visita, pero continuó atendiendo a los jóvenes hasta que pagaron el tratamiento de su gato y se marcharon.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar.

—No es el mejor momento, Matt. ¿No podemos hablar luego? —Se cruzó de brazos en posición defensiva.

—No, es importante. —Resopló y me permitió el paso a la misma sala de la que acababa

de salir.

—Si viene Vero, más te vale ponerte a ladrar. O me meterás en un lío… —Ambos sonreímos con sus palabras—. ¿Y bien? Tú dirás.

—Solo quería decirte que lo siento. —Torció el gesto, sin saber a qué me refería.

—¿Qué sientes exactamente?

—Todo. Quizá no debería haberme marchado así la noche del accidente, pero deberías haberte fijado en cómo me miraban, como si deseara que Joel se abriese la cabeza contra un muro y fuese justo lo que estaba buscando, como si debiera alegrarme por verle así.

Y era cierto. En el momento en que Joel se quedó inmóvil en el suelo, todas las miradas se dirigieron hacia mí. Probablemente, porque era la segunda vez que ocurría… Otra noche más que me quitaría el sueño en el futuro.

—¡Anda ya! No creo que… —Meditó su respuesta y se dio cuenta de que tenía razón—. Ya sabes cómo son.

—Sí, por eso mismo. —Nos miramos fijamente—. Yo no… no quería que Joel terminase así, no quería que esto volviera a pasar. Solo necesitaba que lo supieses.

—Lo sé —se sinceró—. Lo que no entiendo es por qué os pusisteis a hacer el gilipollas con las motos. Nunca habíais llegado tan lejos…

Parecía imposible que hubiera habido un momento en el pasado en el que Joel y yo hablábamos e incluso teníamos los mismos amigos, pero aquello se rompió, sin esperarlo, sin verlo llegar, y hubo un día, cuando ocurrió aquel otro accidente, en el que toda nuestra existencia cambió de forma radical. El mismo día que yo decidí que lo mejor sería que me marchase a estudiar fuera… Aunque aquellos años quedaron ya en el olvido; sobre todo, para algunos.

No quería explicarle que nuestra «pelea» de esa noche había sido ocasionada, precisamente, por su manera de hablar sobre ella. Porque de mí podría decir cualquier cosa y me habría resultado indiferente, pero al escucharle hablando de Julia con ese desprecio, mi cerebro se aturdió por completo. Y podría dar gracias a que estábamos sobre las motos y me resultaba imposible, porque si no, mi puño habría terminado estampado en su cara y no sabría cómo habríamos acabado la noche. Aunque no peor de lo que lo hizo, supongo.

—Te dije que te merecías a alguien mejor… Ese tío no es trigo limpio. —No quise decir nada más porque sabía que Julia le apreciaba y no quería que sufriese más de lo que ya lo estaba haciendo.

—¿A alguien mejor? —cuestionó—. ¿A ti? —No pude responder—. Estaba contigo, Matt. Ya había elegido. Si es que había que hacerlo… Aunque no creo que hiciera falta porque entre tú y cualquier otra persona, no hay elección ni duda posible. Pero no te imaginas cómo me he sentido… como si fuese el dichoso trofeo de vuestra absurda disputa.

Su rostro me desveló más que sus palabras.

—Lo siento —repetí en el mismo instante en que escuchamos gente entrando en la clínica —. Será mejor que me vaya… ¿Nos vemos esta noche en el mirador?

—No creo, llegaré tarde; quiero ir al hospital cuando termine. —Esa simple frase fue como si acabara de caer un enorme muro entre nosotros; uno que era incapaz de apartar—. Y tú… podrías pasarte también.

Me regaló una sonrisa angelical que me devolvió los latidos que me habían robado sus palabras. «¿Ir al hospital?, ¿yo?». Sería mentira si dijese que no había pensado en ello, solo por saber cómo se encontraba y no hizo falta nada más que una sugerencia por su parte para que me dirigiese hacia allí en cuanto salí del veterinario. Eso sí, maldiciéndome a mí mismo porque no sabía cómo podía llegar a ser tan gilipollas.

Entré por la puerta que daba acceso a la unidad de cuidados intensivos y me dirigí, sin detenerme, hasta el mostrador.

—Buenas tardes —saludé a una joven que se encontraba al otro lado—. ¿Podría…?, ¿podría decirme si hay alguna novedad sobre Joel…? —En ese instante me di cuenta de que ni siquiera sabía su apellido. Pero… ¿para qué iba a saberlo?

—Joel, ¿qué más?

—La verdad es que no lo sé. Entró por un accidente de moto. Estaba en estado crítico… —Solo sabía hasta ahí; esperaba no recibir malas noticias y que siguiera con vida, ya que no vi a nadie conocido por los alrededores.

—¡Ah, sí! Ya sé a quién te refieres… Por lo que tengo entendido, parece que está estable. —Solté el aire de golpe, liberándome de una inmensa carga—. Aunque es pronto para asegurar nada… Puedes hablar con su tía, es esa de ahí.

Al ver a la joven señalándola, la mujer se acercó con un amago de sonrisa y se colocó frente a mí.

—Hola, ¿eres…?, ¿eres amigo de Joel? —Asentí. ¿Qué otra cosa podría decirle?

—Algo así, sí; nos conocemos de la sierra.

No la había visto nunca, pero parecía una mujer agradable. Era mayor, con el pelo canoso y unos ojos grandes y risueños desbordados de tristeza y preocupación.

—Te agradezco mucho que hayas venido —murmuró con amabilidad—. Mi hermana está dentro, con él, y Sebas ha tenido que marcharse para solucionar el problema de la playa y encontrar a alguien que pueda ocuparse de ella por un tiempo.

¿Por un tiempo? Entonces, ¿la estancia de Joel en el hospital iba para largo?

—¿Cómo está?

—Vivo. —Quiso ampliar la sonrisa, aunque no lo logró; suponía que los recuerdos se adueñaron de ella en esos momentos—. Eso es lo importante… Pero no creo que vuelva a caminar ni a ver por uno de sus ojos.

Sus palabras llegaron como puñales inesperados que me gustaría haber evitado y mi mente empezó a darle vueltas a varios pensamientos a gran velocidad, a lo que sucedió unos años atrás.

—Lo siento.

—Los médicos no nos han explicado mucho, pero por lo visto no es una lesión medular completa y quieren descartar todas las posibilidades, así que si se recupera, le trasladarán al hospital de parapléjicos.

—¿Podría volver a andar?

—¿Qué van a decir ellos? La esperanza es lo último que se pierde, ¿no? Aunque, por lo que he leído, es muy difícil.

Mi cabeza siguió dando vueltas y vueltas, con la culpa clavándose en la boca de mi estómago, provocándome unas intensas náuseas incontrolables.

—Yo… Bueno… La empresa de mi familia no está en su mejor momento, pero tengo algo de dinero ahorrado. No es demasiado, aunque creo que podría ser de ayuda si lo necesitase para la recuperación…

—Gracias, se lo diré a mi hermana; es un detalle por tu parte, pero creo que… podremos hacernos cargo de los gastos. Solo espero que salga adelante.

De pronto, escuché un carraspeo forzado detrás de mí y al girarme para ver de quién se trataba, me choqué de lleno con la mirada seria de Sebas, que me analizaba de arriba abajo con dureza.

—Se ha hecho tarde y tengo que marcharme —dije, disculpándome.

No quería montar un espectáculo en medio del hospital; no era momento ni lugar y por el gesto de Sebas, tenía mucho que decirme. Y no con buen tono, por cierto. Así que me despedí de la mujer y salí de allí sin darle más vueltas.

No podía creerme que le hubiera ofrecido dinero para su tratamiento cuando por mi mente empezaba a corretear la idea de que ellos estaban detrás del boicot al náutico. Sin embargo, me recordé que no lo hacía para verle andando de nuevo, en realidad, sino por ella, por Julia, y para liberarme de la culpa que llevaba aprisionando mi pecho durante días.

Me monté en la moto, me puse el casco y aceleré todo cuanto pude por la autovía, deseando despejarme y hacer desaparecer esa amarga sensación. Me centré en revivir mi conversación con Juls de esa tarde, analizando cada gesto, cada pequeña mueca que se molestó en ocultar y mi profundo deseo de subirla a la mesa de exploración y besarla como si no importase nada más, como si fuésemos los únicos supervivientes tras el fin del mundo y solo nos quedase eso, besarnos como única manera de obtener el aliento que necesitábamos. Porque ya no éramos esos niños que jugaban a enamorarse, pero para mí, con ella, cada beso era nuevo y los necesitaba tanto como respirar. Y si incluía una de sus sonrisas mientras nuestros labios continuaban unidos era como si volviese a nacer; ese simple gesto me daba la vida. Ella lo hacía, en realidad.



Capítulo 32
Álex

El resto de la semana fue más de lo mismo; Elaia y yo parecíamos dos completos desconocidos. O eso habría pensado cualquiera que no supiese lo que había pasado entre nosotros, aunque las miradas seguían ahí y la forma que tenían nuestros cuerpos de tensarse cuando descubrían los ojos del otro analizándole desde la distancia era inevitable. Traté de ocultarlo, de centrarme en el trabajo y permanecer con la vista al frente, pero cuando me giraba y me encontraba con sus ojos azules, observándome con esa picardía que los desbordaba, me faltaba poco para echarme a temblar. Era el efecto que producía Elaia en mí… Como una especie de droga de la que siempre querría más y más, esa que se apropiaba de mis pensamientos y de mis deseos más ocultos y me hacía enloquecer solo con tenerla cerca.

Había intentado hablar con ella y explicarle lo sucedido en más de una ocasión, pero no quería forzar la situación ni que se alejase más aún, así que lo dejé estar, esperando el momento adecuado. Sin embargo, el domingo era mi último día en la playa; el lunes empezaba de nuevo mi turno en las piscinas y me habría gustado solucionar las cosas antes o, al menos, que hubiese escuchado mi versión. Porque la había… siempre había una segunda versión de la realidad.

Bajé las escaleras hacia mi idílico lugar de trabajo y me dirigí hacia la terraza del Riva para tomarme mi ración de cafeína diaria.

—Buenos días —saludé a Álvaro, dejándome caer en una de las sillas.

—¡Buenos días! ¿Qué?, ¿cansado? —No sabía cómo podía tener esa energía; habíamos estado juntos hasta las dos de la mañana tomando algo en el chiringuito de una de las piscinas. Un plan tranquilo que se alargó más de la cuenta.

—Un poco. —Apoyé casi todo mi torso y mis brazos encima de la mesa, exagerando—. Ya veo que tú estás a tope…

—Lo intento. —Forzó una sonrisa—. ¿Un café?

—O dos… —bromeé, siguiéndole hasta el interior del edificio—. ¿Y tu hermana?, ¿no ha venido?

—Es su día libre, ¿por?, ¿necesitas algo?

—No, qué va… —disimulé. Para Álvaro, Elaia seguía siendo una niña; lo demostraba en su forma de actuar con ella. Y no sabía cómo le sentaría saber que me había metido la lengua hasta la campanilla. En varias ocasiones—. Tenía que hablar con ella. Solo eso.

«Solo eso». *Solo* quería dejarle claro que había puesto mi vida patas arriba y me encantaba que lo hubiera hecho. *Solo* tenía que saber que había cogido los esquemas de mi futuro, de todo lo que había planeado durante años, y los había tirado a las profundidades del lago. *Solo* necesitaba explicarle que desde que sus ojos azules se clavaron en los míos, no pude mirar en otra dirección, como si mi mundo adquiriese sentido, por fin, y mi rumbo tuviese claro un destino. *Solo eso.*…

—Ah, bueno, luego se pasará por aquí, supongo.

Como era previsible, estuve el resto del día pendiente y cuando estaba a punto de

atardecer y solo faltaba media hora para que acabase mi turno, Elaia y los suyos aparecieron por las escaleras, hablando entre gritos, caminando hacia la orilla, con varias bolsas con bebida en las manos. Vi varias caras conocidas entre ellos, aunque no recordaba sus nombres; se colocaron cerca de mí, así que pude escuchar perfectamente todo lo que decían.

—¿Cogemos unos kayaks y vamos hasta la ermita? —propuso uno de los chicos.

—No nos da tiempo… Van a cerrar en breve —contestó una joven morena que estaba sentada junto a Elaia.

—¡¿Y qué más da?! Ya los devolveremos más tarde. Además, Elaia tiene enchufe, ¿no? ¿No se supone que es la futura cuñada del jefe?

—¿Por qué no dejas de decir tonterías? —se quejó la aludida—. Joel no está aquí, ¿tengo que recordártelo? Y lo mínimo que podemos hacer es cuidar todo esto hasta que vuelva.

—¡Vaya con la chica responsable! —respondió el chaval, ganándose una mueca burlesca.

—¿Y si cruzamos hasta la otra orilla? —Escuché que propuso la primera chica.

—Cruzad vosotros —dijo otro—, yo me quedo aquí cuidando de esto. —Empezó a sacar varios refrescos e incluso alguna botella de plástico que contenía líquidos de colores sospechosos. Conocían las normas de memoria y sabían que no se podía introducir vidrio en la playa, por lo que imaginé que sería alcohol.

Observé cómo unos charlaban y reían en la arena mientras que otros se metían en el agua y nadaban hacia la otra orilla, subían por la ladera de la montaña y alcanzaban las rocas que sobresalían del terreno para lanzarse al agua.

Miré hacia las toallas, donde estaba ella, y nuestros ojos se encontraron sin esperarlo, recibiendo un intenso escalofrío al perderme en su brillo. Curvó los labios como saludo, se quitó la ropa rápidamente y se sumergió en el agua cristalina para aparecer un poco más adelante, casi enfrente de mí. Salió, moviendo su melena rosada para escurrir la humedad, y caminó hasta colocarse a un par de metros de distancia.

—¿No deberías haberte marchado ya? —cuestionó con retintín, mirando su reloj.

—Debería, pero estoy vigilando a esos descerebrados que saltan desde las rocas, ya sabes… —Señalé con la vista hacia sus amigos.

—Pensaba que cuando tu turno terminaba, esas cosas dependían del sentido común de la gente —repitió las palabras que yo le dije con anterioridad.

—Si no hay sentido común, me suele costar irme, pero ya me voy, sí.

—El sentido común escasea hoy en día.

Salté desde lo alto de la silla, recogí mi mochila de la arena y cuando iba a marcharme, la última mirada que me dedicó me hizo cambiar de opinión. Empezábamos a conocernos demasiado… No conseguí apartar los ojos de su cuerpo y observé cómo nadaba hasta el otro lado. Salió del agua con decisión y empezó a subir por las rocas para llegar hasta la más alta, donde se encontraba el resto.

—¡Esperadme, que voy!

Uno de los chicos le tendió la mano para ayudarla a subir y cuando llegó arriba, su mirada me provocó. Me senté en la arena, desistiendo por completo; coloqué los brazos sobre mis piernas y la observé sin perderme detalle, resoplando por su actitud. Iba a volverme loco, si no lo había hecho ya.

Elaia se asomó al vacío, mirando el agua, que se encontraba varios metros por debajo de ella, y sin dudarlo ni un solo instante, saltó como si no tuviera miedo a nada. Suspiré en cuanto la vi en el aire y cuando su cuerpo desapareció bajo la superficie, contuve la respiración hasta que la vi emerger de nuevo. Maldije para mis adentros y por la sonrisa orgullosa que me dedicaron

sus labios, creo que se dio cuenta de ello. Soltó un grito de emoción y volvió a salir del agua con la misma intención; ni siquiera pestañeé cuando la vi escalar las rocas con una seguridad asombrosa.

—¡Dejadme otra vez!

En esa ocasión dio dos pasos hacia atrás para coger carrerilla y se lanzó al agua impulsándose con fuerza. Sentí cómo el tiempo se ralentizaba y la vi cayendo a cámara lenta; pude apreciar, incluso, su rostro al encontrarse en el aire, como si estuviera desafiando a la gravedad. Pero cuando desapareció bajo el agua, las manecillas del reloj se detuvieron. Me puse de pie con el corazón desbocado en cuanto vi que tardaba más de la cuenta en salir y cuando lo hizo, solté el aire que estaba reteniendo sin saberlo, aliviado.

—¡Joder! —exclamó y su rostro me hizo entender que algo no iba bien.

Intentó llegar a la orilla con las manos en alguna parte de su cuerpo que no pude apreciar, pero yo ya estaba nadando hacia ella y en menos de cinco segundos, estaba a su lado.

—¿Estás bien? —me preocupé al alcanzarla, rodeando su cuerpo con mi brazo para acercarla a la arena.

—Me he golpeado con algo.

—¡Elaia! —gritaron sus amigos desde arriba—. ¡¿Estás bien?!

No contestó, tan solo asintió, pero sus ojos me desvelaron lo contrario. Al llegar a tierra, se dejó caer en el suelo, tumbándose ligeramente, sin apartar las manos de su cadera derecha. Me coloqué entre sus piernas, le pedí permiso con la mirada y cuando sus ojos me lo concedieron, coloqué mis manos sobre las suyas para apartarlas con delicadeza. Tenía un corte profundo sobre la cresta ilíaca provocado por el golpe, que además había enrojecido la piel y estaba cambiando su tono e intensidad con rapidez.

—Joder… —protestó al ver el resultado de su salto.

Aparté la tira de su bikini con sumo cuidado; desde lejos no parecía tan minúsculo como era en realidad y sentí cómo mi respiración se aceleraba, a la par que la suya, mientras sus ojos buscaban a los míos. No sé cuánto tiempo permanecimos allí, en aquella orilla alejada de la gente, mirándonos sin más. Rocé con la yema de los dedos el borde del moratón que empezaba a dibujarse en su piel y noté cómo esta reaccionaba a mi tacto. Cogí su mano y la coloqué sobre la herida, presionándola.

—Aprieta aquí.

No dijo nada, solo me observó con esa mirada inexplicable que consiguió removerme por dentro. La ayudé a levantarse y entramos en el agua despacio; imaginaba que le costaría llegar hasta el otro lado, pero con mi ayuda, lo conseguimos antes de lo que pensaba.

—¿Estás bien? —pregunté cuando se sentó junto a mi silla.

Elaia hizo una mueca de dolor como respuesta, cogí el botiquín y regresé junto a ella. Me coloqué a su lado, volví a apartar esa tela del minúsculo bikini que me estaba torturando y limpié la herida lentamente, presionando para frenar la hemorragia.

—No vas a hablarme… —deduje.

—Te he hablado.

—No como antes. —Retiré la gasa para ver si paraba de sangrar y la cambié por otra limpia.

—Es que nada es como antes —susurró.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Esbozó una sonrisa escéptica—. Porque no sé quién eres, no sé si esa chica es tu novia o si estás casado, si ese niño del que me hablaste es tu hijo en vez de tu

sobrino… No sé nada de ti. —Se montó su propia película mental.

—Esa chica, Mónica, era mi novia. Fuimos… fuimos pareja durante años, pero cuando te conocí, ya no estábamos juntos, Elaia. No esperaba conocerte, pero pasó. Y tenías razón, vine aquí huyendo de algo, de la vida que tenía.

—No tienes por qué darme explicaciones, Álex. Es más, no las quiero. Necesitaba que me hubieses contado todo esto antes de que lo hubiera descubierto por mi cuenta.

—No me hables si no quieres; no tienes por qué hacerlo, pero ya no sé cómo explicarte que estaré ahí, para ti, cuando lo necesites, cuando no quieras sonreír e incluso cuando no quieras hablarme o me odies.

—No te odio y mira que lo intento —murmuró con ironía.

—Da igual, también estaría ahí; siempre que lo necesites. Quiero estar contigo, Elaia —rectifiqué, nervioso—, para ti.

La tensión empezó a latir entre ambos como si vibrase en el ambiente y el resto del mundo se silenció a nuestro alrededor. No había nadie más en esa playa en aquel momento; estábamos solos con una fuerte cuerda que unía nuestros cuerpos y los acercaba sin remedio. Quité la gasa para acabar con la magia, con mis instintos más salvajes que latían en mi interior con fuerza y, una vez que dejó de sangrar, coloqué varios puntos adhesivos sobre la herida. Pasé mis dedos por ellos para asegurarme de que se pegasen bien y los tapé con un apósito limpio.

—¿Te duele? —Asintió sin separar sus ojos de los míos y mis latidos empezaron a enloquecerse de nuevo—. ¿Sabes? Seguramente haya miles de razones de peso para que nos olvidemos de esta locura, pero yo ya no puedo… No quiero.

No contestó, no hizo falta; sus ojos azules, tan cristalinos como el agua que nos rodeaba, y su cuerpo lo hicieron por ella. Le ofrecí una mano para que se levantase y se incorporó al mismo tiempo que yo, quedándonos uno frente al otro.

—Muchas gracias, Álex.

Me habría encantado descifrar el gesto con el que se despidió porque ocultaba tanta nostalgia como deseo, tanta decepción como ilusión, tanto por decir como por hacer… Y es que si algo tenía claro, en aquel momento, era que esperaría lo que hiciese falta porque un solo segundo de su compañía conseguía que recuperase los latidos descontrolados que había perdido durante todos mis años de vida.



Capítulo 33
Matt

Había sido un día caótico; llevaba casi catorce horas en el náutico, revisando las cuentas, exprimiendo cada céntimo, echando una mano para reparar las embarcaciones dañadas. Por ese motivo llevaba toda la tarde deseando que llegase ese momento para reunirme con los míos en el cruce y desconectar del trabajo. Y en ello estábamos, charlando sobre cualquier tema trivial, cuando una moto que no conocíamos se detuvo frente a nosotros haciendo rugir su motor. Reconocí los ojos claros del conductor de la Yamaha azul, de estilo deportivo, en cuanto levantó la pantalla del casco, que terminó quitándose para lanzarnos una sonrisa gamberra.

—¿Qué os parece? —preguntó Ian orgulloso, girando el puño para que sintiésemos su aceleración.

—¡Guau! ¡Está guapísima! —exclamó Lena, acercándose para verla mejor.

—¿De dónde la has sacado? —pregunté desconcertado.

—Su dueño la ha llevado al taller porque quería venderla y justo estaba por allí, arreglando los papeles del despido, y no he podido resistirme, me han dejado que la pague a plazos. ¡¿Qué iba a hacer?! Me estaba mirando con estos ojitos… —bromeó haciéndonos sonreír.

En un primer instante, me pareció una idea descabellada, ya que Ian no estaba pasando por su mejor momento, económicamente hablando. Ni en cuanto al tema laboral, por supuesto. Pero luego recordé que era tan impulsivo como yo y no pude hacer otra cosa más que suspirar resignado. Era un caso perdido…

—Cuando quieras, te doy una vuelta… —le dijo a Lena con tono pícaro, arqueando las cejas.

—¿Y esa cacharra? —se cachondeó mi hermana, usando ese término que él solía utilizar para llamar a las motos pasadas de años, sacándonos una carcajada interminable.

—¿Te gusta? —contestó él, burlón—. Cuando quieras, puede colarse entre tus piernas…

—¡En tus sueños!

Eran los mejores disimulando. Siempre habían tenido ese tipo de tirantez, esos comentarios irónicos que acababan con un corte drástico por la otra parte, por lo que nunca me los habría imaginado juntos, pero, por lo visto, eran muy buenos actores. Tal vez, demasiado.

Eché un vistazo rápido a la esquina contraria, buscando una mirada, esa sonrisa que se colaba en mis historias mientras dormía y que no encontré por ningún lado.

—¿Quién sería tu número uno en esos sueños? —Escuché que le preguntó Lena a Giulia cuando volví de mis pensamientos y regresé con el grupo.

—El número uno, ¿eh? —Mi hermana dudó unos segundos antes de contestar—. Theo James, por supuesto. ¿Tú le has visto? Ese chico mejora con los años… —Ambas empezaron a reír.

—¿Theo James?, ¿en serio? Querrás decir mejorando lo presente… —protestó Ian.

—Ya te gustaría. —Lena le observó de arriba abajo, incrédula, y continuaron con las risas.

—No sabéis lo que decís. Shakira; esa sí que es la dueña de mis sueños.

—¿Shakira? —cuestionó Óscar—. Con un movimiento de caderas de esa chica, estarías fuera de combate.

Continuamos bromeando y riendo en el cruce durante horas y cuando iba a probar la nueva moto de mi amigo, el teléfono empezó a vibrar en mi bolsillo. Número desconocido… Miré la pantalla con el ceño fruncido como si eso fuese a darme una respuesta y pulsé el botón verde antes de que se cortase la llamada para salir de dudas.

—Sí —dije con seriedad, afirmando más que preguntando, al contestar.

—¿Matt? —La voz me sonó, pero no conseguí ponerle cara.

—Soy yo, ¿quién es?

—Sebas —pronunció con tono grave.

—¿Qué quieres?

Mentiría si dijese que me sorprendió su llamada; después de lo ocurrido, esperaba que viniera a «pedirme explicaciones». A pesar de que lo último que me apetecía era hablar con él.

—¡Vaya! Llevábamos años sin hablar, pero te recordaba más amable… Un poco, ¿eh?

—Déjate de rollos —sentencié, molesto.

—Respuesta fallida de nuevo. Lo correcto habría sido un «¿qué tal está tu sobrino?» —replicó displicente. Carraspeé y me quedé en silencio para que se diera cuenta de que no iba a entrar en su juego—. Está bien, está bien. Te fuiste demasiado rápido del hospital; apenas nos dio tiempo a hablar —comentó con sarcasmo—. Me ha dicho mi hermana que te has ofrecido a pagar el tratamiento de Joel; muy generoso por tu parte… Aunque supongo que ella no sabe que tú eres el culpable de que mi sobrino esté donde está, sin poder moverse de una puta cama de hospital.

Su tono duro me hizo torcer el gesto. Ian, al apreciarlo, me preguntó qué pasaba, moviendo los labios, sin que llegase a escucharlo, y negué con la cabeza para que no se preocupase por el tema. Después de todo, era asunto mío. Todo lo era, en realidad; quizá, por eso me pesaba demasiado la carga que llevaba a mis espaldas.

—¿Qué quieres? —repetí.

—No nos hace falta tu ayuda y menos aún, después de lo que has conseguido con todo esto. Pero… ¿sabes? Yo también soy muy generoso. —Se quedó en silencio unos segundos—. Lo he estado pensando y creo que… voy a ayudarte yo a ti.

—¿Tú?, ¿a mí?

—Eso es. Corren rumores de que el club náutico Costa está a un paso de arruinarse y he pensado que a lo mejor te gustaría aceptar mi ayuda.

—No quiero tu ayuda —dije, levantándome de la moto de Ian y distanciándome del grupo.

—¡Esperaaa! —Elevó la voz de manera exagerada—. Aún no has escuchado lo que tengo que proponerte, que no es nada más ni nada menos que me aceptes como socio mayoritario del náutico a cambio de saldar vuestra deuda.

¡¿QUÉ?! ¿Se había vuelto loco? Me quedé paralizado, sin saber qué decir, dándole vueltas a las miles de suposiciones que hacía mi mente con lo que había sugerido Sebas.

—He escuchado que a este ritmo, vuestro club se hundirá en breve y como no me interesa que eso suceda, me parece que es una buena idea para ayudaros a salir adelante. Terminaría con lo que debéis y os ayudaría a recuperar la situación que teníais hace unos años, cuando era tu

abuelo el que dirigía todo aquello.

Me habría encantado decirle que no se atreviera a nombrar a mi abuelo, pero estaba tan bloqueado con su oferta que no podía reaccionar. ¿Dejarle parte del náutico? ¡Ni de coña! Aunque… pensándolo fríamente, puede que fuese la única forma de salvarnos, de conseguir que saliéramos adelante, pero… ¿qué diría mi abuelo de que fuesen sus rivales los que levantasen eso por lo que habían luchado durante años? Mi mente siguió pensando a toda velocidad, buscando una solución para su propuesta o, más bien, una respuesta acertada.

—No necesito tu ayuda. Antes dejaría que el náutico se hundiese como el Titanic.

—¿Estás seguro? —Ni siquiera respondí; no tenía nada más que hablar con él—. Pues no creo que le quede mucho tiempo, así que disfrútalo mientras puedas. Y deberías tener cuidado con la gente que tienes a tu alrededor; puede que alguno de ellos se haya convertido en el iceberg con el que chocarás en medio de ese oscuro océano —soltó con guasa, haciéndome dudar de mi propio nombre—. Solo es un consejo…

No quería escucharle; sabía que me había llamado para provocar, para conseguir hacerme daño, como yo le había hecho a su familia, según él. Y eso, a Sebas, se le daba muy bien.

—Por cierto —añadió cuando estaba a punto de colgar—. No quiero volver a verte por ese hospital. Si mi hermana te encontrase por allí o se cruzase contigo en uno de esos pasillos, abrirías más aún una profunda herida que nunca ha cerrado y que te acompañará toda la vida. No lo olvides. Ella es la madre de Joel, pero también de Pablo, así que… ni se te ocurra volver.

«Pablo…», repetí mentalmente. Llevaba varios años sin nombrarle, pero no me había olvidado de él ni un solo día. Quizá porque con él todo cambió y nuestro mundo terminó de dividirse en dos para siempre y, desde entonces, nunca, jamás, volvimos a juntarnos. Parecía mentira, pero hubo un momento, en el pasado, en el que Joel, Pablo, Nora, Lena, Giulia, Ian, Julia, Elaia, otros tantos y yo podíamos estar juntos… No es que la relación fuese idílica, para nada; teníamos nuestros más y nuestros menos, pero podíamos tener una conversación y compartir tiempo sin que aquello acabase como una batalla campal. Sin embargo, aquella noche, cuando acababa de cumplir diecisiete años, todo cambió.

Pablo y Joel eran mellizos, como Giulia y yo; tenían esa conexión especial que se crea en el vientre materno y que supera, con creces, cualquier otra relación. Físicamente eran polos opuestos, al igual que su carácter; Pablo era risueño, gracioso y aventurero.

Esa noche Lena, Nora y yo estábamos en el cruce. Por aquel entonces aún quedábamos todos juntos, así que nos encontrábamos allí, charlando sobre cualquier cosa, esperando a que el resto apareciese, cuando Pablo llegó montado en su nueva moto; una máquina con la que apenas llevaba dos semanas, ya que se la había comprado al cumplir la mayoría de edad, y doblaba la potencia de la anterior.

No recuerdo de qué estábamos hablando, solo que las chicas estaban inmersas en una conversación de lo más interesante para ellas, de la que nos desentendimos.

—¿Qué, la probamos? —le incité, señalando con los ojos hacia esa moto que deslumbraba con su brillo bajo su cuerpo.

Creo que fue aquella frase la que le hizo arrancar, dedicarme una sonrisa gamberra y acelerar para hacerla rugir entre sus piernas.

—¿Qué nos jugamos? —preguntó con picardía.

—¿Unas copas en el pub?

—El que pierda, paga todas las copas de esta noche —recalcó.

—¡Hecho!

No tardamos ni cinco segundos en colocarnos delante del *stop* y pedirles a las chicas que

nos dieran la salida. Ambos aceleramos a fondo ante la mirada indiferente de estas; estaban tan acostumbradas a vernos haciendo cosas como aquella que apenas le dieron importancia. Después de una increíble salida, gracias a la que me puse en cabeza, Pablo me dio alcance y nos adentramos en la recta a toda velocidad, tumbando todo lo que podíamos en las curvas. Su moto tenía mayor cilindrada que la mía, pero yo había nacido para volar sobre las dos ruedas y con esa edad aún me creía invencible.

Antes de llegar a la rotonda del hotel, donde cambiábamos de sentido y regresábamos al punto de partida, la carrera dio un giro inesperado y Pablo se colocó en primera posición. Nos mantuvimos así, con ese tira y afloja que nos acercaba y nos alejaba cada pocos metros, durante todo el camino de vuelta. Vi su sonrisa de diversión en el rostro, a pesar del casco, al observarme desde su posición dominante; cómo me pedía más velocidad con la mirada y cómo nos retábamos mutuamente, así que traté de cogerle, pero presintió mis intenciones y giró el puño al máximo para dejarme atrás. Lo que ocurrió a continuación lo viví a cámara lenta y seguía adueñándose de mis pesadillas muchas noches. Un coche se saltó el *stop* de una pronunciada cuesta abajo, que atravesaba la carretera principal antes del cruce; a Pablo ni siquiera le dio tiempo a reaccionar, debido a su velocidad, y el impacto entre ambos vehículos fue tan violento que el mundo se detuvo en ese mismo instante. Aún recuerdo el sonido espeluznante que hicieron al chocar y cómo la vida me sacudió al ver a mi amigo saliendo disparado por el aire para caer inmóvil sobre la calzada a diez metros de distancia.

Dejé de ver, de escuchar y de sentir en ese momento; tan solo podía mirar el cuerpo de Pablo tirado en medio de la carretera, como si a ambos nos separase un túnel oscuro y el resto del mundo hubiera desaparecido. Y así fue porque, en ese milisegundo, nuestra existencia como la conocíamos hasta entonces acababa de evaporarse con él…

Lo siguiente que recordaba eran las luces de policías y ambulancias llegando hasta nosotros, cómo tuve que contar en cientos de ocasiones lo ocurrido, los rostros de su madre y de Sebas al llegar y enterarse de que Pablo había fallecido en el acto, la mirada de odio de Joel hacia mí que ya nunca más desapareció. Y ahora la historia se repetía…

…

—¿Quién era?, ¿qué ha pasado? —se preocupó Ian cuando me vio regresar.

—Sebas. Quiere pagar la deuda del club… —Entrecerré la mirada al pronunciar esa frase; me costaba, incluso, decirla en voz alta.

—¿Qué?, ¿Sebas? —Asentí.

—Sabiendo cómo es, supongo que quiere ofrecerse como el salvador para luego destrozarnos a su antojo.

—¿Y qué le has dicho?

—¡¿Qué le iba a decir?! Antes muerto que ver el náutico en sus manos…

Esa llamada me hizo ver las cosas de otra manera, tanto que decidí coger la moto y marcharme para que, a toda velocidad, el aire en mi rostro despejase mi mente y me aclarase las ideas. No sé cuánto tiempo estuve conduciendo sin rumbo, buscando la salida perfecta, pero antes de regresar a la cabaña, decidí pasar por el cruce para hablar con mi hermana y comentarle la propuesta de Sebas; puede que alguien con otra mentalidad, como ella, viera las cosas de manera diferente. Me preocupaba dejarme cegar por la rivalidad que nos separaba y terminar de hundir, solo por orgullo, lo que mi familia había levantado con tanto esfuerzo.

No obstante, cuando llegué al cruce, ya no había nadie, así que decidí pasarme por nuestra casa, que se encontraba, tan solo, a unos doscientos metros cuesta arriba, y me encontré con Giulia, que salía del garaje a paso ligero.

—¿Qué haces aquí? —Me analizó desconcertada.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Conmigo?, ¿de qué? —Se apoyó en la barandilla de la escalera de brazos cruzados—. ¿Dónde has dejado a Ian?

—¿A Ian? —pregunté extrañado.

—¿No estaba contigo? —Negué con la cabeza.

—¿Por qué iba a estarlo?

—¡Vosotros sabréis! —exclamó, frunciendo el ceño, confundida—. Habíamos quedado para… Bueno, déjalo. —Esbozó una sonrisa pícara que me hizo poner los ojos en blanco—. Y antes de irnos, me ha dicho que no podía porque tenía que ir contigo no sé dónde a hacer no sé qué.

—Qué explícita…

—¡¿Qué quieres que te diga?! ¡No le escucho demasiado! Pero me ha contado que había quedado contigo.

—Se habrá equivocado, ya sabes cómo es. No sé dónde tiene la cabeza últimamente.

—Bueno, da igual. ¿Qué es eso que querías decirme?

Le conté todo sobre la llamada de Sebas, su proposición y mis dudas en cuanto a aceptarla. No habría hecho falta que me dijera nada, ya que su gesto fue transformándose según le iba explicando los detalles.

—¡¿Qué dices, Mattu?! ¡Que no se te pase por la cabeza! No, ¡ni hablar! ¿Sabes lo que diría el abuelo si se enterase de esto?

No tuvo que añadir nada más, con esa frase me ganó por completo porque sí, sabía de sobra lo que diría mi abuelo, lo que habría hecho si lo necesitara, aunque él nunca habría dejado que el barco se hundiese. Y yo debía hacer lo mismo…

Iba conduciendo de camino a la cabaña con las palabras de Giulia repitiéndose en mi mente, tumbándome, casi rozando el asfalto, en las peligrosas curvas que me llevaban hasta mi nuevo hogar, cuando vi algo que captó mi atención; una moto conocida bajó la cuesta que se dirigía a la playa y me detuve en el punto exacto donde se cruzaba esta carretera con la del náutico. Me quedé extrañado al verle a esas horas y, lo peor, dirigiéndose a esa zona que nunca pisábamos. Dudé qué hacer, si seguirle para preguntarle o dejarlo pasar, pero algo en mi interior me gritaba cosas que no quería escuchar, que siempre me habría negado a aceptar. Por eso hice lo único que me pareció razonable. Subí la pequeña cuesta que accedía al mirador, paré la moto en la carretera y me adentré en la espesura del bosque para verlo desde aquella zona elevada, pasando desapercibido.

Ojalá nunca lo hubiera hecho porque lo que vi a continuación me cortó la respiración y dobló mi estómago por la mitad, empujando la bilis hacia mi garganta, desbordándome, por completo, de decepción. Él, mi mejor amigo, mi mano derecha, la persona que siempre me había acompañado en las buenas y en las malas, estaba allí. Con Sebas. ¡Mierda!



Capítulo 34
Julia

—Vero, ¿podría cogerme la tarde libre? —le pregunté a mi jefa nada más entrar en la clínica, mientras nos estábamos cambiando.

—¿Por qué?, ¿ha pasado algo?

—Me gustaría ir al hospital.

—¿Al hospital? Llevas toda la semana yendo al hospital.

—Sí, pero fuera de mi horario laboral, así que…

«Eso no te incumbe», me ahorré.

—¿No crees que te estás implicando demasiado? A ver, que yo lo digo por ti…

¿Implicando?, ¿a qué se refería? ¿Acaso era exagerado que me preocupase por mi amigo?, ¿por uno, además, con el que había compartido cama y demasiados momentos íntimos en muchas ocasiones? Y no solo eso, sino que me seguía sintiendo culpable y estar allí, con su familia, hacía que la culpa aligerase su peso sobre mi cuerpo.

—Me ha dicho su madre que le acaban de subir a planta, pero ella tiene que marcharse pronto y me ha preguntado si podría pasar algo de tiempo con él para amenizarle la tarde.

—Si me hubieras avisado antes… —Me imaginaba su respuesta; Vero era la reina de la empatía—. Pídele a Marco que te cambie el turno, seguro que no le importa. No puedo quedarme sola; esta tarde tenemos la agenda completa.

¡Y ahí estaba! Justo la contestación que esperaba. Sabía que con mi compañero no habría problema, pero quería intentarlo con ella antes. Cogí mi teléfono para enviarle un mensaje y me di cuenta de que tenía otro sin leer. Había escrito a Matt nada más levantarme; con el ajetreo del trabajo y del hospital, sin contar con el viaje de ida y vuelta hasta la ciudad, llevábamos varios días sin vernos y le echaba de menos. Más de lo que me habría gustado reconocer…

Julia:

¿Nos vemos esta noche en el mirador?

Le escribí en cuanto abrí los ojos. Había soñado con él, con el día que se marchó a Italia y mi corazón se partió por la mitad; pude sentir el dolor que me produjo al hacerlo y el crujido en forma de lamento que emitió. Era solo una cría, tenía dieciséis años y estaba locamente enamorada de Matteo Costa. Nos habíamos despedido la noche anterior con un baño nocturno en el lago junto al resto de nuestros amigos. Mentiría si dijera que no me habría gustado que aquel hubiese sido un baño de dos, pero entendía que todos quisieran despedirse de él. Tal vez porque sentíamos que con su carácter emprendedor y sus ganas de comerse el mundo, probablemente, no volvería; excepto en sus visitas de cortesía para ver a su familia.

Esa mañana me negué a levantarme de la cama; me había convencido de que si no nos decíamos un adiós oficial, nunca se marcharía, pero no fue así. Él quería volver a su país, conocer sus costumbres, ver al resto de su familia, que había dejado desperdigada por Roma y, sobre todo, vivir su propia vida fuera de casa. Era así, un alma libre, un pájaro que estaba aprendiendo a volar y al que ya no habría quien detuviese. Excepto una jaula. Y yo… me negué a

convertirme en la suya.

Me cubrí el rostro con las sábanas, a pesar del calor que hacía, y me escondí con el teléfono debajo de ellas, con la vista clavada en la pantalla, esperando que hubiera cambiado de opinión, y no me moví de allí hasta que oí el pitido de un coche en la carretera. Me levanté y eché un vistazo por la ventana, sin asomarme demasiado.

—¡Vamos, Mattu! ¡Es la hora! —gritó su abuelo desde dentro del vehículo.

Me giré para regresar a la cama y evitar encontrarme con sus ojos en la distancia y casi me caigo de culo cuando me topé de frente con él a unos pocos metros. Estaba apoyado en la puerta de mi habitación, de brazos cruzados, observándome sin decir nada, con esa pose chulesca que le caracterizaba, ese flequillo indomable despeinado hacia arriba, con varios mechones apuntando en direcciones contrarias y esos ojos azules haciéndome miles de promesas.

—No pensabas venir a despedirte, por lo que veo. —Me analizó de arriba abajo al encontrarme vestida con mi pijama veraniego.

—Creía que nos habíamos despedido ayer —dije tratando de mantenerme fuerte.

—¿Y ya está?, ¿te pareció suficiente? —me retó, curvando los labios de forma gamberra.

—Creo que nunca sería suficiente… —me dejé vencer por los sentimientos.

Dio un paso al frente y me estrechó entre sus brazos con fuerza. Escondí mi rostro en su torso, agarrándome a él, negándome a soltarle, aspirando su aroma para guardarlo durante el tiempo que estuviese fuera y no olvidarlo. Me dio un beso en la frente, con cariño, y sostuvo mi rostro por el mentón para elevar mi mirada y que se encontrase con la suya.

—Volveré pronto —determinó, aunque ambos sabíamos que esa era la típica frase que se dice en las despedidas, a pesar de que nunca pienses cumplirla. Asentí sin poder decir nada; todas mis palabras estaban atascadas en mi garganta—. Sabes que esto no termina aquí, ¿verdad?

No sé lo que quiso decir exactamente, pero deseaba que con *esto* se refiriese a nuestra amistad, a todo lo bonito que habíamos construido juntos, a nosotros.

—Eso espero…

Acarició mi mejilla con ternura y me dio un beso justo en la comisura de mis labios, en el límite, deteniéndose más tiempo del debido. Y así me sentía yo en esos instantes, a punto de desbordarme, sin saber dónde nos encontrábamos, a un lado o al otro; sin saber qué esperar de nosotros, dudando si nuestra amistad sobreviviría a la distancia, dejándome ganar por la incertidumbre… En el límite de todo.

Dibujó una sonrisa ladina en sus labios, se despidió con un movimiento de mano y cruzó el umbral de la puerta.

—*Ciao*, Juls.

—*Ciao*, Matt.

Y allí me quedé, dejando que las lágrimas fluyeran, superada por ese primer amor que se esfumaba, por esa amistad insuperable que se desvanecía, por los miles de kilómetros que nos separarían, por demasiadas cosas que no quise ver en aquel momento y que ahora, con el paso de los años, habían dejado de tener importancia. O no… porque los recuerdos seguían doliendo como el primer día.

…

Odiaba esos recuerdos que llegaban como una especie de ácido, arrasando con todo a su alrededor. No obstante, también los añoraba… porque me devolvían a esa infancia y adolescencia perfecta que tuve a su lado, me traían de vuelta todo lo que había vivido junto a él.

Matt:

Allí estaré.

Al leer su mensaje, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Y es que me negaba a distanciarme de Matt; ya lo había hecho en una ocasión y a mi corazón no le hizo ninguna gracia. Era como si me hubiese desprendido de una parte que era mía, íntima, esencial; como si a un niño le obligasen a deshacerse de su manera de respirar o de la forma que tenía su corazón de bombear sangre, de sus latidos. Eso era Matt para mí, ese trocito de mi interior del que nunca podría, ni querría, desprenderme.

Llegué al hospital a primera hora de la tarde; como esperaba, en cuanto escribí a Marco para pedirle que cambiásemos el turno, me llamó para decirme que no había ningún problema. Aunque, tal vez, me habría gustado que se negase… No había visto a Joel desde la noche del accidente; no me había sentido capaz. Sabía que en cuanto le tuviera frente a mí, en el estado que me había explicado su madre, me derrumbaría. No lo entendía, pero… ¿por qué nos maltratamos tanto a nosotros mismos y nos hacemos lo que nunca se nos ocurriría hacerle a otra persona?, ¿por qué era tan difícil eliminar la culpa que sentía al pisar ese hospital? Era mi mente la que me lo recordaba constantemente, la que insistía en que si no me hubiera encontrado entre Matt y Joel, ese accidente jamás habría ocurrido y no podía dejar de martirizarme con ello.

—¡Julia! —me llamó Lucía, la madre de mi amigo, cuando me vio cruzar la puerta de la sala de espera, donde había quedado con ella, y se acercó para abrazarme—. Gracias por venir.

—No tienes por qué dármelas.

—Sé que esto no es fácil, pero volveré enseguida, de verdad. Estaré aquí antes de que te des cuenta.

—No tengas prisa, nos apañaremos bien —quise ser amable.

—Está en la habitación doscientos once. Le he dicho que salía a por un café, así que no tiene ni idea de que estás aquí. Le va a hacer ilusión verte… —Sonrió y le devolví el gesto. Yo también tenía ganas de verle, de asegurarme de que estaba bien, pero me horrorizaba no saber lo que me encontraría al otro lado de esa puerta.

Me despedí de ella y crucé el pasillo, caminando en busca de dicho número. Cuando lo encontré, me quedé inmóvil delante de la puerta, con los nervios acumulándose en la boca de mi estómago; respiré profundamente para acabar con esa incómoda sensación y llamé con los nudillos antes de entrar. Nunca habría imaginado lo que me encontré en el interior de esa habitación, pero esa estampa me acompañaría de por vida. Joel estaba tumbado en la cama, con la mirada perdida en la ventana; una herida, impactante, cruzaba su cabeza de lado a lado, repleta de puntos, rodeados de un color negruzco, consecuencia de la sangre seca. Su pelo había desaparecido y tenía en la cara varios moratones, además de un apósito cubriendo su ojo derecho. Giró el rostro, me vio y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba; solté el aire antes de acercarme a él y forcé una sonrisa.

—Julia —susurró con debilidad, mostrándose feliz por volver a verme.

—Hola… ¿Cómo estás? —Cogí su mano con delicadeza y se encogió de hombros, esbozando una mueca de dolor.

—He estado mejor… —Nos miramos en silencio—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por venir. —Intentó incorporarse y le detuve a tiempo, haciéndole un gesto para que no se moviera.

—No tienes por qué darlas. He estado viniendo cada tarde, siempre que he podido; por el trabajo, ya sabes… —Apretó mi mano, agradeciéndomelo de nuevo—. ¿Cómo te encuentras? —Hizo un mohín indescriptible—. ¡Vale, joder! Es una pregunta horrible, cómo te vas a encontrar… —bromeé, haciéndole sonreír.

—La verdad es que no sé lo que ha pasado. Mi último recuerdo es en el cruce, la noche del accidente. Me acuerdo de que estaba con la moto y apareció Matt, hicimos el gilipollas y luego… Nada. Hasta ayer, aunque eso también lo tengo algo borroso.

—Poco a poco.

—Por lo visto, han tenido que operarme varias veces; parece que han conseguido que no pierda toda la visión del ojo y… bueno, ya ves. —Se acarició la cabeza rapada, apartando los dedos rápidamente, como si acabara de quemarse—. ¡Joder, no pensaba que doliese tanto! —Me senté a su lado con cuidado—. Dicen… Dicen que no creen que vuelva a caminar.

—Seguro que sí…

Su mirada regresó a la ventana, pensativo, como si aún estuviera asumiendo su estado.

—En cuanto me recupere, me mandarán al hospital de parapléjicos; sé que saldré andando de allí. A cabezón no me gana nadie…

Me sorprendió la entereza con la que contaba las cosas; imaginaba que estaría ligeramente sedado porque si fuera yo la que estuviese en su lugar, estaría furiosa por lo que me había ocurrido, negándome a aceptarlo.

—Podrías acompañarme. —Le observé desconcertada—. Bueno, no siempre… Cuando puedas. Seguro que me vendría genial tenerte allí conmigo, como apoyo.

—Bueno… Lo intentaré.

¿Qué otra cosa podría decirle? Era un amigo que había sido algo más y que siempre había estado ahí para mí; incluso en mis peores momentos. Además, sentía que se lo debía… Y no solo por lo que él había hecho por mí, sino porque la culpa asomaba, de nuevo, cada vez que le miraba.

—Lo siento mucho, Julia —murmuró con sinceridad.

—¿Qué?, ¿por qué? —Arrugué la frente, atónita; la única que debería sentir algo en aquella habitación era yo. O eso se suponía.

—Por todo. —Pareció pensar sus palabras—. Esto ha sido por mi culpa, así que me imagino que me merezco estar aquí, así…

—¿Qué dices, Joel? No digas tonterías.

—Es la verdad —dijo superado por los acontecimientos—. Hay veces que nos olvidamos de que esas motos no son juguetes, sino máquinas mortales con las que nos encanta divertirnos. Así que tengo que agradecer que sigo vivo, pero… ¿sabes de lo que más me arrepiento?

—¿De qué?

—De haber hablado de ti como lo hice; es lo único que siento. Pero es algo que me supera; cada vez que él aparece, te olvidas de lo que existe entre nosotros. Solo hay que ver cómo le miras… Y ese tipo destroza todo lo que toca —escupió con rabia.

«¿De lo que existe entre nosotros?», medité. ¿Cómo iba a explicarle justo en esos momentos que entre nosotros no había nada? Era como si mi parte más racional me aconsejase seguir en dirección a Joel y llevaba mucho tiempo contemplando esa lucha que se desarrollaba en mi interior; una batalla entre la razón, cuya corriente iba directa hacia Joel, y el corazón, cuyo dueño era indiscutible. Tan indiscutible como el ganador de esa supuesta disputa.

—¿Qué dijiste de mí?, ¿a quién? —Quise cambiar de tema.

—A él. Le dije que… —dudó— volveríamos a estar juntos en cuanto se marchase. Aunque no con esas palabras; sacó lo peor de mí. Y eso es lo que me jode, que consiga sacarme de mis casillas, que siempre te lleve a su terreno.

Casi prefería no saber las palabras exactas porque no era momento ni lugar para que tuviésemos una discusión.

—No es cuestión de terreno, Joel, pero eso ahora no importa; lo principal es que te recuperes.

—Entendería que no quisieras acompañarme al hospital de parapléjicos después de contarte esta mierda, pero… me gustaría que estuvieses allí. Yo… te necesito para esto.

Joel siempre había sabido jugar sus cartas muy bien; nos conocíamos demasiado y no podía negarme. No podía. Nunca me habría perdonado que no volviera a caminar y si tenía que ayudarle en cualquier cosa que estuviese en mis manos para que lo consiguiera, lo haría.

—Tranquilo, estaré contigo. Siempre que pueda —aclaré, ganándome una mueca conformista de su parte.

Recibimos la visita de varios médicos, que se pasaron por la habitación para hacer las revisiones necesarias, y antes de que pudiéramos darnos cuenta, la madre de mi amigo ya estaba de vuelta. Me despedí de ambos, después de que esta me agradeciese la visita en una infinidad de ocasiones, y regresé al aparcamiento para buscar mi moto y volver a la sierra cuanto antes.

Conduje todo el trayecto de vuelta poniendo mis ideas en orden, manteniendo una de esas intensas conversaciones conmigo misma que tanto me gustaban, en las que tenía verdaderas discusiones internas. ¿Acaso había algo más interesante que no estar de acuerdo con tu subconsciente? Evidentemente, no. Subí la pronunciada cuesta por la que se accedía a la urbanización, pasé por el cruce, donde ya no quedaba nadie, cosa que me extrañó, y me dirigí hacia el mirador. Nada más llegar vi su moto aparcada en el arcén empedrado, pero no había ni rastro de Matt; dejé la mía a su lado y, entonces, le vi, sentado en una de las rocas, fuera de la valla que delimitaba el terreno, con las piernas colgando en el vacío, observándome.

—Hola —dije caminando hacia él para sentarme a su lado.

—Hola —susurró con una media sonrisa.

—¿Llevas mucho esperando? —Negó con la cabeza, aunque sabía que si llevaba horas allí sentado, tampoco me lo diría; era hermético como nadie.

—¿Qué tal…?, ¿qué tal ha ido?

No supe si se refería al día, a mi encuentro con Joel, a cómo estaba o cómo le había visto, así que respondí en general:

—Bien… —Ambos nos quedamos ensimismados mirando hacia el lago y la tranquilidad de sus aguas—. ¿Por qué…? La noche del accidente, ¿por qué empezó todo?

—Ya te lo dije, se me echó encima.

—¿Y ya está? —Asintió—. ¿Qué te dijo de mí?

—¿Por qué piensas que me dijo algo sobre ti?

—Porque te conozco y no sueles entrar al trapo; en cambio, si es algo que tiene que ver con los tuyos o la gente que importa, la cosa cambia. —Sonrió orgulloso de que me incluyese en ese segundo grupo, pero no añadió nada más sobre el tema.

—¿Sabes? —rompió el silencio varios segundos después—. Es raro… ¿Cómo es posible que ahora te esté echando de menos el doble que cuando estuve viviendo en Roma?

—Entonces, ¿me echaste de menos?

—A veces —contestó, haciéndose el interesante.

—¿A veces?, ¿y el resto del tiempo?

—El resto del tiempo más aún.

Matt acarició mi mejilla con dulzura y contemplé la luz de la luna reflejándose en el gris de sus ojos. Y volvió a surgir, como un chispazo, esa magia que solo él me hacía sentir al tenerle cerca, como si acabara de besar mi alma con suavidad. Porque cualquier persona era capaz de dar un beso de una forma superficial, pero él, sin tocarte, llegaba a ese sitio del que era imposible

sacarle más tarde, por mucho que lo intentases. Y ahí continuaba desde aquel día, desde que sus labios rozaron los míos por primera vez mientras jugábamos a la botella. O desde antes, mucho antes, cuando me sonrió con la mirada a través de una verja metálica y todo cambió para siempre.

—Supongo que he estado bastante liada estas semanas, entre la clínica y el hospital… Pero han sido unos días horribles.

—¿Cómo está?

—Mejor; en cuanto puedan, le trasladarán al hospital de parapléjicos para ver si tiene alguna opción. —Dejó salir el aire, relajándose—. Me ha pedido que le acompañe.

—¿Que le acompañes?, ¿dónde?

—Al hospital; quiere que esté allí, con él, para ayudarle con la terapia y que vuelva a… andar.

—¿Y qué le has dicho?

—¿Qué le iba a decir? Que iré con él. Siempre que pueda, claro. Intentaré cambiar los turnos con Marco, pedirle el favor a Vero o… ¡yo qué sé! Lo iremos viendo.

Por su manera de fruncir el ceño supe que tenía algo que decir y no tardó en hacerlo.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—Sí, ¿por qué lo haces? —Nos miramos sin decir nada, mis ojos le dieron todos los motivos que no me atrevía a pronunciar y él los cogió a la primera; tanto y tan bien nos conocíamos—. Lo que quiero decir es que… si realmente quieres acompañarle, hazlo. Si sientes que debes estar allí y quieres hacerlo, ve con él. Pero si es porque…

—Se lo debo —terminé su frase.

—Sí, si es porque crees que se lo debes, piénsalo bien, porque no es así.

—No puedo quedarme de brazos cruzados, Matt. La culpa puede conmigo…

—No debería, porque, créeme, no le debes nada —sentenció con firmeza.

Sé que se ahorró añadir que era él quien se lo debía, que la culpa también le machacaba cada noche, con las pesadillas que le recordaban lo que había ocurrido en cuanto cerraba los ojos, por mucho que su fachada indestructible quisiera ocultarlo, pero su mirada no mentía. Y mucho menos a mí.

«No le debes nada», me repetí, tratando de convencerme, de hacerle comprender a mi mente rebelde que no tenía por qué hacerlo; sin embargo, ella siempre acababa ganando la batalla, sugestionándome, haciéndome ver que quería estar allí y apoyarle en todo momento. Y ojalá me hubiese escuchado porque así, tal vez, mi mundo no habría terminado ardiendo como lo hizo. Porque, quizá, aquella decisión fue el principio del fin, el pistoletazo de salida para que todo lo que conocíamos acabase cambiando por completo. Una vez más…



Capítulo 35
Matt

Llegué a la pequeña cabaña de madera, esa que se había convertido en mi refugio, y me senté en una de las rocas, frente a la orilla, contemplando ese lago inmenso que tenía tanto de mí. Y es que no solo reflejaba una parte de mí cada vez que lo contemplaba, esa agua escondía toda una vida, mi existencia y, sin duda, sentarme allí para ver su reflejo era la mejor cura para el alma. Repasé mentalmente la conversación con Julia, siendo consciente de que aunque traté de ocultar que no estaba de acuerdo con su decisión, no lo logré. Pero… ¿cómo no podía darse cuenta de que ese tipo no era trigo limpio? Y no es que fueran celos, que también, sino que no podía comprender cómo ella no era capaz de ver lo que ocultaba esa amable fachada. ¡¿Qué demonios?! Sabía que él tenía algo que ver con los últimos acontecimientos ocurridos en el náutico, ya que los distintos desastres, esos que parecían ser un verdadero boicot, empezaron a ocurrir justo después de mi llegada.

Habían pasado casi diez años desde la muerte de Pablo, pero Joel seguía culpándome por lo sucedido; solo necesitaba ver su mirada para sentirlo. Y ahora, además, la culpa era doble… Ese sentimiento de odio y rivalidad siguió forjándose cuando fundaron la zona de la playa y se intensificó cuando metió a Juls de por medio, pero el asunto estaba llegando demasiado lejos y no sabía cómo terminaría. Ni siquiera podía, ni quería, llegar a imaginármelo.

Por no hablar de la relación de Ian con Joel y su tío desde que yo había regresado… No pude dejar de pensar en su último encuentro con Sebas e incluso quise evitarle para no preguntarle por el tema, pero la incertidumbre me estaba comiendo por dentro. Llegué a pensar que había bajado a la playa, esa noche, para pedirle explicaciones en cuanto a su oferta para ser socio mayoritario del náutico, pero su expresión corporal me indicaba lo contrario; así que saqué dos conclusiones posibles y ninguna de ellas me gustaba. Es más, cada una me daba más miedo que la otra. La primera era que mi amigo continuase con sus trapicheos con las drogas, que por su falta de trabajo hubiese vuelto a caer en esa forma de ganar dinero fácil. Y la segunda… era la que más me aterraba y me negaba, incluso, a que esa idea pasease por mi cabeza, pero no solo eso, sino que, además, me martilleaba constantemente.

Por eso, una noche de viernes mi impulsividad me llevó a aclarar las cosas. No sabía cómo iba a hacerlo, qué decirle o preguntarle, pero los acontecimientos fluyeron, sin más. Habíamos decidido ir a las piscinas para darnos un baño nocturno y en ello estábamos, disfrutando del clima cálido que nos acompañaba y saltando al agua, en ropa interior, haciendo piruetas imposibles en el aire.

—Voy a dar un trago —dije, de pronto, apoyándome con ambas manos en el bordillo para salir de la piscina.

Sacudí mi pelo para escurrirlo y caminé hacia el césped, donde habíamos dejado las cosas; cerca de las pistas de tenis, ya que era la única zona de las instalaciones que contaba con algo de iluminación. Cogí la botella de ron, que habían dejado ya por la mitad, y rebusqué algún

vaso de plástico en las bolsas. Al no encontrarlos, eché un vistazo rápido en las mochilas de mis amigos y los localicé en la de Ian; cogí uno y al dejarla en el suelo, unas llaves se cayeron del interior del bolsillo pequeño, que se encontraba abierto. Fui a recogerlas para volver a guardarlas y el llavero que las acompañaba me quitó varios latidos y me dificultó la respiración. Lo observé con detenimiento, desconcertado, comprobando que no se tratase de un error, aunque fuera imposible. Era uno de los juegos de llaves del náutico, que guardábamos como repuesto en el armario del almacén, y que contaba con un llavero con el logo del club. Intenté calmarme, me pellizqué el puente de la nariz y di varias vueltas por la hierba para no explotar, pero era demasiado tarde. Regresé a la piscina, donde Ian estaba sentado en el bordillo, hablando con mi hermana, Manu y Lena, y le lancé las llaves al pecho con fuerza, haciendo que rebotasen en él y cayesen al suelo, a punto de terminar en el agua.

—¿Qué cojones es esto?

Me observó como si hubiera perdido la cabeza, pero en cuanto sus ojos se centraron en las llaves, se levantó de un salto y trató de acercarse a mí; le hice un gesto, deteniéndole con la mano, para que ni siquiera se molestase en intentarlo.

—No es lo que piensas.

—¿Que no es lo que pienso? Está bien, no es lo que pienso… —repetí incrédulo.

—¿Qué ha pasado? —Giulia salió del agua, preocupada, y se interpuso entre ambos, pero estábamos tan nerviosos que no la prestamos atención.

—Matt, no es lo que crees…

—¿Y qué es lo que creo? Ilumíname. ¿Por qué tienes en tu mochila las llaves del náutico?

—¿Qué? —Mi hermana arrugó la frente, sorprendida, y nuestros amigos se acercaron a nosotros alarmados por mi actitud.

—Pensaban arruinarme —se excusó.

—Así que… ¿para no caerte tú, has decidido tirarme a mí?

—No digas tonterías.

—No lo hago. —Le miré con dureza. No podía creerme lo que estaba pasando, que mi mejor amigo me hubiera traicionado de tal manera. Era increíble…

—Yo no… no lo hice.

—No lo hiciste, ya. Pues explícame por qué llevabas las malditas llaves en tu mochila.

—Me grabó; tiene imágenes mías vendiendo la mercancía y me amenazó con llevarlo a la policía. Si no saboteaba el Costa, me habría arruinado la vida.

—Y ha quedado claro que prefieres arruinarme tú a mí…

—Matt, ¡joder! Me vi obligado a hacerlo.

Manu, Lena y Giulia nos miraban a uno y a otro, alucinados, sin decir nada por miedo a que la bomba explotase de un momento a otro.

—¿Obligado? Déjame que me ría… Pensaba que esa deuda había quedado saldada, porque te recuerdo que llevaba años sin correr y fui yo mismo el que te salvó el culo. —Me miró con rostro culpable—. Así que es eso… Como has perdido tu trabajo, has decidido seguir con los putos trapicheos. Esto se pone cada vez más interesante…

—Yo no hice nada —dijo de forma espaciada, queriendo dar mayor credibilidad a sus palabras.

—¿Que no has hecho nada?, ¿tengo que darte las gracias por no haber sido tú el que nos robó, el que destrozó los barcos y dejó las cámaras abiertas? Muchas gracias, Ian —mascullé con sarcasmo.

—Solo le di las llaves, pero esto estaba llegando demasiado lejos y le exigí que me las devolviera.

Me dieron ganas de ponerme a aplaudir por su buen gesto, irónicamente hablando, por supuesto, pero nunca había estado tan enfadado.

—¿Solo?, ¿solo le diste las llaves? Ah, bueno, entonces, gracias de nuevo. —Dejé salir una risa falsa—. Me has vendido a cambio de unos cuantos gramos de coca. Espero que, al menos, haya merecido la pena.

Bajó la mirada, avergonzado, y tuve que controlar mis más puros instintos para no darle un derechazo directo en la cara. «Es Ian» me repetí varias veces seguidas para lograrlo, pero eso solo consiguió que fuera consciente de lo que había hecho. Más aún.

—Vete a la mierda.

Me giré y me alejé con paso firme, deseando desaparecer de allí cuanto antes, con la voz preocupada de mi hermana llamándome a mis espaldas.

—¡¡Matt!! ¡Matt, espera, joder! —El fuerte agarre de Ian me hizo detenerme. Observé molesto su mano, que sujetaba mi antebrazo con firmeza y le empujé para que me soltase—. Déjame que te lo explique —insistió—. ¿Qué habrías hecho tú?

—¡No lo sé! —grité sintiendo cómo la tensión hervía por cada poro de mi piel—. No sé lo que habría hecho, pero estoy seguro de que nunca —recalqué— te habría fallado.

No volví a mirar atrás. Jamás había estado tan furioso y decepcionado al mismo tiempo. Ian, mi mejor amigo, mi mano derecha… Cada vez que lo recordaba, una punzada insoportable amenazaba con vencer a mi corazón y, en cierto modo, parecía que iba a ser así. No obstante, en cuanto me subí a la moto y la adrenalina recorrió mis venas, el dolor pareció suavizarse. Paré en una de las zonas más altas de la sierra, un rincón perdido desde el que se podían ver las demás montañas a tus pies, con cientos de casas iluminadas que brillaban como estrellas en la noche. Saqué el teléfono para echar un vistazo y, sobre todo, tener la mente ocupada y vi que tenía dos llamadas perdidas de mi madre. Marqué su teléfono rápidamente por si hubiera ocurrido algo, pero no obtuve respuesta, así que me dirigí hacia allí sin pensarlo.

—¡Vaya sorpresa, hijo! ¿Qué haces aquí a estas horas? —me preguntó mi madre, extrañada, cuando me vio aparecer.

—Como me has llamado, pensaba que había pasado algo.

Me acerqué hasta el sillón, donde estaba sentada junto a mi abuelo mientras veían la televisión y me acomodé al lado de este.

—No, tranquilo. Solo te quería preguntar si puedes llevar mañana a Lobo al veterinario; tiene revisión y yo tengo miles de cosas pendientes en el náutico. Se lo pediría a tu hermana, pero ya imaginarás su respuesta. —Puso los ojos en blanco, intentando que sonriese, pero no imaginaba que era imposible que mis labios se curvasen en una noche como aquella.

—Vale, yo le llevo; cojo tu coche por la mañana y le acerco sin problema.

—Sabía que podía contar contigo.

—¿Qué hacéis despiertos aún? —cuestioné, cambiando de tema.

—Hemos terminado de cenar hace un rato, se nos ha hecho tarde… Pero queríamos ver este programa juntos, ¿verdad, *papà*?

Mi abuelo no contestó, continuó con la mirada perdida en la pantalla, ausente, y mi corazón dejó de palpitar por segunda vez en la misma noche.

—¡Eh, *nonno*! ¿Cómo estás?

No me miró, ni siquiera reaccionó, y tuve que resoplar, vaciando mis pulmones y mi cuerpo del peso que llevaban acumulando durante los últimos días.

Esos momentos en los que le necesitaba más que nunca y él ya no estaba allí eran los más duros de aquella enfermedad. Deseaba que estuviese conmigo, pero se había ido y ya solo volvía en contadas ocasiones; afortunadas, aunque contadas ocasiones. Y es que por muchas que fueran, siempre serían pocas para continuar disfrutando de la vida a su lado. Nunca me cansaría de vivir aventuras con él, de escuchar sus anécdotas, pero la vida es así y, en ocasiones, nos rompe cuando más enteros deberíamos estar.

Me despedí de ambos, prometiéndole a mi madre que me encargaría de Lobo a la mañana siguiente, y arranqué para perderme por las carreteras, rumbo a mi pequeña cabaña. Necesitaba estar solo, pensar en lo ocurrido, seguir dándole vueltas a la traición de mi amigo; no podía llegar a entender cómo una de las personas en las que más confiaba había llegado a traicionarme de esa manera, por salvarse el pellejo.

Detuve la moto en la misma puerta y me senté en el porche de madera que se encontraba frente al agua. Mi estómago empezó a revolverse en cuanto mi cabeza comenzó a asimilar las novedades de esa noche. No podía creerlo; mi vida se había convertido en una mentira desde que había llegado: el negocio familiar estaba prácticamente en la ruina y nadie me había dicho nada al respecto, mi hermana se estaba acostando con el que era mi mejor amigo, mi abuelo estaba cada día peor, Juls y Joel habían seguido enrollándose durante años, mientras estuve ausente; Ian, que siempre estuvo obsesionado con el deporte, estaba trapicheando con drogas y ahora mantenía una extraña relación con Sebas y Joel, lo que le había llevado a traicionarme de una manera que jamás habría imaginado… Toda mi vida era una mentira, una que estaba ahogándome por momentos.

La boca de mi estómago se cerró y todo empezó a dar vueltas a mi alrededor. Mi mente me decía que me marchase, me gritaba insistentemente que cogiera un avión y regresase a Roma, pero no era tan fácil. En cuanto todo se hundía, su sonrisa salvavidas aparecía en mis pensamientos. Juls era tan importante para mí que mi vida solo se podía medir de dos maneras: los años que había estado a su lado, experimentando nuestras primeras veces y miles de instantes inolvidables, y los que había pasado lejos de ella. Por eso, mi subconsciente me avisó de que solo necesitaba un motivo para quedarme, cuando todo lo demás me pedía que me alejase y que huyese. Solo me hacía falta un porqué para no abandonar y Juls, desde siempre, había sido la respuesta para todo, el verdadero motivo de mi existencia. Ella…



Capítulo 36
Elaia

—*The scars of your love remind me of us. They keep me thinking that we almost had it all. The scars of your love, they leave me breathless. I can´t help feeling. We could have had it all. Rolling in the deep...* —canturreé la canción de Adele mientras me estaba duchando.

—¿Se puede saber por qué no dejas de berrear? —Julia entró en el cuarto de baño sin avisar para quejarse de mis decibelios.

—¿No te gusta esta canción? ¡Es tremenda! Pero si lo prefieres, puedo cantar otra.

—¿Por qué tienes tan buen humor hoy?, ¿me lo puedes explicar?

La observé, asomándome tras las cortinas, y me reí de su gesto dramático.

—¿Porque estoy libre durante toda la mañana? Pienso quedarme en el jardín, tomando el sol, hasta la hora de comer. A este paso, me pongo tan morena como tú —bromeé—. No tengo que volver a la playa hasta esta tarde, así que voy a aprovechar.

—Genial.

—¿Y tú?, ¿por qué tienes esa cara? —pregunté mientras terminaba de aclararme el pelo.

—Estuve en el hospital con Joel y volví tarde. Estoy agotada…

—¡Ya te vale! ¿Cómo está? Quizá debería ir a verle…

No había vuelto por el hospital desde el mismo día del accidente, pero odiaba esos lugares; me impresionaban demasiado y nunca sabía qué decir, por si el desenlace no era el que esperábamos. Sin embargo, ahora que sabía que ya estaba en planta y parecía haber salido adelante, la idea de visitarle en mi mañana libre no me parecía tan mala.

—Deberías.

—¡Pues no se hable más! —exclamé, enrollando una toalla en mi pelo y otra alrededor de mi cuerpo—. Cambio de planes; me visto y voy para allá. Hay bus, ¿verdad?

Mi prima puso los ojos en blanco por mi pregunta y ambas empezamos a reír. Era un caso, lo sabía, pero esas eran las consecuencias de ir como paquete siempre en las motos. Tenía que animarme, sacarme el carné y comprarme un coche porque las dos ruedas no iban conmigo. De hecho, me habían llamado del taller para avisarme de que Gladis, la antigua moto de mi hermano, que ahora me pertenecía, ya estaba arreglada y aún no me había pasado a recogerla. Ese era mi nivel *antimotos*… O *anticonducción*, más bien.

Entré en mi habitación para elegir qué ponerme y vi mi bikini encima de la cama. Mis labios se curvaron de forma instantánea al recordar el momento exacto en que sus dedos se colaron con delicadeza por debajo de la tira para curar el corte de mi cadera; me toqué la zona de piel herida, sin darme cuenta, al acordarme de su tacto cálido y lento. En aquel instante, casi me dio un paro cardiaco de la intensidad y velocidad que alcanzaron mis latidos; sentí cómo mi respiración se agitaba y cómo sus labios llamaban a gritos a los míos, sin decir nada, solo por las reacciones inevitables de nuestros cuerpos. Por ese mismo motivo, creía que llevábamos varios días esquivándonos; además, sus horarios en las piscinas nos habían facilitado el trabajo porque cada vez que nos encontrábamos en el cruce, nuestras miradas se quedaban enganchadas y cada

latido de nuestros corazones nos guiaba, de forma irremediable, hacia el otro.

En cuanto me vestí, Julia me acercó a la parada para coger el autobús hasta la ciudad y antes de que me diera cuenta, estaba caminando hacia la puerta del hospital. Subí a la planta que me había indicado y busqué el número de la habitación por los pasillos; cuando la encontré, me detuve, sin poder remediarlo, ya que me impresionaba demasiado no saber lo que me iba a encontrar en su interior y el estado en el que estaría nuestro amigo. La puerta estaba entreabierta y mientras respiraba profundamente para enfrentarme a mis temores, escuché esa voz conocida en su interior.

—¡¿Que te ha dicho qué?! —exclamó Joel sobresaltado.

—Lo que oyes, ¿no querías saberlo? ¡Pues ahí lo tienes! —Oí a su tío, contestando con tono grave—. Me lo ha confirmado el propio Ian, dice que Matt y Julia han estado follando después de su regreso. No sabe cuándo ni cuántas veces, pero lo han hecho.

Puse la mano en el pomo de la puerta, dudando si entrar, y preferí seguir escuchando. Cuando dicen eso de que la curiosidad mató al gato es por algo… Tal vez, debería empezar a hacer caso a los refranes.

—Me ha prometido que vendrá conmigo al hospital para iniciar la terapia, así que… Los mantendré separados hasta que pueda volver a hacerlo personalmente.

—¿Y si no lo consigues? —cuestionó Sebas.

—Entonces, ¡toda para él!

—No lo dices en serio.

—¡Claro que sí! Tampoco me importa tanto… ¿Por qué crees que la primera vez que me enrollé con ella fue en una de las visitas de Matteo? —preguntó con chulería—. Para asegurarme de que él lo viese, se marchara de la sierra a su querida Roma y no volviese por aquí. ¿O por qué crees que he estado estas semanas tan insistente y pendiente de ella? Porque ha vuelto… Solo por joderle.

Estaba flipando. Creo que mi mandíbula se había desencajado y estaba por los suelos.

—¡Mírale! Si has salido a tu tío… —comentó con cierto cachondeo—. Pero no me creo que sea solo por eso. Esa Julia es un bombón.

—A ver, también lo hice para follármela, tonto no soy. Pero así mataba dos pájaros de un tiro, me deshacía de él y me quedaba con ella. Y la verdad es que se mueve como ninguna… —Ambos se quedaron en silencio unos segundos—. ¿Sabes lo que de verdad me jode? Que Matteo nos ha jodido la vida de todas las maneras posibles, pero él siempre se marcha de rositas.

No podía creerme lo que estaba escuchando. ¿Joel, nuestro amigo, estaba hablando así de mi prima?, ¿cómo era posible que tuviera esas dos caras? Deseé que estuviese colocado por los sedantes, que el golpe en la cabeza hubiese sido demasiado fuerte y no supiera lo que estaba diciendo; aun así, lo que habían escuchado mis oídos era… era… ¡Dios! Sentí ese escozor en los ojos que amenazaba con lágrimas.

—No pienses en eso ahora.

—¿Que no piense en eso? ¡No puedo pensar en otra cosa! ¡Estoy aquí por su puta culpa! ¿Por qué te crees que le provoqué la noche del accidente? Porque quería que acabase como Pablo; se lo merece. Sin embargo, soy yo el que está aquí, así. Siempre consigue salirse con la suya…

—No te preocupes, esto no va a quedar así. Tengo preparada la traca final y de esa no podrá librarse de ninguna manera.

—¿Ian?

—Ian se ha rajado, pero no le necesito para lo que tengo en mente…

—¿Aún sigue pensando que le robaron la coca? Mira que llevársela al taller… Menudo irresponsable. —Ambos se rieron.

—Perdona, ¿vas a pasar? —me preguntó una enfermera que había a mi lado con una bandeja con comida en las manos. No podía hablar, ni siquiera podía respirar, así que me limité a negar con la cabeza y salí corriendo de allí.

Llegué al parque que había frente al hospital y me senté en uno de sus bancos de madera; me temblaban las piernas, las manos, sentía el corazón en cada poro de mi piel e incluso me encontraba algo mareada. No podía creerme lo que acababa de escuchar. Me apoyé en mis rodillas y me pellizqué el puente de la nariz para aclarar las ideas. ¡¿Qué demonios?! Tenía que contárselo a Julia. Saqué el teléfono de mi mochila y marqué el número de mi prima. Un tono, dos, tres, cuatro, cinco. Nada… Golpeé el suelo con el pie con insistencia, pensando, y le escribí un mensaje que envié de inmediato.

Elaia:

Tengo que hablar contigo. Llámame, es importante.

Fui a la parada del bus sin saber cómo me sentía realmente; era como si no conociera, en absoluto, a esa persona con la que habíamos pasado muchos años de nuestras vidas, como si nuestra relación hubiese sido un engaño. Aunque así era… ¿De verdad había escuchado esas cosas tan horribles? Porque empezaba a dudar de mí misma.

Julia:

No puedo llamarte ahora; entramos a quirófano.

Nos vemos esta noche. Le debo el turno a Marco.

¡Mierda! Imaginaba que mi prima tenía que devolverle las horas a su compañero; esas que este le hizo el día anterior para que ella pudiera ir a visitar a Joel. Al menos, no iría a verle al hospital de nuevo antes de que le contase las novedades y eso me tranquilizó en cierto modo.

Cuando estaba llegando a la sierra, avisé a mi hermano para que me recogiese antes de ir a trabajar y así aprovecharía su viaje para bajar a la playa con él.

—¿Te pasa algo? —me preguntó antes de parar el coche en el aparcamiento.

—No, ¿por qué?

—Estás muy callada, demasiado para ser tú.

—Estoy cansada, solo eso.

Sus ojos me desvelaron que no le convencí, pero no insistió y casi que lo prefería; necesitaba hablar con Julia antes.

La tarde fue eterna. No pudimos sentarnos ni parar ni un solo segundo, ya que estábamos en plena temporada, y cuando oscureció y fui consciente de que aún me quedaban unas horas por delante, porque debía encargarme de las cenas, casi me dio un síncope. Até mi melena en una coleta para aguantar las últimas horas de batalla y justo cuando iba a entrar en la cocina, escuché una voz familiar a mis espaldas.

—¿Me pones una botella de agua, por favor? —Álex sonrió como saludo y mi corazón volvió a latir tras una parada repentina de sus movimientos.

—¿Una botella de agua? —Arqueé una ceja, escéptica.

—Eso he dicho.

—¿Has venido hasta aquí a por una botella de agua?

—La verdad es que no —susurró divertido—. Estaba esperando en el *parking* a una chica preciosa, pero creo que me ha dejado tirado.

—¿Y estás seguro de que no te lo mereces? —Me apoyé en la barra, acercándome a él, murmurando como si estuviésemos comentando un secreto. Se encogió de hombros y sus ojos

me provocaron un intenso escalofrío—. Tengo que encargarme de las cenas, así que terminaré tarde. Tal vez puedas pasarte en tres o cuatro horas; a lo mejor la encuentras entonces…

—Lo intentaré. —Me guiñó un ojo y se alejó hacia la puerta.

—¡Álex! —le llamé, haciendo que se girase—. Tu botella de agua. —Se la lancé y la cogió al vuelo, haciéndome sonreír.

Aún estaba molesta por lo que me había ocultado, pero no podía negar, ni evitar, lo que sentía cada vez que él estaba cerca. Era, sin duda, lo más especial que había sentido en toda mi vida.

Pude escuchar cada tictac del reloj al pasar los segundos que me separaban de mi hora de salida. O eso me pareció, ya que sonaron en mi mente hasta que no quedó nadie en el restaurante.

—¿Te marchas ya? —me preguntó mi hermano mientras terminaba de recoger las mesas.

—Sí, voy hasta el mirador para llamar a Julia, a ver si puede venir a buscarme. Si no, vuelvo y me voy contigo cuando acabes.

—¡A sus órdenes! —bromeó.

Subí las escaleras que me dirigían al aparcamiento y la pronunciada cuesta que guiaba hasta aquel idílico mirador, con el móvil en alto, buscando algo de cobertura. Di vueltas de un lado para otro, escuchando los tonos, esperando a que respondiese mientras contemplaba el lago a mis pies, cuando oí un ruido a mis espaldas.

—¡Vaya, vaya! —murmuró Fer con un tono que hizo que mi piel se erizase. Empecé a caminar hacia la carretera, de vuelta al Riva, pero me cortó el paso—. ¿Dónde vas tan rápido? Estaba deseando encontrarme contigo otra vez.

—¿Qué haces aquí?

—Llevo toda la tarde en la playa, ¿no me has visto? Porque yo a ti sí…

—Déjame en paz, imbécil. —Intenté esquivarle y me sujetó por el brazo para detenerme con brusquedad.

—¡Menudo genio! Más te vale que controles esa boca. Yo lo estoy haciendo… —dijo acercándose a mis labios—. Además, ¿qué prisa tienes? Ahora que estamos solos, sin tu amiguito, vamos a… hablar.

Los nervios comenzaron a burbujear en mi interior; quise silenciarlos y mostrarle que nadie me intimidaba y menos, él, a pesar de que por dentro estuviera muerta de miedo.

—No tengo nada que hablar contigo.

—¿Cómo que no? Yo creo que sí… —Me acarició el rostro con un gesto que me provocó náuseas y lo aparté con rapidez, dándole un empujón con fuerza.

Caminé hacia la carretera, con paso rápido, pensando que tendría algo de tiempo, pero no fue así; maldijo en voz alta y me alcanzó en dos zancadas.

—Te lo estaba diciendo por las buenas, pero… ¡se acabó! ¿Quieres ir por las malas? Pues por las malas se ha dicho.

No quise entenderle, aunque tampoco me dio tiempo. Una sombra se abalanzó sobre él, le tumbó con el impulso y empezó a darle puñetazos en el suelo, uno tras otro, sin parar.

—¡¿Qué cojones estás diciendo?! —Nada más escucharle, supe de quién se trataba.

Me quedé boquiabierta y no pude reaccionar hasta que vi cómo la nariz y la ceja izquierda de Fer comenzaban a sangrar.

—¡Matt! —quise captar su atención, pero parecía obcecado por los nervios, como si estuviera pagando con él la tensión acumulada durante días. O semanas—. ¡Matt, para! No merece la pena…

Me miró a los ojos, pensándoselo, y cogió por la pechera a Fer, que parecía

desconcertado, con la mirada perdida y un gesto de malestar dibujado en su rostro.

—No quiero volver a verte cerca de ella o te arrepentirás, ¿entendido? —Fer asintió, cubriéndose parte de la cara con la mano, tratando de mitigar el dolor—. ¡Lárgate de aquí! —No tardó ni un segundo en salir corriendo, cual cobarde—. ¿Estás bien? —Me sujetó por los hombros, analizándome con la mirada preocupada.

—Estoy bien, gracias —contesté, tratando de entender lo que acababa de suceder—. Aunque me las estaba apañando bien sola —quise quitarle importancia.

—Ya lo he visto, ya… —murmuró con una media sonrisa, acariciándose los nudillos doloridos.

Me parecía mentira que aquella fuera nuestra primera conversación desde su regreso; sin embargo, agradecía que hubiese aparecido en el momento y el lugar adecuados. Si no, no sabía qué habría pasado.

Matt caminó hacia una de las rocas de los acantilados, se sentó en ella y le imité, acomodándome a su lado.

—¿Qué ha pasado con Fer? —me preguntó algo más relajado, con los brazos apoyados sobre sus rodillas.

—Es una larga historia que podría resumirse en que es un gilipollas, sin más.

—Eso no es nuevo.

—No, no lo es. —Nos miramos unos segundos en silencio. Habíamos vivido muchas cosas juntos en el pasado, pero el tiempo hizo estragos en nuestra amistad, aunque el cariño seguía ahí y lo demostrábamos con cualquier gesto de complicidad—. ¿Cómo estás? —pregunté al estudiar su actitud con Fer. Matt no era una persona violenta, por lo que imaginé que habría algo más escondido detrás.

—Eso debería preguntarlo yo, ¿no crees? —dijo evitando el tema. En eso no había cambiado; siempre había sido muy reservado con sus problemas, sus relaciones, con su vida en general.

—Creo que ya lo has hecho. —Sonreí, centrando mi atención en el agua.

De pronto, algo captó mi atención en la orilla, junto a los muelles, en el club náutico. En una de las ventanas del edificio se apreciaba un intenso destello que bailaba entre la oscuridad de la noche. Entorné la mirada para comprobar de qué se trataba y una escalofriante sensación sacudió mi interior cuando fui consciente de lo que era. ¡Mierda!

—¡¡Matt!! —exclamé señalando en su dirección—. ¡¡Es fuego!!

—¡¡Joder!!



Capítulo 37
Matt

¡¿Qué?! Mi estómago y mi corazón se pusieron de acuerdo para dar un brinco y amenazarme con salir por mi boca; sin embargo, no podía pararme a pensar… ¡ni a vomitar! ¡Tenía que reaccionar! Nos levantamos de un salto, desafiando la gravedad, olvidándonos de los metros que había, en caída libre, a nuestros pies y salimos corriendo hacia la carretera para llegar cuanto antes. Ni siquiera me di cuenta de que nos estábamos cruzando con un coche hasta que mi mirada se quedó clavada en la del conductor. Esperaba que fuera alguien que huía de allí para buscar cobertura y dar el aviso o que fuera alguno de los trabajadores con la misma misión en mente, pero su conductor me resultó demasiado conocido. Sebas. Murmuré miles de palabras malsonantes, todas las que me sabía, cuando nuestros ojos se retaron durante un segundo; el necesario para reconocerle cuando pasó a nuestro lado sin detener la marcha. Nosotros tampoco lo hicimos; Elaia y yo no dejamos de correr. Había demasiado en juego.

Me temblaban las piernas, mi corazón latía desbocado y mi mente iba a mil por hora, casi como mi cuerpo. Ya habíamos sufrido un incendio en la sierra en el pasado, que acabó con muchísimas hectáreas de terreno convertidas en un paisaje desolador, que tardamos años en recuperar, en volver a ver el verde inundando nuestras montañas, así que ver aquella llama en las instalaciones del náutico me trajo demasiados y dolorosos recuerdos.

—¡Joder, Lobo está allí! —Miré el reloj mientras bajábamos los últimos metros de cuesta a toda velocidad, deseando que alguien hubiera sacado a mi viejo amigo, aunque, por la hora que era, sabía que no quedaría mucha gente por la zona.

Cuando llegamos a la puerta, la estampa era muy distinta a la que habíamos visto desde arriba. Luis, el jefe de cocina, estaba intentando apagar el fuego con una manguera y varios trabajadores y curiosos observaban la situación desde lejos sin hacer nada. Los grandes ventanales del salón habían estallado y las enormes y serpenteantes llamas bailaban a través de ellos. El incendio se había propagado con mucha rapidez, pero solo esperaba llegar a tiempo. Dudé unos segundos; había miles de cosas de valor en su interior, recuerdos de toda una vida, vivencias, dinero, bienes materiales, cosas impensables, pero la única importante: él, Lobo.

—Vuelve al mirador. —Cogí a Elaia por los hombros por segunda vez en la noche, la miré a los ojos con el miedo brotando en ellos y le pedí con firmeza—: Sube de nuevo y llama a emergencias. Corre.

—¿Y tú?, ¿qué vas a hacer?

—No te preocupes. Necesitamos ayuda para que esto no se extienda. Hazme caso y vete. Rápido.

En ese instante, presintió mis intenciones y cuando iba a echar a correr, me agarró del brazo, deteniéndome.

—No, Matt.

—Hazlo, Elaia, por favor. ¡Corre! —insistí antes de salir disparado de allí.

Me detuve ante la puerta principal, preocupado por lo que me iba a encontrar al otro lado, aunque lo que se veía a través de los cristales destrozados no dejaba lugar a dudas. No podía perder el tiempo. Abrí la puerta con cuidado, esperando que una gran llama saliese con fuerza al hacerlo, pero en la entrada el nivel del fuego era menor. Sin embargo, el humo que se coló directamente hasta mis pulmones, sin pedir permiso, me hizo ser consciente de dónde me estaba metiendo. Tosí varias veces, carraspeando, para deshacerme de esa sensación e intenté cubrirme la nariz y la boca con el antebrazo. Escuché los gritos de Luis en el exterior, llamándome, pero le ignoré. Entré sorteando los focos que se dispersaban por cualquier rincón y que crecían sin detenerse y me adentré en la cocina, sin pensar.

—¡Lobo! —grité tan fuerte como pude, ya que cada vez que abría la boca, el intenso humo me quemaba por dentro—. ¡Lobo!

Ni rastro. Solo deseaba no haber llegado demasiado tarde. Había llevado al perro al veterinario esa misma mañana, como prometí a mi madre, esperando que Juls nos atendiese y poder sacar un rato para nosotros. No obstante, cuando llegué, Vero me pidió que entrásemos en la consulta. Le pregunté por ella pocos minutos después, pero me comentó que estaba en el quirófano, en medio de una operación, y que estaría ocupada durante el resto del día. Para no perder tiempo, cuando la revisión terminó, llevé a Lobo conmigo al náutico, como habíamos hecho en otras ocasiones, y le dije a mi madre que le acercaría a su casa por la noche. Se me había hecho tarde y pensaba dejarle durmiendo en la cabaña conmigo, para llevarle de vuelta al día siguiente, pero todo se torció… Y no sabía cuánto.

—¡¡Lobo!! —grité una vez más, silbando, esperando que apareciese por algún rincón al escucharme.

El humo era cada vez más intenso, las llamas parecían más altas y el fuego provocaba continuos crujidos y pequeñas explosiones que no sabía de dónde procedían, pero debía continuar adelante. Pasé por la puerta del comedor, donde ya era imposible acceder, puesto que el incendio había arrasado todo su interior e impedía la entrada y seguí buscando en cada una de las salas en las que era posible. Sentía que cada vez me costaba más respirar, cómo esas nubes oscuras me consumían por dentro y me agotaban, y aunque trataba de toser para sacarlas de mi interior, mis pulmones se encontraban asfixiados. Tanto como yo…

—¡Lobo! —exclamé con todas mis fuerzas, las pocas que me quedaban, tosiendo sin parar.

Me agaché para caminar cerca del suelo, como se suponía que debía hacer en situaciones como aquella, y llegué hasta el almacén, la última habitación, situada al fondo, donde las llamas no habían llegado aún, al contrario que el humo. Mi mirada se centró, de forma instantánea, en una de las esquinas, donde el perro estaba temblando con mirada aterrada, buscando una escapatoria, y en cuanto sus ojos me encontraron, su rabo empezó a moverse, con tanto miedo como emoción por verme.

—Ey, amigo, ven aquí —dije desde la puerta, silbando para que se acercase, feliz por encontrarle sano y salvo. Pensaba que por fin podría respirar aliviado, pero el aire no me lo permitía; sentía que me ahogaba.

Lobo caminó hacia mí lentamente y cuando llegó a mi lado, le acaricié para tranquilizarle.

—Venga, chico, nos vamos de aquí.

Le cogí en brazos para salir de allí cuanto antes y miré a mi alrededor, buscando una salida, pero el almacén era una pequeña sala, ubicada en uno de los laterales del náutico, al final de un largo y ancho pasillo, a la que solo se podía acceder por donde había entrado. Además, no

contaba con ventanas, por lo que debía hacer el camino de vuelta completo. Resoplé, dudando que pudiésemos conseguirlo, y justo cuando iba a emprender la marcha, el tiempo se detuvo por completo. Allí estaba ella, desobediente, rebelde, leal, y mi temor se multiplicó. Por tres.

—Matt, ¿qué haces? ¡¡Vamos!! —gritó Elaia, que apareció a pocos metros de mí, corriendo hacia nosotros, con el rostro desencajado.

Al llegar a nuestro lado, una de las vigas vistas de madera del techo, que combinaba a la perfección con el aspecto moderno del restaurante, cayó a sus espaldas, destrozada, haciendo que las llamas se multiplicasen, dificultándonos el camino.

—¡Joder, Elaia, no! —fue lo último que pude decir cuando me agarró del brazo, asustada, antes de que el humo nos rodease y todo se nublase a nuestro alrededor. Todo…



Capítulo 38
Álex

—¿Aún no me dejas que vaya a visitarte de nuevo?, ¿sigo castigado? —La voz de cachondeo de Rober sonó a través de los altavoces del coche—. Ya te he dicho mil veces que lo siento.

—Y yo te he dicho mil veces que puedes venir cuando quieras. Ya lo sabes.

—Pero lo dices con la boca pequeña…

—No, lo digo en serio. Eso sí, no quiero que vuelvas a mandarme a Mónica ni que vengas en modo salvavidas. Te recuerdo que aquí el único que tiene el curso de primeros auxilios soy yo.

—Lo que usted diga, vigilante de la playa.

—Y, por favor, cambia de tema; no quiero tener esta conversación cada día, Rober.

—Perfecto, cambiemos de tema.

—O, mejor aún, te dejo. Estoy bajando a la playa a buscar a Elaia y voy a quedarme sin cobertura en breve —le informé mientras conducía por las curvas sin apartar la mirada de la carretera.

—Joder, con la pelirrosa; te tiene absorbido el cerebro. Aunque no me extraña, tampoco hay mucho que absorber… —soltó, divertido.

—Adiós, Rober. —Colgué sin esperar respuesta. Cuando estaba en ese plan gracioso, aguantarle era una auténtica misión imposible.

Giré en la última curva a la izquierda con los nervios serpenteando en mi estómago; que Elaia me hubiese pedido que fuera a buscarla era una buena señal para empezar a recuperar lo que teníamos, una especie de bandera blanca y eso con ella era todo un logro.

Me estaba adentrando en el cruce que dividía la carretera hacia la playa, el náutico y el mirador, cuando una moto, a toda velocidad, se me echó encima, obligándome a hacer una maniobra brusca que podría haber terminado con los dos vehículos acantilados abajo. El motorista derrapó de golpe para no chocar conmigo y, entonces, le vi por el retrovisor; era Álvaro.

—¡¡Álex!! ¡Joder, Álex, menos mal! ¡Es Elaia!

¡¿Qué?! Los nervios que nadaban en mi estómago se multiplicaron, desbordándome por completo, logrando que me temiese lo peor.

—Hay… hay un incendio ahí abajo y Elaia está dentro. ¡Te necesito! —No esperó más, giró el puño al máximo y se perdió entre la oscuridad, en la bajada hacia el náutico.

Me temblaba hasta el cerebro, pero, como siempre, en momentos así, debía tener sangre fría para saber cómo actuar. Hice un cambio de sentido rápido y aceleré detrás de Álvaro para llegar abajo cuanto antes. No podía creerme que hubiese un incendio ni que Elaia se hubiera adentrado en el fuego, aunque su impulsividad y su carácter me hacían estar seguro de lo contrario. Paré el coche en el aparcamiento y me bajé sin perder ni un solo segundo hasta que vi parte del moderno edificio del club náutico convertido en una verdadera bola de fuego.

—¿Cómo sabes que está ahí dentro? —le pregunté mientras corríamos hacia la puerta.

—Había subido al mirador para llamar a nuestra prima y, cuando he salido de trabajar, me he pasado a buscarla, por si seguía ahí; he visto el fuego desde arriba y a ella metiéndose dentro. ¡¿En qué está pensando?!

Eso mismo me preguntaba yo… ¡Joder! ¿Cómo era posible que Elaia estuviera ahí dentro? Mi corazón empezó a arder antes de adentrarme en el interior de ese infierno, pero no lo dudé.

—Álvaro, ve a llamar a emergencias, ¡rápido!

—Ya he llamado desde arriba. —Señaló el mirador—. Vienen para acá.

—Muy bien; entonces, busca alguna ventana por la que se pueda entrar o mira si puedes localizarla desde fuera.

Salió corriendo, convencido, y me sentí orgulloso por mantenerle alejado. Analicé el escenario y busqué la mejor opción para llegar al interior. Sé que no hice lo correcto, pero justo cuando me encontraba delante de la puerta, vi a los bomberos llegando al *parking*, acompañados por varias motos que los seguían, bajo la atenta mirada de los curiosos que observaban la terrorífica escena desde los muelles. Sin embargo, no me detuve; no había tiempo y Elaia me necesitaba.

El salón estaba inaccesible, así que me adentré en el pasillo, andando lo más cerca posible del suelo, sintiendo cómo mi pecho se llenaba de humo al respirar. Traté de esquivar el fuego, que ocupaba ya, prácticamente, todas las habitaciones, en mayor o en menor medida.

—¡Elaia! —grité esperanzado—. ¡Elaia! —insistí temiéndome el peor de los finales al no recibir respuesta.

Pasé junto a la cocina, cuyas llamas alcanzaban la puerta, danzando con su peculiar ritmo, que tuve que sortear, y una pequeña explosión me sorprendió a mi derecha, acercando tanto el fuego que pude sentirlo en mi propia piel. Me pegué todo lo que pude a la pared contraria y seguí adentrándome en el pasillo, pero una enorme viga lo cruzaba de lado a lado, prendiendo con intensidad. Cogí impulso, la salté, casi rozándola, con el fuego amenazando con quemarme a cada paso, sintiendo cómo mi interior se abrasaba al aspirar y, entonces, la vi. En cuanto sus ojos azules aparecieron entre el humo al final del pasillo todo adquirió sentido, por fin.

—Elaia. —Suspiré aliviado, respirando con dificultad.

Me acerqué a ella con cuidado; a ellos, porque no estaba sola. Matteo estaba a su lado con un perro en sus brazos.

—Álex. —Me observó con el rostro pálido y se desplomó justo cuando llegué a su lado, con el tiempo suficiente para protegerla del golpe.

—Mierda… —mascullé entre dientes, cogiéndola en brazos.

—Sácala —me pidió Matteo, intentando toser, aunque apenas le quedaban fuerzas—. Sácala ya.

—Vamos. —Le hice un gesto con la cabeza para que saliésemos juntos.

—Ve delante. Voy detrás de vosotros…

Iba a preguntarle si necesitaba ayuda, pero yo no podía con los tres y la cuenta atrás estaba a punto de terminar para todos. Además, Elaia necesitaba un médico cuanto antes.

—Sígueme. Los bomberos están fuera; no tardarán en entrar —quise tranquilizarle. Tranquilizarnos a ambos.

Regresé siguiendo el mismo camino que había hecho para entrar, y que parecía el más seguro, hasta que me encontré de frente con la viga que ardía atravesando el pasillo, con las

llamas más altas aún, convirtiéndola en un imposible. Di un paso atrás y busqué con la mirada una nueva opción, otra salida que nos permitiese abandonar aquel verdadero infierno.

—El despacho—. Matteo señaló una de las puertas de la derecha, que permanecía cerrada.

Me adelanté para abrirla; parecía que el fuego no había destruido su interior todavía, pero estaba inundada de ese humo negro que cortaba la respiración.

Crucé al otro lado y cuando parecía que lo habíamos conseguido, una segunda viga se desplomó detrás de mí, separándonos de Matteo.

—¡¡Salid!! —gritó. Y aquella fue la última vez que le escuché…

Los pocos metros que me separaban de la salida se convirtieron en una verdadera tortura porque no pude dejar de pensar en él, en haberle dejado atrás sin ayuda, en cómo se encontraría Elaia… Tenía ganas de derrumbarme, de pararme a respirar, pero ella me necesitaba más que nunca.

—Elaia —susurré sobre su pelo—. Aguanta. Quédate conmigo…

Tenía que sacarla lo antes posible y en cuanto vi la gran ventana que presidía la pared frontal de la oficina, no lo dudé. Me dejé caer a través de ella, con Elaia en brazos, protegiéndola con mi cuerpo de la caída.

—¡Están aquí! —gritó uno de los bomberos que estaba echando agua a presión sobre el fuego, captando la atención de los médicos, que corrieron hacia nosotros—. ¿Queda alguien dentro?

—Un chico. Un chico y su perro. —Fue lo único que me dio tiempo a decir antes de que parte del techo del salón y de la entrada cayesen sin poder evitarlo, imposibilitando el acceso.

—¡Queda un chico dentro!

Me alejé lo suficiente para estar a salvo, dejándola en el suelo, con delicadeza, tumbándola de lado, en posición lateral de seguridad, y los médicos se abalanzaron sobre nosotros. Le aparté el pelo del rostro, comprobé su estado y en cuanto vi que aún respiraba, pude hacerlo yo también. Mis pulmones se vaciaron por completo de una forma dolorosa que nunca había sentido.

Siempre había creído que solo se vive una vez, pero Elaia me enseñó que no era así, que vivíamos cada día, recibiendo con cada amanecer una nueva oportunidad. Y solo con pensar que nuestra oportunidad podría haberse terminado antes, incluso, de empezar, mi corazón comenzó a saltarse latidos.

—Estoy bien, ve con ella —le pedí a un médico que se centró en mí al verme toser, mientras el resto examinaba a Elaia. Necesitaba que todos estuviesen con ella, que todas las manos posibles se esforzasen por sacarla adelante.

—¡¡Elaia!! —Álvaro corrió hacia nosotros al vernos en el exterior.

—¡Elaia! —Julia le siguió, llorando sin poder contenerse, echándose encima de los médicos que atendían a su prima. Solo entonces, me di cuenta del corro de jóvenes que contemplaban la escena a nuestro alrededor, inmóviles, atónitos—. ¡¿Cómo está?!

—Déjanos hacer nuestro trabajo, por favor —contestó uno de los sanitarios de manera cortante.

—¡Álex! —Julia me abrazó con fuerza—. ¡Gracias! —Sus ojos volvieron a desbordarse —. ¿Cómo está?, ¿está bien? Dime que está bien.

Con la mirada le desvelé que era lo único que esperaba, lo único que deseaba y necesitaba… pero no pude responder.

—¿Había alguien más dentro? —cuestionó con el gesto horrorizado al escuchar a los

bomberos. Asentí sin saber qué más decir, cómo explicárselo.

—Matteo —pronunciaron mis labios por mí, ya que mi mente y el resto de mi cuerpo se encontraban al lado de Elaia, agarrando su mano con fuerza.

—¡¿QUÉ?!



Capítulo 39
Julia

Si alguien me hubiera llegado a decir que mi última semana junto a Matt iba a ser como aquella, nunca le habría creído. Y era lo único que podía pensar cuando Álex me dijo que él estaba aún en el interior del náutico: en todo el tiempo que habíamos perdido aquellos días y que ya no regresaría. En cuanto escuché su nombre y vi la altitud de las llamas, no pude hacer más que gritar, furiosa con la vida y con el mundo, y salir corriendo hacia el edificio para ayudarle con mis propias manos. No obstante, mi primo me detuvo en cuanto vio mis intenciones.

—¡¡Matt!! —grité como si pudiera escucharme—. ¡¡Matt!! —insistí como si así fuera a funcionar.

Me acurruqué en el pecho de Álvaro, empapando de lágrimas su camiseta, golpeando su torso con mis puños, deseando terminar con todo aquello. La incertidumbre era angustiosa, el dolor era insoportable y la rabia era demoledora, tanto que mis piernas flaquearon, me dejé caer al suelo y seguí llorando allí, rota en mil pedazos.

Mi mente se trasladó a una de nuestras noches en el lago; una de las más especiales. Hacía poco más de una semana que habíamos perdido la virginidad, la cuenta atrás para que Matt se mudase había empezado y pensó que era una buena idea darnos un baño nocturno. Era una de las noches más famosas del verano, ya que tenía lugar la conocida lluvia de estrellas y toda la gente se encontraba desperdigada por las cimas de las montañas para observarla en su máximo esplendor, por lo que estábamos allí abajo los dos solos.

—¡Vamos, Juls! —me llamó, divertido, desde el agua, en una de las calas cristalinas.

—Ya voy, ya voy.

Me quité el vestido de tirantes que llevaba, quedándome en ropa interior, y cuando iba a lanzarme de un salto, me lo pensé dos veces.

—¿Y si…?, ¿y si sale uno de esos peces enormes? ¡No se ve nada!

—Entonces, tendrías un problema porque iría a por ti seguro… —comentó seductor y burlón a partes iguales—. ¡Venga ya!

No lo dudé más y entré en el agua lentamente, sin apartar la vista del fondo, por si apreciaba el más mínimo movimiento extraño. Estuvimos nadando, bromeando como solíamos hacer cuando éramos niños y charlando sobre miles de temas pendientes hasta que Matt se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos, pegando su cuerpo, húmedo y cálido, al mío. Me agarré a su cuello, enredé mis piernas en sus caderas y nos quedamos en silencio, guardando aquel instante en nuestras memorias para siempre.

—¡Mira! —Señaló hacia el cielo y vi el reflejo de una estrella que se perdía en el horizonte a gran velocidad—. ¿Has pedido un deseo? —me preguntó cuando desapareció.

—¡Claro! —contesté tratando de imaginar qué habría pedido él. Porque mi deseo estaba claro: que nunca se fuera.

Nos miramos fijamente y unos segundos después, nuestras lenguas jugueteaban igual que lo habíamos hecho nosotros. Mis labios rozaron los suyos con deleite para capturar su sabor para

siempre y cuando sus manos descendieron hasta mi cintura, mi columna sufrió una sacudida que hizo que me removiese entre sus brazos.

—Va a ser extraño todo esto sin ti —murmuré sobre su boca, sin separarme—. Como si fuera un mundo nuevo.

Y, en parte, así era. Matt estaba en cada rincón de la sierra, en los frondosos árboles que nos rodeaban, en el agua del lago, en los muelles… Lo mismo ocurría con todo lo que habíamos vivido juntos; no hacía falta que le buscase entre mis recuerdos porque él estaba presente en cada uno de ellos.

—Anda ya… —le quitó importancia—. No te dará tiempo ni a echarme de menos… Vendré a menudo.

No sabía lo que estaba diciendo.

—Eso es lo que dices ahora… Antes de que hagas una vida nueva allí.

—Pues… ¿sabes? Tú preocúpate de cuidar de esto, que yo me encargaré de cuidar de nuestra promesa.

Estaba segura de que con «nuestra promesa» se refería a ese «por siempre jamás» que nos dijimos en multitud de ocasiones cuando éramos unos críos, pero no supe qué quiso decir con ese «preocúpate de cuidar de esto». ¿De nosotros?, ¿de nuestra extraña, peculiar y especial amistad?, ¿de la sierra?

—Estaré aquí, esperando por los dos.

Adoraba esas promesas adolescentes, aunque fuesen un sinsentido en sí mismas; esas frases simples que podían mantener la ilusión durante semanas o, incluso, años, pero que cuando se rompían, destrozaban corazones con cada palabra que se incumplía. Y nosotros teníamos varias promesas no cumplidas a nuestras espaldas; sin embargo, la principal, la más importante que daba sentido a todo, continuaba ahí.

—¿Cuándo te marchas?

—La semana que viene —contestó, acariciando mis mejillas con suavidad.

—¿Ya? —Asintió.

—Aunque… si me convences, podría quedarme unos días más —soltó con burla. Sonreí y añadió con rapidez—: ¡Vale, ya me has convencido! Creo que con esa sonrisa, podrías convencerme de que la tierra es plana.

Me perdí entre sus brazos, pegándome a su cuerpo, abrazándole con fuerza, uniendo mis labios a los suyos para recordar siempre aquella noche que, de una manera o de otra, ya se había convertido en eterna.

…

Mis ojos se desbordaron como un torrente de agua al ver que pasaban los segundos y no había noticias de Matt. Analicé mi alrededor y vi a Giulia, a la que sujetaba Lena, llorando y gritando a varios bomberos que se esforzaban por apagar el incendio; a nuestros amigos, observando asombrados aquella imagen desoladora; a Álex, preocupado y aterrado sin apartar la vista del cuerpo de mi prima; a los médicos, que la atendían sin perder el tiempo; a Álvaro, con la mirada perdida en los muelles sin separarse de mí y a un grupo de personas que habían desalojado del pub de la zona trasera del edificio… Desde que Pablo murió, habíamos estado completamente distanciados, pero por primera vez en nuestra vida, parecía que estábamos todos unidos con un único objetivo.

De pronto, se oyeron gritos procedentes de uno de los laterales del club y varios médicos y bomberos salieron disparados hacia allí a toda velocidad. Me levanté para ver lo que estaba ocurriendo, limpiándome los ojos y el sendero de mis lágrimas con el dorso de la mano, y pude

distinguir a dos personas, que caminaban con dificultad entre la oscuridad y cayeron desplomadas en el suelo.

Corrí, derrotada, pero con cierta esperanza, hacia esa zona, a pesar de que con la cantidad de gente que se encontraba allí, podría tratarse de cualquiera. No obstante, cuando estaba lo suficientemente cerca, mi corazón dio un brinco; Matt estaba tumbado en el suelo con los ojos cerrados, Ian se incorporó a su lado para atender a su amigo y Lobo se encontraba a unos metros de distancia. No me lo podía creer.

—¡¡Matt!! —grité al acercarme, al ver su rostro cubierto de ceniza y comprobar que no reaccionaba.

Al final, la estrella fugaz cumplió mi deseo, porque jamás se había ido… No del todo.

—¡No respira!

Fue lo último que escuché antes de caer rendida porque las lágrimas volvieron a acumularse en mis lagrimales, el paisaje se tiñó de negro, dejé de ver, oír y sentir y el suelo se convirtió en lo único estable a lo que poder agarrarme.



Capítulo 40
Elaia

Tres días después…

Estaba exhausta y sobrepasada por todo lo que había ocurrido. Parecía mentira que solo hubieran pasado setenta y dos horas desde que se inició el fuego porque nuestras vidas habían cambiado de tal manera que parecían otras completamente opuestas a las que conocíamos.

Llevaba todo el día en casa, sin moverme de allí, con una rutina del sofá a la cama y de la cama al sofá muy estudiada, y la verdad es que no me apetecía hacer mucho más. Tan solo deseaba una cosa que mi mente no consiguió olvidar desde aquella noche horrible…

Tras el incendio, amanecí en el hospital. Aún sentía falta de aire y dificultad para respirar, lo que me agobiaba bastante, pero los médicos me aseguraron que era normal después del humo que había inhalado, aunque quisieron dejarme en observación una noche más para comprobar que estuviese en perfecto estado antes de darme el alta.

Mis padres no querían separarse de mí ni un solo instante y recibí las visitas de varios amigos, además de mis tíos y Álvaro y Julia, que se hicieron los perezosos a la hora de abandonar la habitación. «¿Cómo estás?», «¿cómo se te ocurre?» y «¿para qué te metiste directa en el fuego?» fueron las preguntas más repetidas durante aquel día. Tuve que responder lo mismo una y otra vez, pero… ¿qué se suponía que debía haber hecho? No podía dejar a Matt allí. Simplemente, no podía.

—Deberíais ir a tomar un café; ya me quedo yo aquí vigilando que no vuelva a hacer ninguna locura. —Álvaro se sentó al lado de mi madre, animándolos para que saliesen a tomar algo, ya que no se habían movido de mi lado desde que llegamos a las cuatro de la mañana.

—Muy gracioso… —mascullé, poniendo los ojos en blanco.

Mis padres le hicieron caso, me dieron un beso antes de salir de la habitación y desaparecieron tras la puerta. Debían de estar agotados; era casi la hora de comer y estaba segura de que necesitarían una ración doble de cafeína tanto como yo.

—¿Qué se supone que pasa con Álex? —quiso saber mi hermano, analizando mi reacción tras hacer esa pregunta.

—¿Por qué lo dices? —Me hice la tonta, pidiéndole a mi prima con la mirada que no dijese nada al respecto.

—¿Cómo que por qué lo digo? Arriesgó su vida para salvar la tuya.

Mi corazón se encogió al escucharlo y no porque no lo hubiera pensado ya mil veces antes de que él lo cuestionase, sino porque cada vez que recordaba el rostro de Álex al encontrarme allí, en medio de las llamas, mi raciocinio se nublaba y mi cuerpo no encontraba otra dirección posible hacia la que caminar que no fuese él.

—¿No se supone que es lo mismo que he hecho yo para ayudar a Matt?

Estaba de acuerdo con que no me otorgase un certificado de superheroína, pero tampoco me hizo gracia que me quitase el mérito así como así.

—¿Y que no se haya movido del pasillo en todas estas horas?, ¿eso también es normal?

—insistió.

Miré a Julia, asombrada, y ella asintió, confirmándome que era cierto.

—Estará preocupado.

—Ya, preocupado. Lo que tú digas, enana; puedo hacerme el tonto, pero no lo soy. —Desistió en su empeño—. Voy a invitarle a un café. ¿Queréis algo? —Ambas negamos con la cabeza antes de que saliese por la puerta y nos dejase solas.

—Está fuera… —repetí, escéptica, preguntando más que afirmando, esperando que mi prima me dijese algo más.

—No se ha movido del pasillo en toda la noche.

Su comentario provocó un hormigueo incesante recorriéndome de arriba abajo.

—¿Está bien?

—Preocupado por ti. —El escalofrío se hizo más intenso—. Y… bueno, ha dejado su puesto como socorrista.

—¿Qué?, ¿por qué? ¡Si le encanta ese trabajo!

—Ya entraremos en detalles; ahora tienes que descansar, pero, básicamente, no le dejaban cogerse días libres para estar aquí, así que… ha elegido.

No me lo podía creer.

—No puede ser cierto. ¿Puedes pedirle luego que pase, por favor?

—Claro. Si quieres, le llamo ahora; así podréis estar solos. Además, necesito estar con Matt, si me dejan los médicos… Y luego me pasaré a ver a Joel; se supone que hoy le daban el alta.

¡Mierda! ¡Joel! Con todo el jaleo del incendio, ni siquiera había tenido la oportunidad de contarle a mi prima las últimas novedades.

—¡Joder, Julia! —exclamé, incorporándome—. Joel…

—¿Qué? —preguntó, arrugando la frente, desconcertada.

—¿Te acuerdas de que ayer te dije que teníamos que hablar, que era urgente? —Asintió —. Por la mañana, vine al hospital a ver a Joel…

—¿Y?

—No llegué a entrar en la habitación. —Entrecerró la mirada, más confusa aún—. Estaba en la puerta y le escuché hablando con su tío, diciendo cosas horribles sobre ti y sobre Matt.

—Bueno, no tiene que ser nada fácil acostumbrarse a su nueva situación de la noche al día. Estará enfadado con el mundo. Y con Matt, ni te cuento…

—No es eso. Dijo que estaba intentando manteneros alejados, que provocó a Matt la noche del accidente para que acabase como su hermano y que… —dudé— cuando se enrolló contigo, lo hizo para que Matt se quedara en Roma y se le quitasen las ganas de volver. Y así, encima, conseguía follar contigo. Dos pájaros de un tiro, palabras textuales —recalqué.

El rostro de mi prima adquirió un tono blanquecino y sus ojos se abrieron tanto que tuve que preocuparme por ella; no debía de ser plato de buen gusto enterarse de que una persona importante de su vida pensaba eso de ella. Más bien, era una decepción absoluta.

—¿En serio? —titubeó—. ¿Cómo…?, ¿cómo es capaz de decir cosas así después de…? —Su mente tenía que ir a velocidad de vértigo—. Matt me avisó de que… ¡Agh! —exclamó—. ¡Se va a cagar!

—¿Sabes lo peor de todo?

—¿Aún hay más? —Asentí—. ¿Puede haber algo peor que eso?

«Prepárate…», le advertí con mi mirada.

—Lo último que escuché antes de marcharme fue que… Sebas le pidió a Joel que no se

preocupase por nada; le dijo que tenía preparada la venganza y que Matt no podría librarse.

—¡¿Qué?!

—Y lo peor es que le vimos saliendo del náutico ayer, justo cuando se originó el fuego. Estoy segura de que fue él. ¿Qué iba a hacer allí si no?

—¿Qué dices Elaia? —protestó como si se me hubiese ido la cabeza, pero según lo fue razonando, esa idea ganó peso en su mente—. ¿Cómo va a…? ¡Joder! ¿Y Matt?, ¿qué dijo?

—Ya estamos aquí —nos interrumpió mi madre al regresar a la habitación, pero no lo hizo sola; mi padre, Álvaro y Álex entraron con ella.

Mis ojos y los suyos se quedaron enganchados mientras el resto de las miradas se centraron en nosotros. Álex dudó unos instantes y acabó acercándose lentamente para sentarse en los pies de la cama con cuidado.

—¿Cómo estás? —se preocupó. Y no por sus palabras, sino por todo lo que me transmitía su cuerpo, sus ojos.

—Deseando salir de aquí —contesté con sinceridad. No había vivido un momento tan incómodo en mi vida. Quería decirle mil cosas, hablar con él de verdad y no pronunciar un sinfín de frases absurdas y triviales por encontrarnos tan bien acompañados—. Muchas gracias por sacarme de allí; si no llega a ser por ti…

—No te preocupes, no me costó nada —mintió, quitándole importancia—. Te saqué en un bolsillo —bromeó, robándome una sonrisa, provocando que los demás se riesen con su comentario—. ¿Estás bien? —insistió. Álex era así y, probablemente, esa era una de las cosas que más me gustaban de él. Una de tantas.

Quise preguntarle qué había ocurrido con el trabajo, por qué lo había hecho, pero me sobraba todo el mundo en aquella habitación, a pesar de que, para mí, estuviésemos los dos solos; con sentirle allí, a mi lado, me parecía más que suficiente.

…

Casi había oscurecido cuando decidí levantarme del sofá, apagar la televisión y vestirme para salir de casa. Mientras estaba en ello, la puerta principal se abrió y se cerró con un fuerte portazo, seguido de unos pasos que se acercaron rápidamente por el pasillo.

—¡Por fin estás aquí! —Mi prima me abrazó con cariño—. Estaba deseando terminar de currar para llegar a casa. ¿Cómo estás?

Aunque esa pregunta debería hacérsela yo; desde que le había contado que Joel estaba jugando con ella y mintiendo en todos los aspectos de su vida, no habíamos vuelto a hablar. No habíamos estado solas ni un segundo en el hospital y ese no era un tema para hablar delante de todo el mundo.

—Bien, ¿cómo estás tú?

—¿Yo? Estupendamente —contestó con cierta ironía—. Estuve hablando con Joel ayer; cuando fui a verle en el hospital, en caliente, ya le habían dado el alta. Y… ¡menos mal! Porque no me habría gustado montar un numerito allí mismo. Pero… ¿sabes? Después de pensarlo mucho, me he dado cuenta de que no me importa en absoluto. No voy a decirte que no me ha dolido ni que no me haya sentido engañada, porque no es así, pero soy yo la que decide la importancia que quiero darle.

—¿Qué le dijiste? —La curiosidad pudo conmigo.

—Estaba en casa con su madre y nos dejó solos para que pudiésemos hablar, así que le dije que lo sabía todo, que yo misma lo había escuchado desde el pasillo. —Abrí la boca, sorprendida, deseando que continuase—. Me quiso convencer, insistió en que las cosas no eran como pensaba, pero lo ignoré. Lo único que le contesté fue que esperaba que estuviese orgulloso

de su actitud, irónicamente hablando, claro; que sentía que no le conocía de nada y se había convertido en la mayor decepción de mi vida y, sobre todo, que no quería volver a hablar con él nunca.

—¿Y qué respondió?

—¿Qué iba a decir? No se lo esperaba, así que no pudo decir mucho más. Me largué de allí y hasta ahora…

Sonreí, feliz por ella, porque mi prima nunca había sido así. En muchas ocasiones, le habían traicionado, de distintas formas, y ella, por no perder el vínculo con esa persona, perdonaba con facilidad. Pero en esa ocasión no fue así… Todo había llegado demasiado lejos, poniendo nuestras vidas en juego.

—¿Me dejas la moto?

—¿La moto?, ¿tú?, ¿dónde vas?

—Tengo algo pendiente… —contesté, haciéndome la interesante.

—Puesss… puedes llevarte a Gladis. —Arqueó las cejas, enigmática—. Álvaro la ha dejado en el garaje, arreglada y lista para ti.

—¡Genial! —exclamé con sarcasmo. Aunque, en parte, estaba contenta por recuperarla, volver a tener cierta independencia y poder ir donde quisiera en cualquier momento.

Conduje concentrada en la carretera, adentrándome en la oscuridad de la noche, temiendo que saliese cualquier animal salvaje de los arbustos y se me echase encima o que ocurriera cualquier contratiempo que no me permitiese llegar a mi destino. Sin embargo, aparqué sana y salva, crucé la verja y me detuve frente a la puerta principal antes de golpearla con firmeza. No tardó en abrirse y en cuanto lo hizo, los ojos desconcertados de Álex se clavaron en los míos, que se deslizaron, automáticamente, hacia su torso firme, moreno y desnudo. Solo iba vestido con unos pantalones de chándal cortos que caían sobre su cintura con soltura y estuve admirando su cuerpo hasta que su voz suave me hizo regresar a la realidad.

—Elaia… —susurró sorprendido—. ¿Cómo…?, ¿cómo estás?

—Así que me sacaste de allí en el bolsillo, ¿eh? —bromeé para romper el hielo, haciéndonos sonreír.

—¿Cómo has venido? —preguntó extrañado.

—En moto. —Señalé hacia la puerta, recibiendo una mirada advirtiendo peligro de su parte.

—¿Quieres pasar? —Asentí, accediendo al interior cuando abrió más la puerta para permitirme el paso.

Nos quedamos unos segundos en silencio, sin decir nada, observándonos como si llevásemos demasiado tiempo sin hacerlo.

—¿Sabes que han tenido que adelantar el cierre de la playa porque se han quedado sin suficientes socorristas? —solté como si nada.

—¿Quieres algo de beber? —cambió de tema con rapidez.

—Una Coca-Cola.

Me senté en la encimera de un salto, quedándome a su altura, antes de que se girase para sacar una lata de refresco del frigorífico y cogiera otra para él. Aproveché para echar un vistazo rápido a la casa desde mi posición; solo había ido allí en una ocasión, acompañándolos cuando estaba su amigo de visita para recoger algo que se le había olvidado, pero no llegué a pasar. Era una casa pequeña y ordenada, con una cocina con barra americana desde la que se observaba el salón y unas empinadas escaleras de caracol, situadas en un lateral de la sala, que dirigían a la planta superior. No tenía demasiados muebles ni adornos que recargasen el ambiente;

únicamente, lo justo y necesario para él solo. Aunque tampoco pasaba demasiado tiempo en casa…

—¿Has venido para preguntarme por el trabajo? Deberías estar descansando.

—He respirado un poco de humo, no es para tanto.

Me miró arqueando las cejas, desistiendo por completo.

—Solo quedaban dos semanas de trabajo y la gestión de la playa tendrá que cambiar para el año que viene, así que podré volver para entonces. Supongo… No pasa nada.

La tensión empezó a vibrar entre nosotros hasta tal punto que parecía tirar de nuestros cuerpos para juntarlos.

—¿Por qué…?, ¿por qué lo has hecho? —Elevó más las cejas, como si la respuesta fuera más que evidente.

—Solo he hecho lo que sentía, Elaia. Nada más.

Metió una de las manos en el bolsillo, marcando bíceps, y mis ojos se desviaron instintivamente hacia sus labios.

—En realidad, no he venido para preguntarte por qué has dejado un trabajo que adorabas; solo quería darte las gracias. —Me bajé de la encimera y me quedé de pie frente a él—. Por salvarme la vida. Si no llega a ser por ti… no sé lo que habría pasado. —Di un trago para digerir todo aquello—. ¿También te metiste en el foco del incendio porque sentías que debías hacerlo?

—No —contestó con seguridad—. Eso lo hice porque no podía perderte. —Mi corazón hizo una pirueta mortal—. Te dije que no te soltaría nunca.

En cuanto sus labios pronunciaron esa última palabra, di un paso adelante y los junté con los míos. Abrió su boca despacio, saboreando la mía, y cuando nuestras lenguas se fundieron por completo, ese vértigo, que sentía en el pecho siempre que estaba con él, se hizo más intenso. Cerró los ojos, dejándose llevar, y negó con la cabeza, resignado, porque cuanto más nos acercábamos, y no me refería a físicamente, más lejos estábamos de poder soportar esa atracción que tanto nos unió desde un primer momento.

—Elaia… —susurró sin separarse, con un tono de advertencia. Pero no podía parar; lo único que no quería era parar.

Me pegué más a su cuerpo, acariciando su torso, firme y suave; había fantaseado miles de veces con tocar cada uno de sus músculos, con deslizar la yema de mis dedos por todos ellos, con delicadeza, aprendiéndomelos de memoria, y así lo hice, con los ojos cerrados, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba con mi tacto. En esa ocasión, la que negó con la cabeza fui yo, pidiéndole que no parase lo que habíamos empezado. Necesitaba sentirle y no me refería solo a algo sexual… Había visto la muerte demasiado cerca y comprender que era lo suficientemente importante como para que hubiese arriesgado su vida por mí, me hacía necesitarle de una forma imposible de explicar. Álex siempre me hacía sentir más y mejor: más importante, necesaria, imprescindible, sexy, inteligente, irresistible… Y en aquellos instantes, yo deseaba sentirle a él de todas las maneras posibles.

Cogí su mano con suavidad y la guie hasta mi cintura, colándola por debajo de mi camiseta, para que entendiese cuánto necesitaba su tacto, sentir la vida… Y es que cuando estaba a su lado no solo me brillaban los ojos como nunca, sino que mi vida deslumbraba. Con él cerca todo lo hacía.

Empezó a acariciar mi piel lentamente, haciéndome estremecer, mientras nuestros besos se hacían más rápidos e intensos. Nos detuvimos y abrimos los ojos para observarnos durante unos segundos; Álex contuvo el aliento al mirarme y darse cuenta de lo que nuestros cuerpos estaban deseando, así que decidió no alargarlo mucho más, volvió a unir sus labios y los míos y

sostuvo mi rostro entre sus manos para profundizar los besos y hacerlos más suyos. Nuestras bocas empezaron a devorarse con hambre, haciendo que respirase su sabor, cada jadeo que soltaba de forma entrecortada, adueñándome de su oxígeno y de su olor. De un salto, rodeé su cintura con mis piernas y me abracé a él, buscando el acople perfecto de nuestras bocas, de nuestros cuerpos, y cuando sentí su erección contra mi entrepierna, esa intensa presión que desbordaba mi bajo vientre se transformó en un ardiente escalofrío que recorrió mi cuerpo de arriba abajo.

Subió las escaleras hasta el piso de arriba sin soltarme ni separarnos ni un solo segundo y me dejó en la cama con delicadeza. Su mirada sensual se deslizó por todo mi cuerpo hasta detenerla en mis ojos y cuando vio que me deshice de mi camiseta, se tumbó sobre mí para que nuestros labios volviesen a encontrarse. Su mano encajó con la mía a la perfección cuando entrelazamos nuestros dedos y me colocó el brazo por encima de la cabeza, mientras que con la otra empezaba a acariciar mi cuerpo despacio. Sus dedos rozaron mi mejilla, mi clavícula y bajaron hacia mi vientre, haciendo una leve parada en mis pechos; me incorporé para quitarme el sujetador y liberarlos y su boca abandonó la mía para centrarse en ellos. Su lengua saboreó mis pezones, haciéndome enloquecer, logrando que la intensidad me superase y un apasionado temblor me recorriese con vehemencia.

Al sentirlo, Álex se detuvo un momento, aún sobre mí, y regresó a mi rostro.

—¿Quieres que pare? —Negué con la cabeza, reflejándome en sus ojos oscuros—. ¿Estás segura? —Enredé mis dedos en las ondas de su pelo para atraerle hacia mí, besarle y que comprobase, de primera mano, mis dudas.

Sentir su piel me provocó una oleada de calor que hizo que esa necesidad inicial se multiplicase y perdiera la noción del tiempo entre miles de besos lentos, millones de sensaciones indescriptibles y cientos de latigazos eléctricos fulminantes que golpearon mi bajo vientre. Y es que jamás había sentido nada igual; tanto ni tan bonito al mismo tiempo.

Se incorporó, observándome desde arriba, y cada movimiento suyo, repleto de seducción, logró que le admirase asombrada para estudiarlo en profundidad. Era todo tan sensual y natural que ni siquiera quise pestañear para no perderme detalle. Álex desabrochó mi pantalón vaquero corto y lo deslizó por mis piernas, sin apartar su mirada de la mía. Hizo lo mismo con mi tanga y sus calzoncillos y cuando ambos estuvimos desnudos, uno frente al otro, nos contemplamos en silencio y volvió a colocarse sobre mí con cuidado. Acarició mi pecho, aprendiéndose cada recoveco de memoria, y llevó su mano hasta mi bajo vientre para dibujar círculos con las yemas de sus dedos. Mis músculos respondieron contrayéndose y cuando descendió hasta mi deseo, con un simple roce, empecé a tiritar de nuevo, de pura anticipación.

—¿Estás nerviosa? —susurró sobre mis labios antes de besarlos. Asentí y esbozó una sonrisa tranquilizadora—. Somos tú y yo; solo tú y yo.

Puse mi mano en su nuca para acercarle a mí y saboreé sus labios con urgencia, provocando que un gemido saliese directamente de su garganta. Le necesitaba más cerca, a pesar de que estábamos piel con piel; quería que sus manos recorriesen todo mi cuerpo y sentir cada centímetro de Álex en mí. Arqueé las caderas hacia él, provocándole, y su sonrisa me desveló lo que estaba a punto de ocurrir. Sin alejarse demasiado, cogió un preservativo de la mesilla, rasgó el envoltorio y se lo puso para regresar a la posición inicial. Se detuvo unos segundos, mirándome, y nos vimos reflejados en los ojos del otro sin decir nada; no hizo falta. Con un movimiento suave y delicado se introdujo en mi interior y, entonces, todo encajó, por fin, sin esperarlo. No, al menos, de aquella manera. Siempre había sentido que no pertenecía a ningún sitio, que no terminaba de conectar con nadie y eso por no hablar del amor, del que desconfiaba

tanto como huía; sin embargo, en ese mismo instante, sabía que todo estaba donde debía estar, que no había lugar mejor para mí ni persona que me hiciese sentir tan especial como él. No era virgen, pero en aquel segundo, con una sola embestida, sentí que todo era nuevo para mí, que mis pocas relaciones sexuales anteriores habían sido una pérdida de tiempo. Y una gran decepción. Porque no era capaz de asimilar que se pudiese sentir tanto con un único movimiento… No sé si fue el roce de nuestros cuerpos, la manera de mirarme o la forma de acariciarme, pero aquella fue la mejor sensación de toda mi vida.

Los besos se volvieron apasionados y quise adueñarme de cada gruñido ronco que emitía su garganta. Me aferré a sus hombros, buscando mayor roce y contacto, más profundidad, y sentí cómo su cuerpo se tensaba con cada vaivén de mis caderas. Sus movimientos aumentaron la velocidad y la presión de mi entrepierna se volvió más dolorosa con las descargas que me provocaban sus acometidas certeras. Y ahí estaba de nuevo, ese temblor que anunciaba deseo y pasión. Encajábamos de un modo tan perfecto que era imposible volver a encontrar una conexión parecida en ningún otro lugar de la galaxia.

Álex se dio cuenta de mis sacudidas, entrelazó mis dedos con los suyos y buscó mi mirada, tratando de tranquilizarme. Pero cuanto más me miraba en esa situación, más me excitaba, más le necesitaba, más ganas me provocaba. Gemí sobre sus labios y atrapó los míos entre sus dientes, saboreándolos después. El ritmo de sus embestidas aumentó, prediciendo que el clímax estaba cerca, y cuando el orgasmo nos arrolló, un intenso escalofrío acabó con la presión de mi centro, extendiéndola por cada poro de mi piel, sacudiéndome de forma radical. En esa ocasión, fue Álex el que tembló encima de mí y empezó a moverse más despacio, con un ritmo suave y delicado que no permitió que mis latidos volviesen a su estado natural. Besó mis labios con delicadeza, una y otra vez, hasta que se detuvo por completo.

—Te dije que no iba a soltarte nunca —susurró, acariciando mi cuerpo, admirándolo con esa mirada que me hacía sentir única, dando respuesta a las preguntas que le hice nada más llegar.

Junté mis labios y los suyos de nuevo, sin poder contenerme, y cuando parecía que empezábamos a relajarnos, el deseo volvió a tirar de nosotros, imparable.

Vivimos aquella noche desnudos en su cama, aprendiéndonos cada rincón de nuestra piel y saboreándola hasta que el amanecer nos sorprendió con la pasión desbordándonos por cada poro. Habría dado todo por hacer eternos aquellos instantes, por guardarme para siempre el sabor de nuestros gemidos, por poder capturar la suavidad de su piel y la seguridad de sus abrazos. Habría dado cualquier cosa por hacernos eternos; sin embargo, solo nos quedaban dos semanas por delante para disfrutar de ese volcán en erupción que fue encendido por una chispa. Y es que Álex había conseguido, sin pensarlo ni esperarlo, que esas mariposas de mi estómago, que parecían aletargadas, sacudiesen sus alas con fuerza sin parar. Me hizo creer en el amor y en esas historias románticas de las películas y de los libros de las que siempre había renegado. Porque durante toda nuestra existencia caminamos sin buscarnos, pero estábamos seguros de que habíamos vivido para encontrarnos.



Capítulo 41
Matt

No podía creer que hubiesen pasado ya tres días desde aquella noche, una de las peores de mi vida y no por todo lo que la acompañó, que también, sino porque desde aquel instante me convertí en una decepción para mí mismo. Había perdido todo por lo que mi familia había luchado durante años y lo peor era que sabía que aquello iba a ocurrir, tarde o temprano, y no hice nada para remediarlo. No podía dejar de pensar en ello, de martirizarme con qué opinaría mi abuelo si fuera consciente de que en el náutico ya no quedaba nada, aparte de algunas paredes, que parecían indestructibles, y algo de mobiliario calcinado. No quedaba ni rastro de eso por lo que había trabajado de sol a sol durante tantos años. No obstante, pude rescatar a Lobo y me sentía orgulloso por ello. Si no, el daño habría sido irreparable. Aunque creo que arriesgué demasiado… Mi vida, la de Elaia, la de Álex, la de Ian… Pero no podía dejarle allí; era algo que no dudé ni un solo segundo.

Salí al pequeño porche de madera de la cabaña, de donde llevaba dos días sin moverme, y me senté en los escalones para contemplar el entorno y el resto de las casas que me rodeaban. Saqué un cigarrillo y cuando lo atrapé entre mis labios e iba a encenderlo, lo pensé dos veces; lo metí en la cajetilla de cartón de nuevo y la estrujé en mi mano, lanzándola a una esquina, destrozada. Si los bomberos no hubiesen conseguido apagar el incendio y se hubiera extendido hasta esa zona, aquello también habría desaparecido. ¡Y a saber qué más!

Hubo un momento, durante aquella noche, en el que pensé que todo se había acabado. Cuando Álex consiguió sacar a Elaia del edificio y me quedé allí dentro, con las llamas rodeándome, sintiéndome incapaz de soltar a Lobo, que desprendía terror en su mirada, supe que no quedaba mucho más por hacer. Busqué una salida, aunque el humo me nublaba la razón y no me lo permitía, y, entonces, en medio de esa nube negra que lo cubría todo, apareció él. Ian. Aún no sabía cómo sentirme al respecto, ya que se adentró en el incendio con la única intención de sacarme de allí. Tal vez quiso redimir la decepción que me había causado, pero… ¿a cambio de su vida? Era un precio muy alto.

Salió de la nada, pegándose a la pared del pasillo principal, y me quitó a Lobo de los brazos, al ver que mis fuerzas se encontraban ya por los suelos y que era incapaz de respirar.

—¡¡Vamos, Matt!! Hay una ventana por la que podemos salir —me explicó, pidiéndome que fuese delante de él.

Aún no sé cómo lo conseguimos ni cómo pudimos caminar; el fuego se había adueñado de todo, conseguir algo de oxígeno era misión imposible y no podíamos dar ni un solo paso sin toser varias veces seguidas. Logré salir a través de la ventana con su ayuda y en cuanto llegamos al exterior, di tres pasos y caí al suelo, exhausto. Me ardían los pulmones y la garganta, y al recibir la primera bocanada de aire, todo dio vueltas a mi alrededor. Y… ¿después? Nada.

Del resto no recordaba nada más, excepto las lágrimas de Juls cuando abrí los ojos en la ambulancia. Fue ver su rostro sobre mí y sentir que el oxígeno que me estaban proporcionando

los médicos empezaba a hacer efecto, como si ella fuese el verdadero aire que necesitaba respirar. No se separó de mí ni un solo instante hasta que llegamos al hospital y le obligaron a hacerlo. Sin embargo, unas horas más tarde, en cuanto se lo permitieron, regresó, sentándose a mi lado en la cama, en la que me tenían en observación.

—¡No vuelvas a hacerme esto! —sollozó, apoyándose sobre mi pecho, escondiendo las lágrimas que caían por sus mejillas—. ¡No vuelvas a hacerlo!

—Shhh, Juls —susurré, acariciándola, intentando que se tranquilizase—. Estoy bien. Mírame, estoy bien.

Cogí su rostro entre mis manos para que nuestros ojos se encontrasen, limpié el sendero húmedo de sus lágrimas con mis pulgares y con una sonrisa tímida se acercó para besar mis labios. No había nada en el mundo que pudiera compararse con su sonrisa, pero si esta surgía en mitad de un beso, ya era algo insuperable.

—Lo siento, Matt —dijo visiblemente afectada.

—¿Qué?, ¿por qué?

—Sé todo lo que ha pasado, sé que ha sido Sebas. Elaia me ha contado que escuchó a Joel hablando cosas horribles sobre nosotros… —Fruncí el ceño, molesto por oír ese nombre.

—¿Qué cosas?

Me contó lo que su prima había escuchado en aquel hospital, lo que ese innombrable dijo sobre Julia, lo verdaderos motivos por los que se interesó por ella. Su odio hacia mí era más que evidente, pero nunca imaginé que llegara hasta tal punto.

—¿Por qué crees que me alejé? —Abrió los ojos, sorprendida, esperando una respuesta —. Porque en uno de mis viajes, te vi con él y no iba a ser yo quien se interpusiese en tu felicidad. Y menos aún, si no estaba aquí… Así que intenté hacer lo mismo y rehacer mi vida.

—¿Con esa chica italiana?, ¿Alessia? —No sé qué me hizo sonreír, si que recordase su nombre o la forma de pronunciarlo. Negué con la cabeza, resignado.

—Alessia era solo una amiga —dije, sin más, incorporándome—. Tú eres mi verdadera y única debilidad; tu sonrisa lo es…

Vi cómo su mirada se desvió hacia mi tatuaje y no pudo evitar que las comisuras de sus labios se curvasen entre las lágrimas mientras yo hacía una mueca, rindiéndome a nuestros sentimientos, a ella.

—Tu sonrisa es mi debilidad —susurré antes de que sus ojos regresasen a los míos para permanecer enganchados en silencio—. Desde siempre y para siempre.

Era así. En cuanto a eso, no había discusión alguna posible. Juls apoyó sus manos en la cama para acercarse a mí lentamente y me besó con delicadeza. Nuestras lenguas se reencontraron y enredé mis dedos en el pelo de su nuca para controlar el beso y profundizarlo. No quería que se alejase, no quería que aquello terminase; lo único en lo que podía pensar era en recuperar el tiempo perdido, en hacer desaparecer las lágrimas de su rostro repartiendo besos y caricias por todo su cuerpo, amándola como en tantas ocasiones había hecho.

—¡¡Matteo!! —exclamó la voz preocupada de mi madre, que entró sin avisar, arrancando aquel mágico momento de raíz, consiguiendo que Juls se separase de mis labios como si acabara de quemarse. Giulia entró detrás de ella, ya que fue a buscarla en cuanto comprobó que me encontraba bien—. ¡Ay, lo siento! No sabía que… —quiso disculparse, pero recordó el motivo por el que estaba allí—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo estás, cariño?, ¿estás bien?

—¡Mattu! ¿Cómo estás? —insistió mi hermana.

—Bien, bien —contesté indiferente, sin apartar la mirada de Juls para que no se marchase, aunque en cuanto las vio aparecer, se levantó y caminó hacia la puerta, dejando que mi

hermana y mi madre ocupasen su lugar—. Estoy bien.

—Bueno, yo… yo os dejo. Me imagino que tendréis mucho de lo que hablar —murmuró Julia, haciendo un gesto con la mano para despedirse.

—¿Qué ha pasado, hijo? —Mi madre se sentó a mi lado y me abrazó. Solo entonces vi que tenía los ojos rojos e hinchados; suponía que habría estado llorando durante todo el camino.

—Ya te lo he contado mil veces, mamá —refunfuñó Giu.

—Pero… ¿estás bien?

—Estoy bien —repetí para que se lo creyese.

—¡Madre mía! —sollozó—. ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Y ahora…?, ¿ahora qué vamos a hacer? —Volvió a abrazarme—. Menos mal que estás bien; si te llega a pasar algo… —Su mente empezó a imaginar lo sucedido—. ¿Qué hacías allí tan tarde?

—Mamá, no te preocupes por eso ahora —dijo mi hermana con seriedad—. Aún tenemos las casas y el pub; no estamos tan mal. Saldremos adelante juntos.

Por primera vez en toda mi vida, sentí que Giulia había madurado de golpe. De hecho, ni siquiera parecía la misma persona.

—Lo siento, mamá, pero no pude hacer nada —añadí con sinceridad. Aunque no era del todo cierto, podría haber solucionado las cosas o haberme encargado de Sebas antes de que hubiese llegado tan lejos. Pero no quise sacar el tema; quería arreglarlo a mi manera en cuanto pudiera.

—¿Qué dices, hijo? Tú no tienes la culpa de nada —contestó mi madre—. Pero en una cosa tienes razón, Giulia: saldremos adelante.

No se movieron de mi lado en toda la mañana y yo no aparté la mirada de la puerta, deseando que Juls regresase. En ello estaba, concentrado en la entrada, como si eso sirviera de algo, escuchando la conversación entre mi madre y mi hermana, cuando llamaron a la puerta y entraron sin esperar respuesta.

—Hola, ¿se puede? —La mirada que le lanzó a mi hermana me hizo creer que no habían vuelto a hablar desde que esta se enteró de su traición.

—¡Ian! Claro, ¡pasa! —le invitó mi madre.

—Me voy a por un café —dijo Giulia, encaminándose hacia la puerta.

—Giu… —murmuró él de una forma casi imperceptible antes de que ella saliese de la habitación; inapreciable, al menos, para el que no supiese lo que se cocía entre esos dos. Y con cómo sonó su nombre, como una especie de ruego, confirmé mis sospechas de que mi hermana había estado totalmente distante con él—. ¿Cómo estás? —me preguntó cuando se colocó al lado de mi madre, junto a la cama.

—Bien.

Ella nos miró a ambos, una y otra vez, sospechando que algo había ocurrido y se vio forzada a seguir a mi hermana.

—Casi que… voy a por otro café para mí. ¿Quieres uno? —le preguntó a Ian antes de cruzar la puerta.

—No, no, gracias.

Nos miramos unos segundos en silencio, sin saber muy bien qué decir, hasta que ambos rompimos la calma al mismo tiempo.

—Lo siento —dijo él.

—Gracias —nos solapamos.

—No tienes por qué darlas —contestó con sinceridad.

¿No tenía por qué? Quizá no estábamos en nuestro mejor momento, pero que se hubiese

jugado la vida para sacarme de allí era de agradecer, por lo menos.

—No deberías haberlo hecho; podríamos habernos quedado los dos allí dentro.

—Lo sé.

—Y menos aún, si lo has hecho para limpiar tu conciencia… —solté con dureza. No podía culparme por seguir dolido; las cosas no se olvidaban así como así.

—¿Eso crees? —cuestionó, molesto. Mi silencio le dio la respuesta—. ¡Pues estás muy equivocado! —exclamó—. No podía dejarte allí dentro. Habría intentado sacarte, aunque llevásemos años sin hablarnos.

No sé qué me dolió más; si sentir que unas semanas atrás habría estado seguro de que sus palabras eran ciertas o creer que ya dudaba de todo lo que decía, de él, de mí.

—La he cagado, ¿vale? Lo sé. Y si pudiera dar marcha atrás, nunca habría actuado así, pero no es posible retroceder en el tiempo, así que… —pensó sus palabras—. ¿Por qué crees que me jugué la moto en aquella estúpida apuesta? Porque empezaban a involucrarme en sus tejemanejes y quería desentenderme de todo aquello. —No sabía qué decir, así que no dije nada —. Solo quiero que sepas que no me la he jugado para conseguir tu perdón. Hice lo que habrías hecho tú, sin más; lo que hacen los amigos.

Y tenía razón; a pesar de que estuviésemos enfadados y mi disgusto con él no pudiera ser mayor, habría cruzado el mismísimo infierno para salvarle. En eso éramos demasiado parecidos… ¡La madre que le parió! Ni siquiera podía seguir enfadado con él en un momento como aquel y su discurso me hizo recapacitar; puede que después del incendio, mis principios y mis prioridades hubiesen cambiado, pero sentía que me había ablandado en ese tema.

—Bueno, quería ver cómo estabas y ya lo he hecho, así que… te dejo que descanses —dijo, haciendo un movimiento de cabeza para despedirse.

—Ian. —Se giró por última vez—. Gracias.

Esbozó una media sonrisa y desapareció por el pasillo. La habitación se quedó en silencio, por lo que mi mente empezó a darle vueltas a sus palabras, en las que prefería no pensar, así que me levanté y me dirigí hacia el pasillo en busca de algún rostro conocido para encontrar una habitación en concreto. Vi a Álex al fondo, hablando por teléfono, y supuse que ella se encontraría cerca, así que llamé a la puerta más próxima y entré cuando una voz desconocida me lo pidió. Me encontré de frente con la mirada desconcertada de los padres de Elaia y con su rostro, que mostró alivio al verme. No había ni rastro de Juls; aunque tenía la esperanza de que se encontrase allí, en ese instante, necesitaba hablar con Elaia.

—¿Nos dejáis un momento? —Sus padres asintieron y no tardaron en dejarnos solos—. ¡Qué alegría verte, Matt! ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú? —No supe las ganas que tenía de comprobar que se encontraba bien hasta que la tuve delante de mí.

—Genial —dijo con esa sonrisa que tanto me recordaba a la de su prima—. Ya sabes, una nueva historia que contar.

—Ya te vale; me has dado el susto de tu vida. Pensaba que no salíamos de allí.

—Yo sabía que lo haríamos —sentenció con confianza—. Te recuerdo que me metí allí dentro para rescatarte, no para que nos quedásemos allí.

—¿Por qué lo hiciste?

Me habría encantado continuar, decirle que llevábamos años sin hablar, que la confianza que teníamos se perdió, aunque solo hiciese falta un gesto desde la distancia para recordar la complicidad que compartimos.

—Bueno, no se abandona a los amigos y tú me lo demostraste, así que… —Sonreí

orgulloso.

—Gracias, Elaia. —La abracé con cariño.

—Por cierto, ¿cómo está Lobo?

—Bien, espero… Aunque por su edad y su enfermedad, lo han dejado ingresado en el veterinario. Prefieren tenerlo controlado.

—Es lo mejor. —Se quedó pensativa, en silencio, unos segundos—. Matt, ¿por qué…?, ¿crees que Sebas…? —No pudo acabar de formular la pregunta; suponía que, para ella, sería difícil asimilar que alguien de su círculo más cercano fuera capaz de hacer arder nuestro mundo.

—¿Que si creo que fue él? —Asintió—. Estoy seguro.

…

Me levanté de un salto de los escalones de la cabaña y bordeé el lago, caminando por la orilla, hacia los muelles. Levanté la cabeza y me encontré con la que había sido mi infancia destruida, convertida en escombros quemados repletos de recuerdos. Solté todo el aire, que estaba conteniendo, de golpe; no tenía fuerzas ni ganas para afrontar todo aquello, así que me dirigí hacia mi moto e intenté camuflar los problemas entre la velocidad.

Pedí el alta voluntaria la mañana siguiente al incendio; no podía estar perdiendo el tiempo con la cantidad de cosas pendientes que tenía por hacer. Empezando por hablar con él…

Hacía ya varias horas que había oscurecido, cuando aparqué la moto en la puerta de mi casa. Se me hizo raro no encontrar a Lobo tumbado debajo del árbol, como siempre, pero estaba mejor con vigilancia las veinticuatro horas y no podría estar en mejores manos. Subí las escaleras sin detenerme y crucé la puerta, cerrándola de golpe a mis espaldas, captando la atención de mi madre, que salió del salón sobresaltada.

—¿Qué haces aquí, hijo? ¿Cómo estás?

—Bien, mamá.

—¿Seguro? —me analizó de arriba abajo, buscando cualquier signo que le indicase lo contrario—. Mira que yo te veo más delgado… Deberías haberte quedado en el hospital; seguro que hoy seguirías allí en observación. —Puse los ojos en blanco por sus palabras.

—¿Cómo está? —Miré hacia el interior del salón, donde se encontraba mi abuelo, sentado en el sillón con la vista clavada en la televisión.

—Parece que hoy ha tenido un buen día… —Esbozó una pequeña sonrisa esperanzadora.

—¡Ey, *nonno*! ¿Cómo estás? —Me senté a su lado, poniendo una mano en su pierna para captar su atención—. Te veo muy bien…

Mi madre salió de la sala y se perdió por cualquier otro sitio de la casa; me conocía demasiado y sabía que había ido allí con un único objetivo: hablar con él sobre lo ocurrido. Mi corazón dio un vuelco cuando mi abuelo giró el rostro y su mirada se encontró con la mía, haciendo que las comisuras de sus labios se elevasen ligeramente. Había ocasiones en las que sucedía ese milagro; puede que él no supiera quién era yo, pero sabía que era parte de su familia, que nos queríamos. Y eso solo tenía una explicación, que el amor estaba por encima del olvido, en todos los sentidos. Y era lo único que ambos necesitábamos.

—Cada día te veo mejor —dije dándole un apretón en la pierna—. No como yo, que estoy hecho un verdadero asco. —Asintió, sacándome una sonrisa—. He venido para que pasemos un rato juntos y para hablar contigo, ¿sabes?

—Claro —contestó sin desviar la mirada, haciendo que mi interior se estremeciese al darme cuenta de que me quedaban pocos instantes como aquel.

—Quería hablar contigo —dije sin esperar—. Ha sido una semana difícil y aunque me hubiera gustado que terminase de otra manera, no ha podido ser. Solo quiero que sepas que lo

siento, ¿vale? —No era consciente de lo que intentaba decirle, pero necesitaba soltarlo y cuando asintió, me quité un peso de encima—. Solucionaré todo esto, te lo prometo.

Permanecí allí unos minutos, hablándole sobre cualquier cosa, comentando el programa que aparecía en la pantalla, sintiendo cómo prestaba atención a mis palabras, a pesar de que apenas me contestase. Sin embargo, su mirada, aún fija en la mía, me aseguraba que lo estaba intentando, que siempre lo hacía. Él era así.

Poco después, me di cuenta de que ya era tarde para él, así que me levanté, le di un beso en la mejilla y me despedí:

—Te quiero, *nonno*.

—Yo también —murmuró, cuando me dirigía hacia la puerta, con los ojos ya clavados en la televisión, provocando que tragase saliva con fuerza para deshacerme del nudo del pecho. Sonreí sin poder evitarlo y es que mientras él siguiese allí, a nuestro lado, siempre quedarían motivos más que suficientes para mirar hacia adelante, para volver a intentarlo.

Cogí la moto para regresar a la cabaña con la mente centrada en un único objetivo: volver a reconstruir aquello que tanto le costó a mi familia. La semana anterior, tras los continuos boicots que habíamos recibido, decidí denunciar los hechos y puse dos cámaras de seguridad en las instalaciones: una, en la puerta de la verja, en la entrada, y otra, en uno de los muelles, enfocando hacia el edificio. Me había pasado los dos días, desde que salí del hospital, contactando con la compañía de seguros, intentando que cubriesen el incendio, pero insistieron en que no se harían cargo de actos de vandalismo, como lo denominaron. Sin embargo, todos mis pensamientos estaban concentrados en encontrar una solución; se lo debía y no iba a quedarme de brazos cruzados.

Estacioné la moto delante de la puerta de mi pequeña cabaña y mi corazón se detuvo cuando aprecié su silueta junto al lago, sentada en la orilla. Juls se levantó cuando me vio acercándome hacia ella y nos quedamos uno frente al otro, de pie; llevaba algo entre sus manos, pero no conseguí averiguar de qué se trataba hasta que no estuvo lo suficientemente cerca.

—Hola.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo. —Sonrió con picardía.

—¿Qué estás tramando? —pregunté al fijarme en su rostro.

—¿Por qué debería estar tramando algo?

—Porque puedo descifrar cada una de tus sonrisas y esa me lo acaba de chivar…

Creo que no terminé de pronunciar la frase; Juls dio un paso al frente y juntó nuestros labios, enredando nuestras lenguas con una necesidad desmedida. Llevaba días soñando con sus labios, deseando devorarlos, sentir su piel cerca de la mía y el sonido de sus carcajadas vibrando a mi alrededor. Rodeé su cintura con mi brazo, pegándola más a mí, y nos besamos con pasión, con esas ganas contenidas que se arremolinaban en mi estómago en forma de un cosquilleo constante.

—No vuelvas a hacerme esto —susurró en mi boca, sin separarse.

No supe a qué se refería exactamente, pero sus ojos me transmitieron todo el miedo que había sentido por perderme. La estreché entre mis brazos con fuerza y ella se inclinó para volver a atrapar mis labios.

—Nunca —contesté, saboreando los suyos.

—Fue la peor noche de mi vida. Pensaba que nunca más volvería a verte. —Mi corazón se agrietó al escuchar el tono de su voz.

—Cada vez que nos separamos, las cosas se tuercen. Creo que lo mejor será que estemos

juntos. Por el bien de los dos —añadí, excusándonos, ganándome una mueca divertida de su parte.

—Ya, por el bien de los dos… ¿Y qué hay de las normas?, ¿deberíamos romperlas?

Me mostró lo que llevaba en las manos: el tablón de madera, poco más grande que un folio, que estuvo situado durante años en la puerta de nuestra caseta del árbol; ese donde estaban escritas las normas más sagradas de nuestro grupo cuando éramos unos niños.

«3: Prohibido enamorarse», leí con una sonrisa escéptica. Aún recordaba, a la perfección, el día que las escribimos en nuestro preciado lugar secreto.

—¿De dónde lo has sacado? —cuestioné sorprendido. Pensaba que ese tablón se había quedado en su sitio, con nuestra cabaña, y que lo perdimos el mismo día que ese terreno se vendió.

Juls se encogió de hombros, mostrándose inocente.

—Lo tenía guardado.

—¿Durante todo este tiempo? —Asintió.

—Durante todo este tiempo.

—Puesss creo que llegamos demasiado tarde para cumplir las normas, ¿no? —Volví a besarla—. Casi veinte años tarde.

Y es que, pensándolo fríamente, le habría sobrado todo el tiempo del mundo para enamorarme porque en cuanto sus labios se curvaron para mí, el primer día, caí rendido a sus pies. «Durante todo este tiempo» rendido a ella…

—¿No has oído nunca eso de que las segundas oportunidades nunca terminan bien?

—Nosotros nunca tendremos una segunda oportunidad. Siempre hemos sido la primera opción, la única opción. —Dejó caer la madera al suelo y se agarró a mi cuello con ímpetu, juntando nuestros labios con deseo, logrando que mi interior comenzase a burbujear.

—No quiero buscar a nadie más, Matt; quiero que lo intentemos hasta que salga bien.

—No va a hacer falta intentarlo; saldrá bien —aseguré.

—Todo saldrá bien —recalcó, desviando su mirada hacia la montaña de escombros quemados en la que se había convertido el club náutico—. ¿No sabes que cuando una puerta se cierra, se abre una ventana?

—No tenemos ventanas…

—¡Pues eso! ¿Qué mejor manera que empezar desde cero?

La sonrisa desbordante de ilusión que esbozó me hizo creer que era posible. Y es que, a su lado, todo lo era, en realidad. Junto a ella, me sentía mejor persona, capaz de cualquier cosa, de comerme el mundo, de hacerla feliz. Por eso, estaba seguro de que, ocurriese lo que ocurriese, me esforzaría para que sonriera de esa manera cada día, cada segundo, haciendo brillar al mundo. Porque no sabía cómo nos iría juntos en un futuro, pero tenía la certeza de que ella seguiría ahí, a mi lado, el último día de mi vida, haciendo latir mi corazón en cuanto sus labios se curvasen de aquella manera. Porque con ella, y con su sonrisa, descubrí el significado de la palabra amor en todos los idiomas del mundo y solo por eso ya merecía la pena arriesgarse. Lo merecía todo.



Epílogo
Álex

Tres meses después…

Parecía que hacía una vida que me había marchado de la sierra y más aún, al haber entrado en diciembre, con las navidades asomando a la vuelta de la esquina, con sus luces decorando cada calle y las clases del colegio, con los villancicos como banda sonora diaria. Cada vez que cerraba la puerta de la casa de mis abuelos era como si dejase una pequeña parte de mí en su interior, aunque, en realidad, allí se quedase mucho más que eso. Sin embargo, en esa ocasión, fue como si hubiese dejado más en la sierra de lo que traje conmigo a la ciudad. Y es que mi relación con Elaia vivía en aquella playa, en cada frondoso pino que la bordeaba, en la arena, en las carreteras que recorrían esas montañas, en la casa que me vio crecer… Por eso, dejar todo aquello allí, en *stand-by*, era una verdadera tortura. Estábamos en ese punto en el que todo el tiempo que pasásemos juntos, por mucho que fuese, siempre sería insuficiente; en el que podríamos haber vivido durante días sin salir de entre las sábanas, en el que lo único que queríamos era poder disfrutar del otro de todas las maneras posibles. Por eso, me costó tanto marcharme, pero cada segundo a su lado era un valioso y escaso tesoro que sentía la necesidad de exprimir, como hicimos durante la última noche que pasamos juntos antes de mi vuelta al trabajo, a la cruda realidad. No pegamos ojo; estuvimos envueltos entre las sábanas, con nuestros cuerpos enredados durante horas, aprovechando cada instante. Saboreé cada poro de su piel, la fina línea que dibujaba sus labios, cada recoveco de su cuerpo, hasta hacerla enloquecer; la estreché entre mis brazos con fuerza, susurrando en su oído miles de planes futuros e hicimos el amor una y otra vez, como si no hubiese un mañana, hasta que caímos rendidos al amanecer.

—¿De verdad tienes que irte hoy? —Hizo una mueca triste al besar mis labios, deslizando las yemas de sus dedos por mi entrepierna, haciéndola reaccionar de inmediato.

—Quieres volverme loco, ¿verdad? —Le devolví el beso, rodeándola con mis brazos, apretándola contra mí—. Sabes que no me movería de aquí, pero no sé qué le parecería a mi jefa que llegase tarde el primer día…

—Tienes fiebre. —Me tocó la frente, exagerando el gesto—. No puedes marcharte así; estás enfermo. Estoy segura de que tu jefa entendería la situación. —Sonrió granuja, provocando que nuestras lenguas empezasen una nueva batalla.

—Tú sí que me pones enfermo —recalqué con picardía—. Pero estaré aquí el fin de semana; no habrá nada que me lo impida. Y yo nunca rompo una promesa…

—¿A qué promesa te refieres, exactamente?

—No me hagas explicártela o no me marcharé nunca.

—Podrías no marcharte…

—Sí, podría no hacerlo…

Su mirada azul me provocó y nuestros cuerpos volvieron a acabar enredados entre aquellas sábanas blancas que nos impedían levantarnos de allí, arropándonos de un huracán de besos, caricias y pasión.

Estuvimos toda la noche haciéndonos promesas, entre beso y beso, y pensaba cumplir todas y cada una de ellas; desde no dejar que lo nuestro se apagase hasta vernos cada fin de semana siempre que fuera posible. No obstante, en ese instante, me refería a la que le hice desde un primer momento: no soltarla nunca. Y no pensaba hacerlo porque desde que se cruzó en mi vida con sus locuras, se convirtió en lo más importante, dejando que todo lo demás fuese un simple decorado. No quería irme porque sabía que la distancia no iba a ser fácil, pero sentía que no había nada ni nadie que pudiera interponerse entre ambos, ya que lo nuestro era algo tan especial que trascendía cualquier barrera física, el tiempo y el espacio.

La primera semana fue dura, aunque nos pasábamos el día entero hablando. Teníamos una conversación eterna que nunca se terminaba, pero acabamos acostumbrándonos a esperar con ansias la llegada de los fines de semana, donde nos dedicábamos, únicamente, a disfrutar de nosotros.

Uno de los días, durante aquel primer mes separados, estaba en la sala de profesores junto a Rober, enfrascados en una intensa conversación sobre nuestros horarios, cuando me pilló desprevenido, con la mirada fija en el teléfono.

—¡Eh!, ¡vuelve! —Chasqueó los dedos delante de mi rostro, haciéndome volver—. Esa chica te tiene absorbido el cerebro, ¿eh?

—Tú sí que tienes absorbido el cerebro. O lo tendrías, si contaras con uno —bromeé.

—Muy gracioso, sí.

Mi amistad con Rober había vuelto a sus inicios, después de que intentase mediar en mi relación con Mónica. Él insistió en que lo había hecho con «la mejor de las intenciones»; sin embargo, miles de amistades se rompen por querer ayudar o, mejor dicho, por meterse donde no te llaman. Aun así, agradecía que todo hubiese vuelto a la normalidad entre nosotros, ya que era un pilar imprescindible para mí.

Leí una vez más los mensajes que acababa de recibir y mi mente empezó a pensar a gran velocidad, ideando un plan de última hora.

Elaia:

Estoy agotada, creo que voy a morir.

¿No sabrás de alguien que pueda reanimarme?

En cuanto salga de currar, pido una pizza.

Y no me muevo del sofá durante el resto del día.

Álex:

¿Reanimarte?

Conozco a alguien que podría hacerlo…

Y que moriría por quedarse contigo en ese sofá.

Un par de horas más tarde, salía del colegio con un único objetivo en mis pensamientos: llegar cuanto antes a la sierra para verla.

—¡¿Qué haces aquí?! —gritó, saltando a mis brazos, enredando las piernas en mi cintura, en cuanto abrió la puerta y se encontró conmigo al otro lado.

Nos besamos con efusividad, con pasión desmedida, y cerré la puerta con el pie al adentrarnos en la casa.

—Necesitaba verte —susurré sobre sus labios, volviendo a saborear ese elixir adictivo que me volvía loco, a aspirar su aroma, que tanto echaba de menos—. Y reanimarte… —Soltó una carcajada que me derritió por dentro.

Nos olvidamos de la pizza y del resto del mundo. Y yo, que había ido hasta allí para reanimarla, acabé muriendo entre sus brazos, con cada una de sus caricias.

Cuando llegó la hora de marcharme, remoloneamos demasiado, posponiendo el momento y acabé llegando a casa a las tantas de la noche, lo que casi impidió que pudiera levantarme a la mañana siguiente para ir a trabajar. No obstante, el viaje mereció la pena por tenerla un segundo entre mis brazos, por rozar sus labios con los míos.

Desde lo ocurrido en el club náutico, Elaia y su familia estaban hasta arriba de trabajo; no solo contaban con el restaurante, repleto de clientes, como siempre, sino que, además, decidieron encargarse de la nueva gestión de la zona de la playa. En cuanto se enteró de la decisión de sus padres y de sus tíos, Elaia me llamó gritando, eufórica, asegurándome que ya me había asignado el puesto de socorrista para la nueva temporada y que podríamos pasar el siguiente verano juntos. Y lo estaba deseando… Pero nos quedaba el largo invierno y la primavera por delante.

Y allí estaba, un lunes cualquiera, en casa, preparando las clases de la semana, cuando llamaron al timbre. Me levanté, arrastrando los pies por el pasillo, y al abrir, mi corazón se aceleró sin poderlo remediar. Su mirada desbordante de ilusión iluminó ese oscuro descansillo y su media sonrisa gamberra la acompañó.

—Buenas noches. Perdone, ¿Álex Ferrer? Le traigo un paquete —dijo divertida.

—Soy yo, ¿no nos conocemos? —Fruncí la mirada, enigmático.

—La verdad es que no, pero me gustaría… —murmuró con picardía—. Su paquete —me explicó, señalándose, haciendo que nuestros labios chocasen con efusión y que mi corazón enloqueciese, imparable.

—¿Qué…?, ¿cómo…?, ¿cuándo…? —titubeé entre beso y beso sobre su boca, pegándome a su cuerpo. La risa de Elaia nos envolvió con aquella melodía que llevaba meses convirtiéndose en mi favorita.

—Bueno, hay un pequeño cambio de planes. —Esa frase me asustó porque viniendo de ella, ese «pequeño cambio» podría ser cualquier cosa.

Nos separamos unos segundos y cerré la puerta a nuestras espaldas; saqué un par de refrescos del frigorífico y nos dirigimos al salón. Me senté en el sofá y Elaia se acomodó sobre mis piernas, a horcajadas, mirándonos fijamente.

—Cuéntame. —Apoyé mi frente en la suya, sin alejar nuestros ojos. Ni nuestros labios.

—¿Te acuerdas de cuando me preguntaste si quería hacer algo más con mi vida?, ¿si tenía algún sueño pendiente? —Asentí—. Puesss me he matriculado en psicología, en la universidad.

—¡¿Qué?! ¡Eso es genial! —exclamé, orgulloso de que, al final, hubiera dado el paso.

—En realidad, has sido tú el que me ha animado a intentarlo. Siempre haces que quiera luchar por mis sueños, que desee mejorar en todo.

—Ya eres la mejor en todo —dije con sinceridad porque era lo que, de verdad, sentía. Besé su sonrisa con dulzura—. ¿Entonces…? —Mi mente empezó a atar cabos, como si no le hubiera dado tiempo a deducirlo hasta ese instante—. ¿Te quedarás aquí?, ¿conmigo?

—Bueno, aquí no. He alquilado un estudio cerca de la universidad, pero estaré aquí, en la ciudad, contigo —desveló con los ojos centelleantes de ilusión—. Quería acabar con esa horrible distancia y que podamos compartir el café siempre que queramos, que hagamos el amor cada noche y hacerte…

—La persona más feliz del mundo solo por existir —añadí, ganándome un beso extra—. Pero… lo siento por ese estudio porque no dejaré que te vayas de aquí. —La besé—. Ni un segundo.

—¿Durante el resto del día?

—Durante el resto de mi vida —sentencié, liberando esos sentimientos de los que se

había adueñado desde que la conocí.

—Ay, peligro público número uno… —susurró, suspirando, apretando los labios para contener las lágrimas—. No será fácil. Tendremos momentos complicados, en los que querremos salir corriendo, pero estoy segura de que si no apostamos por nosotros ahora, nos arrepentiremos siempre. ¿Estás preparado?

—Nací preparado —bromeé, abrazándola con fuerza—. Hace tiempo que te lo prometí, Elaia; cuando lo malo explote, seré la primera persona en estar a tu lado. Es lo único que deseo: estar ahí, aquí, contigo.

—Conmigo… —repitió, rozando mis labios, seductora, haciendo que un escalofrío atravesase mi columna como un rayo.

—Para ti.

La pasión se adueñó de nosotros gracias a esos besos lentos que no tuvieron fin porque ahora sí, teníamos todo el tiempo del mundo. Al menos, contábamos con los años que durase la carrera de psicología porque lo que pasara después no importaba. Elaia podría montar su propia consulta en la ciudad o yo trasladarme al colegio de la sierra para dar clases. ¡¿Qué más daba?! Lo importante era que, pasase lo que pasase, el futuro estaba de nuestro lado y teníamos claro cómo íbamos a vivirlo: juntos.

Con Mónica todo fue complicado; dar un paso hacia adelante en nuestra relación me suponía un mundo y tal vez no era cuestión de estar preparado, como pensaba, sino de encontrar a la persona adecuada con la que vivir ese tipo de cosas. Con Elaia, en cambio, me moría de ganas por seguir avanzando y sentía que nos faltaba tiempo para poder hacer todo lo que queríamos… Era como si llevara toda una vida esperándola, aunque, por aquel entonces, aún no lo supiera.

Parecía una paradoja, pero llevaba demasiados años haciendo lo que más me gustaba, salvando vidas, y ella había aparecido justo para eso, para rescatarme a mí. Por ese motivo, daba igual dónde, cómo o cuándo, porque lo más importante ya lo tenía a mi lado y desde que ella llegó, se convirtió en el principio y el final de todos los días de mi vida. Ahora solo nos quedaba empezar a vivirlos… Juntos.



Epílogo
Matt

Tres meses después…

Rodé sobre mi propio cuerpo y me cubrí el rostro con el brazo, escondiéndome de la claridad que se adueñaba de la pequeña habitación de mi cabaña. El olor característico de la montaña, de la humedad de los pinos, provocada por el rocío a primera hora de la mañana, del lago y un aroma que conocía demasiado bien, y que se había impregnado en cada uno de los hilos que componían las sábanas, me hicieron reaccionar. Me giré una vez más, palpando el colchón sin abrir los ojos, molesto por la luz, hasta que di con su cuerpo y la abracé con cariño, pegando mi torso a su espalda. Aspiré el olor de su cuello, que nublaba mi raciocinio, y empecé a besar su piel, sintiendo cómo se estremecía bajo mis labios. Acaricié su vientre, dibujando círculos sobre su ombligo con las yemas de mis dedos, provocando que Juls se acercase a mí y se acurrucase en mi cuerpo. Llevaba demasiados años deseando poder estar así con ella, sin medir el tiempo ni las consecuencias, preocupándonos, únicamente, por disfrutar de nosotros y de lo nuestro, sin ver más allá. Y en ello estaba, concentrado en deslizar mis dedos por su cuerpo, de arriba abajo de su espalda, de forma rítmica, cuando el sonido de la alarma me hizo ser consciente de la realidad; era la hora de empezar a trabajar y por fin, después de varios meses, lo estaba deseando y sentía que merecía la pena.

Tras el incendio, después de muchas llamadas, la compañía de seguros siguió negándose a asumir los daños provocados por el fuego; según ellos, la cobertura de incendios, siempre que estos fuesen provocados, no estaba incluida en la póliza. Y menos aún, después del estado financiero en el que se encontraba el club náutico. Por eso, agradecí enormemente haber colocado las cámaras. Dos días después de ver mi mundo destruido, comprobé que Sebas aparecía en las grabaciones, en las que se le podía ver perfectamente entrando en las instalaciones con un bidón en las manos, vertiendo el líquido por el salón, haciéndolo arder, y saliendo, poco después, cuando las llamas ya se apreciaban a través de los ventanales. No dudé en que pudiera servir como prueba junto a la denuncia inicial y así fue; la policía tomó cartas en el asunto de forma inmediata y le detuvieron en el hospital de parapléjicos, en una de las visitas a su sobrino. Deseé durante días que se hiciera justicia, que el karma hiciese su parte, por una vez en la vida, para que pudiésemos levantar lo que él había hundido, eso por lo que lucharía hasta el fin, y cuando el juez le condenó a tres años de prisión, además de hacerse cargo de la indemnización por los daños causados, no podía creérmelo. Eso sí, con el dinero asignado no tendríamos ni para empezar, pero algo era algo… Al menos, podríamos intentarlo.

Mi madre, Giu y yo estuvimos, durante semanas, pidiendo presupuestos, adelantándonos a los gastos, cuadrando hasta el más mínimo céntimo para tratar de resurgir de nuestras cenizas, como el ave fénix, pero parecía imposible.

Una tarde estábamos en casa, en el despacho de mi abuelo, organizando miles de papeles, cuando el estruendoso sonido del timbre vibró en la habitación. Me levanté, me dirigí a la

entrada para abrir y unos ojos castaños, que me resultaban completamente familiares, me analizaron con desconcierto. Me quedé inmóvil, sin poder reaccionar ni saber qué decir, hasta que fue ella la que rompió el hielo de mi mirada.

—Hola, Matteo —me saludó Carmen, la madre de Juls, con la que llevaba años sin hablar —. ¿Cómo estáis?

Las palabras se quedaron atascadas en mi garganta; no sabía qué quería ni qué hacía allí, pero estaba seguro de que mi madre la había echado de menos en multitud de ocasiones, tanto como Juls y yo extrañábamos la relación que tenían; sobre todo, en lo que nos afectaba a ambos. Asentí, mudo, y carraspeé para pronunciar algo decente.

—Bien, estamos bien. ¿Qué…?

—¿Puedo pasar? Me gustaría hablar con vosotros.

—Claro. —Abrí más la puerta, permitiéndole el paso. A esa mujer no podía negarle nada; siempre le estaría agradecido. Después de todo, gran parte de mi infancia la viví a su lado.

En cuanto mi madre la escuchó, se asomó a la puerta de la oficina, tan confundida como yo, y entrecerró la mirada, atónita.

—Carmen… —murmuró de forma inaudible—. ¿Qué…?, ¿qué haces aquí?

—Hola, Bianca —dijo con amabilidad. Llevaban sin hablar desde que la familia de Julia fundó el Riva y se llevó parte de nuestra clientela, y que estuviesen allí, juntas, me resultó tan raro como natural—. Le estaba diciendo a Matteo que quería hablar con vosotros, si tenéis un minuto… Hola, Giulia —saludó a mi hermana, que salió al pasillo de brazos cruzados, con una postura defensiva.

—Por supuesto, tú dirás.

—Lo primero que quería deciros es que siento mucho lo que ha ocurrido, de verdad. —No supe si se refería al incendio o a todo, pero algo me dijo que las disculpas venían desde lejos, desde varios años atrás—. No sé cómo alguien puede llegar a ese punto de maldad, a querer destrozar a otra persona de esa manera. Da miedo no conocer a la gente que tienes a tu alrededor. Y a Sebas le teníamos demasiado cerca… —Se quedó en silencio unos segundos—. Con todo lo que ha pasado, hemos asumido la gestión de la playa para la nueva temporada —anunció como si fuese una gran noticia, mientras nuestras miradas continuaban igual de desconcertadas por el motivo de su visita—. Y… bueno… Sabemos que estáis en una situación complicada. Hemos estado hablando y hemos pensado que nos gustaría echaros una mano y ayudaros a salir adelante. Si os parece bien, claro. —No dijimos nada, no podíamos. Me pasé la mano por el pelo, tan confundido como sorprendido—. Quiero decir… Sabemos que la sierra no sería lo mismo sin los Costa y os necesitamos para que todo esto funcione, así que nos gustaría asociarnos con vosotros y, ahora que nos va bastante bien y podemos asumirlo, ayudaros a construir el náutico de nuevo.

Mi madre me observó con los ojos como platos, esperando mi reacción, pero no me inmuté. La decisión era suya; si por mí fuera, nunca me habría separado de esa familia. Ningún motivo me parecería suficiente para alejarme de ellos.

—No sé qué… —titubeó.

—No nos meteríamos en las decisiones importantes ni en la gestión del club. Únicamente nos gustaría que siguieseis ahí, como siempre, y queremos ayudaros.

—No sé qué decir —murmuró, por fin, mi madre.

—Con que digas que sí es más que suficiente. —Carmen sonrió con simpatía y a mí se me encogió el corazón al volver a comprobar, de primera mano, de dónde había heredado Juls sus mejores cualidades. Me parecía increíble que con todo lo que habíamos pasado, ellos fueran los primeros en ofrecer su ayuda.

—Bueno, yo… No sé… —Las comisuras de sus labios amenazaron con curvarse ligeramente antes de mirarnos a mi hermana y a mí, una y otra vez, incrédula, para acabar analizando a nuestra vecina—. Muchas gracias, Carmen.

—No tienes por qué dármelas… Tú habrías hecho lo mismo. —Volvió a sonreír y caminó hacia la puerta—. No hace falta que lo decidas ahora; piénsalo y me llamas.

Y eso fue lo que más me sorprendió, que después de las rencillas, de las tiranteces y del tiempo que había pasado, siguiera valorando lo que tuvimos y supiera cómo habríamos actuado en una situación parecida. Porque tenía razón; era así, habríamos hecho cualquier cosa por ellos. A pesar de todo.

Nos despedimos de forma cordial, lo que ya era un gran paso adelante, después de tantos años con la relación justa, y salí detrás de ella para coger la moto y conducir a toda velocidad hacia la clínica. Aparqué en la acera y entré sin esperar; menos mal que Juls se encontraba tras el mostrador, concentrada en la pantalla del ordenador, y solo había una mujer en la sala de espera, sentada en una de las sillas con un gato sobre sus rodillas.

—¿Ha sido idea tuya? —Crucé al otro lado de la mesa y ella se puso de pie, asombrada al verme aparecer.

—¿Cuál?

—Ha sido idea tuya —sentencié sin dudar, cogiéndola en el aire para abrazarla y besarla con miles de ganas acumuladas—. ¿Te he dicho que eres increíble?

—Hoy no… —Sonrió con esa mezcla de inocencia y picardía que me volvía loco, esa que haría enloquecer a cualquiera.

—Eres increíble —susurré sin separarme, besando sus labios una y otra vez.

En cuanto escuché la propuesta de Carmen, supe que había sido Julia la que había intercedido por nosotros. O, al menos, la que había comentado la posibilidad de ayudarnos. No obstante, fue un trabajo en equipo porque el resto de su familia accedió y su madre nos tendió la mano para que la mía la agarrase con fuerza. Habían tenido sus más y sus menos, pero aquel día sembramos la semilla para que la relación que habíamos tenido en un pasado volviese a germinar, para que construyéramos un futuro juntos y olvidásemos el rencor y las disputas que nos habían separado. Y eso era lo importante, seguir adelante.

Me despedí de Juls, aunque deseaba quedarme allí sentado, contemplando cómo trabajaba, cómo se iluminaba su rostro cada vez que atendía a uno de sus clientes, pero me subí a la moto, arranqué y giré el puño todo lo que daba de sí; me perdí por las carreteras que tan bien conocía, con la cabeza en otra parte, hasta que un coche oscuro se saltó una de las señales de *stop* y se me echó encima. Con un movimiento de brazos y de cadera rápido, conseguí esquivarlo sin besar el asfalto, pero mi mente se desbordó de imágenes de los accidentes que me hicieron suavizar el ritmo, por esos dolorosos *flashbacks* imposibles de olvidar.

Desde el incendio, quise desprenderme de la culpa, convenciéndome del daño que habían querido hacerme Joel y Sebas, pero esta era una dura compañera y se negaba a abandonarme así como así. Por lo visto, según escuchamos entre nuestros conocidos, Joel continuaba en el hospital de parapléjicos; el tipo de lesión que tenía y la mejoría que había sentido desde su llegada le hacían vivir la rehabilitación con cierta esperanza y creía que saldría andando de allí. Sin embargo, los médicos no opinaban lo mismo y no volvería a la sierra tan pronto como él pensaba. Al menos, no caminando… Y aunque ese pensamiento se clavaba de forma incesante y punzante en mi pecho, cada vez que él aparecía por mis recuerdos, prefería que continuase lejos de mí, de nosotros, porque nunca sabría hasta dónde podría llegar su odio. Pero no pensaba dejar que me afectase. Ya no…

Unas semanas después de aquello, mi madre y Carmen empezaron a hablar para construir el náutico desde cero. Pensaba convencerla, explicarle que teníamos que aceptar su ayuda, pero no hizo falta; ella lo sabía tan bien como yo, se lo debíamos a mi abuelo. Y lo que empezó siendo una relación sin más, entre ellas, en la que hablaban lo justo, por ese compromiso de trabajar juntas, acabó tiñéndose con cierta confianza adquirida en el pasado. Carmen, como prometió, se desentendió de la gestión y del funcionamiento del club y mi madre, repleta de energía y de ilusión, me «contrató» como arquitecto para llevar a cabo el proyecto. Nunca la había visto así y solo por ver su rostro, durante aquellos días, merecía la pena tanto trabajo y esfuerzo. Y cuando limpiamos el terreno y lo preparamos para que empezasen con los cimientos, recordé que tenía un tema pendiente que no podía olvidar.

Conduje hasta esa casa en la que tantos grandes momentos había vivido y llamé a la puerta, esperando que estuviese allí en ese instante. No tardó en abrir y cuando lo hizo y sus ojos claros se encontraron con los míos, la incertidumbre se adueñó de su gesto.

—Matt, ¿qué…?, ¿qué haces aquí? —preguntó, con desconcierto, el que había sido mi mejor amigo.

—Hola.

—Hola. —Frunció el ceño—. ¿Quieres pasar?

—No. Tengo… —dudé— tengo prisa.

—Vale, ¿ha pasado algo?

—No, solo venía a decirte que… —pensé cómo decirlo—. Estamos buscando una persona que se encargue del surtidor de gasolina en el náutico. Sería para verano, pero bueno… Si estás interesado, solo tienes que decírmelo.

—¿Yo? —cuestionó extrañado.

—Estabas buscando trabajo, ¿no? —Llevábamos semanas sin hablar, pero hasta donde sabía, continuaba en el paro. Ian asintió—. Pues eso; si quieres, ahí lo tienes.

—No me debes nada; más bien, es al contrario.

—Lo sé —le corté—. Solo te lo he dicho porque lo necesitamos.

—Pues cuenta conmigo —decidió sin pensárselo ni un solo segundo—. Con una condición. —En ese momento, el que entrecerró la mirada fui yo.

—¿Qué condición? —pregunté con tono grave.

—Que una parte de mi sueldo sea destinada a la reforma. Hasta que todo esté como antes…

—Una pequeña parte.

Asintió y esbocé una media sonrisa, conforme. «Hasta que todo esté como antes», me repetí. Nos costaría volver a ser lo que éramos, en todos los sentidos, pero nos esforzaríamos para lograrlo. Igual que sucedió con las dos bandas; desde que se enteraron del complot de Joel y de Sebas, el grupo de Julia vino a mostrarme su apoyo y a ofrecerme su ayuda y a partir de entonces, recuperamos *eso* que se había perdido ocho años atrás, esas conversaciones y momentos juntos que deseaba que regresaran y se mantuviesen en el tiempo. Porque no sabía cómo acabaríamos, pero estaba seguro de que vernos a todos unidos merecería la pena…

Y en cuanto a Ian… Tardaría en recuperar la confianza perdida, en verle de nuevo como un amigo, como le aseguré en muchas ocasiones; sin embargo, estaba ahí, a mi lado, cuando más le necesitaba, como siempre, y en esos instantes era lo único que me importaba.

…

El insufrible pitido de la alarma me trajo de regreso a la realidad. Juls escondió el rostro en mi torso, abrazándome, huyendo de los rayos de sol de un nuevo día. Acaricié su pelo con

dulzura, enredando mis dedos en él, y lo besé, aspirando ese olor afrutado que lo inundaba.

—Buenos días, preciosa —susurré sobre su cabello.

—Buenos días, dormilón —contestó burlona, rozando mis labios con los suyos—. ¿No piensas hacer caso al despertador?, ¿vas a quedarte en la cama todo el día?

—*Dolce far niente* —bromeé.

—Ya, *dolce far niente* —repitió con un estudiado acento italiano. Se incorporó sobre mí y empezó a besar mi torso, dejando un sendero de besos repartido por mi piel, provocando un intenso cosquilleo en mi interior.

La alarma volvió a sonar y puse los ojos en blanco antes de apagarla, recordando la cantidad de veces en las que había maldecido el reloj porque a pesar de haberla encontrado, el tiempo no era el correcto y estábamos separados. Y ahora, que por fin podíamos estar juntos, el mundo adulto nos reclamaba.

—¿Sabes una cosa? Creo que hay algo que sí me apetece hacer… —murmuré con picardía, rodando sobre ella para que se quedara debajo de mi cuerpo.

—Puesss… me temo que va a tener que esperar. —Me dio un intenso y profundo beso que hizo despertar a cada poro de mi piel—. ¿No habías quedado con el constructor a las ocho? Son las ocho y diez.

—¡Mierda!

Me levanté de un salto, poniéndome los vaqueros rápidamente. Llevábamos toda la noche dejándonos llevar por la pasión y caímos rendidos cuando empezaba a amanecer, así que no podía ni con mi alma.

—Aunque… —Me acerqué a ella, seductor—. Llevo enamorado de ti veinte años, creo que podré esperar una hora más.

—Así que… enamorado, ¿eh? —cuestionó coqueta, con una sonrisa que no pude evitar morder.

—Eso he dicho —murmuré sin separarme. Juls me empujó, haciéndome caer en el colchón, y se sentó sobre mis piernas, pegando nuestros cuerpos como si estos se negasen a separarse más de cinco segundos—. Enamorado de la forma que me miras, de cada momento que vivimos juntos, de esas tardes inolvidables, de tu sonrisa, de ti…

—¿Eso es lo que sientes desde hace veinte años?

—¿Te parece poco? —Apretó los labios, evitando que estos se curvasen—. Se trata de estar donde puedas ser. Y yo… solo puedo ser contigo.

—Solo somos una vez en la vida, Matt, y yo también quiero ser *todo* contigo —reveló, provocando que mi corazón se expandiese.

—*Todo* contigo —repetí—. Y no es solo lo que siento por ti, sino lo que no podría sentir por nadie más. Quiero que tengas eso muy claro… —Creo que la dejé sin palabras porque ni siquiera se movió cuando rocé sus labios—. Llevo una vida entera enamorado de ti, Juls; solamente era cuestión de que ambos lo entendiésemos…

—¿De que ambos lo entendiésemos?, ¿el qué?

«Que los dos sentimos lo mismo, pero en distintos momentos; que seguíamos siendo aquellos niños que jugaban a enamorarse, que nunca podría imaginar una vida en la que ella no estuviese…». Tenía tantas respuestas posibles para esa pregunta que tuve que pensar cuál era la más apropiada, la que expresaba justo lo que sentía en esos instantes.

—Que eres lo único que necesito, Juls. Todo lo que quiero.

Se lanzó a mis labios como tantas veces había soñado, con esa sonrisa que se había convertido en la cura para cualquier mal del mundo, logrando que me evaporase en cuanto su

boca tocó la mía y que todo cuanto había a nuestro alrededor desapareciese, sin más; que el tiempo, que tantas veces había odiado años atrás, al estar distanciados, se detuviera en aquella habitación sin importar nada. Solo nosotros. Porque entre esas cuatro paredes se encontraba lo único que me ayudaba a seguir adelante, esa mueca inocente e irresistible que me salvaba del silencio y de mis miedos, que desbarataba mi calma y desbordaba mis días de vida. Porque nunca imaginé que aquel primer «hola» iba a convertirse en un «te necesito» constante, que con un solo verano acabara quedándose una vida entera y que aquella primera sonrisa, que nos presentó a través de una verja cuando tenía siete años, iba a transformarse en mi arma letal, en mi mayor debilidad. Nunca lo imaginé, pero siempre lo deseé.

Fin

Agradecimientos

Siempre que me preguntan «¿qué es lo que más te cuesta al escribir una historia?» digo lo mismo: el final, porque nunca sé cómo va a terminar, y los agradecimientos, porque me niego a dejarme a nadie por el camino cuando esta aventura es posible gracias a tantas personas. Por eso, solo puedo daros las GRACIAS a todos por vivir esta experiencia a mi lado, por vuestros mensajes, audios y reseñas, por dar una oportunidad a cada uno de mis libros, por querer a sus personajes tanto como yo… Gracias por leerme, siempre.

Gracias a Álex, Matt, Juls y Elaia; a los originales. Y a todos los demás, por supuesto. Por una infancia inolvidable, por esas aventuras que nunca se podrían contar, por miles de carreras sobre las dos ruedas, por haber vivido juntos muchos de los mejores momentos de nuestras vidas. Sobre todo, gracias a mi prima, Miriam, por tantos años de complicidad y tantas historias que nunca cabrían en un libro.

Gracias a mis padres, como siempre, por darme la mejor niñez en el mejor lugar posible. Gracias por todo, por tanto.

A Mey, para no variar. Porque cada libro juntas es una nueva locura repleta de ilusión. Nos queda mucho por delante, lo mejor… Gracias por ser, por estar, por llegar hace veinte años para quedarte.

A Irene (@ladyromanticbook). Por aguantar todas mis neuras y sacarme de cada enredo, en el que me meto yo misma. Gracias por tener siempre un hueco para mí, a cualquier hora, y ayudarme con cada historia. ¡Eres lo más!

A mis villanas: Anny (@lady_fuxia), Rose (@rosegatebooks) y Noe (@noeliafrutos_autora). Por aparecer y quedaros, sin más. Porque la vida no sería igual sin vosotras a mi lado…

A toda la comunidad de *bookstagram*, que me ha regalado gente maravillosa. A Laia (@librosdelai), Adriana (@mrs.svetacherry), Eli (@eli.p.r) y Marisa (@lecturasmapita), en especial. A todos vosotros, a los que estáis ahí cada día; sería incapaz de nombraros sin dejarme a nadie, así que gracias por cada mensaje para subirme los ánimos, para preguntar, para charlar. Sois todos increíbles…

A Izan, Hugo y Javi, porque vivir cada día a vuestro lado es mi mejor aventura.

A ti, que has leído esta historia, gracias por formar parte de ella… Gracias por ayudarme a seguir cumpliendo sueños.

Gracias, infinitas, siempre…